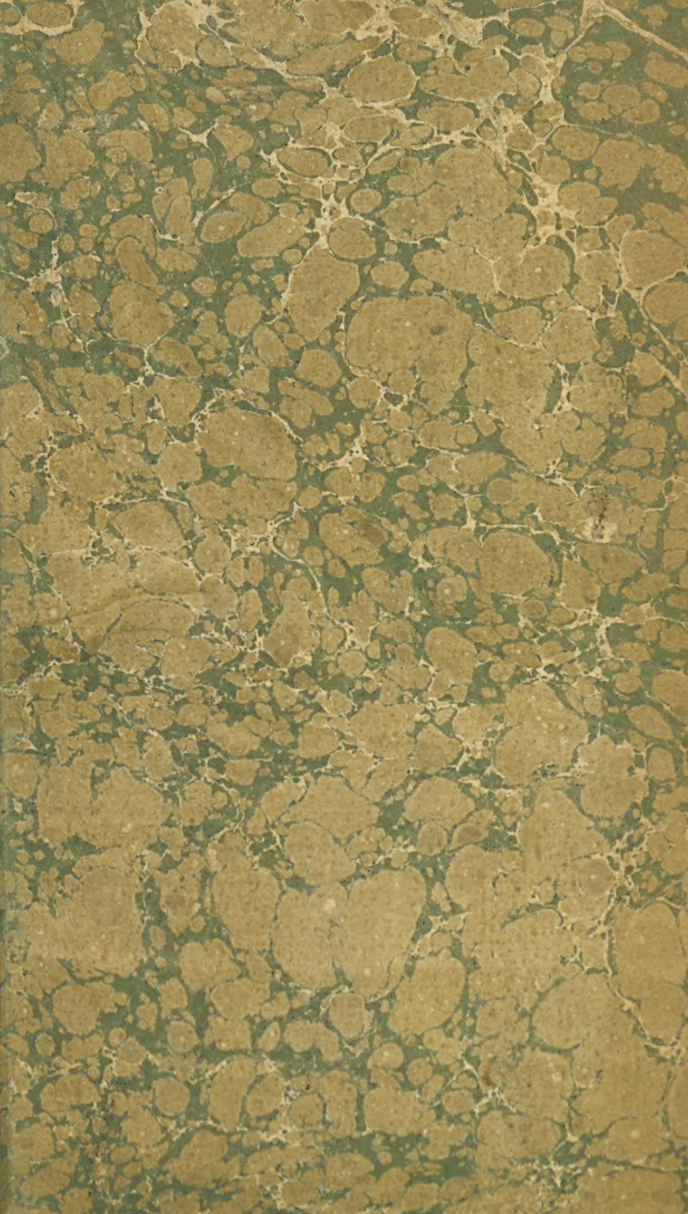






LA MEDICINA

SIN EL MÉDICO.



Todo exemplar que no lleve la firma del autor, se reputará legalmente como contrahecho y falsificado.

PARIS. — LE NORMANT HIJO, IMPRESOR DEL REY,
Calle de Sena, num° 8.


SEVILLA



LE DOCTEUR AUDIN ROUVIERE.

LA MEDICINA

SIN EL MÉDICO,

ó

MANUAL DE SALUD;

Obra destinada al alivio de las enfermedades,
es decir, á precaver las agudas y á sanar las crónicas,
sin la intervencion ó auxilio de una mano estrangera.

POR EL DOCTOR AUDIN ROUVIÈRE,

Médico consultor, antiguo Profesor de Hygiene en el Licéo de Paris, otro de los Fundadores del Atenéo Real y miembro del Gabinete de las Consultas médicas.

Traducida *nuevamente al Español*,
con el mas particular esmero,
y conforme á la duodécima edicion del Original Frances.

Videtur autem mihi maximè de hâc arte dicturum oportere vulgo ac plebeis hominibus nota dicere.
Hip. De vet. Med. IV.

Los enfermos, dice Hipócrates, sanan talcual vez sin médico; pero no sin medicina.
Diccion. de Cien. med.

PARIS,

EN CASA DEL AUTOR, CALLE DE ANTIN, NUM.° 10,
Y EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS.

1829.

TABLA RAZONADA

DE LAS MATERIAS

CONTENIDAS EN ESTA OBRA MÉDICA,

POR ÓRDEN ALFABÉTICO.

ADVERTENCIA

DEL EDITOR.

La tan honrosa y favorable acogida que se hizo à la tercera edicion de este *Manual de Salud*, edicion de la que se tiraron cuatro mil ejemplares, que se despacharon en pocos dias, y acogida que se continuó despues à la quinta, sexta y hasta la undécima edicion *inclusive*; y el indisputable suceso y como triunfo que ha obtenido en Francia y en los paises estrangeros, pues se halla ya traducida en lengua española, alemana, italiana, inglesa y rusa; ambas causas han impulsado al autor à desear vivamente que esta duodécima edicion fuese en un todo digna de la estima y de los sufragios, tanto de los señores médicos, como de las demas clases de la sociedad. Para presentar, pues, su obra con toda la correccion posible, el autor ha utilizado con el debido zelo

las observaciones que se le han hecho en conversaciones médicas y en los diarios; aun le ha aumentado con dos capitulos nuevos, el uno relativo à las enfermedades de los oficinistas y empleados, y el otro, harto extenso, en que impugna la nueva doctrina de los médicos, *dichos* fisiologistas, y en que sin empacho alguno señala los abusos que estos hacen diariamente del immoderado empleo de las sanguijuelas. El titulo solo de la obra hubo de excitar ciertas prevenciones; de buena fe, el lector juzgará si ellas eran fundadas. Al describir el autor en esta su obra un método nuevo de atacar y combatir las enfermedades crónicas, sobre las cuales muy pocos médicos habian trabajado y meditado en particular, prueba tambien del modo mas claro su eficacia, y los tan felices resultados del empleo de aquel, y no tiene el menor empacho en decir, que seria ya en vano el que se le quisiera contestar y disputar la verdad de aquellos.

AL LECTOR.

No hay objeto alguno que mas merezca el fijar la atencion de las diferentes clases de la sociedad, que la medicina popular; su conocida utilidad nos empeña á no hablarles en esta obra mas que de las enfermedades crónicas, cuyo estudio y conocimiento serian tan necesarios á la conservacion de la salud. Hemos pesado atentamente y apreciado todos los métodos curativos que se han empleado contra ellas, y hemos enfin sometido el verdadero sistema de atacarlas à los verdaderos principios, fundados sobre nuestras observaciones, sobre nuestra experiencia y sobre la mas detenida y profunda análisis.

El descuido y negligencia que los autores antiguos mostraron por el estudio de las enfermedades crónicas, ha retardado sobremanera sus progresos. Los modernos, entre los cuales citarémos à Buchan y Tissot (debemos hacer una excepcion en favor de Dumas) han dejado aun un inmenso campo à las observaciones; y de estas nos hemos valido nosotros para clasificar estas enfermedades, y distinguir su curso y su marcha, no ménos que su duracion, constituyéndonos asi, en un siglo en que los sistemas de la medicina difieren tanto entre si, los observadores y defensores de una doctrina diametralmente opuesta à una theoria moderna, cuyos abusos que van siempre en aumento hemos señalado en un largo capitulo de esta obra.

La dificultad de ver á menudo y de ver bien las enfermedades crónicas, ha mantenido durante mucho tiempo la desconfianza y como alentado la funesta timidez, con que los médicos las trataban en sus métodos y sistemas viciosos. En ésta duodécima edicion, nosotros hemos redoblado de atencion y de estudio, à fin de utilizar y de aprovechar las nuevas circunstancias que se han presentado, recogiendo al efecto cuantas nociones se han publicado en estos últimos tiempos, á fin de presentar en un cuadro general todo lo que pudiera hacer conocer mejor cada una de estas enfermedades en particular.

Hemos debido observar que la distincion de las enfermedades agudas y crónicas no se funda mas que en una diferencia de forma, que determina muy à menudo la influencia de las edades, del temperamento, de la habitud, del clima, y sobretodo, la naturaleza de los tejidos afectados; esto es lo que nos ha decidido á introducir un cierto modo de perfeccion en el empleo de un método curativo exterior, en favor de algunos enfermos que han abusado sobrado à menudo de los remedios tomados interiormente.

Los remedios que nosotros indicamos, no son de aquellos cuya utilidad no hayamos conocido bien directa y bien distintamente; son aun remedios cuyos buenos efectos ha demostrado y justificado la experiencia sola. Y nos hemos propuesto el exponer aqui la teoría de ellos, al paso que aplicar sus preceptos al estudio general y á la curacion razonada y metodica de las enfermedades crónicas, de que nos ocupamos con conocido fruto hace ya treinta años.





LA NATURE COURONNANT HIPPOCR



REFLEXIONES

PRELIMINARES.

De un siglo á esta parte, las ciencias y las artes no han cesado de perficionarse con asombrosa rapidez. El espiritu de análisis que ha hecho hacer tantos progresos, en nuestros dias, á las ciencias todas, ha sacado y desembrollado del cáos en que yacian una infinidad de conocimientos, y substituido á la pedantesca y sistemática gerigonza de la escuela las observaciones y los hechos. De entre las tinieblas que obscurecian la naturaleza á nuestra vista, ha hecho resaltar una viva luz; y enfin, la antorcha del genio y del talento inventor nos ha revelado un mundo nuevo, si nos es permitido el hablar asi. Si los *Aristóteles* y los *Descartes* volviesen á la vida y á la luz, se humillarian y se prosternarian ante los monumentos científicos que la verdad ha levantado sobre las ruinas de sus ingeniosos sistemas, y confesarian altamente, que la física, la química y la historia natural no mere-

ciéron el nombre de ciencias, sino en el estado en que hoy dia se ven.

La literatura misma no ha degenerado desde el tan brillante é ilustre siglo de Luis XIV. Es verdad que son mucho mas raras hoy dia las obras maestras literarias : pero la exactitud, la precision de las ideas y la elegancia del estilo son dotes y calidades mucho mas generales entre los que cultivan las letras; la fuerza de las circunstancias, dividiendo las fortunas y multiplicando las profesiones, parece haber desmembrado y repartido entre muchos el caudal de la ciencia y de la literatura; se nos puede considerar, si se quiere, como el trasunto de los grandes escritores del siglo XVIII, época tan memorable en la historia del ingenio humano; pero trasuntos que han conservado todo el lustre de su origen primitivo. Porque la medicina de este tiempo ¿no es en realidad la copia de la de los *Boerhaave*, de los *Haller*, *Senac*, *Vicq-d'Azir y Barthez*? ¿Y porque no citariamos con un orgullo harto laudable los tan famosos nombres de los Dumas, de los Bichat y de tantos otros contemporáneos, cuyos desvelos han dado una tan feliz impulsion al noble arte de curar?

La ciencia se ha despojado hoy de su sequedad, y la erudicion de su pedantismo. Un simple obrero mecánico habla al presente de su arte mas correctamente y con mas exactitud, que los miembros de la academia de las ciencias, cuando ésta se viera

todavia en su cuna. Un discipulo de *Dupuytren* posee actualmente mas conocimientos anatómicos y fisiológicos, que no tenia aquella misma academia, cuyos miembros, á su entrada en ella, hace sesenta años, no traian de ordinario mas bagage que el de una pequeña memoria ó disertacion, copiada ó traducida de alguna tésis estrangera.

La marcha de las ciencias es por su naturaleza progresiva; nosotros partimos desde el punto á que nuestros predecesores llegaron, con el conato de ir mucho mas lejos que ellos.

Y bien que la química sea la sola ciencia que haya cambiado enteramente de faz y aun de naturaleza, gracias á su marcha y á la seguridad de sus experiencias, podemos aun decir con respecto á las demas, que todas ellas se han aprovechado y resentídose de los excelentes consejos del inmortal Bacon. Observemos, sin embargo, que, en medio de esta mejora general, cuando todo se va perficionando, cuando los esfuerzos del entendimiento se dirigen con tan buen éxito hácia el descubrimiento de los medios que pueden disminuir nuestras necesidades, ó multiplicar nuestros goces; observemos, que la salud, que nos muestra la naturaleza bajo un aspecto tan brillante, y que nos hace tan en extremo dulce el sentimiento de nuestra existencia y de nuestra vida, aun es un problema para muchos, á pesar de todos sus esfuerzos para resolverle.

Bajo este concepto, nosotros creemos indefinidamente perfectible la ciencia, sin que por esto llegue jamas al colmo de la perfeccion; porque no es dado al hombre alcanzar completamente la verdad, es decir, con todos sus resultados y consecuencias.

Desde *Hipócrates* hasta hoy, se han observado constantemente las enfermedades, se han descrito sus síntomas patológicos, é indicado el modo de curarlas: el espíritu de observacion ha dictado y hecho pesquisas sin número: hanse publicado los mas ingeniosos cálculos y analogías, inventado *clasificaciones*, multiplicado las *nosografias*, é imaginado nuevas nomenclaturas de enfermedades [1]; pero ¡que dolor! los autores solos de dichas obras han encontrado su provecho en la publicacion, mientras que la salud del hombre no ha cesado de experimentar unas alteraciones, que el arte no ha podido remediar ni reparar despues.

¿Viene una enfermedad á perturbar nuestro sistema? el médico, cuyo auxilio invocamos, observa

1 « No es harto fácil el clasificar las enfermedades, dice el » doctor Castel, ni menos el darles un nombre para distinguirlas » entre si. Una enfermedad cualquiera, no siendo otro que un » conjunto de muchos fenómenos, la mejor nomenclatura seria » aquella en que el nombre de una cierta enfermedad expresase » la totalidad de los fenómenos que constituyen su esencia. » Diga cuanto quiera el doctor Castel, esta dificultad no es real, á juicio nuestro: ella no es mas que la consecuencia de los falsos principios y raciocinios del clasificador.

los síntomas, y valiéndose de su memoria y de sus libros, logra el clasificarla, y prescribe un método curativo, que empleado con buen suceso una vez, produce mil otras un efecto contrario; no lo ha dicho todo el libro, ó no lo ha visto todo el médico. Ademas, ¡ cuantas circunstancias, cuantas modificaciones han podido sobrevenir! La influencia de la atmósfera, la calidad de nuestros alimentos y bebida ordinarios, la fuerza ó la debilidad de la constitucion, la naturaleza de nuestras ocupaciones, y mil otras circunstancias pueden cambiar el carácter de nuestras enfermedades, y substraernos á la eficacia del método curativo que se nos prescribió, y muchas veces no le queda al facultativo mas que el triste mérito de mantener el resto de esperanza que acompaña al hombre hasta el sepulcro.

Bien al contrario, ¡ cuan dignos son de nuestro reconocimiento y homenages la cirugía y los sabios que la cultivan y egercen! esta ciencia, enteramente positiva y enemiga de las hipótesis, ve claramente el sitio del mal, y le ataca armada con el *escalpelo;* sacrifica una parte para salvar el resto; llama el padecimiento al socorro de un otro mas grave ó mas temible dolor, y el enfermo, restituido á la sociedad, queda indemnizado de la pérdida de aquella parte ó miembro que el cortante visturí sacrificó, por el nuevo vigor de las partes que hubo de perdonar el instrumento.

Y si logra la *fisiología* unos resultados tan brillantes, y la cirugía unos efectos casi divinos, ¿ de

que ventajas no se puede vanagloriar la terapéutica *clínica*, tal cual la mayor parte de los médicos la exercen y la aplican hoy dia? Incierta en su objeto, como en sus medios, bien que destinada á aliviar ó á sanar los órganos internos, obra, por decirlo asi, á tientas, y casi siempre se encuentra reducida á un *quizá*. Todas las demas ciencias han abjurado y renunciado á las nomenclaturas superfluas, y retraido los hechos á ciertas bases invariables; y la médicina práctica, por lo contrario, se obstina en confundirlo todo, embrollarlo todo y multiplicar los seres sin necesidad. La menor gradacion ó viso nuevo en un síntoma, viene á ser para la mayor parte de los médicos prácticos una nueva especie de enfermedad, que parece exigir un método curativo nuevo. Atrevámonos á decirlo: la medicina hoy es una ciencia que casi no se funda mas que sobre una multitud de hechos muy dificiles de conocer y de explicar, y sobre unas tradiciones, por la mayor parte falsas ó harto inexactas.

¿Porque, pues, la medicina práctica está aun tan distante de los resultados que promete? ¿Cual seria la causa de este atraso? Muy poco numerosos son los elementos de la naturaleza, aunque sus combinaciones sean infinitas. ¿Quien creyera, por egemplo, que la cantidad prodigiosa de plantas, cuyas varias formas encantan la vista, no forman mas que tres ó cuatro elementos, cuando se las somete á una destruccion ó descomposicion química, y que aquellos son el resultado final de todas las

que crecen en las cuatro partes del mundo, y bajo los climas mas opuestos? ¿No estan aquellas plantas expuestas, como nosotros, á ciertas enfermedades y achaques? ¿Que se hace para volver la fuerza y el vigor á su vegetacion debilitada? si la temperatura demasiado caliente las hace sufrir, se las pone á la sombra; de una temperatura demasiado fria las pasamos al calor benéfico de una estufa; si es demasiado seca la tierra que contiene sus raices, se fertiliza con el riego, y se deja de hacerlo si es demasiado húmeda.

Las enfermedades crónicas [1] que son precisamente las que nuestras consultas diarias nos han facilitado el observar y conocer mejor, son no menos las que, á juicio nuestro, han sido apenas profundizadas por los médicos y solo conocidas muy por encima. Nosotros las hemos estudiado con

1 Es cosa en verdad harto sensible que no haya podido llegar á su debido complemento la tan interesante obra, sobre la doctrina general de las enfermedades crónicas, que hubiera servido de fundamento y de base al conocimiento teórico y práctico de dichas enfermedades, por el señor Dumas, rector de la Academia de Montpeller. La prematura muerte del autor hubo de interrumpir el curso y la marcha de la observaciones que habia ya principiado, y que se proponia continuar. Las experiencias, á que él hubiera personalmente presidido, hubieran ilustrado mas y mas la hermosa teoría, que acababa por fin de cimentar sobre sus verdaderas y legítimas bases. Este doloroso vacío acaba de ser reparado en parte por el sabio editor H. Rouzet y por el señor E. Berard. Los trabajos de estos sabios en nada desdicen de la importancia y dignidad de un tan interesante objeto.

harta atencion, para hallarnos en estado de juzgar, que la mayor parte de los médicos las han descuidado enteramente. Un joven médico, que ha seguido la *clínica* de los hospitales, acostumbrado solamente á ver la crisis de las enfermedades, porque no se le llama sino cuando el paciente está amenazado ó luchando ya con algun recargo de fiebre; un jóven médico, que desdeña ó no tiene tiempo para occuparse de aquellos males domésticos que solo acaban por la muerte del individuo ¿ puede, acaso en una enfermedad crónica, en una de aquellas que se califican vulgarmente de *imaginarias*, dar unos consejos tan bien adecuados á la situacion de los enfermos, como los que nos han sugerido y dictado treinta años de experiencias diarias? Sin duda, no; la ciencia médica no es una ciencia infusa, y la experiencia es en nuestro siglo la mejor escuela. Tan numerosos han sido nuestros ensayos como nuestras lecturas; se nos ha proporcionado el haber de juzgar sobre muchas doctrinas médicas, como tambien emplear muchos y diferentes métodos curativos; y siempre hemos creido que el que nosotros indicábamos era el mejor, y aun hoy persistimos en la misma opinion. ¿ Y no ha coronado siempre el éxito mas feliz nuestra práctica diaria? El tiempo ha revelado y confirmado lo que se encontraba de verdadero y de exacto en nuestras observaciones. ¿ Hemos hecho concebir nosotros por ventura esperanzas, que no se hayan realizado?

Un sin número de individuos piensa en esta parte como nosotros, puesto que han hecho un bien motivado y bien fundado empleo, ó sea aplicacion de nuestro método. Solos los envidiosos, pues, serán los contrarios y los enemigos de nuestro sistema, circunstancia que no retardó jamas la marcha triunfante de un sistema acreditado. He aqui todo el secreto de nuestro poderoso crédito; crédito que ha debido excitar los zelos y dispertar la avaricia, fuentes impuras de esas informes falsificaciones y de tantas imitaciones serviles, sin orden ni consecuencia alguna. *Imitatores, servum pecus.* Mas por lo que á nos toca ¿porque empacharnos de decir, que somos y permanecemos siempre los mismos? ¿Hemos ido acaso á mendigar á nadie, ni nunca, nuestros principios ó nuestras pruebas? Lo que nosotros hemos creado no puede pertenecer á otro que á nosotros mismos, y el desarrollo de nuestras ideas solo se debe á las circunstancias que han precedido, acompañado ó seguido nuestro método. Un sistema curativo cualquiera no se puede acreditar hoy sino por un asenso tan espontáneo como géneral, asenso que solo pueden formar ciertos principios en perfecta analogía con una razon médica scientíficamente profundizada y desenvuelta. Si el mayor número de los hombres llegase á comprender y apreciar estas mismas doctrinas, vendrian naturalmente á inscribirse y alistarse bajo las banderas y direccion de un empirismo fundado y juicioso, pues hemos visto hasta médicos, que en

un principio se declararon sus contrarios, convertirse despues en sus mas zeloses partidarios, y renunciar de buena fe á sus sistemas, contrarios en un todo al que aqui recomendamos. Y no hay la menor duda, de que la tan considerable masa de hombres que han declarado y protestado hallarse bien con nuestro sistema, será siempre un argumento de un gran peso para todos aquellos que sabrán apreciarle dignamente.

A despecho de los partidarios de las sanguijuelas y de las brillantes teorías del doctor *Broussais*, hemos escuchado la voz de la naturaleza, y el sistema de una purga prudente nos ha parecido el mas conforme con el del cuerpo humano.

Una cuestion sola se nos ha ofrecido con respecto á las enfermedades crónicas: hémonos preguntado á nosotros mismos, si la sangria proporcionaria á los enfermos un alivio mas efectivo que los purgantes, ó en otros términos, si el principio morbítico debia salir y evacuarse con la sangre de que casi se agota al enfermo, ó bien si dicho principio habia de tener la misma salida que las materias excrementicias. No nos ha permitido nuestra experiencia el titubear un instante en preferir los purgantes, y los demas medios anunciados en esta obra. Se ha hecho hoy como moda el no ver en el desorden de la salud mas que *flegmasias*, y por consiguiente, el ordenar las sanguijuelas, el agua engomada, las bebidas minerales y todo el aparato *antiflogístico*. ¡ Pero esto se llama cambiar

enteramente los frenos, cuando se trata de la cura de las enfermedades crónicas! Asi, cada dia vemos llegar á nuestro gabinete de consultas, mil pobres víctimas de un tan absurdo método! ¡ Y en cuan amargas quejas y reproches no hemos oido prorumpir á estos enfermos contra los médicos, cuyo socorro invocaron! ¿Y á cual de estos ó aquellos deberiamos ahora acusar? Por desgracia, el arte de la medicina no es alguno de aquellos que egercen y profesan solo unos hombres superiores á todo interes; si se encuentran por fortuna algunas excepciones, y si vemos un cierto número de médicos que honran su profesion, otros muchos hay que acogen unas opiniones que su propio juicio les habia de hacer desechar. Ademas, yendo acompañado nuestro método de todas las instrucciones precisas y preliminares, el médico no podria desarrollar ni hacer ostentacion de su saber, y se creeria humillado al ver curado su enfermo por un medio que no le perteneciera exclusivamente : y sin embargo, conocemos algunos mas modestos y desinteresados, que muchas veces nos han dirigido sus propios enfermos. ¿Deberémos aplaudirnos de ello, sea que lo hayan hecho ó no, porque vieran su causa desesperada? Por lo demas, las numerosas curas de que se hará mérito y mencion en nuestra obra, seran la prueba mas convincente, de que los remedios, por cuyo beneficio se han obtenido, son sobremanera eficaces en casi todas las enfermedades crónicas, y aun al terminare las agudas y durante

la convalescencia. Si algunos de mis cofradres quisieran hablar con la debida franqueza, confesarian de llano, como muchos otros de sus compañeros, que si en un principio pudieron llegar á dudar de los tan felices resultados de nuestro método curativo, vense hoy forzados á reconocer, que hay muy pocas enfermedades crónicas, cuya curacion no se pueda ó bien adelantar, ó bien terminar con él. Hácenle ya hoy justicia los mismos que afectaron en otro tiempo despreciarle, fuese por mal humor, ó por el desden del oficio; porque en resumidas cuentas ¿ que es lo que aqui pretendemos ó establecemos nosotros, que no sea al mismo tiempo lo mas conforme á la doctrina de los mas sabios médicos antiguos ó modernos? Sentamos en general, que los humores, mas que la sangre, son de ordinario el principio de las enfermedades; que la sangre es un principio de vida, y que por su naturaleza es pura y en ninguna manera nociva; que la buena medicina debe esmerarse en procurar y facilitar la salida del cuerpo humano á los principios morbíficos que alteran y perturban todo el sistema: sentamos, que estos principios que no son otro que unos humores viciados, ceden por lo comun á los purgantes, y que las sanguijuelas solo sirven para debilitar mas y mas la fuerzas vitales: por último, decimos y sentamos, que los vomitivos, conmoviendo y sacudiendo violentamente todo el sistema torácico y digestivo, le despojan de su energia *tónica* y le dejan mas acce-

sible á las enfermedades. Nuestra doctrina, pues, es la mas sencilla posible, y nada prueba mas bien la eficacia de nuestro método, que los tan inconcusos principios sobre los cuales él se funda, aun prescindiendo de la experiencia [1].

Desde la antigüedad mas remota, y en todos los pueblos conocidos sin excepcion, ha existido y reinado una medicina popular, simple como la naturaleza y nada sujeta á especiosas teorías, merced á la cual el hombre conservaba ó restablecia su salud sin el auxilio de los médicos de profesion, y con discurrir solamente sobre la naturaleza de sus achaques y de los remedios que podrian convenirle.

¿Y no debemos precisamente á esta medicina popular de que vamos hablando, un sin número de buenos remedios asi como su propagacion? Y no produce, y no debe necesariamente de producir los mas felices resultados esta medicina popular, por la simple razon de que ella está al alcance de todo el mundo, y porque el hombre que ha llegado á formarse una cierta idea de su temperamento,

1 La obra que damos al público ha sido dictada é inspirada por nuestra mas íntima y profunda conviccion, consiguientemente á los resultados de una larga experiencia personal. No es, pues, una vana teoría, y sí un método práctico y muy fundado, y que no es ni nuevo, ni aventurado ó caprichoso, puesto que ha sido empleado con el mejor éxito por un sin número de personas, que, gracias à él, han logrado recobrar la salud.

debe no menos conocer los remedios que mas convengan á sus dolencias? ¿Que juicio, pues, deberémos formarnos acerca las declamaciones de algunos jóvenes novadores, que se creen los únicos depositarios del fuego sagrado de los altares de Epidauro? Y que nos digan sino ¿quien iria á procurar en los campos y en las soledades; quien iria á hacer nacer algun linage de consuelo en el alma de sus pobres habitantes, y aun en la de los indigentes de las ciudades mismas; quien iria á curar á todos esos pobres desgraciados que aterra y quebranta el peso del dia y del calor, y para quienes la medicina es como si no existiese? ¿Llenarian ellos por sí mismos estos tan sagrados deberes de la humanidad y de la religion? ¿O no los dejarian y abandonarian mas bien al zelo de una hermana religiosa de la caridad, ó al del buen párroco, de una señora de la maternidad de los pobres, ó al de un cirujano humano é imparcial, que se ha penetrado de la importancia de esta medicina popular, con la lectura de algunas obras que el pedantismo se complace en desdeñar? ¿Y será forzoso que estos infelices perezcan, tan solo porque alguno de estos pretendidos sabios no ha visitado jamas sus pobres y humildes chozas?

Un facultativo, sólidamente instruido en su arte, no teme en manera alguna el vulgarizar su lenguage y sus procedimientos; la mediocridad sola podria decir y propalar que ningun médico celébre se ha dedicado jamas á componer de esas obras,

para el uso y al alcance del pueblo. Estos hombres mediocres ignoran sin duda, que en calidad de tales pudiéramos contar y nombrar los Van-Swieten, los Sidenham, los Boerhaave, los Hoffman, los Helvecios, los Tissot, los Buchan, los Lieutaud, los Cabanis y los Barthez entre los modernos, y á los Celsos é Hipocrates entre los antiguos.

¿Y en que otra época pudiera ser acogido mas favorablemente del publico este como *Manual de salud* que le consagramos y dedicamos? Nuestra esperanza de buen suceso la fundamos con especialidad en la atencion de los hombres sensatos y reflexivos, que se dirige hoy muy particularmente á este arte de curar, tan ageno del de los médicos, cuyos métodos viciosos, infundadas opiniones y ridícula conducta nos atrevemos á criticar en nuestra *Crónica medical*. Quizá talvez se nos objetará la multitud de obras que se han dado ya al público sobre este particular y bajo tan diferentes títulos: mas el demostrar ahora la insuficiencia de la mayor parte de ellas, seria como un trabajo superfluo, puesto que el público sensato ha hecho ya de ellas la debida justicia con su desprecio y olvido. Una bien sencilla exposicion de nuestro plan será la mejor prueba que pudiéramos ofrecer al lector de la verdad de nuestra doctrina, y de la rectitud y pureza de nuestras intenciones.

La antigua reputacion de que gozaban las obras de Tissot, nos ha hecho un deber, por decirlo asi, de seguir casi su misma marcha, apartándonos sin

embargo de su cuadro general curativo, en que debian necesariamente hormiguear unos errores é imperfecciones, que los rápidos progresos de la química y los nuevos descubrimientos de la fisiología y demas ciencias accesorias debian de rectificar. Hace ya como sesenta años que Tissot dió á luz su *Aviso al Pueblo*, y por consiguiente sus doctrinas deben de ser sobrado añejas, é inadmisibles muchos de sus preceptos, despues sobre todo que el arte de curar ha hecho unos tan rápidos y prodigiosos progresos.

Y á fin de presentar nuestra obra en un todo digna de la época en que vivimos, hemos creido necesario el ofrecer, en una série de artículos, y bajo una forma tan concisa como precisa, la teoría de las diferentes enfermedades crónicas, con el método curativo que mas les conviene. Sin embargo, y bien que nuestra obra lleve el titulo de *Medicina sin el Médico*, debemos aqui advertir que las enfermedades agudas no entran en nuestro plan, y aun, que con respecto á las crónicas, no ha sido nuestra intencion el excluir absolumente la presencia y los auxilios del médico.

No se crea por tanto ni Dios permita, que la indignacion que mas de una vez hemos manifestado contra los pésimos sistemas de ciertos médicos, nos haga desconocer las ventajas de la Medicina. Muchos escritores, entre los cuales son los mas célebres Montaigne, Moliere y Juan-Jacobo Rousseau, han calumniado dicha ciencia. Esta es una injus-

ticia manifiesta, á la cual podriamos oponer con ventaja el dictamen y juicio de Descartes, de Voltaire y de Bernardino de Saint-Pierre. Para dulcificar en cierto modo el título de nuestra obra, copiarémos solamente á este último escritor, cuando dice: «Si hubiera de hacer una nueva edicion de » mis obras, procuraria suavizar lo que he escrito » contra los médicos: no hay profesion alguna que » exija mas estudios que la suya, y en cualquier » pais que sea, son siempre los hombres mas ver- » daderamente doctos.»

A estas tan bellas palabras de Bernardino-de Saint-Pierre añadirémos nosotros, que no hay ministerio alguno mas noble que el del médico, porque un facultativo de talento es el mas precioso regalo que la naturaleza puede hacer al mundo. A él es á quien deben los hombres la conservacion del mas precioso de todos los bienes, *la salud*. El padre le confia y pone en sus manos la de su tierno hijo, el esposo la de su tan cara mitad, y viviendo siempre para los demas, vigila no menos sobre la salud del podoroso monarca, que sobre la del rústico habitante de una cabaña ó de una choza. Su mano delicada y como sagrada preserva al niño que va á nacer de los peligros que amenazan su frágil existencia, aun antes de haber visto la luz. Sus esmeros guarecen la infancia contra los males que la rodean por do quier, protegen la lozana juventud, y sostienen la vejez. En todos los períodos de su existencia el hombre invoca y recurre al

auxilio de la medicina, y casi siempre con fruto. Hemos atacado y hollado al médico inhábil; pero estarémos siempre prontos á hacer la debida justicia á los prácticos ilustrados, cuyas palabras consoladoras son para el pobre enfermo, que lucha á brazo partido con el dolor, un bálsamo tal vez mas eficaz que las mismas recetas, y cuyos consejos, sin garantir orgullosamente una salud eterna, pueden al menos ayudar eficazmente á la naturaleza.

Lo mismo que nosotros temia Galeno, quien exigia que el médico fuese filósofo: y por ventura ¿la verdadera filosofia no consiste en nuestra propia experiencia? ¿Y que cosa hay tan opuesta á la sabiduría como el librarse á investigaciones eternas y á perpetuas dudas, en una ciencia que atañe tan de cerca la vida de nuestros semejantes?

Y al escribir un tratado de medicina popular, no podiamos menos de recordar y traer á nuestra memoria los votos de Galeno, y hacer uso de nuestra razon y de nuestra experiencia, esforzándonos á hacernos comprender de nuestros lectores por la claridad y precision de nuestro lengüage, solo medio de iniciarlos en los progresos que hacen cada dia los conocimientos humanos.

Para persuadirles las ventajas de nuestro método, no hemos hecho mas que ofrecerles hechos. Y al exponerlos estos, tampoco hemos querido recurrir á ese estilo parentirso y campanudo, á esas flores retóricas y á ese lengüage ambicioso que usurpan

...tá á menudo los sistemáticos para embaúcar la multitud. Nosotros hemos querido convencerla esta, y no deslumbrarla; curarla, y no entrar en disertaciones con ella.

Las observaciones sin número de que nuestra obra está atestada, y las que cada dia se nos proporciona hacer, son otros tantos hechos irrecusables, cuya autenticidad podemos garantir, y que defienden mucho mejor nuestro sistema que todas esas mezquinas combinaciones, esas vanas hipótesis y esas ficciones fantásticas con que tan orgullosos se presentan nuestros factores de sistemas, y que prueban sobrado, que todo su saber se reduce á ciertas fútiles sutilezas, solo buenas para hacer mucho mas familiar el error y para sobrecargar el noble arte de curar con un andamio de nociones pueriles, que el menor soplo de raciocinio pudiera hacer venir al suelo, como los decia ya y reprochaba Séneca á los sofistas de su tiempo.

Lectores nuestros, pues, tened presente al hojear este *Manual de salud*, que el Autor no es ni un sabio en *us*, ni un pedagogo sistématico; es solo sí un hombre á la llana y á la buena de Dios, un hombre amigo de la verdad, sin partido, sin compadrazgos médicos, y sin aquellas prevenciones que acompañan de ordinario el bonete y el capirote medical. Hemos empleado todo nuestro ocio en el estudio de las enfermedades humanas, y por consiguiente, no establecemos nuestros raciocinios sobre falsas y seductoras teorías, si sobre he-

chos ciertos. Y para que podais juzgar y pronunciar por vosotros mismos, os ofrecemos en esta obra los resultados de nuestra larga experiencia, y las observaciones que hemos hecho por nosotros mismos.

LA MEDICINA

SIN EL MÉDICO.

CAPITULO PRIMERO.

Doble organizacion del hombre. — Descripcion del estómago. — Idea de la digestion. — Del sitio probable de las enfermedades y del principio mórbido de los humores.

§ I. — Doble organizacion del hombre.

El hombre encierra en sí dos seres, ó para hablar con mas propiedad, dos substancias : por la una, vive ; por la otra, piensa ; la una es el centro de las fuerzas que le alientan y le animan ; la otra, es el foco intelectual que le ilumina : por aquella viene á ser el igual de los animales ; y esta le hace el rey de la naturaleza. La ciencia no ha alcanzado aun á definir la naturaleza de estas dos substancias ; y con respecto à ellas, solo nos es permitido el conocer su sitio ó centro principal. El *estómago* y el *canal intestinal* lo son de la primera, y el *celébro*

los de la segunda. Este segundo foco se llama en el hombre *inteligencia*, é *instinto*, con respecto á todos los demas animales.

Existen tantas relaciones simpáticas entre estas dos porciones de nuestro ser, que el mal-estar del uno influye necesariamente en el del otro; si una pesadumbre viva viene á afectar el sistema nervoso, las funciones de la digestion se amortigüan, se perturban y bien á menudo se paralizan enteramente: *Cuando el dolor nos consume, hasta el pan mismo nos fastidia.* Siéntese embarazado el estómago, inmediatamente el celébro se resiente y afecta por aquella indisposicion; un peso enorme como á que embota nuestra cabeza, el dolor de esta, ó la jaqueca, mas violenta aun, se hace horriblemente sentir, los ojos pierden su brillo, y hasta nuestro entendimiento se entorpece totalmente.

Los medios de atacar el mal con fruto, se diferencian en razon del foco ó centro de que proceden.

Se debe proceder de una manera, cuando es el estómago el que perturba el entendimiento, y de otra, cuando el entendimiento perturba las funciones del estómago. En este último caso, la voz de un amigo, los consejos de la prudencia, los consuelos de la virtud, la vista del campanario del lugar de nuestro nacimiento, los abrazos de la familia, son de ordinario mucho mas poderosos que todos los socorros de Epidauro. El Suizo, soldado mercenario en tierra estrangera, à quien los

sonidos melancólicos de la cancion de sus valles hicieron olvidar su sed guerrera y hasta el amor de la vida, se apresura á abandonar la pompa de las ciudades que no vuelve á su alma el suspirado sosiego, y en breve, á la vista de sus lagos, de su choza, de sus nieves, de sus peñascos, y *de todos los objetos de su amor*, como á que récobra enteramente todo su ser.

Por consiguiente, no pensamos en ocuparnos aqui de la influencia de esta facultad intelectual. La mayor parte de los hombres la conoce tan bien como nosotros, y los médicos al menos no irán á disputarles el arte de administrar siquiera este remedio, con mas eficacia y mas oportunidad que ellos. Pero como en las demas indisposiciones que proceden de otro foco ó centro que el de la inteligencia, esté por lo comun el pueblo tan mal instruido, puede venir muy bien à caer en las manos de un charlatan que le desuella, ó de un ignorante que le lleva al precipicio: y para remediar estos inconvenientes, vamos nosotros à ilustrarle sobre el verdadero centro de todas sus indisposiciones, porque *mal conocido, es una mitad curado*, segun ordinariamente se dice.

El sabio é ilustre Cabanis, en su tan excelente tratado de las *Relaciones entre lo físico y moral del hombre*, consagró ya esta distincion tan importante entre los movimientos que dependen de los nervios, órganos de la sensibilidad, y entre los movimientos involuntarios que resultan de las

impresiones recibidas por las diversas partes de que se componen los órganos; y probó, que todos los conceptos y determinaciones de la voluntad no provienen únicamente de los sentidos, como lo pensaban *Locke* y *Condillac;* y sí, que las impresiones que resultan de las funciones de varios organos interiores, contribuyen mas ó ménos á dichas determinaciones, y en ciertos casos parecen producirlas exclusivamente. A estas impresiones interiores se refieren las diferentes déterminaciones, á cuyo conjunto designamos con el nombre de *instinto. Es preciso considerar el celébro*, dice el docto Cabanis, *como un órgano particular, especialmente destinado à producir el pensamiento, asi como el estómago y los intestinos para elaborar la digestion, el hígado para filtrar la bilis, las parótidas y glándulas mexillares y sublinguales para preparar los zumos salivales.* En los nervios reside toda la sensibilidad, y por consiguiente, todas las facultades morales, la inteligencia, la voluntad, etc. El hombre no es un ser moral, sino porque es un ser sensible, y solo es sensible, por la organizacion de sus nervios. ¡ Los nervios! he aqui todo el hombre.

Estos son los principios que se leen desarollados en aquella obra famosa.

Segun la doctrina de *Bichat*, que tiende à disminuir el poder y la influencia de los nervios, las vísceras de la vida orgánica son el sitio único y exclusivo de las pasiones. Bichat expone su teoría

con gran maestría; la presenta bajo todas las formas, y la apoya con los argumentos mas especiosos. Los dos sistemas nerviosos que describe aisladamente, parecen enteramente independientes el uno del otro. Todos sus conceptos sobre el sitio de las pasiones y las funciones del celébro, parecen tan justos como ingeniosos; esta distincion de dos vidas, una relativa ó animal, otra intérior ú orgánica, seduce el espíritu y como á que cautiva la imaginacion. Sin embargo, los hechos desmienten esta teoría tan brillante. Habiamos pensado como Bichat, y errado con él, hasta que la bellas experiencias de Legallois vinieron á disipar la ilusion. Somos, pues, de opinion en el dia, que la vida orgánica es absolutamente independiente del celébro.

Mas á pesar de estas experiencias, estamos muy lejos de tener unos conocimientos extensos y precisos sobre las facultades del sistema nervioso; sí; malgrado los trabajos de *Haller* y de su escuela, de los de Bichat y *Legallois*, no poseemos aun mas que un corto número de hechos exâctos é importantes, en una cuestion tan interesante bajo tantos aspectos.

Ya sabiamos que los nervios comunican la sensibilidad à nuestros órganos, y el movimiento á nuestros músculos; que el celébro parece mas especialmente destinado á los fenómenes intelectuales, y el cerebelo á los movimientos; pero lo que hemos ignorado mucho mas tiempo, es, que la medúla espinal es la parte mas útil del sistema nervioso.

Allí se encuentra el sitio principal de la sensibilidad y el origen de todos nuestros movimientos; allí reside el instinto superior que naturalmente nos lleva á respirar, de suerte que rigorosamente se podria vivir sin celébro y sin cerebelo; pero sin la medúla espinal, la vida no es posible un solo instante.

El profesor *Magendie* acaba de acrecentar recientemente [1] el círculo de estos descubrimientos, con algunos hechos nuevos que vienen à agregarse á otros harto importantes, bien que poco numerosos aun. Mas á pesar de tantos y tales esfuerzos reunidos ¿ como se hallaria agotado todo cuanto se puede decir acerca el sistema nervoso? solo apreciando los résultados de un buen método experimental, pudiéramos ver extenderse mas y mas el dominio de la ciencia.

¡ Oxalá este método dichoso, el solo que convenga á las ciencias naturales, pueda cautivar en su favor y llamar la atencion de todos los que profesan un interes verdadero á los progresos de nuestros conocimientos! ¡ Oxalá la ciencia de nosotros mismos, segun la bella expresion de *Bacon*, pueda marchar largo tiempo, y con paso seguro por la nueva carrera que se ha abierto al fin, y multiplicar así los descubrimientos que hacen honor á la inteligencia del hombre y protegen su existencia!

1 *Véase* su *Memoria* leida á la Academia.

Nuestra organizacion solo nos permite el ver y conocer hasta la évidencia un corto número de verdades, necesarias las unas à nuestra vida fisica, y las otras á nuestra vida moral. Sin embargo, la ciencia ha hecho ya y debe hacer aun prodigiosos descubrimientos; ha ya prestado inmensos servicios, y creado nuevos métodos. Preguntar ahora, porque bajo ciertos aspectos ha ella conservado una tan profunda obscuridad, y esparcido tanta luz bajo otros, es lo mismo que preguntar; ¿ porque el hombre es un tan extraordinario conjunto de talento y de flaqueza?

§ II. — Del estómago y de la Digestion.

Perdiendo todos los dias una parte de su substancia, es preciso que el hombre la repare todos los dias. El único médio de réparacion que dependa de él, es la alimentacion : la naturaleza hace lo demas.

El órgano destinado á una funcion tan esencial, ha de gozar de una alta importancia en el sistema ; por lo mismo vemos que todas las partes de nuestro cuerpo que dejan de estar en relacion con él, cesan al mismo tiempo de participar á la vida.

El estomago es el órgano principal de la digestion; recibe el primero los alimentos despues de mascados, ablandados é impregnados ya con la saliva en la boca; durante la mansion que hacen los alimentos en su cavidad, los somete á una pri-

mera elaboracion, la del *quimo* (*chyme*). El estómago es un receptáculo músculo-membranoso, contigüo por un lado al esófago, del otro al intestino *delgado* (*grêle*), situado en la région superior del abdomen, y ocupando el *épigastro* y una parte del hypocondrio izquierdo. Tiene la forma de un cono encorvado en toda su longitud, y se ve colocado transversalmente, de manera que la estremidad gruesa del cono viene á caer hácia la izquierda, y la mas delgada á la derecha. Corresponden al estómago, por la parte superior, el diafragma y el hígado.

El estómago, segun ya lo llevamos dicho, es el órgano principal de la digestion. El esófago acarrea los alimentos hácia él, y alli principian estos á sufrir ciertas modificaciones y mudanzas, que son como los primeros grados del estado que los predispone á reparar la sangre.

El estómago no opera la animalizacion completa del alimento, y sí solo su *quimificacion*. El *quimo* formado en esta entraña prueba en el intestino duodeno una nueva elaboracion, dicha la *quilificacion*: es decir, que la parte nutritiva de los alimentos, ó sea el *quilo*, toma alli la última forma que debe recibir del aparejo digestivo; y esta es la razon porque el duodeno ha sido calificado por algunos sabios como un segundo estómago.

Ignoramos aun muchas circunstancias relativas al acto de la *quimificacion*; y el de la *quilificacion* no nos es por cierto mucho mas claro. Lo único

que puede darse como seguro en esta materia es, que los jugos biliosos y pancreáticos contribuyen á esta última operacion, porque la primera aparicion del *quilo* coincide con la de aquellos jugos. Pero debe hacerse aqui una observacion muy esencial, y es, que la influencia de estos agentes de la *quilificacion* no es toda *química*, y que depende mas bien de la vitalidad. Porque en efecto, una pasion y un dolor cualquiera turban é interrumpen esta segunda digestion, pues asi se la llama, no menos que la primera; lo que ciertamente no sucederia si fuese enteramente *química* la accion de la bilis y la del jugo pancreático, derramados sobre el *quimo*.

Los fenómenos digestivos que ocurren en el intestino delgado, canal harto largo, y que sigue inmediatamente al duodeno, tienden á despojar la masa alimenticia de su parte quilosa, por un movimiento peristáltico, que consiste, ya en las contracciones, ya en las undulaciones graduales de las fibras circulares, que existen en la membrana musculosa de aquel. Dichas fibras se retiran y encogen sucesivamente, de arriba á bajo, impulsando asi y haciendo descender las materias hácia el intestino grueso, y á medida que se acercan mas á el, se endurecen aquellas, y adquieren no menos un color amarillo que un olor fétido.

Llegado que ha el quilo á la sangre, no se convierte inmediatamente en dicho fluido: se necesita aun algun tiempo para haber de confundirse y asimilarse con él, y asi es que le observamos algun

tiempo despues en el líquido que nos proporciona la sangría.

Aqui, y con mas oportunidad que en otro lugar alguno, podriamos informar á nuestros lectores, sobre los fenómenos digestivos que ocurren en el intestino duodeno, en el delgado, y en los gruesos inferiores, ó sean los de la defecacion. Pero si hubiere sido nuestro ánimo el hablar á la larga de cuantas hipótesis se han imaginado para explicar la quimificacion, nos hubiéramos visto forzados á citar y á discutir las experiencias de Spallanzani, y las mas recientes aun del señor de Montegre : pero las unas y las otras pasan hoy por inadmisibles.

Al presente se considera esta operacion como el resultado de un gran número de causas : de la alteracion de los alimentos en sí mismos, de la influencia del calor y de los movimientos oscilatorios del estómago, y sobretodo, de los jugos que se desgajan continuamente de las paredes internas de esta entraña, de la saliva incorporada con los alimentos y que bajó y pasó con ellos, y del ayre no menos que se aspiró al mismo tiempo, y que ó bien obra por su peso ó por su masa, ó por alguno de los principios que le constituyen. El célebre Boerhaave enseñó ya, que los alimentos encerrados en el estómago, como en una olla ó puchero calentado y cubierto, experimentaban alli, por sola la reaccion de sus principios constitutivos, un poco de fermentacion y de putrefaccion, y que en seguida, tanto ya por la cooperacion y concurso de los jugos

salivales esófagicos y gástricos, mezclados con ellos á beneficio del ayre que se aspiró, tanto por el calor que la entraña concibe, ya por los movimientos oscilatorios del estómago, ó por los que le comunican las arterias vecinas y los músculos de la respiracion, se consumaba la operacion, dicha *quimificacion*.

Dumas se adelanta aun y dice, que los alimentos prueban en el estómago un principio de fermentacion, á fin que los principios que los componen se coagulen y se reduzcan, como dicen los químicos, á su *estado primigéneo y naciente*, fermentacion que para y empacha muy presto la accion vital de la *quimificacion*. Dumas señala é indica aun como causas coincidentes de esta *quimificacion*, la naturaleza fermentosa de los alimentos, la facilidad de su disolucion y de su descomposicion, la tan activa energía de los disolventes gástricos, el calor y la humedad del estómago, la tan íntima mixtion de los jugos digestivos, la introduccion del ayre atmosférico en los alimentos, los movimientos del estómago, y las contracciones y dilataciones alternativas de sus paredes y bordes internos, asi como los que le imprimen los agentes respiratorios y las arterias vecinas, y en una palabra, el poder invisible de la vitalidad.

El modo de acumularse los alimentos en el estómago, la morada que alli hacen, la alteracion que aquel les hace probar y sufrir, y el como los arroja é impulsa despues hácia el duodeno, termi-

nada ya la quimificacion, todo esto reunido constituye uno de los actos mas importantes de la grande y pasmosa funcion digestiva.

Aunque el tiempo que el estómago emplea en su funcion digestiva pueda calcularse, generalmente hablando, como en unas cuatro horas, todavia añadirémos que es relativo á ciertas circunstancias que conviene señalar. Dicho espacio de tiempo depende, pues, en primer lugar: 1° de la naturaleza y de la calidad de los alimentos: mas fáciles son estos de digerir, ménos tiempo permanecen y demoran en el estómago; mas duros y fibrosos son, y mas su presencia en dicha víscera se prolonga; la misma proporcion ha de observarse en cuanto á su cantidad; 2° depende de la impresion que hacen los alimentos no menos en el estómago: el alimento que agrada y que antes se deseó, se digiere mas perfecta y prontamente que cualquier otro; 3° de la preparacion que han experimentado antes de comerlos; si han sido bastante ablandados con la coccion ó la maceracion, y especialmente si han sido sazonados hasta un cierto grado, necesario en el estado en que vivimos hoy dia, para despertar la accion del estómago, tanto mas rápida y comodamente se hará la digestion; 4° de la suerte de exercicios ú ocupaciones, á que se puede entregar un individuo cualquiera despues de la comida: el trabajo del gabinete y las pasiones relajan ó suspenden la digestion; cuando se ha comido con sobriedad, conviene imitar la conducta de los

animales, cuyo instinto los incita naturalmente al reposo y al descanso : es útil, por el contrario, el exercicio, para precaver los inconvenientes que podrian resultar del exceso en los alimentos; 5° del estado del portanario; salen del estómago los alimentos con mas ó ménos rápidez, segun se halla mas ó ménos dilatada aquella abertura; 6° enfin, el tiempo que debe de emplearse en la digestion, depende aun del sexô, del clima, de las estaciones y de las habitudes.

Nosotro solo hemos podido dar aqui una exposicion harto sucinta y breve de la digestion, de esta funcion complexâ que abraza y emplea en su generalidad otras funciones, à saber, ciertas sensaciones exteriores é interiores, ciertas acciones musculosas, las secreciones, etc. La importancia de la absorpcion ó absorvencia en la economía animal, es excesiva; 1° porque ella suministra el elemento reparador del flúido que nutre todos los órganos de la sangre, y que, bajo este aspecto, tiene en su dependencia todas las funciones : todo el mundo sabe que las malas digestiones acarrean con el tiempo un estado *caquéctico* (*cachectique*, mala constitucion), y que por el contrario, las buenas digestiones realientan y vigorizan una constitucion desmejorada y caduca; 2° porque, mientras se opera dicha absorpcion, envia simpáticamente y distribuye nuevas fuerzas á toda la economía, y parece que sea asi el punto de apoyo de todas las funciones; en efecto, se ha visto muchas veces de-

saparecer la debilidad aun antes de la quilificacion; 3° porque, mientras dura, reparte en todos sentidos y direcciones la sensibilidad, que sucesivamente está concentrada sobre su aparato, ó diseminada en toda la organizacion. Por otra parte, esta funcion, aunque principal, está subordinada, como todas las demas, á las dos condiciones que presiden siempre, en nuestra máquina, al sostén y á la conservacion de la vida: 1° á la llegada de la sangre cual para dicho efecto conviene; bajo este aspecto depende de la circulacion que le trae la sangre, de la respiracion que la vivifica, de las secreciones que la purifican y de la absorpcion que concurre con ellas para su renovacion; y 2° á un cierto influjo del sistema nervoso, sea que, directo, consista en unas sensaciones ó acciones músculosas, que ella emplea en su generalidad, como son la gustacion, la masticacion, la deglucion y la defecacion; sea que, indirecto, este influxo nervoso provenga del que tiene sobre la circulacion, la respiracion, y de que depende tambien á su vez la digestion; asi, en las funciones del hombre, todo se refiere á aquella reciprocidad, á aquel *consensus* de Hipócrates, á aquel círculo en que el padre de la medicina no podia encontrar ni principio ni fin.

Casi todas las enfermedades del estómago provienen de la cantidad y calidad de los alimentos, y de la mansion mas ó ménos prolongada que hacen en esta víscera, asi como de las bebidas de que se

hace uso. Influyendo estas enfermedades en toda la economía, por la mala *quimificacion* que causan, importa mucho el precaverlas; y cuando ya se han declarado, es preciso tomar medidas para su curacion. El modo de prevenirlas, es de no usar sino de alimentos sanos y de fácil digestion, cuales son las hortalizas, las viandas de que se hace uso bien cocidas y maceradas; de abstenerse de todo exceso en el uso de estos mismos alimentos; de no hacer uso de otras bebidas que de aquellas que ayuden á la fuerza digestiva del órgano; de vedarse y abstenerse de todas aquellas cuyo efecto es de debilitar su energía, por el exceso de actividad que le comunican: asi son generalmente, las que, como los licores, contienen mucho alcohol.

La digestion, pues, no es otro que la introduccion, ó digamos, la ingestion de los alimentos en el aparejo digestivo y su elaboracion en él, en términos que una parte de aquellos, trasformada en un xugo reparador, debe de ir inmediatamente á refrescar y renovar la sangre y reparar los demas órganos, mientras que la otra queda enteramente privada y despojada de todo principio que pudiera hacerla capaz de asimilarla, orgánicamente hablando.

§ III. — Del sitio probable de las enfermedades, y del príncipio mórbido de los humores.

De un enfermo, que despues de haber pasado de repente de un calor excesivo á una atmósfera glacial, se siente acometido de una grande postracion de todas sus fuerzas vitales, suele decirse que la causa de su enfermedad es un *sudor vuelto á dentro*; cuando la caida de un cuerpo pesado ha conmovido vivamente la armazon huesosa de un individuo cualquiera, y sumergídole en el delirio y los dólores mas agúdos, se califica y se mira aquel golpe como causa de su enfermedad; enfin, en todas las incomodidades que nos acometen y aquejan, no se omite jamas en ir à buscar la causa de las afecciones internas en alguna ocurrencia ó acontecimiento exterior.

Tratariamos solamente de ridícula esta pretension, si no influyera sobre las ideas y sobre el discurso, y si no acarreara unas consecuencias tan graves; los que ya estan acostumbrados á discurrir y juzgar asi, no dejan de encontrar la causa ó el sitio de nuestros padecimientos en las varias partes de los órganos, que manifiestan estos síntomas, mas ó ménos exclusivamente que aquellos. Asi; que nos sobrevenga una oftalmía, una sordera, un ataque de gota, una retencion de orina, etc., la causa y el sitio verdadero del mal estan en el ojo, en el órgano del oido, en la pierna, en los lomos, etc., y se di-

rigen imprudentemente los medios de curacion hácia aquellos sitios supuestos de la enfermedad. El público hace pronto justicia de unas tan funestas equivocaciones.

Y en efecto ¿ como la naturaleza que procede en todo con tanta regularidad, que se muestra siempre tan buena, tan ingeniosa y tan sencilla en sus medios, como la naturaleza pudiera escusarse y responder al reproche que con tanta justicia pudiera hacérsele, de obrar sin razon, pues que hubiera colocado la causa de nuestras enfermedades en cualquiera otro hogar, de suerte que nos fuese imposible el atacarlas en las *vísceras abdominales* ? ¿ No es este, en efecto, el solo órgano que sea accesible á nuestros esfuerzos, si nos es permitido el hablar asi? ¿ Podemos acaso llegar á cualquiera otra parte de nuestro cuerpo por otra via, que la que nos enseña la naturaleza? No nos es dado el tocar uno de los texidos interiores sin romper el texido éxterior, ni de curar allí un mal, sin hacer otra nueva herida; y cuando es uno de los órganos principales, esenciales para la vida, el que se halla afectado, como el corazon, el celébro, los pulmones, etc. ¿ como podriamos llegar hasta ellos por otra via que la del canal alimentario, sin poner en mayor ó en menor peligro nuestra vida ?

Ora bien, en todo esto no hay mas de nuevo que los medios curativos que nos apresuramos de ofrecer á la salud de los enfermos, y cuyas virtudes conservadoras proclamamos á alta voz y sin hesita-

cion; porque perfectamente ilustrados por una experiencia mas motivada y establecida sobre unos hechos mejor coordinados, hemos reconocido su alta importancia y su innegable eficacia, tanto mas que las bendiciones del pobre como las del rico han venido á alentarnos en nuestra empresa.

Decimos, pues, y sostenemos, que la causa de nuestras enfermedades tiene principalmente su foco y centro en el canal intestinal, y que alli deben atacarla los medios curativos.

Se preguntará talvez, ¿ que cosa es este principio ó causa morbífica, y cual sea su naturaleza? La misma pregunta se han hecho á sí mismos muchos médicos, y han creido, ó fingido creer que á fuerza de palabrotas, habian definido la cosa.

Sin embargo, á pesar de sus doctos sistemas, no es ménos cierto que ha siempre huido y permanece aun impenetrable este principio morbífico á la análisis, y que no pueden nuestros ojos alcanzarle en las regiones interiores donde está colocado : es un secreto que la naturaleza no nos ha querido aun ceder, contentádose con revelarnos su existencia y su centro ó su foco. Ella nos ha dicho : *básteos el poderle dominar: os está vedado el conocerle; no son accesibles á la vista de los mortales todas las luces de la verdad.*

Por consiguiente, no nos detendrémos en explanar aqui la opinion que ha saludado este principio del nombre de *humores.* Esta voz puede representar muchas cosas que no sean morbíficas, si nos

atenemos á su primera significacion. Los Latinos daban dicho nombre de *humores* á la humedad del suelo, al jugo de las plantas; y por cierto que es necesario á nuestra organisacion el que haya en nuestros flúidos semejantes humores y partes aquosas.

Otros han llamado aquel principio morbífico, *serosidad humoral*. Solo la palabra está cambiada; la idea subsiste la misma, y es siempre defectuosa.

Por lo que á nos toca, dividirémos las substancias de que se compone nuestra economía, en dos especies: sólidas y líquidas. Las sólidas, cuales son los huesos, músculos y nervios, sirven para sostener la armazon del cuerpo, á operar los movimientos de la *locomocion* y producir en nosotros las sensaciones.

Las líquidas sierven á reparar, por su circulacion, las alteraciones, las pérdidas de las sólidas. Se subdividen en dos clases: *los humores y la sangre*. La sangre es el líquido que circula en las venas y arterias, y todos los demas líquidos componen lo que entendemos bajo el nombre colectivo de humores.

Nunca se ha negado que el origen de las enfermedades existiese en los líquidos, segun la acepcion general de esta palabra; pues, si padecen nuestros sólidos, es evidente que ya no reciben, con la misma proporcion ó integridad aquellos jugos reparadores que los preservaban de padecer poco antes. ¿En efecto, como se podria explicar este cambio ó novedad, sino admitiendo que

estos sólidos tienen un *sobrante* que los fatiga, ó un *algo menos* que los enerva, y que los líquidos solos los han reducido á este estado, cuando su comun manantial se ha hallado ó corrompido ó agotado?

No fué esta la senda que siguieron los primeros maestros del arte que profesamos. Observáron las enfermedades, notáron los efectos de los métodos curativos que habian empleado, y así llegáron á conocer la eficacia de los unos y la inutilidad de los otros. Este es precisamente nuestro método tambien, y á fin de que puedan juzgar por sí mismos nuestros lectores y apreciar la verdad de nuestras aserciones, igualmente que la futilidad de los argumentos de nuestros contrarios, creemos de nuestro deber ilustrarlos sobre los principios descubiertos por la analísis en los humores y en la sangre, y explicarles la formacion de dichos líquidos, y así los dispondrémos á calar mucho mejor toda la fuerza de los argumentos que establecen victoriosamente la evidencia de nuestro sistema curativo, es á decir, la eficaz influencia de los purgantes sobre la economía animal.

Los humores que se deben ofrecer los primeros á nuestra observacion, son los que produce inmediatamente la digestion: todos los demas líquidos proceden no menos de este foco ó centro comun.

Vienen, enfin, los humores elaborados y extraidos de la sangre por las glándulas, órganos secretorios los mas complexos de la economía animal;

tales son las *lágrimas*, filtradas, ó *secretadas*, por decirlo asi, por una glándula situada en la faz interior de la cavidad de la cuenca del ojo, y destinadas á mantener la calidad lúcida de este órgano; la *saliva*, humor *secretado* por diez glandulas, colocadas en las inmediaciones de la boca, y destinadas á las funciones de la masticacion, y á disponer los alimentos ya triturados á probar varias modificaciones en la canal alimentosa; el zumo *pancreático*, destinado á diluir el *quimo* y á predisponerle para su *quilificacion;* ultimamente, *la orina secretada* por los lomos, y destinada á depurar y á llevarse en pos de sí el producto de esta filtracion y secrecion particular, que hace un tan gran papel en las diferentes afecciones morbíficas. Tales son los principales humores que circulan por nuestro cuerpo. No siguiéron todos los siglos esta clasificacion; y nos guardarémos sobrado de exponer ahora á la vista de nuestros lectores las teorías, los quiméricos sistemas que ha procreado la imaginacion sobre este asunto, y que mas bien se deben condenar á un olvido perpetuo.

Solo hemos querido darles á entender, como los humores provienen, mediata ó inmediatamente, del organo destinado á la digestion, y hacerles comprender, que si adolecen y se vician, es porque las funciones digestivas han padecido alguna alteracion; y para volverles su entereza primitiva, es preciso ir á buscar y acometer el mal en su propio foco.

Como quiera que sea de todas estas teorías, no

por eso es menos cierto, que aquellos, de entre dichos autores, que abandonando el método sanguinario, que consiste en violar los canales por donde corre el vehiculo de la vida, y en hacer surtir la sangre de las venas de un hombre viviente, han dirigido sus medios terapeúticos contra el hogar donde vienen á elaborarse los primeros materiales de estos humores; es decir, que han procurado evacuar la canal alimentosa, verdadero laboratorio del cuerpo humano, y libertarla y limpiarla de los *embarazos* y de los *jugos viciados* que un accidente cualquiera amontonaba alli, y donde los humores se impregnaban de calidades mórbidas; no es menos cierto, repetimos, que dichos hombres han sido los bienhechores del género humano. Nuestros conocimientos modernos en la fisiología y en la química aumentan aun la gloria de sus métodos curativos y nos hacen suscribir á ellos, sin dar por esto mas fuerza á sus sistemas.

El purgante que señalamos y que recomendamos á la atencion de nuestros enfermos, afecta particularmente la superficie mocosa de los intestinos delgados y la de las numerosas glándulas esparcidas en ellos; una grande serosidad y unas materias *moco-viscosas* son el producto de esta accion, hallándose mezcladas en grande abundancia con las otras secreciones abdominales, cuya expulsion provocan. En seguida, como las potencias simpáticas unen el canal intestinal con los demas órganos, y por la

conmocion física que resulta de este purgante, todos los aparejos orgánicos sienten y reciben su influjo, se acelera la circulacion, la secrecion de las orinas es por lo comun mas abundante y la temperatura del cútis se eleva sensiblemente; mas en breve disminuyen estos fenómenos, y la calma no tarda en renacer, acompañada de un desmadejamiento de las fuerzas físicas y morales, en proporcion del sacudimiento, pero que un simple caldo de carne cocida puede disipar.

No tememos decir, y nuestra frecuente experiencia lo ha confirmado, que la repetida administracion de nuestro método evacuante es uno de los medios mas poderosos que se pueda ofrecer al arte, para combatir generalmente todos los afectos mórbidos del género crónico; aun es el solo que presente unos resultados tan satisfactorios como numerosos, si se miran con imparcialidad los de los otros métodos curativos.

Hipócrates, Galeno, Celso, Stahl, Sydenham, etc., han celebrado la eficacia de los purgantes, semejantes en un todo á los que nosotros empleamos.

Cuando las influencias morbíficas, pues, hubiesen ocasionado y provocado la formacion de estos humores viciados é infectos; cuando las vias digestivas se encuentran afectadas por una atonia ó debilidad flegmática y viscosa, y repletos y obstruidos los canales biliosos; cuando en una palabra, el organismo todo cae en una especie de postracion, del cual no pudiera garantirse sino á beneficio de

tal cual sacudimiento, siempre peligroso, decimos, que no hay cosa mas bien demostrada como la de que no debe perderse minuto en desobstruir el canal alimenticio, á fin que todas las demas funciones orgánicas recobren su primitiva y salutífera actividad.

Un purgante no puede provocar un sacudimiento peligroso, cuando es un facultativo de conciencia y que conoce á fondo los principios del arte el que ha combinado sus substancias. Esta es la ventaja del *toni-purgativo* y de la *sal désopilatoria*, cuya composicion, objeto de toda nuestra solicitud, corre á cargo ademas de uno de los mas hábiles farmacéuticos de la capital. Y no tendrémos el menor empacho en decir y repetir á alta voz y en asegurar, que su empleo y uso será coronado por el éxito mas feliz, toda vez que se le administre con arreglo á las fórmulas que van prescritas al fin de esta obra.

CAPITULO II.

De la sangre. — De las sanguijuelas.

---

§ I. — De la sangre.

En todos los siglos, una multitud de prácticos se han mostrado partidarios zelosísimos de la doctrina que coloca en la sangre el foco principal de las enfermedades. Esta doctrina es de una aplicacion tan fácil; es una cosa tan extremo sencilla el sacar dos ó tres copitas de sangre à un enfermo, y dexar despues á la naturaleza el cuidado de reemplazar, no sin harto trabajo, la pérdida de un líquido que con tanto tiempo ella habia elaborado, que la preocupacion en favor de esta teoría, nada tiene de estraña á los ojos del hombre que conoce un poco la ligereza de muchos de esos pretensos dispensadores de la salud.

El refutar esta doctrina es un empeño harto fácil, y sobre todo, bien honroso para un medico amigo de la humanidad. Ora bien, para hacer mucho mas clara y patente esta verdad, sentarémos en primer lugar, que el foco primitivo de las enfermedades no está en la sangre; y en segundo lugar, que aun

cuando se probase que reside en efecto en la sangre, no por eso dexaria de ser perniciosa la sangria, y por consiguiente se la deberiá excluir muy frecuentemente de la clase de los medios curativos.

Primeramente : no reside en la sangre el foco de las enfermedades.

1° Porque si asi fuera, como es mátematicamente demostrado, que este flúido circula en todos nuestros miembros, y que va continuamente del centro á las extremidades, y de las extremidades al centro, se seguiria de aquí que, en todas nuestras enfermedades, todas las superficies de nuestro cuerpo habrian de experimentar los mismos dolores; pues, recibiendo todas igualmente un líquido depositario del principio morbífico ¿ como podria la una probar ciertos efectos, sin que la otra los probase tambien? La experiencia nos enseña á cada paso y diariamente todo lo contrario, y aun sucede bien à menudo que una ó solo dos partes precisas y determinadas del cuerpo sean el centro único de los dolores.

2° Podriamos tambien preguntar à los facultativos, partidarios de la sangría : ¿ Quien os ha dicho que reside en la sangre el principio y foco de nuestras dolencias? Vosotros que en tantas circunstancias diferentes habeis visto la sangre humana correr á vuestros pies ¿ habeis notado alguna diferencia esencial entre la sangre de un hombre levemente indispuesto, y la de uno amenazado de muerte? Ninguna diferencia nos podeis indicar, y todos los

esfuerzos de la análisis no han sido mas dichosos que vosotros. Se han señalado algunas diferencias en la circulacion y en algunas propiedades accesorias; pero en todas las circunstancias mórbidas, siempre ha presentado la sangre los mismos principios constitutivos.

Si sucediera que la sangre se corrompiese, ninguno de nuestros remedios podria volverle su entereza primitiva y retardar el instante de la muerte; la sangre, entre los antiguos, era la vida; y esta idéa, reducida à la expresion mas sencilla, no es mas que el reconocimiento de una verdad que los siglos no han cesado de proclamar. La vida se disuelve cuando está descompuesta la sangre, y como los prodigios todos del arte no bastarian á encender de nuevo ó bien perpetuar la antorcha de la vida, infiérese de aqui que la sangre no podria recobrar su primitiva calidad vital con todos nuestros socorros y auxilios.

Déyeux y el célebre *Parmentier* han sometido á la análisis la sangre que habian extraido de las venas del brazo de varios enfermos afectados de *calenturas adinámicas*, y sus pesquisas no han obtenido resultado alguno satisfactorio que pudiese probar, que dicho estado morbífico hubiese alterado la sangre de aquellos enfermos. No menos infructuosos han sido mil otros ensayos de esta especie: la alteracion poco esencial que puede experimentar la sangre, durante el curso de algunas enfermedades, es un fenómeno vital que se negará y ocultará siem-

pre á las investigationes de la química. En efecto, ¿de que nos serviria citar las pequeñas modificaciones, observadas todavia por los mismos profesores, en la sangre de dos escorbúticos; por M. *Richerand*, en la sangre de un hombre anciano que adolecia de una ulcera roedora y varicosa; por *Bichat*, en las venas de un cadaver, en el Hospital-General?

Todas estas modificaciones, muy poco precisadas, aun cuando no pudieran atribuirse á una putrefaccion, causada de repente por el contacto del aire atmosférico; aun cuando no se hubieran observado en la sangre de unos cadáveres, ó de individuos prontos á morir, todas estas modificaciones no probarian todavia que el foco de las enfermedades estuviese en la sangre: siempre se podria responder que estas alteraciones de la sangre son el efecto y no la causa de la enfermedad, que la causa comun está en el manantial de que la sangre se alimenta, y asi quedaria incierta é irresoluta la cuestion.

Decimos en segundo lugar, que aun dado de barato que residiese en la sangre el foco de las enfermedades, la sangría no podria volver la salud á un enfermo.

No hablaré por menor de los casos numerosos en que los mismos partidarios de la sangria prohiben rigorosamente su aplicacion; me guardaré bien de hacer mérito de los casos, en mucho mayor número aun, en los cuales la pérdida facticia de la sangre, ocasiona la de la vida. Nos contentarémos con hacer

una sola comparacion que ha de resolver, asi la creemos, la segunda cuestion que acabamos de proponer. Cuando un terreno se halla tan cansado y sin jugo, que ni aun arándole y binándole pueda el agricultor volverle su fecundidad primera ¿será quitando al campo una parte de la substancia que le queda, en lugar de bien estercolarle, que podria esperar el volverle su vigor? ¿Sacaria acaso y le privaria de una cantidad considerable de tierra, aguardando que la restante, entregada á sus propias fuerzas, recuperase su vigor y su fecundidad? No seria tan tonto. Le agrega y no le quita nada; sabe que el terreno ha perdido los jugos nutricios; procura el darle otros, y el estiercol de que va cubriendo su superficie, no tarda en corresponder á sus deseos; y pues, en esta segunda suposicion, este terreno seria el cuerpo á quien se priva de su sangre en todas las canales por las que va circulando: porque la sangria no se lleva solo la porcion viciada (¿Quien os lo habria revelado?), si que la masa entera. Así pues, extrayendo una cantidad cualquiera de sangre, no habréis purificado el resto; os habréis empobrecido y nada reparado; habréis disminuido vuestras fuerzas ya debilitadas, y robado al hogar de la vida un resto de calor, del cual dicho flúido es el conductor mas incontestable. ¡Desgraciados! ¿que esperais de vuestra temeridad?... sentimientos y remordimientos tardíos.

Para un hombre de juicio y de razon queda ya demostrado, que, aun suponiendo que sea la san-

gre el foco de la enfermedad, la sangría nada restableceria y que el principio morbifico no pudiera desaparecer, sino llevándose y arrastrando consigo toda la masa de la sangre, ó en otros terminos, la vida.

¿Quien no se admiraria, despues de lo que acabamos de decir, que un principio tan destructor del género humano haya recibido tantas aplicaciones exâgeradas?

Las personas instruidas saben que el célebre *Guy-Patin* no pudo preservarse de esta contagiosa práctica, que iba sangrando como los demas, y prescribia siete sangrias por año à las personas mismas cuya buena salud parecia haber de poner al abrigo de semejante sistema.

Luis XIII, siendo niño, fué sangrado cuarenta veces en un año; y quizas fué á este fatal abuso de la sangría que debió el temperamento achacoso y la debilidad de espíritu que le hizo el esclavo tímido é inquieto de Richelieu, cuyo despotismo hubiera hecho caducar una sola mirada del irresistible Luis XIV. Sabemos que *Fagon*, médico de este último monarca, le purgaba frequentemente, y que Moliere transformó el nombre de *Fagon* en el de *Purgon*: ¿y por ventura dichas purgas enervaron el gran carácter de Luis XIV?

¿No era tambien el docto *Bosquillon* un médico sangrador con exceso, y las observaciones diarias no han venido á ser la censura clínica de esta práctica? ¿Cuales eran los resultados de aquellas sangrías in-

moderadas en el Hospital-General? unas curas ménos frecuentes y convalecencias mas largas, en las salas precisamente cuya direccion médica estaba confiada á este profesor, cuya erudicion era demasiado sistemática. ¿Y un cierto aparato de ciencia podria justificar el abuso que se hace del sentido comun? Lo cierto es, que no siempre se ha pensado fuese necesario el deramar la sangre de los hombres, para hacerles recobrar la salúd.

El gran Hipócrates babia previsto los pelígros de esta práctica: en una de sus obras nos ha déjado escrito, que la impotencía viril era una enfermedad particular de los habitantes de la Scitia, porque aquellos pueblos, todavia salvages, tenian la funesta costumbre de hacerse abrir la arteria de las sienes, con el objeto de procurarse un alivio en sus fatigas y carreras.

Es preciso, pues, persuadirse bien, que la sangre es la parte mas pura de nuestro cuerpo; que es el resultado de todas las elaboraciones de las vias digestivas, de los ventrículos del corazon, y de las funciones del órgano del pulmon: que es, enfin, una *carne flúida*, para servirme de la tan pintoresca expresion de un famoso fisiologista, y en consecuencia, esforzémonos en calmarla, antes que en robarla á nuestra existencia.

Sin embargo, debemos admitir la necesidad relativa de la sangría en el principio de algunas enfermedades inflamatorias ó *flemasis*, bien que desaprobando el método de varios prácticos que la renue-

van mientras observan sobre la sangre una costra grasienta, que unos llaman inflamatoria, otros *pleurética*. *De Haen* ha demostrado en su primer tomo de *Ratio medendi*, quan equívoco es este indicio; y las bellas experiencias de *Parmentier* y del profesor *Deyeux*, prueban que la inspeccion de la sangre es un señal y guia harto engañoso en las enfermedades. M. Chevreuil y el profesor Magendie, con recientes observaciones, hechas en el Hospital-General, han extendido considerablemente estos conocimientos, y los perficionan cada dia mas.

Por lo demas, los prácticos no pueden negar un hecho que todos ellos han observado frecuentemente: y es, que en las enfermedades inflamatorias, la sangre presenta casi siempre aquella costra grasienta llamada *pleurética*, y que, en este caso, cualquiera que sea el numero de las sangrías, permanece siempre aquel signo engañoso. Esta circunstancia induce en error á muchos médicos, que obran por rutina y que porfian en sangrar, aunque todos los síntomas indiquen lo contrario. Sea pues lo que fuere de la naturaleza de aquella costra *inflamatoria*, nombre que le damos solo para señalarla y hacerla conocer, no debe hacer caso de ella el médico instruido; lo que debe de fixar su atencion y provocar su determinacion y juicio, es el conjunto de los síntomas y el estado general de las fuerzas del enfermo.

Tissot hace mencion de veinte sangrias practicadas en dos dias; pero, añade el célebre práctico

de Lausana, esto solo prueba que el cirujano era un ignorante, y que la buena constitucion del individuo habia resistido al mismo tiempo á la enfermedad y á la cura.

§ II. — De las sanguijuelas. — Abuso que hacen de la aplicacion de estos reptiles algunos médicos dichos *fisiologistas.*

Los abusos sin cuento de un sistema mortífero, que, por un prestigio casi increible, se ha propagado hace ya algunos años con extraordinaria rapidez, no menos que los desastres que ha habido naturalmente de producir, nos empeñan á levantar la voz contra este terrible azote, é impedir, si posible fuese, los progresos de un mal, de que ni la edad, ni el sexo, ni los temperamentos, ni las diferentes posiciones sociales, ni la riqueza, ni la miseria han podido hasta hoy preservarse ó garantirse.

Mas ¿lograrémos el desengañar á nuestros lectores y pertrecharlos contra las venenosas mordeduras de las sanguijuelas? ¿contra sus mord duras dolorosas, tanto cuanto son sucios y asquerosos dichos reptiles? ¿y podrémos por fin lisongearnos que se abandonen á un eterno olvido esas ingeniosas cuanto engañosas teorías, que han arrastrado en pos de sí y precipitado en los mas funestos escollos á mil jóvenes é inexpertos facultativos?

Debemos sin embargo decir, en honor de la verdad, que la mayor y la mas sana parte de los pro-

fesores del arte médica han principiado á renunciar á esta odiosa manía, convencidos sin duda de sus tan tristes resultados. ¡ Quien sabe si les habrán aparecido en sueños las venerables sombras de los Vicq-de-Azir, de los Barthès, Sydenhâm, Stall, Boerhaave y Bichat, para desengañarlos y traerlos al verdadero camino! pero hay infinitas personas, de aquellas á quienes la moda seduce y arrastra en pos de sí el mal ejemplo, que se someten aun bien ciegamente, como resignadas victimas, á la cruel mordedura de estos gusanos *devoradores*.

Infestada se ve hoy de ellos la Francia, merced á ciertos negociantes estrangeros [1] que especulan sobre nuestra sangre: y aun lo que parece mas incomprensible, han llegado á faltar en nuestro pais para una tan excesiva consumacion y como frenesí, que nuestros pantanos y paludes no han bastado á satisfacer y sostener. La España, la Polonia, el Egipto, la Italia, y hasta la Turquía misma, como nuestra aliada agradecida, nos envian cargazones enteras de estos inmundos reptiles para que chupen nuestra sangre, y he aqui las sanguijuelas españolas, italianas, egipcias y turcas que vienen á porfía á saciarse de sangre francesa, y bien impunemente.

E intimamente convencidos, como nosotros lo estamos, de cuan interesante sea para el bien de la

1 Cerca del canal de San Martin existe una casa, y en el fróntis de ella se ve un cuadro ó muestra en que se lee la inscripcion siguiente: *Casa de comercio de sanguijuelas de paises estrangeros.*

humanidad el arrancar el fatal velo que aun hoy cubre los ojos de la multitud, harémos la debida justicia de esta violacion de los principios fundamentales de la ciencia, ilustrarémos á nuestros lectores y les aconsejarémos à vivir alerta con respecto á unas doctrinas, talvez ingeniosas, pero no ménos funestas, y les demonstrarémos que los sistemas incompletos son casi siempre peligrosos, porque ó nos empeñan en falsas é ilegítimas rutas, ó bien carecen de una base sólida, capaz de hacernos volver ó de guiarnos en la de la simple razon.

La verdadera medicina, conservatriz de la vida de los hombres, no puede menos de repeler y anatematizar un método tan mortífero, y nosotros le atacarémos por quantos medios nos sean dados.

Esperemos, pues, que estos doctos vampiros no condenarán eternamente sus pobres enfermos, y con tal sangre fria, á ser la víctima de esos ejércitos de sanguijuelas, porque cada siglo ha visto reinar su gusto y su moda particular, y esta pasará, y caerá por fin el velo que ciega á tantos incautos: ¡ Plegue á Dios que los consejos de nuestra larga experiencia les enseñen á sustraerse y á evitar un sistema bárbaro, que la naturaleza condena, y que es la desolacion y la ruina del mundo medical y farmacéutico!

Hasta en los tribunales de justicia [1] han retrona-

[1] Un boticario ó farmacéutico, acusado y citado ante el tribunal de policia correccional, por tener al mismo tiempo dos

do ya la quejas articuladas contra este espantoso abuso de las sanguijuelas; cumpliráse, pues, nuestra prediccion, que el porvenir no déjará de justificar algun dia. Sí; el tiempo nos enseñará á mirar con el asco que se merecen estos hediondos insectos, y confirmará los reproches que tan merecidos tienen estos modernos *Sangredos*, imprudentes novadores, que, mas por un cierto instinto de imitacion, de hábito ó de sistema, que no por una conviccion real, pretenden trasformar nuestra época medical en una verdadera *sanguinomanía*.

Al hablar de la sangría, hemos tomado esta palabra en su mas general accepcion, colocando bajo la misma categoría todos los procederes que se emplean para sacar la sangre de nuestro cuerpo.

Dichos procederes y métodos consistian en otro tiempo, ó bien en hacer una incision en una vena con una lanceta, ó bien en desobstruir el sistema capilar por medio de alguna sajadura. Estos métodos han pasado de moda con sus partidarios; pero las doctrinas contestadas parecen querer eternizarse, y las sanguijuelas de los modernos continuan la cruel guerra que la sangría habia déclarado á la

boticas abiertas, la una en Paris, y la otra en Belleville, ha respondido al tribunal, que hace ya algunos meses que se ocupaba de vender su farmacia de extra-muros, cosa que no habia podido conseguir, en razon de que las sanguijuelas habian completamente desacreditado los establecimientos farmacéuticos. El acusado fue absuelto, atendido el silencio del Código penal relativamente al caso en cüestion.

humanidad, y aun con mas encarnizamiento que ella. El que se hubiera atrévido, treinta años hace, á predecir y anunciar el buen suceso y triunfo de un tan bárbaro sistema, hubiera sido califiado como un loco; y sin embargo, no hay cosa mas cierta: de este modo se van sucediendo unos á otros, en la medicina, y reproduciendose ó ya destruyéndose mutuamente todos los sistemas, por la sola razon que estos solo existen en los libros, y no en la naturaleza.

Algunos ejemplos de buen éxito, bien que entendidos en un sentido contrario, han servido de base y para acreditar el sistema del uso de las sanguijuelas; pero este proceder no ha sido dictado por un juicioso raciocinio: hase presentado en la escena un profesor, que desdeñando los caminos trillados y conocidos, creyó no podia encontrar un mejor medio de meter ruido y de hacer bulla, que el de ponerse en contradiccion con todos sus cofrades y compañeros; no perdonó al efecto medio alguno, publicando unas ideas en todo diferentes de cuantas habian sido sancionadas hasta su tiempo; en una palabra, ha querido persuadirlo asi á todo el mundo, y aun á sí mismo, bien que despues haya podido convencerse de que se equivocaba de todo punto, creando unos castillos en el ayre, tan agenos de toda verisimilitud. Todo cuanto tiene visos de nuevo y de maravilloso ¡ es para nosotros tan tentador! Los compañeros facultativos principiaron por mirar con desden, criticaron despues y gri-

taron por último al escandalo! Levantóse una grande algarada, se escribió mucho de parte y de otra; pero la novedad debia de triünfar y triunfó. Los médicos jóvenes se hicieron todos de su partido, y muchos de sus contrarios, viendo que no habia otro arbitrio para contar con tal cual visita y lucro, se adhirieron á dicha doctrina por imitacion, y acabaron por creer en ella y seguir à los demas: y he aqui de que modo se ha visto preconizada y admitida sin reflexion alguna la funesta doctrina de las sanguijuelas, y como una idea falsa, adoptada como verdadera, puede llegar à ser bien mortífera.

Y entre los discípulos mismos del doctor Broussais ¡ cuantos hay que han adoptado sus preocupaciones, sin estar dotados de su gran talento para sostenerlas! ¡ cuantos han podido dejarse arrastrar hácia los errores mas graves, hácia unos errores verdaderamente espantosos, por haber seguido sobrado á la letra y bien rigurosamente las consecuencias de un sistema informe y mal combinado!

Este profesor sabe utilizar todas estas ventajas á fin de propagar su doctrina, y de hacerse admirar y proclamar por sus prosélitos, activos siempre en elogiarle hasta las nubes! Sabe, como el mas diestro, presentarse en la escena á propósito, y hasta tiene la ambicion de elevarse à rival de los primeros profesores de la Facultad y reynar exclusivamente en las escuelas; y he aqui sus estratagemas de guerra y todo el secreto de su ciencia!

Muchos de los médicos de una cierta edad han

desaprobado altamente la doctrina de un profesor entusiasta; pero en cambio han suscrito á ella y adoptádola casi todos los modernos ó jóvenes. Porque el vicio capital de los jóvenes iniciados fue siempre el de abandonarse á la rutina, el de respetar ciertas habitudes sin querer discutirlas, y el de fallar sobre el mérito de un método cualquiera bajo palabra, y consiguientemente al juicio de un profesor, ó deslumbrado ó preocupado, prefiriendo someter su razon, escandalizada bien á menudo de lo absurdo de ciertas doctrinas, antes que librarse á su examen. El profesor ha como inspirado estas malas disposiciones á sus discípulos; sus preceptos y ejemplos les han dado un nuevo ensanche, y el uso y la práctica las han fortificado.

Y sin embargo, es una cosa harto demostrada y notoria, que unos hechos dudosos, sin una cierta coordinacion y analogía entre sí, bien que se los haya querido reunir en un sistema, no podràn jamas constituir lo que llamamos la ciencia.

Dejemos enhorabuena la imaginacion y sus calidades brillantes á los poetas y á los artistas; mas con respecto á los médicos, ella suele serles perniciosa bien frecuentemente, y aun mas á sus enfermos. Entretanto, he ahí á sus discípulos, que seducidos con aquel relumbrante oripel, y aplicando sin discernimiento las ideas prácticas de su maestro, no sueñan otro que flegmasias, ni piensan en nada mas que en sus tristes sanguijuelas. Y no es esto solo; sí que imbuidos en la doctrina de su

maestro, aun se propasan y adelantan mucho mas que no él mismo: ¿y podria este hacerlos volver á entrar en el buen carril? ¿nuestro orgullo propio no nos dicta el respingarnos contra todo género de oposicion? porque ¡ cuan humillante y vergonzoso no seria el haber de confesar, que eran purísimas é infundadas quimeras las doctrinas que con tanta pasion preferiamos!

En el conjunto general de nuestro sistema orgánico, y en cada uno de sus elementos en particular, existe una tendencia hácia una marcha regular y dulce: cuando nuestra economía se ve expuesta á unos sacudimientos y trastornos irregulares, es solo por una especie de excepcion á las leyes vitales. Esta uniformidad que la naturaleza sigue en el acto de la vida, es la verdadera pauta y norma que debe proponerse el médico, que en la práctica de su arte debe aun tener presente, que toda medida violenta es en extremo peligrosa, aun cuando por otra parte parezca necesaria. Apoyado en estas consideraciones, el doctor *Castel* acaba de abrir una larga brecha al edificio medical de M. Broussais, en una obra que seria una completa y magistral refutacion de la doctrina entera del mencionado profesor, si el autor no hubiera preferido atacar ciertas proposiciones aisladas, mas bien que la totalidad de su sistema: sus razonamientos son vigorosos y harto poderosas sus objeciones: el doctor Castel ha dado muestras de una gran sagacidad en el análisis de ciertos pretensos principios fisiólogicos, pues de-

muestra cuan absurdos sean hasta en sus últimas consecuencias.

Por fortuna ciertos médicos principian ya á querer sacudir el infamante yugo, al cual, durante largo tiempo habian sujetado su cerviz, y se empeñan, tomando la observacion por única guia, á remontarse desde los hechos á las causas.

Y en efecto ¿no es una cosa fuera de toda duda, que en la generalidad de las dolencias que atacan nuestra feble existencia, es precisamente sobre el canal intestinal que nosotros debemos operar, ó bien sea para atajar el mal en su principio, ó bien para destruirle en el foco en donde se acumuló? ¿Como es, pues, que unos médicos prácticos han despreciado esta doctrina, obstinándose en atacar el mal en unos sitios, por los cuales no hace mas que pasar, y nunca en el centro, de dó salió ó al cual forzosamente vuelve? ¿Porque se obstinan, pues, en aplicar sanguijuelas y mas sanguijuelas, con la intencion de expeler el buen principio como el malo, y el bálsamo, como el veneno de la vida? ¿Porque el médico, que por el horror que tiene á la sangre, no se atreve á atacarla esta con la lanceta, recurre à sus auxiliares las sanguijuelas, mucho mas crueles que aquella? ¿Y porque, en fin, estos hediondos bichos han llegado à ser el específico casi universal del moderno empirismo? Por la sola razon de que no hay doctrina tan funesta que la moda general no pueda acréditar; porque se abraza y se sigue una teoría cualquiera, solo por obcecacion y

por entusiasmo, que impide á nuestra atencion el divagar y fijarse en un objeto único; y en fin, porque hasta en las profesiones mas respetables es como una ley que hayamos de estar condenados á ver partidos, cábalas, gefes y banderas, ó colores diferentes.

Y como la parte mas dificil y la menos adelantada de la medicina, es sin disputa el conocimiento de la naturaleza precisa de las afecciones internas, ha debido existir una muy acalorada controversia sobre la cüestion de saber, si la calentura adinámica, por ejemplo, es una enfermedad esencial, ó un síntoma solo de una irritacion en el tubo intestinal: el doctor Broussais sostiene esta última proposicion, y casi todos los demas médicos la primera.

Por lo que á nosotros toca, excitados por un sentimiento de humanidad, no cesarémos de exclamar: No, no se prolongará la vida del hombre, apurando y enervando su principio vital con repetidas sanguijuelas, y sí solo removiendo los obstáculos que pueden embarazar la marcha de aquella. Sabemos tambien, que á pesar de la experiencia y de tantos desengaños comprados á sobrado alto precio, no faltarán opositores á nuestras aserciones, y que para hacerlas triunfar estas, necesitamos de perseverancia, de tiempo y de carácter. La enseñanza mútua, la vaccina y el gaz cuentan aun un gran número de contrarios; el espíritu de rutina es el mas general y el mas comun, porque es el mas

fácil : no debe pues causarnos admiracion si una gran porcion de jóvenes médicos han adoptado el sistema *Broussais.*

La influencia que un médico ejerce sobre la opinion, concurre poderosamente á propagar sus ideas, cuando ocurre el caso que aquel proponga y anuncie una doctrina nueva.

Este sistema ha debido tambien el extraordinario suceso que ha obtenido al contagio del mal ejemplo; entre los discipulos que le han adoptado, muy pocos son los que le han sometido á una discusion séria y profunda, porque la mayor parte no estaban en el caso de entregarse á un trabajo de esta especie; pero siguieron la corriente, aumentaron asi el número de los partidarios, y creen hoy lo mismo que los maestros creyeron. Esta ignorancia los hace magistrales y orgullosos, y aun los induce á indignarse y encolerizarse muy seriamente contra aquellos, que objetan ciertas dudas contra los sueños que han concebido y dado á luz sus mal organizados celébros. Añádase á esto tambien el atractivo de una cierta novedad; en todos tiempos fue de ordinario uno de los móviles principales de nuestras revoluciones médicas.

Hay tambien opiniones que nuestra naturaleza parece favorecer, y esta es de dicha categoría, porque aquellas son una consecuencia necesaria de la debilidad como de la diversidad de nuestros espíritus. En el arte de curar se ha substituido muy frecuentemente unas preocupaciones nuevas á

otras antiguas. Los médicos son hombres, y en consecuencia no siempre pueden preservarse de los errores de sus contemporáneos, porque la tendencia perpetua de la imaginacion fue siempre la de reemplazar lo real y lo verdadero por lo maravilloso.

Las doctrinas del doctor Broussais ofrecerán siempre materia á dos interpretaciones de diferente naturaleza, porque contarán siempre de una parte con partidarios ignorantes y preocupados, y de otra con discípulos bien estimables y dignos: los unos tomarán sus palabras en el sentido mas riguroso y vulgar, y los otros las concebirán bajo un punto de vista mas noble.

Y sin embargo, son estas mismas teorías las que han lanzado á M. Broussais en un sistema erróneo, que ha dado ocasion á mil sofismas, que sus admiradores califican como unos portentos de talento y de invencion, creyéndose buenamente los reformadores de la ciencia; como si tan débiles esfuerzos pudieran hacer bambolear un edificio que consolidaron veinte siglos, y que elevaron tantos y tan ilustres sabios. Merced precisamente á una de estas falsas teorías, el doctor Broussais *se ha obstinado á ver el manantial y causa de todas las enfermedades en los vasos sanguinos; todo el mal que se ha hecho en medicina no ha debido su origen mas que á unas teorías falsas, sobre las cuales se han construido y edificado otros sistemas mucho mas falsos aun.*

El espíritu médico se agita y se afana de mil maneras, á fin de poder llegar á conocer los principios de nuestra organizacion, y disipar asi los incomprensibles misterios que son como inherentes al arte de curar; mas para obtener aquel tan deseado resultado ¿no se emplean los métodos menos favorables al efecto? La observacion, la experiencia y la análisis solas pueden sorprender y arrancar á la naturaleza unos secretos, que ella quiso por el pronto ocultar á nuestra inteligencia.

Seamos bien prudentes y bien circunspectos en admitir una teoría que no va fundada sobre hechos positivos; y si la encontráremos defectuosa y errada, y si abre puerta y da lugar á unos abusos peligrosos y sangrientos, que sea por siempre desterrada del dominio de la ciencia.

Una aplicacion mal razonada y mal entendida de algunas obras de medicina, ha provocado é introducido el sistema de las sanguijuelas, y el doctor Broussais ha extendido mas de lo justo esta nueva influencia. Causa ciertamente admiracion el ver, que unos principios luminosos y fecundos en aplicaciones útiles hayan dado lugar al desarrollo de una doctrina, atestada de palabrotras insignificantes, que son el lenguage estéril de la escuela; doctrina, en la cual ni los jóvenes prácticos ni los discípulos podrian encontrar el hilo que debe dirigirlos en este laberinto. Estos hombres creen haberlo dicho ya todo y apurado todo, repitiendo á porfia las palabras consagradas de *flegmasia, gastro-cólica*,

gastro-enterite, y *gastro-duodenite*. ¡Cuantas y cuantas páginas necesitariamos ahora llenar, si hubiéramos de patentizar los abusos de la nueva doctrina! Porque entre los justos cargos que se le han hecho á dicho método, si hay algunos que un atento examen ha podido destruir, hay otros que serán el objeto de eternas disputas.

Porque esta luminosa teoría de la inflamacion, todos estos hechos tan numerosos y concluyentes ¿que prueban al fin en resumidas cuentas? ¿y cuanto y cuanto no nos dejan aun que desear?

Sin duda que los irritantes morbíficos ocultos son en gran número, porque una gran copia de enfermedades presentan como síntoma una irritacion local ó general, y esta irritacion tiene por causa la enfermedad misma; pero esta causa se oculta á nuestros sentidos, y solo nos es dado el ver sus efectos.

El doctor Broussais, siempre pronto y harto diestro para hacer como suyas propias las ideas de Chirac, de Bordeu, de Prost, etc. y felizmente inspirado por talcual principio luminoso esparcido en las obras de los Secreta, Silva, Thomassini y sus sucesores, ha tenido la habilidad de servirse de todo este armazon para fundar su sistema favorito, que sus entusiastas discípulos han preconizado con todo el calor de la juventud, y con toda la pasion que naturalmente acompaña la novedad.

No seguirémos á este nosologista en sus clasificaciones, harto extravagantes; solo sí dirémos, que despues de haber corrido el vasto campo de las

flegmasias crónicas, se ha lanzado sobre las agudas, amenazándonos de localizar toda especie de enfermedades. . . . .

De este modo, el gefe de la nueva doctrina, arrastrado y dominado por una idea exclusiva, ha querido reducir todas nuestros afecciones á las flegmasias, y en este caso, como si no hubiese otro remedio mas oportuno y mas análogo, nos ha condenado á ser devorados vivos por las insaciables sanguijuelas; por que se ha de derramar sangre y mas sangre, *aun cuando!...*

Es en vano, pues, que ha querido protestarse contra las opiniones del doctor Broussais; que ha querido convencérsele, que en mil circunstancias, se habia sacrificado, gracias á sú mortífero sistema, etc. etc· : las numerosas autopsias cadavéricas practicadas en el hospital militar de Val de Gracia, han probado que el doctor Broussais ha perdido muchos mas enfermos que sus demas compañeros; basta leer, para convencerse de ello, el número del mes de Marzo de la *Revista Médica*, y el estado por quinquenio del hospital de Val de Gracia, que es un cuadro numérico de los enfermos visitados en las salas respectivas de todos los médicos de aquel, del cual resulta que hay mucha mas mortalidad en las salas del doctor Broussais que en las de sus demas socios. El lector debe aqui ceder y bajar cabeza ante el terrible poder de los guarismos, porque es un lenguage que no miente ni nos engaña jamas : este resultado no tiene necesidad de

comentarios, porque dice solo mucho mas que todos nuestros raciocinios.

Señor doctor Broussais, Umd. se cree un bien hábil médico : esto parece cosa concertada entre vuestros amigos y algunos de vuestros enfermos ; pero otros médicos no menos hábiles podrán negar lo que Umd. afirma, y nos contentarémos con citar solos dos, Bichat y Barthez, que seguramente valen lo que cualesquiera dos otros, y que no acertaron á adivinar vuestro métódo.

« En el estado de enfermedad, dice Bichat, todos » los fenómenos que suponen una alteracion en » nuestras funciones, derivan evidentemente de » las propriedades de aquellas ; inflamacion, for- » macion de pus, induracion, hemorragias, au- » mento contra-natura ó supresion de funcio- » nes... » ; he aqui una serie de síntomas morbíficos, que suponen una lesion ó alteracion cualquiera. Algo mas lejos, hablando de la aplicacion de su doctrina á la materia medical, cuyas imperfecciones conocia tambien, añade : « Hemos » observado y visto, que en las inflamaciones, hay » exaltacion de la sensibilidad orgánica y de con- » tractilidad insensible : ¡ pues bien ! disminúyase » aquella exaltacion con cataplasmas, con fomen- » tos, con baños locales, etc. Con respecto á ciertas » infiltraciones, en los tumores blancos, etc. si se nota » diminucion de dichas propriedades, deben procu- » rar exaltarse con aplicaciones de vino, y de toda » otra substancia de las que se llaman tónicas ó for-

» tificantes. » (*Tratado de Anotomía general*, tomo 1°). Mas en parte alguna dice una sola palabra de sanguijuelas.

Barthez, en su *Memoria sobre el tratamiento metódico de los fluxiones*, dice haber observado harto frecuentemente algunas fluxiones inflamatorias en los ojos, que fáciles à vencerse y resolverse en un principio, habian llegado á hacerse ó muy graves ó muy obstinadas, porque se habian aplicado sanguijuelas los primeros dias, sin haber hecho preceder dicha aplicacion de una evacuacion general y oportuna.

Señor doctor Broussais, Umd. no es el corifé̀o del hospital de Val-de-Gracia, y Bichat era como el águila del hospital general, y Barthez, el profesor-canciller de la Universidad de Montpeller. ¿ Y con que respeto y veneracion no pronunciamos todos sus nombres ? Sus talentos y sabiduría han llegado á adquirir una tan poderosa autoridad, que ciertamente no seria una injuria hecha á vuestra persona el esperar que Umd. hubiese adquirido una igual fama y nombradia, antes de preferir á la de ellos la opinion de Umd.

Si un ligero dolor de cabeza, si una palpitacion de corazon producida por alguna afeccion mental, si una indisposicion cualquiera exigen la visita de un médico, al punto se ordenan las sanguijuelas, y se ordenan con el mayor rigor. ¡ Y mil veces dichoso aun el enfermo que pierde solo su sangre y su dinero, y puede conservar la vida á este precio !

¡Funesta consecuencia de la manía de raciocinar sobre las ideas fantásticas de una imaginacion que nos extravía, mas bien que sobre los resultados de la observacion que nos instruye!

Ni aun se consulta al enfermo, ni se aguarda á que haga el mismo la descripcion de los síntomas de su enfermedad. *Sanguijuelas! sanguijuelas!* se le grita desde el umbral de la puerta. — ¿Y cuantas? — *Sesenta, ochenta* [1] — Pero carece de fuerzas el enfermo; tiene ochenta años. — Pues bien, las ochenta sanguijuelas y la dieta le harán recobrar las fuerzas. Sin embargo, las sanguijuelas no producen ningun resultado satisfactorio, y aun se lee prescrito un número mayor ó menor de dichos bichos en una nueva receta, como si el médico pudiera anunciar exactamente el de las tazas de sangre que convendria aun extraer.

Asi es que hemos visto quedar reducidos al mas deplorable estado muchos de estos desgraciados enfermos, que habian, como por milagro, escapado á esta medicina mortífera. Y cuando los interrogábamos sobre la causa de una tan triste situacion,

1 Aunque con verguenza de nuestra profesion, deberémos decir que se ha llevado la ceguedad y la obstinacion hasta un tan horrible exceso. Muchos y muchos enfermos han perecido víctimas de la aplicacion de las sanguijuelas, y con respecto à otros, ni aun los signos de un próximo fin han impedido al médico el insistir sobre una nueva receta y aplicacion de sanguijuelas, y aun ha atribuido la muerte del enfermo à los parientes que no habian querido consentir se aplicasen aun mas reptiles.

principiaban por nombrarnos un cierto médico, y nos hablaban despues de hasta trescientas ó cuatrocientas sanguijuelas que se les habian recetado. ¿Hubiera ni aun podido llegar á imaginarse una conducta mas bárbara?

Vamos á sujetar á cálculo esta operacion: está demostrado que ordinariamente una sanguijuela chupa y se sorbe una media onza de sangre. No harémos entrar en nuestro cálculo la cantidad de sangre que las ventosas pueden sustraer despues de las sanguijuelas, ni la que corre aun mucho tiempo despues que han soltado aquellas la presa; pero poniendo solamente en cuenta lo que deben de sorber las sanguijuelas mismas, y suponiendo que el médico haya ordenado doscientas, resultará que el enfermo habrá perdido seis libras de sangre; seis libras de este bálsamo de la vida, de este flúido reparador, de esta como *carne flúida*, destinada por la naturaleza á alimentar, á reparar y á remozar todas las partes de nuestra economía. Y cuando se practica esta operacion despues de una dieta prolongada, á que se agregue un gran desmadejamiento de las fuerzas vitales, explíquesenos como puede ser posible, en este caso, el reparar una pérdida tan considerable, toda vez que las vias digestivas, no recibiendo casi nada mas que líquidos, no tienen ya tanto quilo que suministrar, y que ademas, la contractilidad de las fibras capilares del estómago, participando del estado general de debilidad que afecta nuestro sistema, serian incapa-

ces dichas vias digestivas de elaborar una cantidad tan copiosa como antes lo hicieran.

Cuando en el capítulo precedente tratamos en general de los peligros de la sangría, refutamos suficientemente, á nuestro parecer, la teoría absurda en que se funda la moda odiosa de las *sanguijuelas*. Solo hablarémos, pues, aqui de los inconvenientes graves y particulares á este género de sangría; ¡Oxalá podamos aun aumentar el horror que la forma asquerosa de estos gusanos inspira ya al enfermo! Porque sin tener cuenta con la palidez del rostro, con la flaqueza, con la congoja, y aun bien á menudo con los vómitos, el dolor que la picadura de estos animalejos produce es tan intenso, que no hay enfermo de aquellos á quienes se condena á sufrirla, que no se duela á voz en grito. El dolor subsiste mientras dura la chupadura, y es sin duda porque la boca de dichos gusanos penetra mas y mas adelante en la carne, para encontrar alli la sangre. Pero sobre todo, cuando el dolor es mas intenso, es cuando hacen su primera sajadura con su triple hilera de agudos dientecillos. Y ciertamente no es dificil de concebir, que penetrando estos por entre unas partes tan delicadas y tan nervosas, causen un dolor tanto mas vivo, cuanto mas irritable sea el paciente, y que la parte á que se aplican las sanguijuelas es el foco de una enfermedad dolorosa [1].

1 Un enfermo envió á llamar al doctor Broussais, con mo-

Cualquiera que sea el miembro ó parte, sobre la cual se aplican las sanguijuelas, estas producen siempre dos efectos bien distintos: es decir, que no solamente ellas irritan la parte à la cual se las aplica, á causa del antedicho dolor, sino que atrahen violamente la sangre á la misma, en razon de la succion ó chupadura. Y por lo mismo que solo se las aplica en un caso de inflamacion, si el dolor y la afluencia de la sangre forman los principales síntomas de la inflamacion, debe con las sanguijuelas aumentarse el mal, en vez de disminuirse. No es raro tampoco el ver unas *sanguijuelas*, que un accidente ó un movimiento involuntario arrancó con esfuerzo de la parte que estaban devorando, y que dexan en la llaga su venenosa señal, y complican asi la enfermedad.

Una jóven, violentamente atormentada por un vivo dolor de muelas, se determinó á dejarse aplicar talcual sanguijuelas al pescuezo; un movimiento involuntario la llevó á refregar con la mano la parte donde estaba pegado uno de dichos bichos, chupa-

tivo de un dolor en el bajo vientre: veinte sanguijuelas al punto sobre dicha region y otras tantas en el anus. Al dia siguiente vuelve el doctor, y no encuentra mejoria alguna; y puesque el mal persiste, que se apliquen cien sanguijuelas mas. El pobre enfermo alegaba el intenso dolor que esta multitud de bichos habria de causarle; y por fin de cuenta le dijo al doctor ¿ si estuviera Umd. en mi lugar, consentiria se le aplicasen un tal número de sanguijuelas en el bajo vientre? Se dice que este argumento *ad hominem* dejó como espatarrado al imperturbable doctor Broussais.

dores de sangre. Con este movimiento despegó la sanguijuela, pero no impunemente; pues, fuese que el bicho, sin tener cuenta con la ordenanza del médico, se hubiese apartado de las venas capilares, fuese que al arrancársele violentemente del sitio hubiese destrozado y envenenado la llaga, lo cierto es que la enferma se vió precisada á guardar cama durante dos meses consecutivos, entregada á los dolores mas agudos; tenia el cuello como envarado y agarrotado; las quixadas casi pegadas una con otra, las mexillas hinchadas y muy afectado el sistema nervoso. Vense aparecer à menudo en torno de las picaduras, unos circulos inflamatarios, que reuniéndose y confundiéndose entre sí, ocasionan bien presto una insufrible comezon. Y si el enfermo se deja llevar y dominar por un como invincible deseo de rascarse, he aqui que puede muy bien résultar una erisipela local, ó como unas especies de pequeños flegmones al rededor de unas incisiones sobrado próximas entre sí.

Las sanguijuelas bien frequentemente se resisten á pegarse y morder, ó bien porque no estan sobrado hambrientas, ó porque el olor de la parte á que se las aplica, choca y ofende su delicado olfato; dichos gusanos, pues, andan serpenteando entonces por sobre la piel, y como vacilando si prenderán. Para remediar esta su vagabunda inquietud é impedirlas que anden discurriendo de aqui para allá, se las encierra en vasos ó copitas pequeñas: de aqui resulta, que todas ellas muer-

den á la vez en un mismo sitio, y todas estas picaduras reunidas no pueden menos de formar bien presto una ancha y considerable llaga.

Estos feos y asquerosos reptiles, de cualquiera especie que sean, se atascan y atiborran de sangre con una voracidad, que es ya hoy un proverbio; sus dientes cortan en toda su extension, lo que sin duda proviene de la postura levantada que toman en el acto de chupar. Y es tal su voracidad, que solo cesan de hartarse de sangre, cuando ya completamente repletas y fatigadas, no les cupiera una sola gota mas. Y aun no solo este ávido animal paga con la vida un momento de glotoneria, si que ellas mismas se muerden y devoran entre sí. El señor Vauquelin ha notado, y los farmacéuticos todos han podido hacer la misma observacion, que cuando se encierra en un vaso sobrado estrecho un gran número de estos animalejos, los mas fuertes de entre ellos muerden y destruyen á los menos vigorosos.

Aun sucede muchas veces que una sanguijuela, extraviándose de su camino, se introduce, sin que lo sepa el paciente, en algun órgano donde la mano no podria alcanzarla, y cuyo texido no puede atacarse sin comprometer toda la economía de nuestra existencia. El doctor *Double*, en la *Compilacion periódica de la Sociedad Médica de Paris*, publicó una observacion que deberia por fin hacer abandonar el uso de estos gusanos sanguinarios.

Una señora tenia las encías sumamente inflamadas, especialmente en la parte interior, y el foco

de su irritacion parecia coresponder à la segunda muela de la quixada izquierda. Pensó lograr alivio, evacuando la parte inflamada y aplicándole una sanguijuela; pero, á penas introducido en la boca, el bicho se dirige hácia el *faringe*, y la enferma le traga involuntariamente. En vano cree poderse libertar de él con algunas ayudas. Luego se manifestó una viva cardialgia, un dolor de corrosion en lo interior del estómago; unas veces movimientos convulsivos en los miembros y en los mùsculos de la cara, frequencia é irregularidad en el pulso, agitation universal, rostro pálido y descolorido. Viéndola espantada de terror, en una circunstancia tan deplorable, el médico à quien acabo de citar, usó inmediatamente de un medio que le sugírieron las experiencias de *Bibliena*; le administró, en varios intervalos, quatro dósis de un vaso de vino generoso tinto. Inmediatamente parecieron calmarse aquellos terribles accidentes. La cuarta, sobre todo, provocó un vómito que hizo arrojase la doliente, con la sanguijuela muerta y desecada, muchas materias viscosas, mezcladas con cuajos de sangre negruzca. A este remedio hizo suceder un régimen calmante; le ordenó el agua de *avena mondada*, y bastáron ocho dias para que la enferma recobrase la salud.

¿Pero, acaso el medico tendrá siempre á su disposicion vino generoso, ó producirá este remedio el mismo efecto en todos los temperamentos y en todas edades? ¿y si la sanguijela se insinua en el ano ó el útero, no será preciso entonces recurrir

á las lavativas, y á las inyecciones saladas, y despojar asi aquellas partes internas de las mucosidades con que la naturaleza próvida las bañó, para dar mas libre curso á los excrementos? Asi es que se han visto exemplos frecuentes de personas que no han podido resistir á los accidentes, causados por las picaduras de las *sanguijuelas* en lo interior; v. g. el que refiere *Jaculus Lusitanus* (de Med. Princip. lib. I, p. 6) de una persona que murió, al cabo de dos dias, de la picadura de una sanguijuela que se habia introducido, por casualidad, en las fosas nasales. Tales son los varios casos observados en Egipto por *Larrey*, á la sazon que el exército frances se encontraba acampado en las márgenes de algunos estanques, infestados de estos bichos, y cuyas aguas se vían los soldados precisados á beber.

Los facultativos se han visto en el caso de observar muchos de estos accidentes de igual naturaleza, y aun nos han dejado notados algunos en que los enfermos habian sucumbido, por no haberse podido lograr restañar la sangre ni con yesca, ni con la colofania ni con las hilas. El profesor Richerand fue harto feliz, gracias á su serenidad y presencia de espíritu, y obtuvo parar una hemorragia considerable, que sobrevino á su propio hijo en el cuello, de resultas de una picadura de sanguijuela, que con ningun remedio se habia logrado cerrar: aplicó á la lumbre un cabo de llave, hasta enrojecerle, y con el cerró la herida de dó fluía la sangre; es muy

verisimil que dicha hemorragia procedia de alguna picadura de sanguijuela en una vena superficial, algo mas gruesa que las que ellas punzan y pican de ordinario.

¿Y quien no ve ademas, que semejantes peligros son tanto mayores, cuanto que el enfermo puede hallarse en una crísis mas violenta? Absorbido en los dolores del parasismo, distraido y preocupado, aun alguna vez privado del uso de los sentidos, no se debe estrañar que una sanguijuela se introduzca en su interior, sin que el paciente, ni los asistentes lo adviertan ni lo noten; y que el médico, equivocandose sobre los nuevos síntomas, causados por la accion mortífera de aquellos bichos, complique la enfermedad, por falta de conocer su origen, y que la sanguijuela acabe impunemente la obra de destruccion, para la cual la naturaleza parece haber conformado sus órganos.

¡Oxala estas reflexîones sobre los peligros accesorios del uso de las sanguijuelas, retraigan á nuestros lectores y les impidan el exponerse á los peligros inmediatos de su aplicacion! No echen en olvido nunca, que la sangre es la parte mas pura de nuestra economía animal; que es el resultado de todas las elaboraciones de las vias digestivas, el principio y el vehículo de nuestras fuerzas vitales; y que, en cualquiera circunstancia que nuestro estado morbífico nos constituya, el derramamiento pasivo de la sangre es siempre una pérdida incalculable.

Los hechos que pudieran objetársenos, tendrian alguna fuerza, si los viésemos alegados y comprobados por alguna comision nombrada al intento por la Academia Real de Medicina, y si el informe de esta fuese imparcial; y aun á pesar de esto, no podrian ciertamente destruir otros hechos que tienen por base la experiencia de todos los dias, y harto suficientemente probada.

Un método cualquiera no es bueno, sino en cuanto se deduce naturalmente de un gran número de hechos bien escogidos; y ella no puede permanecer estacionaria, porque los progresos de la ciencia la modifican á cada paso. Y con respecto á la doctrina médica del doctor Broussais, ella ha sido examinada ya con grande estudio, impugnada con buen éxito y juzgada sin prevencion. Si, esta doctrina, bien que cubierta con un cierto velo aparente de certeza, que al parecer le da una bien vana profusion de palabras científicas, ha sido apreciada en lo que vale por los médicos observadores.

No ignoramos que nuestros contrarios no carecen de sofismas á favor de su doctrina; y por cierto, se necesitaria un gran número de estos para poder evitar el reproche de una negligencia homicida, al ver cual se deja deramar la sangre. Se nos opondrán varias circunstancias en que la naturaleza provoca y produce espontaneamente ciertas erupciones sanguinas, ó diversas lesiones que hacen correr la sangre; y especialmente, no olvidarán una larga enumeracion de varias curas, á cual mas maravillosa,

que, segun ellos, no se pueden atribuir sino á la sangria de las sanguijuelas.

A la primera alegacion responderémos, que la naturaleza, elaborando la sangre, no produce mas que la cantidad necesaria á nuestra organizacion: y que cuando formó el tejido de las venas en que debe circular este flúido, no olvidó el destinar tambien unas especies de albañales, si se nos permite hablar asi, por los cuales lo sobrante habria de desahogarse, sea periódica, sea extraordinariamente: â ella sola pertenece el derecho de vigilar sobre estos fenómenos, y no nos ha concedido mas que el de desembarazar las canales, pero no el de hacer derivar ó dar una nueva direccion á los líquidos. Por otra parte, ó los derramamientos naturales se verifican periódicamente, y entonces no conocemos la necesidad de ellos sino porque la naturaleza misma nos la enseña, y provocamos su regreso, cuando cesan, con todos los auxilios de nuestro arte; ó la evacuacion se verifica como por caso extraordinario, sin que nuestra economía padezca por ella, y el arte se limita, en estos casos, á no oponerle ningun estorbo; ó, enfin, el derramamiento se presenta acompañado de síntomas mórbidos, y el arte se apresura de interrumpir su continuacion, haciendo cesar una efusion que podria llegar á ser una verdadera é irreparable pérdida. En todo esto, nosotros solo vemos la condenacion de nuestros contrarios. Parece que la naturaleza les está gritando y diciendo: *Dexadme*

hacer; detenedme alguna vez, pero no procureis imitarme jamas; por muy doctos que os suponga, nunca llegaréis á saber lo que yo.

En segundo lugar añaden, que unas lesiones accidentales y una amputacion necesaria dan lugar á que la sangre se vierta *impunemente*. Pero nosotros respondemos, que *impunemente* no es el término verdadero. La calentura, el tétanos y la gangrena son castigos harto terribles de aquellas efusiones, bien que sean con la esperanza de conservar la vida; esperanza que muchas veces sale fallida. En el caso de una amputacion quirúrgica, se escoge el menor de entre dos males, porque es preciso optar entre la vida, ó entre el sacrificio de un miembro corrompido. Por cierto, estamos muy léjos de impedir un semejante sacrificio; pero lo que todavia condena á nuestros adversarios en esta objecion es, que se toman todas la precauciones convenientes para que el paciente pierda la menos sangre posible.

Ultimamente, y es este su sofisma favorito, porque su vanidad se interesa en extenderle y propagarle; ahora si que pueden colocar alli un *yo* y mas allá un *nos* llenos de orgullo, y decorar su carro triunfal con unos nombres mas ó ménos conocidos, mas ó ménos fáciles de conocer; *enfin*, dirán ellos, *he aqui la lista de los enfermos que la mordedura de las sanguijuelas ha vuelto á la vida y á la sociedad.*

Confieso que este sofisma tiene algo de especioso,

sí debiéramos creer, sobre su palabra, á alguno de estos curanderos; pero tambien nos seria fácil el pedirles la lista de los enfermos, á quienes la punzadura de las sanguijuelas ha quitado la vida. Sin embargo, llevando la complacencia hasta pasar por alto este ultimo punto, y acatando el primero como un acto de fé, admitirémos la lista; solo nos limitarémos á negar la consecuencia que estos Señores se apresuran á sacar de ella [1].

Responderémos: *aqui vemos sanados muchos enfermos!* pero añadirémos; 1° *no se debe su curacion á vuestras sanguijuelas;* 2° *vuestras sanguijuelas solo han hecho vuestra cura, ó mas dudosa, ó mas lejana.*

No se ha de atribuir la curacion á vuestros bichos; hay una infinidad de circunstancias mórbidas en las cuales la naturaleza, con su fuerza sola, todavez que no esté enteramente apurada y agotada, se basta y puede repararse á sí misma. En dichos casos, el arte le presta su auxîlio; pero es ella sola la que opera el prodigio. Hallamos, en los libros viejos farmacéuticos, medicamentos, enteramente

1 Bien que dicha lista hipotética pueda ser fácilmente impugnada y contradicha, harémos la aplicacion de ella con respecto á una sola enfermedad. En 1824, murieron en Paris, de viruelas, 1136 individuos, bien que dicho contagio no presentò un cierto grado de malicia notable Pues bien, los informes que logramos adquirir sobre el particular, nos autorizan á decir, que las nueve décimas partes de dicho número, cuando menos, habian sido sometidos al régimen sangriento de las sanguijuelas.

inusitados hoy y que nadie se atreveria á emplear, y que en las mismas enfermedades que vosotros alegais ahora, no han impedido siempre la curacion; ¿que digo? á cuya virtud la preocupacion ha atribuido mucho tiempo la curacion misma. En estos casos que nos citais, la pérdida ligera de algunas onzas de sangre, no habiendo originado un menoscabo sensible en las fuerzas vitales, y conservando aun el enfermo unos elementos ocultos de salud y de vida, el efecto de vuestra sangria y medicamentos no habrá ocasionado ni dado lugar á consecuencias perjudiciales.

A demas, esta suerte de sofisma, si nuestra memoria no nos engaña, es la que los Latinos marcan con la siguiente fórmula: *post hoc, ergo propter hoc*. Nada mas comun que este falso razonamiento en el comercio ordinario de la vida. *Hemos ganado la victoria, despues de haber visto á un cuervo volando sobre nuestra derecha*, decian los antiguos; *el cuervo, pues, es el agorero ú el profeta de la victoria*. Abandonen Umds., Señores mios, á la ignorancia mas supina un razonamiento de esta especie. Nosotros sostenemos, que atacando Umds. la sangre, atacan una causa inocente de la enfermedad; y que aun suponiendo que la sangre fuese la causa, la atacarian Umds. inutilmente, pues hallándose corrompida toda la masa, no habrian agotado el foco de la corrupcion, con solo sacar una parte de aquella: seria, pues, menester matarnos para sanarnos, lo que, sin duda, y salvo

vuestro buen placer, seriá una contradiccion: por consiguiente, los ejemplos que se nos citan no significan otra cosa mas, sino que han tenido Umds. la fortuna de no perjudicar con la aplicacion de las sanguijuelas. ¿Que digo? si ha empeorado la enfermedad, si el mal ha prolongado la duracion de su funesto influxo, no se ponga duda en ello, vuestros ataques contra el principio de la vida son la causa del empeoramiento.

Es un principio tanto mas cierto cuanto á que la experiencia le apoya y le confirma, que las sanguijuelas son otro de los medios mas infalibles y mas propios para convertir una ligera indisposicion en una larga, y aun frecuentemente, bien peligrosa enfermedad. Si; este mortífero descubrimiento da lugar en nuestra organizacion á un cierto vacío, que los humores se apresuran á llenar y ocupar, haciéndonos conocer su funesto influjo. Es precisamente aquel vacío, el que procura talcual vez al enfermo un alivio engañoso y de harto corta duracion. Purgad, pues, y haced salir los malos humores, y la sangre circulará con mas libertad. ¿La naturaleza misma no nos indica esta marcha? Si han habido de pasar muchos siglos talvez, antes que el hombre se decidiese á abrir una vena ó una arteria ¿ha habido de necesitarse nada mas que el impulso del instinto para hacernos recurrir á los medios purgativos? ¿Quien podria ignorar que la naturaleza ha tenido buen cuidado de diseminar en torno de nosotros, sea en el reyno vegetal, sea en

el reyno mineral, mil y mil simples purgantes, y que si el hombre fuera aun todo nuevo y visoño, si el exceso de la pereza ó el de la fatiga, si el contagio de las riquezas ó el mefitismo de la pobreza no hubieran alterado su constitucion primitiva, las plantas purgativas hubieran bastado para provocar la funcion de la deposicion del canal alimenticio? Pero como tantas y tantas habitudes viciosas le han hecho contraer una segunda naturaleza, por decirlo asi, y como los esmeros y el gusto refinado del arte ó de las pasiones han venido aun á complicar mas y mas la causa de sus dolores, el médico se ha visto precisado á complicar á su vez sus medios curativos, procurando el adivinar y el descubrir con el auxilio de una constante experiencia aquella combinacion que podria producirle el mejor y mas seguro resultado.

Umds. dicen aun, Señores mios, que las sanguijuelas chupan la mala sangre: ¡estraña paradoja! ¿Quien les ha hecho á Umds. una confidencia de esta especie? ¿Quien ha podido probarles á Umds. que las sanguijuelas tenian un gusto tan estragado, hasta el punto de hartarse solo de esa *mala* sangre que Umds. admiten, ó bien de esa sangre *cuajada* y *corrompida*, cuando se ve en este ó en aquel miembro?

Cuando el enfermo muere, vienen Umds. diciendo que es un anevrismo el que ha ocasionado su muerte: ¿y porque no debieran Umds. atribuirla mas bien á su abuso de las sanguijuelas? porque

en fin, esa maldita manía de principiar una cura cualquiera por las sanguijuelas, y de llevarla hasta el cabo, sin reflexionar que la diminucion del volumen de la sangre, debe de destruir la accion tonica de los vasos ¿no puede por sí sola acabar con el enfermo? Asi es como el vacio que causa la sustraccion habitual de la sangre, favorece la infiltracion en muchas enfermedades, sobre todo, en las diferentes clases de hidropesías, asi como en la apopl·jía, infiltracion que priva á la naturaleza de toda reaccion salútifera. *Hase pretendido bien desgraciadamente*, dice el doctor Castel, *el restablecer los órganos de la vida exterior y el calmar la agitacion de la circulacion, en las primeras horas que siguen al ataque. Los vasos permanecen abiertos hasta que el pulso venga casi á debilitarse al todo: asi es que el número de los que sobreviven á dicha enfermedad, es hoy mucho mas escaso de lo que era en otro tiempo.*

¿Y quien es el que ignora que la mayor parte de las enfermedades comienzan y se terminan por una crísis? Pero, como no todos los médicos tienen la sagacidad de saberlas preveer, ni la cordura de saberlas respetar, ¿cual, preguntamos nosotros, deberia de ser la brújula qũe convendria consultar al efecto de aplicar las sanguijuelas, todavez que es un hecho constante que su picadura debe de ocasionar una cierta alteracion y perturbacion en estas mismas crísis?

Y como ésta ú aquella asercion pueden ser fácil-

mente refutadas, los hechos solos, pues, deben servir de base á nuestra conviccion. Entretanto el abuso se ha llevado tan lejos, que los temores han llegado á hacerse muy reales y muy fundados, y han afectado hasta las personas que gozan de una cumplida salud: asi es que estas mismas recogen con un gran estudio y zelo cuantas anécdotas pueden servir para convencer á ciertos doctores, y hacerlos arrepentir de esta manía sangrientn de la aplicacion de las sanguijuelas, garantiéndose á sí mismos de sus tan funestas mordeduras. No hace mucho tiempo, que el Embajador del Rey de Prusia, cuya veracidad es bien conocida, y que nos creía partidario de esta *secta homicida*, nos comunicó y contó, en la tertulia de la señora condesa de Bomh, dama de un mérito muy superior, que un médico, nombrado F..... habia ordenado la aplicacion, en el discurso de una sola enfermedad, de 1800 sanguijuelas... ¿Y cual fue el resultado de esta carnicería? le preguntamos nosotros. ¿Podriais vos dudar, nos respondió, de que el enfermo pudiese no ser la víctima de un método semejante? El señor Goetz, ministro de la confesion de Augsburgo, añadió, que el médico de M. Martainville, antiguo redactor de la *Bandera Blanca*, le habia recetado hasta 500 sanguijuelas, con motivo de la gota de que adolecia en los dedos. Y todo el mundo sabe que M. Martainville adolece aun de la gota. El doctor Broussais diria ahora: ¡Aun mas sanguijuelas! ¡Mas sanguijuelas! Pero nosotros somos de opinion, que el señor Martain-

ville, despues de un tan inutil martirio como el que se le hizo sufrir, no consentiria aun en aventurar uno de sus dedos, á no ser que fuese para escribir una sentencia de *anatéma* contra las malditas sanguijuelas.

Mil otros ejemplos de esta especie han venido á confundir y chafar á los partidarios exclusivos de la nueva escuela, haciéndoles probar, hace ya algun tiempo, algunas contrariedades harto enojosas. Y hasta los apologistas de este método de *sangre* han visto con dolor, que muchos de los que le ensalzaban mas, le han abandonado recientemente y le abandonan todos los dias.

El doctor Marcet ha confesado de buena fe, que solia recetar las sanguijuelas hasta en los casos de un reumatismo agudo; pero que habiendo observado que los bichos le prolongaban meses y aun años enteros, las abandonó y dejó á un lado, ciñéndose á los purgativos y á los sudoríficos, en cuyo caso la enfermeda no duraba arriba de siete á ocho dias. Las sanguijuelas, nos dice él, impedian la saludable coccion de los humores.

Otros muchos médicos nos han confesado tambien al fin, que es nulo, y bien á menudo, el resultado que se esperaba de las sanguijuelas, experimentando estos Señores lo que experimentará siempre todo aquel que quierá suplir la observacion con sus ideas caprichosas, y que invocará su propio sistema antes que á la naturaleza. Y en efecto, ¿como ha podido querer fundarse un principio

general sobre talcual observaciones, cuando muchas otras, y no menos auténticas sobretodo, parecen contradecir las primeras?

Cuando un error queda definitivamente reconocido, se ha adquirido de ordinario una nueva verdad, ha dicho muy juiciosamente M. Renauldin, en su bella introduccion al *Diccionario de las ciencias médicas.* La experiencia ha principiado ya á justificar esta asercion, porque los profesores de las escuelas de medicina de Montpeller y de Strasburgo siguen hoy la opinion de la mayor parte de sus compañeros de la escuela de Paris, y vuelven de buena fe à la medicina hipocrática, proscribiendo, como lo merecen, las ideas puramente hipotéticas del nuevo método.

Tarde ó temprano, la experiencia y el tiempo nos hacen formar el debido juicio de una inovacion cualquiera : estos maestros nos enseñan ya á cuan tristes excesos puede conducirnos el fanatismo *brousaïsta*, y la necesidad en que estamos, no ya solo de atacar los tan peligrosos principios de las falsas teorías, si que tambien, y con preferencia, el de estar en vela sobre sus falsas aplicaciones y el de patentizar sus errores en la práctica : enfin, ellos nos fuerzan á volver y á acogernos de nuevo á las doctrinas hipocráticas, sancionadas por veinte y tres siglos de observaciones y de experiencias, que los novadores no han abandonado en verdad, pero si bien dejado á un lado, seducidos por una perezosa rutina.

Sin embargo, y á pesar de unas tan imponentes y respetables autoridades, el doctor Broussais persiste aun en su idea, y pretende someter todas las afecciones morbíficas, á que nuestra pobre humanidad esta sujeta, al sistema que le seduce. Este médico, que tiene al fin la bondad de convenir, en que las enfermedades escorbúticas *humorales* proceden de una composicion viciosa en la sangre, reconoce, que la debilidad de que tanto se ha hablado, no es otro que el efecto secundario, y no la causa principal de los efectos que las caracterizan. Segun el mismo doctor, se observa en dichas enfermedades, lo 1° alteracion en la sangre, con motivo de una mala alimentacion ó nutricion: 2° irritacion de las membranas mucocas: 3° flojedad, y bien pronto aniquilamiento total de la contractilidad muscular: 4° obstáculo en la circulacion, ocasionado por la debilidad del corazon: y 5°, enfin, irritacion mas ó menos considerable de los vasos capilares sanguinos en todos los órganos, extravasacion de la sangre, destruccion de las partes, y en medio y á pesar de un desorden tan general, integridad de las funciones y de la textura del sistema nervoso. Pero consequente siempre y fiel á su sistema, este professor de medicina militar [1] añade, que las moléculas heterogeneas ó estrangeras que contiene la sangre, y que provienen del largo y

1 El doctor Broussais es profesor de medicina en el hospital militar del Val-de-Gracia.

continuado uso que se ha hecho de la carne salada, ahumada ó averiada, cualesquiera que sean por otra parte las calidades del ayre, del agua y las demas circunstancias que rodean y acompañan al enfermo; que dichas moleculas estrangeras, repetimos, ejercen una irritacion, que se manifiesta por lo pronto en los tejidos mas sensibles, como por ejemplo, las membranas mucosas, la piel, etc. Supone, por consiguiente, que en los cadáveres escorbúticos se encuentran y observan *flegmasias* de toda especie, ó bien ciertas *gastritas*, *enteritas* y *peritonitas*, asi como ciertos depósitos purulentos y verdaderas gangrenas en la mayor parte de los órganos parenquimatosos, y se entona y se espadachinea contra los médicos que quisieran separar las inflamaciones de las otras afecciones de la misma especie, ó considerarlas como á si reclamasen otro y contrario método curativo (*Diario complementario*, julio, pag. 38-42). Esta exposicion podria parecer justa, si el escorbuto fuese el resultado necesario é infalible del largo uso de las carnes saladas; si aquellos que no han hecho jamas uso de dicho alimento, no contrajesen jamas el escorbuto; si los fenómenos de la enfermedad y las autopsias cadavéricas nos anunciasen y presentasen á nuestra vista estas eternas *gastro-enterites* ó *peritonites*, y si en fin, las sangrías locales fuesen unos buenos medios curativos, como ellas pueden llegar á serlo en otras circunstancias: pero ciertamente que no es asi, cuando se trata de los tres primeros perio-

dos; y con respecto al cuarto, el provocar nna evacuacion sanguina por medio de las sanguijuelas, seria provocar infaliblemente una hemorragia mortal, sobre todo, en un periodo ya adelantado y cuando algunos síntomas comienzan ya á tomar la apariencia de la inflamacion.

Enfin, el autor de la *Medicina fisiológica* se ha adelantado y excédidose mucho mas; las enfermedades venereas inveteradas, dice él, deben ceder à los anti-flogisticos, esto es, á las sangrias y á las sanguiju las (*Examen*, proposicion CDVI); y al punto, dos de sus discípulos, seducidos por esta teoría, se proponen el confirmarla por una experiencia, harto alentada sin duda, pero no menos temeraria. Se inocularon en el brazo el pus venereo, como se hace con la vaccina, y se aplicaron en seguida las sanguijuelas, absteniéndose con todo estudio de una preparacion mercurial cualquiera. ¿Pero que resultó? uno de dichos Señores experimentó, con motivo de esta inoculacion, una obstruccion de humores en las glándulas de bajo el sobaco, que se pretendió curar con arreglo al sistema anti-flogístico, porque la teoría que niega la existencia del virus, no reconoce tan poco el efecto específico del mercurio. Las glándulas llegaron á supuracion; pero los estragos que hubo de sufrir el sobaco fueron no menos de gran consecuencia.

La mordedura de las sanguijuelas del segundo se ulceró, y principio ya á verse un cáncer. Dicha úlcera se pretendio curar con arreglo al mismo mé-

todo que los bubones del otro, y no hizo mas que enconarse mas y mas; pero el jóven discípulo, obstinándose en repetir la aplicacion de las sanguijuelas, se agravó su mal en términos, que temeroso del peligro inminente que ya corria, llamó á consulta á uno de los profesores de la Facultad de Medicina, quien le aconsejó el recurrir al mercurio lo mas pronto posible. Pero el jóven *Brousaista* se aturdió, perdió la cabeza, y el desgraciado se suicidó poco despues, abriéndose al efecto una arteria crural.

Esta espantosa experiencia y esta sangrienta cacatástrofe deberian servir ya de leccion para en lo succesivo. Que los médicos jóvenes aprendan, para no olvidar jamas, que las sanguijuelas no curan las afecciones venereas, porque en estas, como en todas las demas enfermedades con causa adjunta, hay dos cosas bien distintas; de una parte, la alteracion vital, que no es mas que un efecto, y de otra, el principio ó la causa que determinó y que sostiene aquella alteracion. Enhorabuena que las sanguijuelas puedan moderar la irritacion del virus; pero ciertamente ellas nada pueden hacer con respecto al mismo virus.

La aplicacion de estos bichos sobre la parótida obstruida de un enfermo, convaleciente apenas de una calentura continua con adinamia, le hizo morir el dia mismo de la sangria. Se me ha informado tambien, que una muger á quien se habia procurado curar en provincia, bajo el concepto de

una obstruccion en el hígado, llegado que hubo á Paris, se vió acometida de una *peripneumonia intensa*: al punto las sangrias y las sanguijuelas sobre el epigatro, como se deja bien entender: pero las mordeduras adquieren un color negruzco, sin haber dado sangre alguna: aplicanse aun cuarenta bichos mas sobre los hipocóndrios, que apenas pueden llenarse de sangre ya, mientras que la enferma no cesaba de quejarse amargamente, hasta que por fin murió dos dias despues. Se procede á la autopsia del cadaver, y ¿que es lo que se notó en él? que dicha *peripneumonia intensa* es lo que en otro tiempo se hubiera llamado una *hepatita*, complicada con una *gastro-enterita*. Pero se habia caido en un grave error, y no se quiso convenir en ello despues. La autopsia probó de la manera mas clara, que si se hubiera recurrido á una nueva sangria, ó aplicado talcual sanguijuela mas, la enferma hubiera sucumbido á la mas ligera emision de sangre de la una ó de la otra especie. Porque un vivísimo ataque de una flegmasia aguda, complicada con una crónica, durante seis dias, y en las vísceras principales, basta ciertamente para dar la muerte. Y cuando en semejantes casos se observa un pulso *obscuro* y *fugitivo*, es decir, casi privada de sangre toda la periferia, es sobrado absurdo el evacuar aun la poca que resta, pues apenas basta á sostener la accion del corazon. Dicha enferma, pues, adolecia de una afeccion crónica en el hígado, que no se conoció, y el abuso de las sangrias y de las sangui-

juelas no hizo mas que acelerar su muerte : triste résultado de la ceguedad y de la cruel obstinacino de esos médicos que se dan elnombre de fisiologistas.

Y para mejor conciliarlo todo, los partidarios de este sistema nos amenazan y nos dicen que inventarán aun nuevas subdivisiones, que embrollarán mas y mas una doctrina, cuya obscuridad, impenetrable ya para el comun de los hombres, fatigará, y se verá abandonada hasta por los jóvenes médicos mismos.

Estas mismas observaciones subsisten, con respecto al método curativo que se emplea contra las afecciones morbificas del corazon. Los individuos à quienes agitan grandes y vehementes pasiones, y principalmente, los oradores, á quienes el ejercicio sostenido y sobrado prolongado de la palabra dispone á las enfermedades particulares [1] á dicho organo, y que son tan comunes hoy, podrian vivir, se entiende, en iguales circunstancias, quinze y aun veinte años mas, con el auxilio de un método paliativo y de los medios higiénicos que recomendamos y consignamos en esta obra. ¿Y que es lo que hacen el doctor Broussais y sus partidarios en este caso? Nos hablan solo del exceso de las fuerzas vitales, que conviene sobremanera el debilitar, y

1 El general Foy murió de una *hypertrofia* en el corazon; y á pesar de esto, se le sometio y condenó á la aplicacion de las inevitables sanguijuelas.

ciertamente que las sanguijuelas son un medio harto *oportuno* al efecto.

¿ Ignoran, pues, estos Señores, que el corazon se encuentra colocado harto profundamente, para que podamos concebir la esperanza de llegar á disminuir su volumen por unos agentes tan impotentes como las evacuaciones sanguinas? El vitalismo de este órgano tan principal solo pudiera ser alterado por ciertos medios generales, que podrian ejercer una cierta influencia, y de gran peso, sobre la circulacion de la sangre y la organizacion en general. Y como la vitalidad del corazon, comparada con la de los otros órganos, está en la proporcion de 10 à 51, si dichos médicos se obstinan en hacerla bajar hasta 5, gracias á la aplicacion de las sanguijuelas, seguiráse naturalmente que la vitalidad del organismo entero se verá réducida al mismo tiempo á cero, es decir, que la muerte deberá de ser la consecuencia inevitable de una tan mortífera práctica.

Pero no solamente se ha pensado en atacar y vencer las enfermedades escorbúticas, el mal venereo y la hipertrofia del corazon por medio de las sanguijuelas, si que se ha querido ¡ cosa mucho mas extraordinaria por cierto ! prevenir y poner un coto á los estragos de la tísis pulmonar con las continuas aplicaciones de aquellas. Véase á continuacion el precepto del doctor Broussais : « Es preciso, dice, » hacer desaparecer el catarro brónquico, y atacar » la tísis por medio de las sanguijuelas, que se

» aplicarán á la parte inferior del cuello, en torno » de las claviculas, y aun bajo los sobacos. » Pero esta práctica ¿no hará aun mucho mas duradera la enfermedad, y por mejor decir, no imposibilitará su cura? ¡Como asi! ¡En el segundo y tercer grado de la tisis, cuando el pulmon se encuentra ya cubierto de tubérculos, aun pensais en derramar mas sangre! La tan excesiva flaqueza y la palidez mortal del tísico, no os anuncian bien claramente que la vida no tardará en abandonarle, sin que sea necesario el martirizarle aun mas en sus últimos momentos! Ciertamente que todos estos resultados no necesitan de comentarios.

En vano, pues, se querria sujetar á una regla fija é invariable una ciencia tan variable, que casi se la podria calificar de la ciencia de las excepciones. Las indicaciones cambian en razon de un millon de circunstancias, y por consiguiente, seria imposible el querer persistir siempre en el mismo método y marcha, puesto que una misma medida no puede servir para todos los casos.

Lejos de la medicina todo *ultracismo*, ó fanática exclusion. Atengámonos solo á los verdaderos principios, y puesto que un sistema falso es por necesidad un sistema peligroso, no balanceemos en oponer á la doctrina fisiológica sus propios hechos y sus propios desastres, y probar á estos Señores, que el empleo de unos mismos medios, como son el agua saturada de goma y las sanguijuelas, en unas enfermedades tan heterogeneas y de tan dife-

rente naturaleza, debe ser forzosamente bien funesto á la humanidad. Merced á la desgraciada influencia de este tan *sanguinario* método, vemos aumentarse de año en año el número de los finados en los establecimientos públicos y en la práctica diaria, razon por la cual nos contemplamos en la imperiosa necesidad de haber de inspirar un terror saludable á esa multitud de jóvenes Broussaisicolas, cuyo gefe, segun lo dice él mismo en su nueva obra *De la locura y de la irritacion*, que deberia titularse con mucha mas justicia, *La locura de la irritacion*, cuyo gefe, repetimos, no ha querido doblar la rodilla ante el Panteon de la Ontologia.

Mas no es solo contra los hombres ó contra las mugeres de una cierta edad que se ha desplegado el caprichoso furor de las sanguijuelas, si que hasta la infancia misma ha sido la presa y la víctima de sus crueles mordeduras. ¿Y aun cuantas veces se nos ha informado que estos partidarios de la sangría, estos prácticos á la moda y zeladores de la nueva doctrina, habian pretendido atacar el romadizo con tos de los niños por medio de las sanguijuelas? ¡Triste y funesto error! ¡Querer privar de su sangre aun hasta los niños en su cuna, á unos *rudimentos* de la humanidad, si nos es lícito explicarnos asi! ¿Tendrán sangre de sobra despues para crecer y robustecerse? ¡Ah! que si fuese posible, se les debia aun de aumentar y darles mas y mas.

Hemos visto tambien morir un niño, gracias á la

picadura de las sanguijuelas. Porque, en efecto, el médico las receta, y un momento despues se va: dichos bichos suelen á menudo horadar y romper un ramo capilar de una arteria, ó bien, una vena; déjase correr la sangre, y cuando se quiere restañarla, ya no se puede. Porque no todos saben aplicar la yesca, la colofana, ó cauterizar la herida, y mientras se va á llamar y á buscar al médico, he aqui que el manantial de la vida sigue agotándose, sin que todos los auxilios del arte puedan remediarlo despues.

La constitucion de los niños lleva por carácter una superabundancia de fluidos blancos, una gran mobilidad en el sistema muscular, un exceso de susceptibilidad nervosa y la inflencia del tubo intestinal. La infancia, por decirlo asi, no es mas que como el bosquejo de la vida, y durante su periodo, los órganos estan solo indicados, mas bien que desenvueltos. Esforzémonos y vigilemos, á fin que estos lleguen á obtener toda su perfeccion, puesto que en lo por venir deben de influir tanto y tanto sobre la salud y sobre la duracion de la existencia.

¿Cual será, pues, la jóven madre que no se apresure, llena de zelo y de ternura, por preservar y arrancar su querido hijo de la influencia de las sanguijuelas? ¿Podria ellà mirar con indiferencia esta materia, cuando se trata solo de los peligros de todo cuanto hay en el mundo de mas precioso para ella, de un hijo que ha habido de costarle

nueve meses de sufrimientos y de penas, y cuya muerte la haria llorar largos años?

Mas este consejo que aqui damos á todas las madres en general, le dirigimos muy particularmente á las familias de Paris, que condenadas á vivir en unas calles estrechas y húmedas, en unas habitaciones obscuras y nada ventiladas, y ejerciendo unas profesiones que reclaman un mayor espacio y un ayre libre, ventajas ambas de que carecen por lo regular, pues que bien frecuentemente, el mismo cuarto en que duermen debe de servirles de obrador y de cocina, todas estas circunstancias, repetimos, deben preservarlas de preferencia de un sistema tal como el del doctor Broussais.

« La epídemia catarral, que tantos estragos hizo » en Paris en 1803, dice el doctor Castel, habia » contribuido á demostrar los funestos efectos de la » sangría, efectos que han sido tan á menudo y tan » claramente observados y realizados, que ciertamente la nueva secta no tenia la menor necesidad » de recurrir á otras experiencias; y sin embargo, » las que se han querido hacer, han sido tan funestas, como superfluas eran. Pero ¿que estraño » es? Si se ha querido á la fuerza violentar la naturaleza. Un catarro que esta hubiera curado desde » el octavo hasta el catorzeno dia, se ha pretendido que ella le curase en pocas horas! porque » lo que la naturalęza hubiera naturalmente arrojado hácia fuera por las vias del sudor, del esputo y demas deyecciones, se le ha querido

» como robar por las venas y por las arterias. ¿Y
» que ha resultado de ello? Este enfermo ha con-
» traido un astma, gracias á las sanguijuelas que se
» le aplicaron, y aquel otro sucumbió á un hidro-
» thorax, porque desde que el catarro se manifestó,
» se ha querido constantemente curar la obstinacion
» de la tos con repetidas aplicaciones de sangui-
» juelas. Un otro enfermo, que á una buena cons-
» titucion reunia todo el vigor de la edad madura,
» principió á escupir sangre ligeramente, con mo-
» tivo de haberse visto expuesto, durante algunas
» horas, á la impresion del ayre frio, en los pri-
» meros dias del mes de mayo: la fiebre y la tos eran
» bastante moderadas, y no parecian provenir de
» alguna causa mas grave que el catarro: en los dos
» primeros septenarios, las sangrias excedieron él
» número de los dias. Ora bien, cuantas circuns-
» tancias pudieran haberse reunido para hacer re-
» saltar mas y mas la impericia del método curativo
» que se empleó con aquel enfermo, se vieron
» aqui. Durante un mes se le sometió á un régimen
» debilitante, en términos que hubo de contraer
» un espasmo tal, que su estómago no podia ya
» abrazar ni retener género alguno de alimento, ni
» aun el simple caldo. ¿Y que se hizo para aplacar
» dicho espasmo ó contraccion, que habian produ-
» cido el hambre y las sangrias? Se le aplicaron de
» nuevo las sanguijuelas, y seria casi imposible el
» contar el número excesivo de las que se le hizo
» sufrir durante su enfermedad. Enfin, el desgra-

» ciado murió á principios de agosto, en un estado
» de etiquez, diferente bajo ciertos respectos de la
» tísis pulmonar, que cuando principia en la pri-
» mavera, no se termina ordinariamente sino en
» otoño. He observado en una muger de quarenta
» años, que las parótidas del reverso de las orejas
» habian adquirido un volumen enorme y se habia
» abierto en ellas un abceso, con motivo de la re-
» petida aplicacion de las sanguijuelas : el pus de
» la llaga se abrió paso hasta los tegumentos de la
» parte anterior del torax, formándose sucesiva-
» mente otros depósitos en el resto del tejido ce-
» lular; en una palabra, la pérdida absoluta del
» color, y la languidez de todas las demas funciones
» siguieron dicha caquejia ó postracion genéral,
» que solo se ha curado al cabo de quince meses. »

Al desaprobar el abuso de las sanguijuelas, debemos hacer observar á nuestros lectores; que uno de los motivos que las hace preferir á las sangrias, es, que mandando una sangria, el médico necesita de un cirujano, quien alguna vez censura la ordenanza médica, y aun se niega á ejecutarla; en lugar que prescribiendo las sanguijuelas, viene á ser el médico el solo árbitro de la enfermedad, porque puede contar con la ciega obediencia de las ó de los que velan y asisten al enfermo, á quienes encarga el cuidado de aplicarlas.

Confirma nuestra asercion lo que leemos en el *Diccionario de las Ciencias Médicas*, tomo XV, pag. 254. « Que nos sea permitido, dicen los Se-

» ñores Fournier y Vaidi, autores del artículo, el
» elevarnos aqui contra el uso que se introduxo,
» desde algunos años á esta parte, de substituir á
» las sangrias generales la aplicacion de las sangui-
» juelas en diversas partes del cuerpo, aun en los
» brazos, muslos y piernas; basta solo el conocer
» las leyes de la circulàcion de la sangre, para con-
» vencerse de la casi inutilidad de semejantes san-
» grias locales. Pero no es, segun lo piensan algu-
» nos, por una preocupacion contra la sangria
» general que muchos prácticos se obstinan en sub-
» situir á aquella las sanguijuelas. Pensamos haber
» hallado eLverdadero motivo de esta nueva prác-
» tica, en los abusos introducidos en la prof sion y
» ejercicio de la medicina. Un hombre solo quiere
» á menudo invadir por sí los dos ramos del arte;
» un médico viejo, que no sabe sangrar, manda
» aplicar las sanguijuelas por no verse precisado á
» recurrir á un cirujano, sea porque desea gozar
» solo de la confianza de su enfermo, sea porque
» teme que el cirujano le niegue su ministerio,
» tanto mas, que algunos cirujanos, por una vani-
» dad mal entendida, desdeñan á su vez el ejecutar
» las ordenanzas de sus compañeros los médicos. »

Ocurren ciertos casos en que la evacuacion de la sangre debe de ser pronta y abundante, resultado que no puede obtenerse por medio de las sanguijuelas, y por consiguiente se debe preferir á ella la sangria de lanceta ó flebotomia general, cuyo buen resultado es casi cierto. La abertura de la

vena hace que la sangre fluya y salga con rapidez, y en dicho caso los síntomas que mas cuidado daban se ven como *enfrenados*, segun decian metáforicamente Baglivio y Stoll; mas preguntamos ahora, en una peripneumonia intensa ¿descargaréis vos y aliviaréis los grandes vasos con el recurso de vuestras sanguijuelas, que chupan la sangre con tal lentitud? ¿Y que resultado pudierais prometeros de su aplicacion en las *gastrites*, las *enterites* y las *cistites* intensas, si se nos permite hablar como á estos novadores, que principian muy de ordinario con el delirio, los espasmos, los sobresaltos, con ciertos movimientos convulsivos y otros síntomas nervosos? Y en todas estas inflammaciones, que se terminan tan probablemente y tan pronto bien mal, cuando todos los fenómenos dependen de una afeecion general concomitante ¿creen Umds. que sus sanguijuelas podrian hacer desaparecer aquel formidable conjunto de síntomas esenciales, que acompañan por lo comun todas las flegmasias agudas? Sin duda no; y sin embargo, vuestro enfermo no menos, aparecerá cubierto de cientos de sanguijuelas!

¿Y como, en efecto, hemos de dejar de conocer, que una multitud de síntomas nervosos, que se han calificado tan á menudo de enfermedades de nervios, no son otro que el efecto de las flegmasias crónicas del hígado, ó de la matriz? Y sin embargo, el exclusivo doctor Broussais no se para en afirmar magistralmente, que todas las enfermedades dichas

nervosas no reconocen otras causas que aquellas, lo que es ciertamente sobrado exagerado. Es cosa evidente, pues, que una teoría que solo se apoya en tan frágiles cimientos, debe desplomarse y venir al suelo por sí misma.

Con respecto á sus raciocinios, bien sutíles en verdad y que el cree inatacables, hoy seria cosa bien fácil el probarle, que provocando ciertos agentes, en muchos casos y con respecto á ciertas substancias suficientemente dispuestas, que provocando ciertos efectos que no hubieran podido producir en sí mismos, puede decirse con verdad, *que dan lo que en sí mismos no tienen*. Pero este axioma, al abrigo del cual se ha parapetado mas de una vez la dialéctica escolástica, y que ha servido de base á muchos razonamientos, casi ininteligibles, deberia mirarse de hoy mas como una verdadera futilidad y desterrarse ya para siempre del lenguage médico.

Aun el abuso de las sanguijuelas es tanto mas reprensible, cuanto á que bien á menudo se hace uso de estos insectos, sin tomar en consideracion sus diversas especies [1]. Es un hecho constante, que

1 Despues de publicada nuestra undécima edicion, ha llegado á nuestra noticia, que el señor prefecto de policia, en vista de las muchas quejas que se le habian dirigido sobre el tan frecuente uso de las sanguijuelas, se habia decidido á consultar el consejo de salud pública. Los señores Pelletier y Huzard, pues, se dedicaron á hacer ciertas investigaciones sobre las *desapiadadas* sanguijuelas, que este es el adjetivo con que las ha calificado

las sanguijuelas verdes suelen ser á menudo venenosas, y que en tiempos pasados se temia el hacer uso de ellas. Las de color pardusco son las únicas

en la Cámara de los Diputados el señor Puymaurin, y sobre la mala calidad de estos reptiles que se libran y corren en el comercio. Dichas quejas se ceñian principalmente á dos puntos; primero, que ciertas sanguijuelas producian llagas no menos dolorosas que difíciles y largas á curar; segundo, que muchas de ellas no prendian ó mordian. Se publicó despues sobre este tan importante objeto un minucioso informe, que se leyó por lo pronto al consejo, y que la Academia de las Ciencias honró con su suffragio posteriormente. Resulta de dicho informe, que en las dos especies de sanguijuelas que se emplean ordinariamente, la parduzca y la verde, se encuentran ciertos individuos que no siempre muerden, y esto en circunstancias que no ha sido posible el determinar, y muchos otros que mordiendo causan unas heridas, de harto difícil curacion. Vense algunas personas de un temperamento débil y de una constitucion tal, que hasta las mas pequeñas heridas en ellos van acompañadas de graves accidentes, y se complican á menudo con flegmasias dolorosas y aun difíciles. Lo mismo casi acontece á otras personas mas robustas y de mejor constitucion, bien que momentaneamente, á consecuencia de alguna indisposicion esporádica Ademas, la cicacitracion de la llaga, ocasionada por la mordedura, va ordinariamente acompañada de una picazon en extremo incómoda; algunos enfermos sobrado impacientes, los niños con especialidad, se rascan sin cesar, y la herida se irrita, se inflama y se encona, como decimos ordinariamente, y la cura se difiere y se retarda en proporcion. Enfin, hay algunas personas en extremo sensibles, á quienes la merdedura de las sanguijuelas ocasionan unos tan crueles dolores, que no pueden menos de martirizar dichos animalejos, arrancándolos con violencia de las llagas que han hecho ya, ó procurando desapegarlos con agua salmorrada, con vinagre ó aceyte que derraman y esparcen sobre ellos.

que pudieran emplearse sin riesgo; pero el extraordinario consumo [1] que se hace de estas, las hace mas raras de dia en dia.

Dos sistemas principales han dividido, y dividen aun hoy, la escuela, con respecto al centro ó foco de las enfermedades. Entre los médicos, los unos se han declarado y pronunciado contra la sangre, calificando este fluido como el asiento, ó al menos como el vehículo mas tenaz del principio morbífico, y en consecuencia, le han atacado y sustraido con mas ó ménos barbarie. Algunos otros, persuadidos que el foco de toda enfermedad residia en los humores, han dirigido contra estos, excepto la sangre, todos sus medios curativos. Si esta última doctrina, bien antigua y por largo tiempo acreditada, puede ser atacada especulativamente, no puede serlo al

1 En una Memoria ó estado hecho en el Hospital General leemos, que el consumo de las sanguijuelas en 1825 ha sido de 600,000. Y como la receta de estos reptiles fue aun mucho mas considerable en 1827, no es estraño que la Administracion general de los hospitales y hospicios de Paris, animada de un zelo verdaderamente paternal, haya querido poner un coto y término á un tan escandaloso abuso. Su consejo acaba de hacer circular y dirigir á todos los primeros médicos y cirujanos de los hospitales una instruccion, que termina por estas palabras:

« El consejo general me encarga de nuevo repita á Umds., » que reduzcan, en cuanto les sea posible, el número de las » sanguijuelas. »

El miembro de la comision, encargado del servicio de la sanidad.

Firmado: Duchanoy.

menos victoriosamente en su aplicacion; puede, sí se quiere, demostrarse cuan absurdo sea el decir, que ora predomina *la sangre*, ora *el flegma*, *la pituita*, *la bílis amarilla*, *ó la bílis negra*, doctrina que se procuraba establecer sobre la diferencia de edades, de temperamentos y de estaciones, como pudiera no menos demostrarse, en caso necesario, la incertitudumbre de nuestras clasificaciones modernas sobre este particular.

Pudiéramos hacer aqui una justa mofa de la inumerable multitud de humores, que en la pluma de ciertos escritoros del siglo diez y siete, de Sanctorio por ejemplo, se elevaron hasta el número casi de 80,000. Mas el vicio de todas estas teorías no tanto se le debemos reprochar á estos autores, como á la inquietud natural del espíritu humano, que no abraza ó acepta una amelioracion, sino cuando cree haber descubierto la verdadera causa de ella; el espíritu humano naturalmente anhela por los sistemas y por explicaciones mas ó menos satisfactorias, y aun rechazaria la influencia la mas bien probada de un método curativo cualquiera, sino se le hubiese procurado persuadir de antemano, que esta y no aquella era su verdadera marcha: como si el hombre estuviera organizado de manera á poder penetrar y comprender la naturaleza de las causas vitales, y como en si en todos nuestros conocimientos físicos nos fuera dado el ver algo mas que los simples efectos.

Ninguna de estas dos opiniones llegará jamas á

aquel grado de evidencia que cautiva y atrae á sí todos los espíritus. Nosotros, si, oimos al uno y al otro partido que no dejarán de decirnos en alta voz, que nos engañamos ciertamente en dicha asercion: pero ¿nos lo probarán ellos jamás, hablando asi tan vagamente? A fin de confundirnos, seria preciso que ambos partidos se reuniesen y se pusiesen de acuerdo entre sí, concordia por cierto que nunca se realizará y que nosotros no tenemos porque temer. ¿Y cuales serian nuestros defensores en dicho caso? La experiencia, la equidad y el tiempo.

Si los prácticos fundan la esperanza de poder llevar á cabo las curaciones que se les confian con el auxilio de un método igualmente *depletivo* que *revulsivo*, es constante, que por el medio de las sanguijuelas, no se obtendrán jamas unos tan notables resultados, como por el de un método purgativo [1]; porque en el primer caso, la evacuacion

1 El señor Hellis, médico del hospital de Ruan, acaba de publicar una obrita bajo el titulo de *Clínica Medical del hospital de Ruan*, en la que se ha contentado con exponer solo simplemente los hechos. Pero el modo con que se explica prueba, que la experiencia principia ya á justificar esta doctrina médica: dicho médico nos dice, que algunas viruelas confluentes han sido curadas con purgativos, y sin la aplicacion de las sanguijuelas. ¡Que anatemas no lanzará y fulminará ahora contra el doctor Hellis la secta fisiológica! Y con harta razon; porque véase aqui lo que él piensa con respecto á la inflamacion del estómago, que comunicándose y reflejándose en la piel, produce las viruelas, segun la doctrina del doctor Broussais. « Cuando

se obtiene por el intermedio de la piel, ó bien del tejido celular sus-cutáneo, mucho menos sensibles el uno y el otro que la membrana mucosa del canal intestinal, y que carecen no menos en gran parte de las numerosas y poderosas simpatías y relaciones, mediante las cuales dicho canal ejerce una tan

» algunos facultativos, dice, se atienen y descansan únicamente
» en un solo medio, inútil cuando menos, menospreciando toda
» otra indicacion, son mas culpables, á juicio mio, que si
» abandonasen el enfermo á sí propio. Sí, he visto yo, y no
» soy yo solo, he visto muchas víctimas de este empirismo; he
» visto atacar el sarampion y las viruelas, áplicando las san-
» guijuelas al epigastro, sin otro resultado que la muerte del
» paciente. ¡Como si en la naturaleza no existiese que un solo
» mal, y un solo remedio! todos los dias nos llegan algunos
» desgraciados, á quienes se ha sometido indistintamente á
» este estravagante método curativo; y es cosa harto fácil el
» adivinar los resultados. Se nos les envia precisamente, cuando
» ya todo anuncia el próximo y tan funesto desenlace final. »

Pero no es en Ruan solo en donde el sistema Broussais acaba de sufrir bien serios embates. Un médico de Lyon nos escribe, que al abrirse la Escuela secundaria de Medicina, lo que se verifica el 15 de diciembre, el doctor Richard de la Prade, otro de los profesores de la misma, pronunció un discurso sobre los diferentes sistemas de medicina, adoptados de algun tiempo á esta parte, y particularmente sobre el del doctor Broussais; en el cual hizo ver y sentir los peligros á que podia dar lugar una ciega y poco reflexiva adopcion de dicho sistema. Este discurso, en que brillan á la par de las mas sanas y profundas ideas toda la pureza y elegancia del lenguage, fue oido con la mas viva atencion y aplaudido en seguida por los médicos que asistieron á dicha funcion de abertura. En la respuesta que á nombre de la administracion de los hospitales le hizo el señor Delfin, se notaron los mismos principios.

eficaz y poderosa influencia sobre los demas órganos.

No hay médico alguno que ignore, que el canal intestinal conserva por largo tiempo su irritabilidad, aun cuando el corazon parece privado ya de todo movimiento. Extraido del cuerpo de un animal vivo, se mueve espontaneamente durante un tiempo considerable; por consiguiente, en su estado natural, debe de considerarse como el órgano en el cual la irritabilidad se extingue la postrera.

Por lo demas ¿no ha sido nuestro guia una sana y verdadera filiosología, al preferir la evacuacion purgativa de los humores á las evacuaciones sanguinas?

« Mucho mejor que nuestros modernos mecáni- » cos, dice Bichat, conocian los antiguos las leyes » de la economía, puesto que creían que las afec- » ciones sombrías y melancólicas se corregian con » los purgativos, evacuándose con los malos humo- » res. Sí; desembarazando las primeras vias, ha- » cian desaparecer la causa de dichas afecciones. » Notad, en efecto, cual se encapota y cambia » nuestro color y nuestro humor al menor emba- » razo de los órganos gastricos. »

¿ Y no son estos humores unas cosas palpables é incontestables, cuya observacion va aneja ademas á los progresos y descubrimientos de la fisiología y cuya doctrina se encuentra consignada tambien en de los escritos de la antigüedad, en vez que la masa la sangre, como causa mórbida, no ha sido siem-

pre mas que una conjetura, sin mas fundamento que una hipótesis caprichosa? Sostener que reina una cierta acrimonia en la sangre que circula por nuestras venas; sostener que la causa de los accidentes morbíficos que probamos talvez, es un elemento heterogeneo que domina en la sangre, y considerar la sangría de las sanguijuelas como un arcaduz ó cloaca por donde se evacua el humor que infectaba la sangre, son otras tantas suposiciones gratuitas de que no nos es permitido el contentarnos y pagarnos hoy dia.

Pero en último resultado ¿es á los humores, ó mas bien á la sangre á quien debemos atribuir exclusivamente toda influencia morbífica?

He aqui la gran cüestion, que ha casi siempre dividido la escuela, y que ha dado lugar á muchas y diferentes teorías mas ó menos ingeniosas, cuya aplicacion ha debido exigir diversos métodos y prácticas curativas. Pero las teorías no enseñan á curar á los hombres, y sí solo la observacion: las teorías pueden lisongear por un momento la imaginacion, ofreciendo al espiritu unos juegos y sutilezas que le entretienen y divierten; pero el hombre que creó é inventó unos sistemas semejantes, no tarda á convencerse, que el universo que él se imaginó es en un todo diferente del que le rodea y que tiene á la vista, y que despues de unas tan brillantes suposiciones, no hizo mas que soñar, sin descubrir cosa alguna.

Solo á pasos bien lentos nos acercamos al fin de

la verdad, y el que quiera instruirse, debe examinar con mucho estudio, antes de pronunciar un juicio. Hemos estudiado el sistema, cuya singularidad nos choca, y no le hemos condenado con precipitacion: hemos tambien examinado como el autor ha podido hacerse ilusion á sí mismo, y juzgar exactas y positivas las ideas que ha dado al público. Hemos seguido sus razonamientos paso á paso y con gran estudio, y hemos encontrado, que un primer error, imprudentemente admitido, habia dado lugar á los otros y los habia hecho como inevitables, y convencídonos en otras ocasiones, que ciertas ideas por lo pronto justas, se hacian menos puras á medida que se iban desarollando, y que alterándose mas y mas gradualmente, venian á parar en ofrecer resultados inexplicables. De este modo nos hemos visto en estado de refutar una obscura y vana teoría, y bien á menudo, disponiéndonos á la indulgencia un mas serio examen, hemos encontrado harto soportables unas doctrinas que nos habian chocado por lo pronto, porque ciertamente no hay ninguna que no ofrezca en sí algo de especioso, y que pueda en algun caso encontrar por defensores hombres de un espíritu justo y de un carácter estimable.

Pero ¿ porque, el doctor Broussais, elogiando hasta las nubes su sistema, ha tenido la osadía de desacreditar y disfamar las doctrinas del célebre Pinel, su maestro? Porque intolerante, como lo son todos los sectarios, solo se alaba á sí mismo

y lo que por sí solo hace. ¡ Loor éterno à los manes de tan ilustre difunto [1], quien inspirando la modestia con su ejemplo, al paso que analizaba las diferentes teorías medicales, indicaba sus ventajas y sus inconvenientes, y preparaba asi sus discípulos y los ponia en el caso de escoger con discernimiento despues!

Parece como imposible que unos jóvenes prácticos puedan prescindir y eximirse de ciertas preocupaciones, que dependen bien à menudo de sus disposiciones morales, de sus gustos, de su imaginacion, de la memoria y recuerdos de sus primeros estudios, de las doctrinas de sus profesores, y aun de la influencia misma de su constitucion fisica, y no nos es dificil el concebir, que siendo jóvenes, ardientes y robustos, y expuestos por consiguiente á enfermedades inflamatorias, solo hayan visto flegmasias en todos sus enfermos y una como necesidad de recetar á cada paso las sanguijuelas. ¿Podrian ellos olvidar nunca, que se les ha repetido y enseñado, *que los médicos eran en general sobrado tímidos,*

1 El doctor Pinel, cuya muerte precoz ha sido una pérdida para la ciencia, nos hizo el honor de llamarse nuestro amigo. Aun todos aquellos que no han tenido la dicha de conocerle, saben que respeto y veneracion merecian sus costumbres patriarcales, su desinteres y sus grandes talentos. Pues bien! nosotros nos complacemos en reunir en el culto de nuestros recuerdos á Corvisart y á Pinel, confundiendo, en la pena que nos causa su pérdida, la memoria de dos hombres, que tan ilustres han hecho sus talentos como sus demas apreciables calidades.

y que temian sobrado el hacer derramar una sangre que la naturaleza encuentra y de que se provee en todos los órganos? Y en efecto, nuestros antiguos facultativos prácticos eran en general sobrado tímidos. ¡Ah! si vivieran en nuestros dias! hubieran visto á los partidarios de la nueva doctrina, que aplicaban sin el *menor recelo ni pusilanimidad* hasta *dos cientas y cincuenta sanguijuelas* sobre el abdomen de una muger atacada de una *peritonite*, como ellos la llaman, á la cual en verdad, no tardó en *sucumbir*.

El edificio Broussais no tardará en desplomarse, porque su ruina está ya preparada de antemano por una especie de anarquía y por el inmenso vacío que déja desear en la parte científica. Lo que debe sustraerse y cercenarse de él, excede en mucho lo que se le deberia añadir, porque abunda en hipótesis brillantes, mucho mas que en descubrimientos positivos, y en disertaciones mas que en hechos, y en una larga serie de principios arriesgados, con muy pocas pruebas: analizando los trabajos que se han hecho hasta hoy sobre este punto, podemos decir que no es otro que un castillo en el ayre. Las nociones adquiridas ya nos ilustran muy poco sobre las que faltan aun por adquirir. El espíritu de una sabia investigacion no se deja ver mucho mas en las disertaciones del doctor, que en un como ciento de observaciones que ha dado á luz; y aun entre estas, se encuentran muy pocas que puedan dar lugar á inducciones perentorias y concluyentes.

¡Oh! que la naturaleza se hubiera mostrado bien poco previsora, si las doctrinas científicas hubiesen sido de una necesidad absoluta para ilustrarnos sobre los medios de conservar y de prolongar nuestra vida!

Y no consiste aun todo el mal en adoptar esta ú aquella doctrina; sino en atenerse à ella sobrado exclusivamente, en darle y atribuirle una importancia exagerada, haciendo de esta ú aquella téoria la parte fundamental de la medicina.

Pero no tardará en conocerse y sentirse, que ha llegado ya el tiempo de hacer alto, y que los progresos tan ponderados del nuevo método pudieran no ser mas que otros tantos pasos retrógrados, comparados con el punto á que llegaron los Corvisart, los Halle y los Pinel, y de donde con sus observaciones y doctrina enriquecieran tanto el arte de curar.

Para apreciar como se debe las reputaciones contemporàneas y el mérito de ciertos sistemas, no deben de consultarse los entusiastas y los panegiristas interesados; busquemos, sí solo, la verdad, y la verdad fundada en hechos incontestables y no sobre los abusos que en todos tiempos, y aun hoy, reinan y dominan en la medicina.

Debemos decirlo: es cosa harto penosa el verse uno precisado à refutar una doctrina, tanto mas peligrosa, cuanto à que su autor goza de una alta reputacion. Pero cualquiera que sea esta, no impedirá el que no vivamos profundamente convencidos,

de que el dominio de la medicina y como su estado señorial no se extenderá mas con capciosos sofismas y paradojas extravagantes, ni que se le imprimirá con estos aquel caracter de elevacion y de grandeza, que pueda preservarla de los tan justos reproches con que la ajó tan pródigamente el padre de la comedia francesa, y de los malignos epigramas que aun se le flechan y disparan en nuestros dias.

La razon es el mejor guia que puede como conducirnos por la mano en el arte medical, y puesto que los médicos son los árbitros de la vida de los hombres, en el ejercicio de sus importantes funciones, ¿no es para ellos un deber el renunciar y abjurar un sistema admitido tan á ojos cerrados? Antes de adoptar con una confianza excesiva una opinion aventurada, la hemos habido de someter á una crítica severa, justa é imparcial; nuestra curiosidad ha sido satisfecha, y nosotros muy presto desengañados.

Sin embargo ¡la loca manía de las sanguijuelas no debe de sorprendernos! ¿No ha traido en pos de sí cada siglo una extravagancia á la moda ó un ridículo nuevo? ¿Que se ha hecho de los pretendidos posesores de la piedra filosofal, de la panacea universal, y en que han venido á parar los curiosos indagadores del movimiento perpetuo, de la cuadratura del círculo, asi como los entusiastas partidarios del magnetismo, del perquinismo, del mesmerismo y del somnambulismo? El tiempo solo ha

ido haciendo sucesivamente justicia de *Aymar Vernay* y de su varita divinatoria, de Mesmer y de sus cubetas, como del fastuoso Cagliostro, quien desde el tabladillo mismo que supo elevarse en los palacios, sacaba á plaza y vendia su elixir de immortalidad. Todo, todo ha servido de materia ó de objeto, ó bien de la moda, ó bien de fastidio, de odio y de zelos. ¿Quien se atreveria hoy á sostener un sistema, que nuestros mayores miraron talvez como el mas sublime esfuerzo é invencion del espíritu humano? ¿Y que duda cabe en que nuestros descendientes y venideros deberán de mirar con el mas profundo desprecio un dia los principios del método de las sanguijuelas?

¿Traerémos á corro y recordarémos aqui aquella famosa invencion, que hubo de salir *de la botica de Satanas*, como decia bien enérgicamente La Martinière, es decir, el miserable delirio de la transfusion ó transmision de la sangre?

¡Que ruido no se hizo en el mundo y que arterías no se vieron, cuando los *Denis* y los *Emmeretz*, aprovechándose con harta destreza de las ideas capitales y maestras del doctor Wren, y de los escritos de Mayor, hicieron pasar y entrar en las venas de un hombre vivo la sangre de un carnero ó de un becerro! ¡Cuan viva discusion y polémica no se empeñó entre estos trasegadores y sus antagonistas! Los unos eran unos *caníbales* y unos *vampiros*, mientras á los contrarios se les calificaba de *incrédulos*, de hombres *zelosos*, ó bien de bribones.

Cortesanos y ciudadanos, todos tomaron parte en esta querella, porque se trataba nada menos que de prolongar la existencia. Los reyes, los poderosos y dichosos del siglo, las hermosas que principiaban ya á rancear, y hasta el mas desdichado indigente creyeron iban á alargar la vida. La lanceta debia desembarazarles de una sangre *vieja*, *degenerada* y sin vigor ni virtud, para poder ir á tomar en las arterias de un animal jóven y robusto en gran copia este licor generoso y reparador. Pero una muerte repentina provocó el fallo del tribunal civil de Paris, y poco despues el Parlamento publicó una ordenanza que echó á rodar todas aquellas risueñas preocupaciones y las seductoras ilusiones que habian como embaucado la multitud: esta doctrina y operacion temeraria fue abandonada, la razon recobró su imperio, y la muerte sus derechos!

¡ Singular estravagancia del espíritu médical! en el siglo décimo-séptimo se martirizaba á los animales y se les arrancaba y privaba de su sangre, para haber de prolongar nuestra existencia; y en el décimo-nono se le cubre al crédulo enfermo con sanguijuelas sin medida, que deben de chuparnos este licor precioso a fin de que conservemos nuestra vida!!!

Esperemos que el arte de curar volverá al fin y se consagrará á su destino primitivo. La ciencia, á fin de aliviarnos en nuestras dolencias, ha hecho justicia y ha desterrado de en torno nuestro esa

multitud de emplastros, de unguentos, polvos, elixires y toda esa multitud inumerable de pretensos específicos, cuya insuficiencia é inutilidad ha ella demostrado. Esperemos que la moda de las sanguijuelas *pasarà* á su vez, y que estas *bebedoras* de sangre caerán en el mismo olvido que los grandes pelucones del siglo de Luis XIV! Con harta pena creerá la posteridad que los hombres hayan sido tan locos, y que hayan querido someterse de buena voluntad á sus crueles mordeduras! ¡Que nuestros contemporáneos se garantizen y se pongan al abrigo de este juicio bien equitativo de la posteridad, diciendo y gritando con nosotros *¡No mas sanguijuelas!*

CAPITULO III.

De los temperamentos en general é individualmente.

Pensariamos, con mucha razon, no haber ofrecido al público sino una obra imperfecta, con respecto y con referencia á la hygiene, si, antes de tratar de las numerosas enfermedades de las cuales debemos de hablar en los párrafos siguientes, no insertáremos aqui ciertas observaciones que tenemos hechas acerca de los temperamentos en général, y de los temperamentos individuales.

Basta echar una ojeada sobre los individuos que nos rodean, para convencernos que todos no estamos constituidos de la misma manera; que sin embargo de que seamos dotados de los mismos órganos, no lo somos de las mismas calidades; que lo que perjudica á unos, es útil á los otros; que una enfermedad mortal para estos, no es mas que una leve indisposicion para aquellos. Estas diferencias mas ó menos caracterizadas en la energía de nuestras funciones vitales, constituyen lo que llamamos *temperamentos*: varían infinitamente estas diferencias en la intension de sus principios; pero la analogía de las causas de que dimanan, ha dado lugar

á una clasificacion bastante sencilla, que casi hemos copiado de la antigüedad, aunque desechando sus teorías. Nos ceñirémos á tres especies de temperamentos distintos: el sanguino, el linfatico y el bilioso. En seguidad hablarémos de las mudanzas que pueden experimentar dichos temperamentos, con motivo y por causa de varias influencias.

El predominio de la sangre, de la linfa y de la bílis, constituye las tres especies de temperamentos de que acabamos de hablar.

La cantidad de sangre y las proporciones de los principios con que se forma, no podrian menos de influir sobre las funciones de nuestra organizacion, y por consiguiente causar unas diferencias sensibles en los hábitos, costumbres y salud de los individuos.

Cuanto mas abunda la sangre bermeja, este flúido perfecto, origen de nuestra fuerza muscular, alimento de nuestros órganos y principio de la vida; cuanto mas su cantidad excede y sobrepuja la de los demas flúidos, otro tanto mas se manifiesta la energía de las funciones de la economía: porque siempre se resienten los efectos de la intensidad de la causa.

Por el contrario, si algun principio ménos puro, ménos elaborado, tal como la linfa, que no es otro que una sangre blanca y mas aquosa; si este principio llega á predominar por razon de la *atonia* ó postracion de los órganos secrétorios ó de otra cualquiera causa, no puede menos de disminuir la energía del sistema, sucediendo una especie de in-

sensibilidad (*apathie*) à aquella fuerza musculosa que distingue el predominio de la sangre.

En tercer lugar, es una cosa harto conocida ya que el órden y la regularidad de las funciones digestivas son el primer móvil de nuestros movimientos y de nuestras habitudes, porque de ordinario el hombre, como á que cambia de caracter, cuando digiere bien, ó cuando digiere mal. Por consiguiente, todo cuanto puede influir sobre las funciones digestivas, influye por la misma razon sobre las variedades y hábitos del temperamento.

Ya en nuestro curso de hygiene habiamos nosotros adoptado la definicion del sabio Halle : « Los » temperamentos, dice este, son otras tantas dife» rencias entre los hombres, permanentes y com» patibles con la conservacion de la vida y el sosten » de la salud, caracterizadas ademas por una diver» sidad de proporciones entre las partes constitu» tivas de la organizacion, y harto importantes » para haber de influir sobre las fuerzas y facul» tades de toda la economía. »

Los temperamentos pueden ser modificados, y aun producidos artificialmente, bajo ciertos aspectos; por consiguiente, la educacion, el hábito y el régimen pueden reformarlos no menos. Y siguiendo el mismo método que con respecto á otras facultades, se puede disponer al hombre, á fin de que tome en cuanto su constitucion primitiva lo permita, y dentro de los límites de su temperamento especial, todas aquellas modificaciones que mas

favorables sean á su conservacion y al goze de una existencia feliz.

Ciertas entrañas, y aun regiones enteras de nuestra organizacion, presentan á menudo disposiciones particulares muy diferentes de las generales, y cuyo influjo sobre la salud y sobre la vida es en extremo importante. Precisamente estas disposiciones especiales son las que determinaron al professor Hallé à abrazar la denominacion de los *temperamentos parciales*.

¿No vemos y notamos á menudo, que los órganos destinados por la naturaleza á comunicar mas especialmente con los objetos externos, en razon de su sensibilidad propia, se distinguen y señalan talcual vez por una *susceptibilidad* ó *irritabilidad*, si podemos llamarla asi, que no está en proporcion con la del resto de la organizacion? Asi es, que la sensibilidad especial, los apetitos, los gustos, las antipatías del estómago, de los órganos sexuales y los diferentes órganos de los demas sentidos presentan habitualmente pasmosas variedades en los diferentes individuos, independientemente de aquellas que deben naturalmente de producir la edad y el desarrollo de ciertas partes del cuerpo.

Los temperamentos parciales proceden y resultan, ó bien de una disposicion especial de alguno de los sistemas generales en esta ó en aquella région del cuerpo, ó bien de la accion dominante de una entraña sobre toda la economía. El doctor Halle admitia en particular dos temperamentos parciales, el

catarroso ó pituitoso y el bilioso, tomando empero estas dos expresiones últimas en un sentido no tan lato como ordinariamente se les da.

¿Y porque, pues, no colocariamos é inscribiriamos entre los temperamentos parciales, que pertenecen igualmente al sistema nervoso, no solamente ciertos grados de las facultades intelectuales, si que tambien las dísposiciones ingénitas ó con que nacieron ciertos individuos, disposiciones imperiosas y bien á menudo irresistibles, que dominan el alma y cuyas relaciones con la organizacion nervosa mas bien conocidas nos revelarian el secreto de muchos caractéres, que son ó la admiracion ó el espanto de la sociedad? Porque no todas las virtudes, no todas las inclinaciones, y aun los errores y los crímenes, no son siempre los frutos de la educacion, de las habitudes ó de los ejemplos, ni son siempre una consecuencia de las posiciones ó de las circunstancias.

En fin, la edad, las estaciones y los climas pueden disminuir ó agravar los caractéres del temperamento, de suerte que siempre será una verdad el décir, *que todo hombre debe de estudiar él suyo propio*, y que hablando rigurosamente, seria como imposible que un estraño viniese á hacer la descripcion exacta del nuestro.

Ciertamente no es dado al hombre el mudar la naturaleza de su temperamento; porque este es una predisposicion que trae consigo al nacer, y que solo el tiempo debe de modificar; pero sí puede

bien corregir los excesos de él y prevenir sus estragos, siguiendo un régimen que el arte ha conseguido trazar, y apoyándose sobre los auxilios de la experiencia.

Y es muy cierto que seria no menos necio el hombre que descuidase las lecciones de esta, que el que quisiere luchar á brazo partido contra la naturaleza de su constitucion.

Sin entrar, pues aqui, en largos y fastidiosos pormenores, relativos á los temperamentos, dirémos solo que hay algunos inatos, por decirlo asi, y otros que resultan del género de vida que se abraza, de la educacion, de las diferentes profesiones y de una infinidad de circunstancias á que talvez no se hace atencion; y que por consiguiente, debemos de admitir, ademas de los temperamentos *naturales*, otros temperamentos *facticios* ó *adquiridos*, es decir, que son el resultado de las modificaciones que hubo de probar la textura primitiva de nuestra organizacion. ¿Y cuan comun no es en efecto el ver á unos individuos delicados y débiles, que adquirieron con el ejercicio y con el buen régimen una fuerza á la que parece no podian naturalmente aspirar, mientras vemos que otros pierden por una ociosa indolencia todas las ventajas de la mas vigorosa constitucion?

¡O vosotros todos á cuyas manos llegare, y que leyereis esta obra! No os alarmeis ni inquieteis sobre el carácter del temperamento que domina en vosotros; pero tampoco lucheis contra él. Apren-

ded, sí, á bien conocerle. Y á fin de ayudaros en vuestras pesquisas y esfuerzos, vamos á describiros los temperamentos bien por menor y con la mayor exactitud. Sed harto prudentes para seguir yconformaros à las reglas del diferente régimen que darémos junto con nuestras observaciones; este es el único médio de vivir dilatados años, y exemtos de todo miedo y recelos.

Entre los temperamentos generales, estos son aquellos cuyos caracteres se ven mas marcados y señalados, y que por consiguiente es mucho mas fácil de conocer y discernir; pero de sus diferentes combinaciones resultan despues una infinidad de temperamentos mixtos, ó talvez, mas ó menos sanguinos, ó mas ó menos nervosos: el exceso ó sobrado predominio de alguno de estos temperamentos es como una predisposicion á la enfermedad; al contrario, cuanto mas perfecto es el equilibrio entre todos los sistemas, nos aproximamos mucho mas de aquel estado perfectó de salud, que es el objeto de todos nuestros votos.

Temperamento sanguino. — Todavez que el temperamento sanguino permanece en sus límites naturales, que nada desordena su marcha, y que ninguna influencia le lleva hácia el exceso, no se podria desear á un hombre una constitucion mejor, porque es esta la que se aproxîma mas de aquella perfeccion ideal del temperamento cuya descripcion encontramos en los antiguos. El hombre que se halla dotado de ella, es el retrato vivo de la

salud y de la fuerza moral y musculosa. Un cútis flexîble y firme á un mismo tiempo, unas carnes de consistencia, pero elásticas, una tez brillante y bien matizada, un calor templado que communica al cútis una transpiracion arreglada; he aqui el conjunto de los signos del temperamento sanguino.

Bien nos guardarémos de aconsejar y prescribir remedios á una constitucion por la cual todos los hombres debieran de suspirar, y que nunca podrian producir todos los esfuerzos del arte. Cuando se ha recibido de la naturaleza un tesoro semejante, no queda nada mas que adquirir, y sí solo debe procurarse el conservarle. Lo único que se pueda decir á estos hombres afortunados, es el consejo de la sabiduría: *Ninguna demasía, Ne quid nimis; Gozad;* pero *no abuseis.*

Muchas veces corresponde este temperamento con la definicion, dada por ciertos autores, del temperamento bilioso; segun *Cabanis*, las calidades que produce ó supone, parecen contribuir mas á la felicidad individual y á los progresos del estado sociál, tanto por causa del grado justo de actividad que imprime, como de la precision de ingenio y de la suavidad de los modales que le caracterizan; en general, es el temperamento que parece prodominar en los Franceses. Segun la observacion del filósofo que acabamos de citar, sería fácil el demostrar que este temperamento ha influido constantemente en nuestras habitudes nacionales,

desde que los progresos de la civilizacion han arreglado y consolidado nuestra exîstencia política.

Para hacerse una idea exâcta del temperamento sanguino, y para entregarse con fruto á la observacion de sus varios fenómenos y efectos, no basta el estudiar sus caractéres genéricos y abstractos; todavia es preciso el estudiarle en los casos particulares y en las diferentes variedades que presenta. Son muchas estas variedades, pero su número no es sin límites; y si se las considera con relacion á ciertas modificaciones accidentales que algunos sistemas de órganos, ó particularmente algunas vísceras son capaces de hacer probar á los efectos del predominio sanguino, se verá claramente que los sistemas linfático, nervoso y musculoso, el célebro, el hígado, el aparejo gástrico y el aparejo sexûal, por su predominio secundario, pueden solos modificar el temperamento puramente sanguino. Por consiguiente, sus principales variedades pueden reducirse y clasificarse en temperamentos, sanguíno linfático, sanguino nervoso, sanguino musculoso, sanguino bilioso, sanguino melancólico, sanguino genital y sanguino celebral.

Entre estas variedades principales hay unas originarias y otras adquiridas: El tipo ó gérmen de las primeras que traemos con nosotros, al nacer, se desenvuelve despues por una disposicion innata, desconocida por su naturaleza, é independiente de las circunstancias en que nos hallamos colocados. Las otras, al contrario, meramente accidentales,

son como los resultados de ciertas indisposiciones profundas, grabadas é impresas en algunos órganos nuestros ó sistemas de órganos, por el dilatado influxo de las cosas y objetos á cuya accion estamos expuestos. El clíma, el régimen, los exercicios, las pasiones y las enfermedades, son, entre las causas que influyen en nosotros, las mas capaces de producir aquellas suertes de variedades accidentales del temperamento sanguino.

Temperamento linfático. — Ménos rico, ménos poderoso que el antecedente, no por eso está ménos circuscripto y como encerrado el temperamento linfático en los límites de la naturaleza, y casi fuera del dominio del arte de curar. La higiene sola puede darle ciertas lecciones. Una constitucion blanda, ligeramente colorada, unas formas redondas, carnes poco elásticas, un calor mediano, un cútis propenso á la humedad; tal es el temperamento linfático.

No produce este temperamento los mismos portentos que el sanguino; pero su marcha es mas uniforme, y quiza un poco demasiado monotona. Pertenecen al temperamento sanguino las pasiones vivas é impetuosas; la calma y la paz son las calidades del linfático. El temperamento sanguino sabe mandar; el linfático sabe obedecer; este es como un estado de salud; el temperamento sanguino es la salud misma.

Los tónicos, los fortificantes, los excitativos, convienen á este temperamento para modificar su

tendencia natural; necesita transpiraciones copiosas, el exercicio tomado con regularidad, un uso frecuente, pero moderado, del vino y bebidas que puedan comunicar tono y energía al sistema muscular. Enfin, todos sus esfuerzos se han de dirigir á aproximarse, en cuanto posible sea, de las proporciones del temperamento sanguino, só pena de caer en un desmadejamiento tan nocivo á las funciones del cuerpo como á las del espíritu.

Las diferencias que puede ofrecer este temperamento, con respecto á sus proporciones con los demas aparatos del cuerpo, sun una de las circunstancias que influyen mas sobre la fisonomía física y moral del hombre. El sistema linfático es el mas propenso á enfermar, y sus dolencias tienen el influxo mas profundo y harto marcado sobre el estado general de la nutricion; es una verdad bastante conocida hoy, que una gran parte de las malas disposiciones del cuerpo (*caquexias*), provienen de ciertas lesiones de dicho sistema. Vese, generalmente hablando, dominar este sistema èntre los habitantes de los paises frios y humédos, y ademas, entre los niños y la mayor parte de las mugeres. Los catarros del celébro, las úlceras superficiales de la boca, las escrófulas ó lamparones, la leucorréa ó flores blancas, las hidropesías, etc. son las afecciones de que adolecen con mas frecuencia los que gozan de este temperamento: sus enfermedades son en verdad poco intensas; pero lentas y de una resolucion harto dificil.

Temperamento bilioso. — Este temperamento puede muy bien aliarse con uno de los dos de que acabamos de hablar; es decir, que la secrecion biliosa puede predominar, de concierto con la linfa ó con la sangre. Este predominio habitual de la bílis puede muy bien no ser incompatible con el estado de salud; pero en todo caso, no será ménos verdad el decir, que ella predispone á un cierto estado achacoso, que en breve se manifiesta por una palidez del rostro, por una *superabundancia de la bilis*, que no dexa ya duda sobre la causa del mal. Así que no descuidarémos nosotros este temperamento que coincide de un modo tan natural con las aplicaciones de nuestra doctrina, y creemos servir bien eficaz y utilmente á nuestros lectores biliosos, prescribiéndoles el régimen higiénico que les conviene mejor.

El carácter del temperamento bilioso es el predominio de la bilis. Los individuos dotados de este temperamento, son vivos, fogosos, y muchas veces seve brillar en ellos el genio y el talento, bien que expuesto á muchos accidentes; el arte, pues, debe dedicarse á modificar en esta parte la naturaleza, y á prevenir los riesgos que este pudiera ocasionar.

El carácter mas ostensible del temperamento bilíoso es el color del cútis, que es moreni-amarillento; se distingue tambien por una corpulencia mediocre, y por unas formas de una cierta aspereza.

Los individuos biliosos, pues, tienen la tez

obscura, los músculos vigorosos, cabellos negros, el cuerpo velludo, la barba poblada y espesa, los ojos brillantes, negros y voleados, un aliento como de fuego, la fisonomía expresiva y severa, el pulso elástico, duro y precipitado; son impetuosos, irascibles, generosos, ardientes de gloria, desdeñosos del dinero, trabajadores incansables, pero mas bien por una como manía ó arrebato momentaneo que con constancia, comilones insaciables, mas por necesidad de reparar que por gusto de la mesa, porque hacen mas caso de los convidados que de los manjares; son amigos de dominar, valientes hasta despreciar la vida, zelosos aunque inconstantes, y tienen, enfin, una excesiva energía de vitalidad. Las enfermedades que derivan de esta constitucion, son unos afectos debidos á la exâltacion de la bílis; ellas son, pues, agudas, largas, y degeneran con facilidad en crónicas, cuando se va entrando en edad; pero tambien se pueden precaver, sin gran dificuldad, por una dieta vegetal, por el uso juicioso y motivado de los ácidos, los baños tibios, las lavativas, el sueño, y últimamente, por la distraccion de los placeres moderados. Los baños deben de ser la basa de los medios cúrativos, cuando se trate de individuos dotados de esta constitucion ardiente, que suele degenerar, hácia los cincuenta años, y se convierte entonces en la que llamamos melancólica.

En general, todos conocen los síntomas que anuncian los accidentes causados por el predomi-

nio y superabundancia de la bílis : unas digestiones penosas, agruras en la boca, la lengua sucia y pastosa, la tez descolorida, unas expectoraciones concretas, salivaciones espesas, etc. Ya hemos establecido en los principios generales de esta obra, que la accion purgativa era el acto terapeútico que con mas buen suceso se podia oponer á la influencia mórbida de los humores, y especialmente de los que perturban directamente las funciones de las vias digestivas; ora bien, ningun humor se opone al acto digestivo con tanta violencia, como la abundancia excesiva de la bílis; así lo confirman los síntomas de que ya hemos tratado. En este cáso, pues, el uso de los *purgativos*, que son la base de nuestro método curativo, precedidos y acompañados de ciertos diluyentes, está claramente indicado.

CAPITULO IV.

Embarazos de las primeras vias. — Agruras de estómago. — De la bílis, y de las enfermedades biliosas. — Plétora; flatos ó ventosidades — Indigestiones.— El higado; enfermedades de este órgano. — Infartos. — Obstrucciones. — Ictericia ó tiricia. — Viscosidades. — Purgacion excesiva.

---

§ I. — Embarazos de las primeras vias.

Así se llama una acumulacion de materias mórbidas en el tubo digestivo. Estas materias *saburrales* y mórbidas forman un embarazo gástrico, intestinal, ó gastro-intestinal.

El *embarazo gástrico*, ó del estómago, se divide en bilioso, mocoso y en bilio-mocoso. Los individuos que se hallan en toda la fuerza de la edad; aquellos en quienes predomina el temperamento bilioso, cuyas partes sólidas se irritan con facilidad y á menudo, y cuya sensibilidad moral es extremeda, son los mas propensos a este afecto, que se manifiesta principalmente en los hombres. Sus causas exteriores son una temperatura calorosa y húmeda, las emanaciones *deletéreas* ó mortíferas de los hospitales, cárceles, navios, estanques, pantanos, los alimentos de mala naturaleza, los

excesos de la comida, las vigilias prolongadas ó demasiado frecuentes, las fatigas del cuerpo, la vida sedentaria, los excesos en el estudio, la tristeza, los movimientos impetuosos de cólera, etc. Algunas veces se manifiestan estos mismos embarazos en seguida y á consecuencia de heridas en varias partes del cuerpo, y sobre todo de la cabeza. Por lo comun empieza por una pesadez general, una diminucion de apetito, un cierto disgusto por todo alimento gordo ó graso, y una sensacion de mal estar acompañada de un como baño ligero y amarillento en la basa de la lengua, alguna vez de bascas y náuseas y á menudo de cefalalgía ó dolor de cabeza.

Cuando ha hecho algunos progresos este afecto, las funciones encefálicas ó celebrales se embarazan; las facultades intelectuales se entorpecen; la lengua se cubre mas y mas de una costra amarillenta; la boca, antes pastosa, se vuelve amarga, y el enfermo experimenta en aquella parte una sensacion de calor; bien á menudo se siente atormentado de una sed que procura calmar con bebidas ácidas, y su aliento es ardiente, bilioso y aun fétido. Le sobrevienen ascos y bascas; hace esfuerzos para vomitar, y aun vomita espontaneamente unas materias *saburrales, biliformes* y biliosas, que le dexan en la boca una amargura en extremo desagradable. En los individuos irritables y nerviosos se observan muchas veces ciertos deslumbramientos, obscurecimiento de la vista, una ceguedad momentánea,

zumbidos en los oidos, vértigos y movimientos convulsivos.

El *embarazo gástrico*, cualesquiera que sean sus variedades y sin embargo de sus fenómenos, es una enfermedad de que muy poco se ocupa la medicina, porque nunca es funesta por sí misma. No obstante, como puede llegar á ser causa de algunas enfermedades graves, es preciso no abandonarle ni dejarle librado á los solos esfuerzos de la naturaleza. Consiste su curacion en la resolucion de las materias que le constituyen, que se ha de procurar á toda costa, y en determinar su expulsion fuera del cuerpo: esto se logra con los *granos de salud del doctor Franck*, precedida su toma de una corta dieta, y de algunas bebidas acedadas ó ligeramente amargas. El objeto principal de la dieta será la abstinencia de los alimentos grasos, de la leche, pastelerías y guisados con especias; el enfermo hará uso de sopas de yervas, y aun de sopa de carne cocida con acederas; de algunas verduras, como acedera, chicoria, zanahorias cocidas, etc.; su vino será de buena calidad, pero templado con bastante agua.

El *embarazo intestinal* consiste en la aglomeracion de ciertas materias mórbidas en el tubo alimentario, y sobre todo en el intestino delgado. Sus variedades son las mismas que las del embarazo gástrico. Los prácticos emplean en su curacion diferentes métodos, que se pueden reemplazar y suplir por el uso de los *granos de salud*

y del *toni-purgativo*, acompañando dichos remedios con el régimen de que se acaba de tratar.

¿ Porque, pues, en estas circunstancias se ha de recurrir á los *vomitivos*, que conmueven todo el sistema, con preferencia al *purgativo*, que obra con suavidad y no con menor eficacia? ¿ No ha establecido la naturaleza las vias inferiores para las cámaras? y no es mas bien por el ano que por la boca que debe de procurarse el hacer pasar aquellas materias asquerosas y mórbidas, que inficionan todo lo que tocan?

Beaumont y avril 22 de 1823.

Muy Señor mio :

Despues de haber leido el programa relativo al *toni-purgativo* y á vuestro método, he pensado en proveer la pequeña farmacia de que me sirvo para los enfermos que recurren á mi ministerio, pues ejerzo la medicina en esta pequeña ciudad de Beaumont. Lo hé administrado con un suceso que ha sobrepujado mis esperanzas, para curar los embarazos del estómago y de los intestinos : pero habiendo notado que Umd. habia substituido, en muchas circunstancias, á los caldos de hierbas la sal desopiladora de Guindre, rectificada y perfeccionada, he recetado á algunos de mis enfermos un paquete de dicha sal, previniéndoles la disolviesen en tres vasos de agua, el dia de la purga, y que bebiesen dichos tres vasos, haciendo mediar un cuarto de hora de distancia entre vaso y vaso, con lo cual se purgaron muy cumplidamente. Asegurole á Umd. que dicho método me ha surtido el

mejór efecto constantemente, y que de esta manera he reemplazado muchos otros remedios asquerosos y las infusiones de las plantas laxativas. Pero lo que me ha parecido aun mucho mas eficaz con mis enfermos, es el uso que hé hecho, en lavativas, de tres cucharadas de la locion purgativa que Umd. me ha enviado, y que yo he hecho mezclar con el agua de las lavativas, añadiendo dos cucharadas de aceyte. Protéstole á Umd. que mis mas sinceras acciones de gracias no llegarian jamas á expresar todo el valor que para mí tiene un tan precioso descubrimiento.

Tengo el honor, etc.

GIRARDOT.

P. D. No me he descuidado tampoco en hacer uso de los polvos amarillos, de los cuales tuvo Umd. la bondad de enviarme una cajita, y que he recetado, ya antes, ya despues de la sal desopilatoria, que llegó á mis manos juntamente con aquella.

§ II. Agruras de estómago.

Estas agruras proceden de la degeneracion de los humores, de los cuales una parte se convierte, en las primeras vias, en materias ácidas que provocan el vómito; alguna vez la presencia de estas materias agrias constituye un afecto achacoso, que llamamos *agrúras*, afecto de que adolecen mas comunemente las muchachas, los individuos vaporosos, y los pobres mal alimentados. Se cree generalmente, y con fundamento, que dicha indisposicion de-

pende de una debilidad peculiar á las faculdades digestivas. Para expelèr este humor viciado, se suele hacer uso de los anti-eméticos, cuyos efectos pueden neutralizar el movimiento repulsivo, causado por aquel humor, pero no bastan ciertamente para limpiar las vias de las materias ácidas que las embarazan; està evacuacion da lugar á unos accidentes tanto mas funestos, quanto todos los absorventes de que se suele usar en semejantes casos, son de un efecto casi nulo.

Los sujetos mas expuestos á estas agruras de estómago son todos aquellos que ocupan su espíritu inmediatamente despues de las comidas, los literatos, los empleados en las administraciones, los apasionados á la lectura, las señoras obligadas á permanecer sedentarias detras de los mostradores. En la mayor parte de estas personas, aquellas indisposiciones llegan á ser enfermedades crónicas, y adolecen de las agruras, no solo al tiempo de la digestion, pero aun por la mañana al salir de la cama. Hemos conocido á muchas en las cuales dicho afecto habia constantemente resistido á todos los evacuantes usados hasta ahora. En vano habian probado todos los remedios mas afamados contra los flatos, y todo sin fruto. Pero habiendo oido hablar de nuestro método, dichos enfermos se dieron buena prisa en hacer uso de nuestros remedios, desapareciendo al minuto todo indicio y vestigio de las agruras de que se quejaban. En el dia, digieren muy bien, se saborean con todo lo que comen, su

estómago está arreglado en sus funciones, y en una palabra, gozan de perfecta salud.

Mas de diez mil personas, en la capital, podrian certificar la virtud de nuestros medicamentos en semejante caso; y si todos los hombres razonables y juiciosos tuvieran el buen espíritu de vigilar algo mas sobre su salud, los adoptarian al minuto sin vacilar: por sus poderosos efectos, merecerian que se los honrase con el nombre de *panacea* de los literatos.

Entre los individuos à quienes hemos trasmitido consultaciones verbales ó por escrito, podriamos citar á muchos, que, para combatir unas agruras que habian resistido á la magnesia y à otros absorventes, han empleado con suceso, 1° dos *Granos de Salud del doctor Franck*, tomados, antes de comer, en una cucharada de agua; 2° el dia siguiente por la mañana, una dósis de la sal desopilatoria, desleida en tres vasos de agua, precedida y acompañada de un vaso de agua; 3° por la mañana, una gota ó dos de la *quinta-esencia* etérea y balsámica en una media tasa de café puro, casi sin azucar, seguida de un gran vaso de agua fresca; bastará un exemplo solo para probarlo.

El señor Merillo, perfumero en Barcelona, adolecia de continuas agruras de estómago; habia hecho uso, aunque inultimente, de los anti-eméticos. Un viajante frances, que no carecia de ciertos conocimientos en medicina, y que habia experimentado en si mismo los buenos efec-

os de nuestro método, le aconsejó el uso de nuestros medicamentos, y tambien de los *granos de salud del doctor Franck*. A su regreso á Paris, el mismo viajante nos informó, que aquel señor Español habia hecho un uso tan cauto y tan feliz de aquellos, que, pocas semanas despues, todas sus agruras, ya llegadas á ser crónicas, habian desaparecido enteramente, despues de haberse resistido antes á todos los evacuantes de que habia hecho uso. Habia empleado no menos las pildoras ó granos amarillentos, de que habla el señor Girardot, en su carta fecha en Beaumont.

Este afecto es mas ordinario en los niños, en las mugeres *histéricas*, en los sugetos vaporosos, hipocondríacos, perezosos; parece depender de una debilidad particular en las facuIdades digestivas, debilidad originaria y primitiva, ó introducida por el uso de ciertos alimentos grasos, caseosos, harinosos ó fermentados.

El afecto de que tratamos ofrece dos indicaciones principales: primera, la de evacuar los ácidos ya formados; segunda, la de impedir su reproduccion, fortaleciendo toda la economía.

De cuantas cartas hemos recibido, relativas á la curacion de esta incomodidad, nos contentarémos con insertar la siguiente.

Paris y octubre 28 de 1823.

Muy Señor mio:

Sin duda se acordará Umd. de la consulta verbal que me dió, un mes hace, en su gabinete, relativa á ciertas

agruras de estómago que perturbaban el beneficio de mis digestiones. Umd. me preguntó, cual método habia yo empleado para combatirlas; y le respondi, que mi médico me habia ordenado una dieta ligera, el exercicio, el uso de la alabandina y de las substancias amargas. Umd. no desaprobó este modo de curacion, pero tambien me dixo, que atendiendo à las dos indicaciones que se presentaban, de evacuar y dar tono, Umd. pensaba que el *toni-purgativo* bastaba, siempre que fuera precedido y acompañado de vuestra sal desopilatoria. En efecto, la dósis de una cucharada mejoró mi incomodidad; creí despues que debia de aumentar esta dósis hasta tres cucharadas al dia, con los medios que Umd. recomienda é indica. Con mucha satisfaccion le anunciaré á Umd. haber obtenido un suceso completo; ya no me resiento nada de mis agruras de estómago, y le suplico admita las expresiones del mas vivo agradecimiento de su muy aficionado servidor.

Rollot,
Empleado en la tesoreria.

P. D. No he echado en olvido el hacer uso todas las mañanas, ál levantarme de la cama, de dos tazas de camomila, dicha romana, á cada de una las cuales he acostumbrado añadir una cucharada á café de la tintura fundente que Umd. ha tenido á bien enviarme.



§ III. — De la bilis y de las enfermedades que proceden de este humor.

La bílis es un humor animalizado, líquido, de un color moreni-amarillento ó verde, alguna vez pálido, de un olor zonzo, y de un sabor amargo. La bílis está manifiestamente destinada por la naturaleza al complemento de la digestion, esto es, á la separacion de la parte quilosa de toda la demas materia que debe de ser evacuado bajo la forma de escrementos. Ella se forma en el hombre con mas ó ménos rápidez: en algunos individuos, dicha formacion se limita á pocas onzas en veinte y quatro horas; en otros, el producto de la bílis asciende á una libra y aun libra y media, en el mismo espacio de tiempo. De estos últimos se dice que son de un temperamento bilioso.

La bílis puede pecar ó por defecto ó por exceso. El primer estado resulta muchas veces del desmadejamiento ó atonia general de todo el cuerpo y de la debilidad de las secreciones, como sucede en las hidropesías y á consecuencia de otras enfermedades graves. La inflamacion del hígado, las supuraciones, las durezas esquirrosas que se forman en este órgano, la contraccion espasmódica de las canales secrétorias de la bílis, son otras tantas causas que pueden interrumpir, suspender la secrecion de este humor ó disminuir su cantidad. Con facilidad se puede concebir cuales deben de ser los efectos de

esta suspension ó diminucion; privados de este zumo disolvente, los alimentos recorren las vias intestinales sin probar la elaboraci n precisa para una buena digestion, y causan la debilidad de la nutricion, y la reunion de las mocosidades en el tubo digestivo. Por otro lado, ciertos elementos de la bílis, que circulan con la masa sanguina del sistema de la *vena-puerta* (*veine-porte*), pueden ser transportados hácia las venas capilares del cútis, segun lo observamos en la tiricia, enfermedad que á lo ménos prueba que la parte colorida del flúido bilioso se ha extendido por todo el tejido cutáneo.

La superabundancia de la bílis es una enfermedad frecuente, que tiene su causa primitiva en la actividad del hígado, cuyas secreciones son mucho mas abundantes que al ordinario. Este estado que tiene á menudo un influjo funesto en la economía vital, puede proceder de muchas circunstancias: en unos, es una predisposicion natural; en otros, esta exûberancia parece resultar de un copioso sustento animal, de las pasiones vivas, de una fuerte aplicacion de espíritu: tienen un influxo inegable, sobre la generacion de una cantidad mayor de bílis, la edad adulta, el estremo calor de la estaciones y de los climas, sobre todo, cuando no se está habituado á ello, el abuso de los licores espirituosos, las constituciones epidémicas, y en una palabra, todas las causas que exâltan las propiedades vitales del hígado, y dan lugar á un como movimiento fluxionario en dicho órgano.

Esta especie de plétora biliosa se reconoce fácilmente á ciertos signos y á ciertos efectos, que, ó bien dan lugar á varias enfermedades, ó acaban por ofrecer complicaciones peligrosas.

Lo que han nombrado los autores *espesura de la bílis*, es un estado que exíste muy á menudo en el cuerpo humano, y que puede proceder, sea de un movimiento circulatorio en el sistema de la *vena-puerta*, ó sea de la mansion prolongada de la bílis en la vegiguilla de la hiel; una vida sedentaria, una postura habitualmente encorbada, una edad avanzada, y la falta de ejercicio pueden producirle tambien.

Nada mas variable que el color de la bílis, en los afectos mórbidos: los antiguos han observado en ella una infinidad de tintes y gradaciones de color que seria demasiado largo el referir aqui. Ya este flúido toma la apariencia de una yema de huevo, ya es bermejizo; frecuentemente se ve de un color verde, sobre todo en los niños que adolecen de una denticion penosa, y en otras enfermedades, cuando los sistemas *hepático* y *gástrico* se hallan seriamente atacados; alguna vez tambien este humor parece negro, ó moreno obscuro, ó pardo ceniciento. Estas últimas alteraciones de color señalan una verdadera descomposicion de la bílis; por consiguiente, indican una lesion profunda de los órganos á los cuales la naturaleza fió la secrecion de este flúido, como se observa especialmente en la fiebre amarilla.

Las alteraciones de que es susceptible la bílis son las causas mas ó menos proxîmas de muchas enfermedades.

Los síntomas de los afectos biliosos son las náuseas, la pérdida del apetito, el amargor de la boca, la repugnancia por las substancias animales, una tinta amarilla en el blanco del ojo, al rededor de los labios y de las ventanillas de la nariz. Desaparecen inmediatamente todos estos síntomas con una evacuacion copiosa, que se obtiene con el auxilio de nuestro método.

Importa é interesa tanto mas el oponerse en tiempo oportuno á la invasion de la bílis, cuanto las enfermedades que resultan de ella son agudas, largas, y degeneran facilmente en crónicas en una edad avanzada.

Los cálculos ó concreciones biliosas son una de las enfermedades mas peligrosas que la bílis pueda ocasionar. Segun algunos autores, las causas que determinan su formacion son los alimentos ácidos, glutinosos, agrios, harinosos, etc., como el queso, los vinos agrios, la cerbeza nueva, etc. Segun otros, las causas son la atonia y la flojedad de los órganos digestivos, y los ácidos que se engendran en ellos. Los que miran el temperamento melancolico, las pasiones tristes, una vida sedentaria, etc., como á que han podido favorecer la formacion de dichos cálculos, han avanzado una opinion mucho mas probable.

En algunas circunstancias pueden exîstir los cál-

culos biliosos durante muchos años, y aun toda la vida, sin que ningun síntoma haga sospechar su presencia; pero bien á menudo, y esto es lo mas frecuente, ocasionan un tal desórden en las funciones del higado y de los órganos digestivos, que no tardan en darse á conocer. Ora se nota una sensacion de pesadez, que llega á manifestarse mucho mas, cuando el individuo se acuesta sobre el lado izquierdo; ora es un dolor mas ó ménos marcado en la region *epigástrica*, una suerte de presion que se extiende hasta el hipocondrio derecho, y alguna vez en todo el abdomen: los eructos ácidos, las bascas, los vómitos, la constipacion, la diarréa, las evacuaciones *alvinas* blanquizcas á consecuencia de ciertos parasismos dolorosos, son los desórdenes mas frecuentes á que dan lugar los cálculos biliosos en las funciones digestivas; la tiricia viene á ser casi siempre la consecuencia de ellos.

Nada mas comun que este género de afectos en los barrios húmedos, en las calles poco oreadas, como en Paris en el cuartel de la ciudad vieja, ó de la *cité*, en el de San Jayme ó *Saint-Jacques*, y á espaldas de la casa de ayuntamiento, ó municipalidad (*l'Hotel-de-Ville*), etc. Así lo manifiestan las listas de las visitas que hacemos, ó de las consultas que damos diariamente en nuestro domicilio, calle de *Antin*, nº 10. Ya hémos hablado de estas circunstancias funestas, y de la influencia que ejerce el ayre impuro y otras cau-

sas, en nuestra obra sobre la topografía médica de Paris.

Seria cosa muy larga el dar aqui la nomenclatura de las enfermedades de esta especie, que proceden de la abundancia, ó de la mala calidad de la bílis. Vemos frecuentemente individuos que despiden espontaneamente una cantidad considerable, sín que por eso se hallen aliviadas la vísceras.

Entre otros ha venido á consultarnos un empleado de correos, sobrecargado de bílis hasta un punto tal, que sus facultades intelectuales se resentian á veces de este embarazo. Muy á menudo se le veía como amodorrado, y en un estado que le impedia el dedicarse á las ocupaciones de su empleo. Se le hallaba con la cabeza reclinada y arrojando por la boca unas viscosidades que se alargaban y se sucedian como un hililllo de agua; experimentaba continuas agruras de estómago, y tenia siempre la lengua sucia y la boca pastosa. Se ha libertado y curado este sugeto de sus viscosidades con el uso no interrumpido de nuestros medicamentos. Ahora se observa en el un gran fondo de razon, de que hasta entónces habia dado pocas muestras. Discurre con precision, y ya no se observa en su conducta la incuria, el capricho, la versatilidad que le hacian antes el tormento y azote de su familia; ¡tan cierto es que la presencia de la bílis afecta gravemente las facultades mentales, y puede producir los mas diversos afectos!

Hemos visto hombres, en quienes el predominio

de la bílis habia producido las mas extravagantes manías. Los unos no soñaban sino fantasmas y trasgos, y discurian justo sobre todo lo demas; los otros se creian destinados á perecer el dia siguiente, y aquel dia venía á ser todavía para ellos la víspera de su muerte. Otros perdian la salud á fuerza de buscar libros viejos que nunca leian y de los cuales solo conocian la cubierta. Otros, enfin, en vez de fijarse fuertemente en una idea, eran los modelos mas adecuados de la inconstancía y de la ligereza.

Estas diversas *manías* han cedido al efecto antibilioso de nuestro método. Vencida y neutralizada la causa primera y desarraigado el mal, los enfermos han recobrado el juicio, á un tiempo con la salud.

El señor Dupuis, habitante en la calle de San-Martin, en Paris, se hallaba hacia ya muchos años expuesto á unas avenidas considerables de bílis, que se declaraban casi periodicamente cada mes. Alguna vez vomitaba en ayunas tal copia de aquella, que su médico mismo estaba como sorprendido y aturdido. El régimen, que con este motivo le prescribimos regularmente seguido, le ha libertado dos años hace de esta indisposicion, que, bajo el influjo de una estacion funesta ú otra circunstancia, habria sin duda degenerado en una enfermedad aguda.

La señora Bignon, de Versailles, establecida en Paris, arrojaba diariamente, por la boca, agua en abundancia y en hilillos viscosos y claros. Esta avenida era precedida de crudézas en el estómago, de vértigos, de frios, y al-

guna vez, de movimientos convulsivos. Atribuiase dicho estado mórbido á la exposicion al norte de la vivienda de esta señora, y á su vida sedentaria y sin ocupacion. Pero no obtuvo resultado alguno feliz con la mudanza de habitacion y de régimen. En un solo dia, le ordenámos hasta tres dósis de *toni-purgativo*, lo que la hizo expeler por las vias inferiores, una cantidad extraordinaria de materias viscosas y fétidas. El dia siguiente, un paquete de *sal desopilatoria*, desleido en tres vasos de agua. Permaneció ocho dias, sin experimentar ataque alguno; pero el nono se repitieron los mismos síntomas y las mismas evacuaciones. Por esta vez ya no administrámos á la enferma mas que una sola dósis, y le encargámos el tomar una cada ocho dias, durante un mes, y cada quince en el segundo y siguientes. Un año ha que sigue este régimen, y un año ha que está gozando de la salud mas floreciente.

La señorita Gaudin, costurera, calle San Dionisio, se vió forzada á dexar de ir á trabajar fuera de su casa, porque pasaba todas las mañanas arrojando viscosidades amarillentas y asquerosas. Con corta diferencia, le ordenámos el mismo régimen que á la señora Bignon, y la señorita Gaudin está hoy perfectamente restablecida de su indisposicion.

No citarémos aqui una infinidad de otros hechos que solo nos recuerdan resultados igualmente felices. ¡Oxalá nuestros lectores puedan persuadirse de que no se debe descuidar el oponerse cuanto antes á los riesgos de una sobrada abundancia de bílis! Hemos visto no menos que en iguales casos

producian el mejor efecto las píldoras amarillas, en dósis como de una cucharita de café, tomadas un cuarto de hora antes de las comidas, y bebiendo sobre ellas un buen vaso de agua.

§ IV. — Plétora.

Cuando, por una causa cualquiera, los líquidos contenidos en los vasos, se aumentan, hasta dilatar sus cavidades fuera de toda médida, hay *plétora.*

La *plétora*, llamada sanguina, no tiene por única causa la superabundancia de la sangre; la serosidad de este líquido, aumentando con su volumen, le vuolve espeso, disminuye la fuerza de la circulacion, afloxa los vasos, produce entorpecimientos, y predispone á la apoplegia y á la perlesía.

Hay muchas especies de *pletora;* todo lo que es vaso en la economía animal, es susceptible de contraer dicho afecto; así se distinguen tantas especies de plétora como hay vasos diferentes. Cada aparato secretorio, cada sistema de una circulacion cualquiera, teniendo canales análogas á la execucion de las funciones de que está encargado en el órden natural, puede tener una superabundancia en los humores y fluidos que le transmiten los conductos, y hallarse en un estado *pletórico.*

Una plétora muy frecuente es la *linfática :* tiene signos característicos que no permiten el desconocerla; otra, no ménos evidente, es la que llaman

biliosa, y que los prácticos reconocen con facilidad. Se deben distinguir tambien las plétoras en dos clases, generales y locales. Porque pueden, en efecto, verificarse en todos los vasos que componen un aparato, ó limitarse á los de cierta region, sin que se pueda encontrar una razon muy plausible de esta manera de ser, ó de este estado, mientras que este se explica con facilidad por la superabundancia del líquido producido. Nos vemos forzados á reconocer y á admitir la presencia de unas iritaciones particulares ó un cambio en el modo de sensibilidad, con respecto á los vasos en que se verifica la *plétora* local, para explicar las causas de su exîstencia, lo que no siempre deja satisfecha nuestra inteligencia. Sea lo que fuere, el hecho de las *plétoras* locales queda fuera de toda duda, y generalmente se admite su exîstencia. Se manisfiestan siempre, sin que el resto del sistema se halle en un estado semejante; de otra suerte seria una plétora general. Cuando las *plétoras* particulares se verifican en el aparato sanguino, nos hacen conocer y nos permiten el explicar unos fenómenos, contradictorios en la apariencia: por ejemplo, hay individuos poco sanguinos que ofrecen unas *plétoras* sanguinas *celebrales*, *pulmonares*, *gástricas*, sin embargo de que el resto del sistema de la circulacion no presenta plenitud alguna, y aun un estado contrario. Lo mismo sucede en el sistema linfático. No hay casi mas que los aparatos poco extensos en que no se observe *plétora* local, por ejemplo, el espermático.

Las *plétoras* locales se efectuan, ó bien gradual, ó bien instantaneamente; en el último caso se las llama congestiones.

¿Cuales pueden ser las causas de la *plétora?* En general son obscuras y dificultosas, es cierto, por ejemplo, que hay individuos que nacen con una disposicion particular á las *plétoras* sanguina, linfática, ó biliosa; desde su primera juventud, los diferentes sistemas van predominando é imponiendo á los sugetos unas modificaciones particulares, un modo de estar que los caracteriza. Durante toda su vida, aquellos individuos conservan esta disposicion particular, y su salud, como sus enfermedades, experimentan unas influencias cuyas causas debe conocer el médico, si quiere obrar con discernimiento y buen suceso.

Muy á menudo la inaccion es una causa no equívoca de *plétora*, principalmente de la linfática: esto nos explica el porque los artesanos y la gente del campo son en general poco susceptibles de contraerla, mientras que las personas ricas, inactivas, las mugeres sobre todo, que pasan en las ciudades una vida sedentaria, viven atormentadas de ella. Un alimento demasiado abundante, junto con la inaccion, es el origen mas fecundo de todas las *plétoras*.

Sus efectos generales son un estado de embarazo en la economía, un cierto impedimento en la execucion completa de ciertas funciones, una especie de empaste é inmobilidad; ciertas hinchazon en las

partes donde se efectua la transvasion, alguna vez un verdadero desarrollo y excrecencia de las mismas partes, á consecuencia de la acumulacion de los líquidos *plétóricos* y de la dilatacion que causan en los vasos que van llenando. Un otro efecto, que pertenece á todas las *plétoras*, es el de la estagnacion del líquido superabundante en los vasos que le estan destinados, estagnacion de que se han ocupado tanto los fisiologistas de la escuela de *Boërhaave*.

¿Cuales son poco mas ó ménos los medios de remediar y de curar la *plétora?* Entre los medios generales que se han de emplear contra la plétora nativa ó adquirida, se debe contar en primera linea, el exercicio; el hombre está hecho esencialmente para moverse, obrar, agitarse y trabajar con el cuerpo; siempre es á costa de su salud, si se aparta de este voto de la naturaleza, y aun los trabajos del espíritu, que son el encanto y el descanso del que sabe dedicarse á ellos, no sirven sino á destruir la constitucion física, ocasionando una infinidad de males. Y como la indicacion principal de los purgantes es el corregir la serosidad humoral, deberán adoptarse y recetarse en las plétoras, con preferencia á la sangría, que en este caso es tanto menos útil, cuanto á que repetida á menudo, la sangre se espesa y se condensa mas y mas, y por consiguiente, se hacen mucho mas graves los accidentes. Pero no bastan los purgantes por sí solos; se los debe auxiliar con un régimen severo, con la privacion de

toda carne sobrado grasa y jugosa, con el uso moderado del vino, y sobre todo, con un ejercicio continuo. Hemos notado muchas veces, que el uso de nuestra tintura licuefactible, administrada á la dósis de una cucharadita de café, y mezclada con una tisana cualquiera, ó bien con el thé ó la manzanilla fina, producia los mejores resultados. Basta de ordinario el beber dos tazas, cada mañana, al dejar la cama, dejando como un cuarto de hora de intérvalo entre ambas.

Cuantas veces hemos visto á unos individuos, que no pudiendo hacer el exercicio conveniente, sea por su organisacion física, sea por las intemperies de las estaciones, han suplido, usando de las fricciones con la *quinta-esencia etérea*, á las ventajas de un exercicio que necesitaban absolutamente.

Despues del exercicio y el uso de las fricciones, nada contribuye mas á disminuir la plétora, que una vida sobria y arreglada. La mayor parte de los centenarios son unas personas flacas, que comen alimentos sencillos y groseros, y aun muchos no beben mas que agua, son grandes andadores ó trabajadores, y casi todos habitan en el campo.

§ V. — Flatos ó ventosidad.

Estos *gases deletéreos*, pestilenciales é infectos, se forman, por lo comun y lo mas á menudo, en el estómago y en los intestinos. Son mas ó ménos incómodos, segun que experimentan mas ó ménos

obstáculos para su salida. Los *gases* se encuentran en todos nuestros alimentos; enrarecidos estos con el ayre que respiramos, se van dilatando en el órgano de la digestion, en proporcion de sus fuerzas y de la composicion mas ó ménos ventosa de las substancias que sirven á nuestra nutricion. Dichos flatos ó vientos se desenvuelven en menor cantidad, cuando este órgano ha operado una buena elaboracion de las substancias nutritivas; y por la misma razon, se escapan con facilidad por las vias aéreas ó inferiores. Bien al contrario, cuando el órgano digestivo opera con debilidad, favorece la acumulacion y la mansion de estos huespedes molestos.

Las ventosidades son muy comunes en el estado de salud, pues resultan precisamente de la intromision de una cantidad de ayre atmosférico, que pasa con las substancias alimentosas y entra en el aparato de la digestion, y que hace parte de la composicion de estas substancias. Son mas comunes todavía en el estado achacoso y mucho mas peligrosas, con motivo de la debilidad á que este estado reduce el órgano de la digestion.

Se distinguien dos especies principales de flatos: los del estómago y los de los intestinos. Los primeros son conocidos bajo el nombre de eructos, de vapores, de regueldos. La debilidad del estómago ó de la constitucion, el exceso d l estudio ó del trabajo sedentario, el reposo habitual, los excesos del comer, la tristeza, las inquietudes y zozobras del ánimo, enfin todo lo que puede perjudicar á

las fuerzas digestivas, dispone á este género de ventosidades. Los achacosos, viejos, literatos, las mugeres *histéricas*, los convalecientes, golosos, gotosos, hipocondríacos, etc. todos son propensos á ellas, por poco que hagan uso de alimentos flatulentos, y que se aparten del régimen que conviene á su situacion moral ó física.

Estas ventosidades se escapan por la boca, ya con ruido, ya en silencio. Unas veces son ácidas, amargas, fétidas; otras son insípidas y sin olor; á menudo guardan el olor de los alimentos de que se ha hecho uso, como de cebolla, ajo, rábano, coles, manteca, etc. Cuando el estómago no se halla con bastante energía para expelerlas, sobrevienen bascas, vómitos, especialmente despues de las comidas, y algunas veces una diarrea mas ó ménos abundante; una costra humoral, blanquizca ó amarilla, tapiza y cubre la lengua, y todo el complejo de la organizacion se ve como acosado y acometido por un cierto mal estar y pesadez. ¡Y dichoso el individuo que se zafa con estas incomodidades solo! pues estas ventosidades, encerradas en el tubo digestivo, pueden ocasionar vértigos, síncopes, y aun ciertos ligeros ataques de apoplegía, en el individuo que pugna en vano por expelerlas.

Los flatos intestinales hacen oir un ruido sordo en la cavidad abdominal, desde donde, pasando al intestino *rectum*, tienden á escaparse con mas ó ménos estrépito. En el primer caso, los llaman *borborismos*; y en el segundo, propiamente *vientos*. Estas

ventosidades intestinales, atravesando aquella parte del canal que encierra la porcion mas grosera de los alimentos elaborados por el sistema digestivo, contraen un olor mas ó ménos fétido, y son expelidos por el orificio del *rectum*, segun la naturaleza de los escrementos y el estado de los intestinos. Cuando son dotados estos de toda su energía, obran eficazmente sobre el *gas* y excitan la salida de los flatos. Si no puede hacerse esta erupcion, los gases pueden tomar una extension tal, que llegue á resultar de ella la hinchazon, la tension del vientre, un dolor en la region de los hipocondrios, en la del ombligo, y otros fenómenos tan peligrosos, como los que producen los vientos encerrados en el estómago.

Cuando estos *gases*, recorriendo libremente la canal alimentosa, no son demasiado multiplicados, y se escapan con facilidad, no son peligrosos; pero, cuando se amontonan en alguna parte de dicha canal y encuentran un estorbo á su salida, producen varios síntomas y accidentes, mas ó ménos temibles, segun se hallan ligados con otro afecto mórbido. Si, á pesar de la facilidad de su salida, vienen á ser incómodos por su frecuencia, es un indicio de que están los órganos digestivos en un estado de desmadejamiento y de atonia, que es urgentísimo el remediar.

Cuando un sugeto, que goza por otra parte de una buena salud, resiente en el estómago é intestinos estos gases pestíferos, en seguida de alguna

intemperancia y exceso, dicho estado por lo regular no dura mucho, y se disipa por sí solo con una dieta severa, y principalmente con el uso de nuestro método.

Pero sí con estas ventosidades llega á complicarse la inflamacion de los intestinos, no deben de emplearse los *tónicos*, y sí bien, los diluyentes, los emolientes, y las bebidas acedadas y mucilaginosas.

Pero si fueran causadas por una vida sedentaria ó por el trabajo del gabinete, fácilmente se remedia á ellas por el exercicio, que vuelve á los órganos el resorte que han perdido, aguza el apetito, perficiona el trabajo digestivo, y evita asi y previene el regreso de dicha incomodidad.

Pero si son producidos los *gases* intestinales por los afectos morales, como, por ejemplo, las pesadumbres concentradas, yendo casi siempre estos acompañados de espasmos, se los combate con los *calmantes* y *antiespasmódicos*; pero, sobre todo, haciendo diversion á la tristeza de las ideas con ocupaciones agradables, con juegos y otros divertimientos.

Por lo demas, cualquiera que sea la causa de los gases pestíferos, ya se presenten en el estado sano ó en el de enfermedad ó morbido, ya tomen su origen en el estómago ó en el canal intestinal, hay peligro en detenerlos, cuando se anuncian como urgentes, y cuando parece que ningun obstáculo se opone á su salida. Sin embargo, hay circunstancias en que la cortesanía de nuestras costumbres prescribe

la obligacion de guardarlos, hasta que se puedan éxpeler sin testigos. Un individuo que, en la mesa ó la sociedad, se permitiera violar este deber de urbanidad, se cubriria de vergüenza, y pasaria por un hombre falto de crianza. No era así en la antigüedad. Ciceron nos enseña que los Estóycos pensaban se habia de dejar un curso libre á los vientos, tanto por las vias superiores, como por el orificio inferior. *Suetonio* refiere que el emperador Claudio, habiendo visto morir á uno de sus convidados de una retencion de esta especie, publicó un edicto por el cual se permitia y autorizaba á expeler todo género de flatos, durante las comidas. Sabemos que, en cuanto á los eructos, los Orientales no se empachan en manera alguna de hacerlos á la mesa.

Se ha observado constantemente que los alimentos feculentos tienen la propiedad de ser flatulentos ó ventosos; así lo son las alubias, los guisantes, las patatas, las criadillas de tierra, las coles, etc. : se puede corregir la disposicion de estas substancias, agregandoles algunas plantas aromáticas, y unos condimentos de especias, talcual ardientes ó calorosos. Losalimentos fermentados, ó aquellos, cuya base de condimento es un ácido, dan pocos flatos. En esta parte, pueden los cocineros ser muy útiles á la salud de los que los emplean.

En cuanto al uso de nuestros medicamentos, de aquellos que recomendamos especialmente contra los flatos, hémos de prevenir á nuestros lectores,

que no deben servirse de ellos sino despues de hécha ya la digestion.

Un notario, algunos meses ha, se dirigió á nuestro gabinete de consultas, reclamando algun consejo relativo á la incomodidad diaria que padecia de los flatos, desde su adolescencia. Despues de haberle hecho varias preguntas acerca de su régimen, de sus hábitos y de su constitucion, conocimos fácilmente que la debilidad del aparato digestivo habia dado ocasion á las ventosidades frecuentes que tan á menudo le atormentaban. Le habia mandado su médico hiciera uso de los medicamentos tónicos, como la genciana, la tintura de quina con vino, la canela. Nosotros pensámos que el empleo del *tonipurgativo* estaba suficientemente indicado, no solo por el estado de desmadejamiento de la canal intestinal, sino tambien por la empastadura de las vísceras abdominales. Le ordenamos, y con el mejor suceso, hiciera uso de una cucharadita á café de nuestros *granos amarillos*, y de algunos paquetes de nuestra *sal desopilatoria*, de que hablarémos mas por menor en adelante.

He aqui una carta que se nos dirigió en fecha de 4 de enero de 1821.

Muy Señor mio,

Precisado, por la naturaleza de mis funciones, á una vida sedentaria, me hallaba atormentado por un afecto flatulento, muy incómodo para mis colaboradores y para las personas á quienes veia en la sociedad. Me aconsejáron el hacer uso de astringentes, que léjos de destruir mi

incomodidad, solo me produjeron el efecto de haber de manifestarla con una indiscrecion que me humillaba. Encargué á uno de mis coresponsales me enviase algun medicamento que me preservara y curara de un mal, que al fin me hubiera forzado á secüestrarme de la sociedad. Me envió efectivamente una cajita, con la instruccion que le entregáron en el gabinete de consultas, relativa al caso en que me hallaba. Hice uso de los medicamentos de Umd., luego despues de su recepcion, con todas las indicaciones prescritas. Los flatos se fueron calmando poco á poco, y los medicamentos de Umd. los han puesto en fuga para no volver mas; así lo espero á lo ménos, pues hay mas de quince dias que no me han molestado.

Le saludo á Umd. con una consideracion muy distinguida.

Mr.....
Empleado.

§ VI. — Indigestiones.

Varias causas producen las indigestiones; algunas de estas provienen de los vicios ó enfermeda les de los órganos, de que no depende la digestion; otras tienen relacion con los vicios ó enfermedades del sistema digestivo; algunas son originadas por los alimentos, y otras enfin resultan de ciertas circunstancias que acompañan las comidas.

1º El hígado, el baso, el entresijo, el páncreas se incomodan mecanicamente por el aumento de su volumen respectivo; las operaciones del estómago

sufren tambien con motivo de ciertos afectos del célebro, de los pulmones, de la matriz, de la vexiga, etc.

2° El estómago, por su parte, centro de esta funcion, la puede embarazar en extremo, sea por su dislocacion causada por una hernia, lo que es muy raro; sea por alguna enfermedad de sus membranas; sea por la mala calidad de los jugos que contiene.

3° La naturaleza, cantidad ó calidad de los alimentos, pueden servir tambien de obstàculo á la digestion; por su naturaleza, si son demasiado frios ó calientes; por su calidad, si son agrios, demasiado crudos y cargados de especias. Algunos alimentos no pueden ser digeridos por la generalidad de los hombres; otros, teniendo cali ades venenosas, causan indigestiones mortales. Una causa mucho mas frequente de las indigestiones es la cantidad de los alimentos. Desde el punto que en el comer, se propasan y exceden las proporciones naturales del aparato digestivo y de sus fuerzas, no puede menos de turbarse y alterarse la digestion.

Pero si es nocivo el abuso de los alimentos sólidos bien á menudo, lo es toda via mas el exceso de las bebidas. Los licores espiritosos causan mas indigestiones que dichos alimentos.

4° Ciertas circunstancias, sea antes, mientras ó despues de las comidas, no dexan de producir indigestiones bastante frecuentes: antes, si ácaso se come inmediatamente despues de un exercicio vio-

lento, ó de algunos movimientos fuertes de cólera, de alegría, etc.; mientras, si se come con demasiada precipitacion, sin mascar bastante, y sin beb r; despues de las comidas, si se entrega uno demasiado pronto á los trabajos del cuerpo, del espíritu, ó al miedo, al pavor, á la alegría, á la pesadumbre, etc. La impresion de un ayre frio, cuando uno se levanta de mesa, basta para turbar la digestion.

Los síntomas de las indigestiones son muy numerosos y variados. Se manifiestan por unas sensaciones de plenitud y pesadez en el estómago, con un mal estar de esta víscera, que se llama *cardialgia*; por el disgusto, las bascas, respiracion oprimida, dolor de cabeza, hipos, eructaciones, vómitos, *borborismos* ó movimientos intestinales causados por las ventosidades, la diarrea.

¿Cual es el alimento mas fácil á digerir por el hombre, y cual es el mas apropiado à sus órganos? Parece que la carne es el que forma con mas facilidad y abundancia los jugos que mas se asimilan á su substancia. Los animales que comen yerbas, comen mucho mas que los que se nutren de carne; necesitan pues un aparato digestivo mas voluminoso, y son ellos tambien los que la naturaleza dotó de muchos estómagos. Asi, el hombre que no tiene mas que uno, no parece nacido para alimentarse con vegetales; su alimento natural ha de ser la carne. Puede aun disminuir el trabajo gástrico, con los caldos, xugos, jaleas, etc.; y es lo que hace efectivamente y

con suceso, cuando adolece y sufre del estómago.

Sin embargo, el alimento vegetal puede bastarle, y aun no conocen otro muchas naciones. El verdadero régimen de nuestra casta, es la mezcla de los alimentos sacados de los reynos vegetal y animal.

La cura de la indigestion es muy simple, cuando este afecto no depende mas que de la naturaleza, cantidad ó calidad de los alimentos, y de ciertas circunstancias que acompañan las comidas. Los medios que se emplean generalmente contra ellas, se toman entre los desleyentes y evacuantes. Los primeros, que bastan en los casos mas sencillos, son el agua de ternera, el suero, el caldo de yerbas, la infusion de té. Entre los segundos, se colocan los *granos de salud del doctor Franck*, los purgantes, las lavativas mitigativas y evacuantes.

La infusion del té es el medio mas comunmente usado contra las indigestiones, sin embargo de que no sea quizé el mejor. Es un leve *tónico* que conviene mas bien como preservativo, cuando los alimentos pesan en el estómago, y que se experimenta un mal estar.

Los *granos de salud* son á la vez un medio preservativo y curativo de las indigestiones: preservativo, porque desembarazan el estómago de los *saburrales* que debilitan su energía; curativo, disolviendo las materias acumuladas en esta víscera, y precipitándolas hácia las vias inferiores.

Se indican las lavativas para desembarazar los intestinos. Se las compone de ordinario con decoc-

ciones emolientes, mitigantes y aun calmantes, añadiendo ademas á estas algunas cucharaditas de nuestra *locion purgativa* y de nuestra *sal desopilatoria*.

Pero cuando es dificultosa la salida de los alimentos indigestos, y mas cuando la indigestion se halla complicada con un embarazo intestinal, humoral, bilioso ó *saburral*, entonces es preciso hacer uso de los purgantes, en cuyo número recomendamos principalmente el empleo del *tonipurgativo*, acompañado con una infusion ligera de té ó un vaso de agua azucarada. Un gran número de casos demuestra la eficacia de este medicamento contra el afecto de que nos estamos ocupando.

Como mas vale precaver las indigestiones que no el hallarse obligados á curarlas, creemos útil el presentar á nuestros lectores la nomenclatura de los alimentos mirados como indigestos.

Los de esta clase generalmente reconocidos como tales, son 1° los crudos, como las frutas no maduras, los vegetales, raices, hojas ú otras partes que no han sufrido la coccion suficiente, la ensalada, reponches, rábanos, alcachofas crudas, etc.; 2° los alimentos duros, como de animales viejos, las substancias demasiado compactas, los tendones, ternillas, ligamentos; 3° los viscosos; la ternera causa indigestiones á muchas personas, así como los pies de ternera, carnero y vaca; las ranas, los caracoles, etc.; 4° los alimentos casualmente acerbos ó ácidos, así como las frutas verdes; y las que

lo son naturalmente, como las granadas, membrillos, limones, nísperos, grosellas y uvas no maduras; 5° los alimentos expuestos y sujetos á fermentar, como las legumbres secas, alubias, guisantes, lentejas; 6° los alimentos ahumados, como la carne de puerco, conservada al humo; 7° los salados, que son de un gran recurso en los viages marítimos, y en los paises que ofrecen pocos medios de subsistencia; 8° las carnes conservadas en manteca, aceytes y cuerpos grasos; en el estado reciente, estos alimentos, así preparados, difieren poco del estado fresco; pero, envejeciendo las grasas, amarillecen, se acedan, se enracian y entónces vienen á ser indigestas para muchos estómagos; 9° ultimamente, aquellos alimentos, á los cuales el arte de la cocina añade condimentos para volverlos mas agradables al gusto; esto es aromas, ácidos, substancias agrias, picantes, etc. En la mayor parte de nuestros formularios de cocina, se encuentran unos condimentos que ayudan y favorecen las digestiones, pero que, cuando se abusa de ellos, llegan á ser otros tantos manantiales de una caterva de males, como el acaloramiento, la gota, las inflamaciones lentas, las enfermedades del cútis, y las irritaciones de varias especies.

§ VII. — El hígado; enfermedades de este órgano.

Este órgano, situado en la cavidad del abdomen, y cuya funcion principal es el secrestar la bílis, es el mas voluminoso y el mas pesado de todos los del cuerpo humano. No es objeto ni cargo nuestro el describir su forma y color, ni indicar su situacion; esto toca á los anatómicos; pero sí el exponer sus enfermedades.

Las de esta víscera son de dos suertes: las lesiones, que no se reconocen de un modo exâcto sino en el cadaver; y las enfermedades que le acometen como órgano secretorio. No hablamos mas que de estas ultimas, en cuyo número no contamos la *calentura biliosa*, de la cual se ha reconocido exîstia el foco en las vias alimentosas; ni la *fiebre amarilla*, que unos autores consideran como una calentura biliosa muy intensa y contagiosa, y otros, como una calentura *atáxica*, no contagiosa; ni los *embarazos gástricos*, que no se pueden clasificar exclusivamente entre las enfermedades del órgano secretorio de la bílis, pues que los hay mocosos, alimentosos, etc.; ni la *xaqueca*, porque cuando se vomita con esta indisposicion, no se arroja siempre bilis.

Entre las enfermedades del hígado podemos poner: 1° la *colica biliosa*, que se manifiesta durante los veranos secos y ardorosos; acomete principalmente á los jóvenes de un temperamento bilioso, que se nutren con substancias grasas, carnes abun-

dantes, lacticinios, etc. Se hace uso, para curarla, de los desleyentes, de las bebidas acedadas, de los laxâtivos.

2° La *cólica hepática*, variedad de la precitada. La naturaleza de esta, las evacuaciones y la cura, son idénticas, con la díferencia del estado febril, que no se dexa observar sino en los instantes en que las concreciones biliosas se desbordan de los canales escretores de la bílis: muchas veces su produccion es el efecto de los cálculos biliosos que pugnan por salir, y causan, mientras estan en aquellos canales, los síntomas enunciados. Desde el punto que entran en el canal intestinal, cesa inmediatamente la enfermedad. Por el contrario, si la cólica hepática es solo el resultado de una bílis demasiado espesa, que corriendo con dificultad, embaraza los canales secretores, es ménos dolorosa, y su terminacion mucho mas fácil y pronta.

3°. El *fluxo hepático*. Se le da este nombre á unos corrimientos de matérias líquidas que se cree vengan del hígado, y salen por el ano, ó alguna vez por la boca. Estos derramamientos son bíliosos, purulentos y sanguinolentos. Vulgarmente, se señalan los primeros baxo el nombre de *avenidas de bílis*. En efecto, este humor, secrestado copiosamente, corre incesantemente, y procura unas evacuaciones de bílis abundante y casi pura. Este último fluxo es el solo que se debe llamar *hepático*.

Varias enfermedades acometen al hígado como órgano glanduloso; las principales son: la *hepatita*

aguda, la *crónica*, y las *obstrucciones*, de que vamos á tratar.

La *hepátita aguda*, que es una inflamacion, acomete al hígado, despues de los calores grandes, ó de la morada en tierras calorosas, cuando no se está acostumbrado á ellas; despues de algunas contusiones en el hipocondrio derecho, ó en el cráneo. Esta inflamacion se termina harto frecuentemente por una resolucion, otras veces por supuracion, y raras veces por la grangrena.

La *hepátita crónica* parece ser la hepátita aguda, que se va desenvolviendo con lentitud, y que no ofrece mas que algunos señales mucho mas dulces. Ella se manifiesta de un modo obscuro é incierto; los enfermos experimentan un dolor poco marcado é intenso, sordo, profundo, un mal estar abdominal de que no pueden explicar la causa. Aplicando fuertemente la mano sobre el hipocondrio derecho, se aumenta un poco el dolor. A veces se manifiesta una tosecita seca; hay disgustos, inapetencia, inquietud general; exîste, desde el principio de la enfermedad, una leve turbacion en el sistema de la circulacion, y cuando ha hecho progresos señalados, hay un e tado fébril, pero con debilidad y lentitud. Puede ser que el mal espere aun algunos años, antes de recorrer sus varios períodos; pero por lo comun, no suelen pasar seis ó ocho meses, ó á lo mas, un año á diez y ocho meses; durante este espacio de tiempo los enfermos enflaquecen, y toman una tez macilenta y descolo-

rida, con todas las apariencias de un temperamento bilioso. Es de observar que esta enfermedad es mas frecuente en los individuos que ya tienen naturalmente este temperamento.

Es dificultoso el determinar los medicamentos que convienen á las diferentes inflamaciones del hígado; es preciso ver al enfermo, y aun las variedades de la enfermedad, para indicar el que se debe emplear. En la hepatita aguda, los emolientes en el costado, las bebidas desleyentes, la dieta absoluta, el descanso completo, las lavativas, los baños, son los medios mas apropiados de que se debe usar; no obstante, es menester proporcionar el empleo de estos medios á la edad, á la constitucion y al estado del enfermo.

Cuando la enfermedad es crónica se emplea nuestro método con gran suceso. Hemos recetado á algunos enfermos las fricciones con una mitad de *quinta-esencia etérea* y otra mitad de aceyte de almendras dulces sobre el hipocondrio derecho, teniendo buen cuidado en variar, en fixar las dósis y mixtionarlas, segun las circunstancias de la enfermedad.

Algunas veces está atacado el hígado de un afecto hidático, causado por la mansion de ciertos gusanos, nombrados *hidátides*. Es una especie de hidropesia, verdadero conjunto seroso, secretado por estos gusanos. Para combatirlos, se indican ordinariamente, los *vermífugos*, los amargos, los *granos de salud*, el *toni-purgativo* y la *sal desopilatoria*.

Por lo demas, confesarémos que, en este punto, como en otras muhas enfermedades del hígado, el arte de la medicina dexa mucho que desear aun.

Un empleado de correos que adolecia de unas evacuaciones que corrigió y suprimió, mediante las lavativas de agua fria y avinagrada y las bebidas astringentes, llegó á ponerse amarillento, enflaqueció, tuvo frecuentes vómitos, probó movimientos febriles y un dolor, leve al principio, luego muy vivo, en la region del higado. Las orinas eran rojizas, y le sobrevino despues un hipo frecuente. Recetamos á este individuo el uso de las bebidas desleyentes, de las lavativas emolientes, de las fomentaciones sobre el vientre, de los *granos de salud* y del *toni-purgativo*. La tension del vientre se disminuyó, las cámaras se hicieron biliosas, las orinas se pusieron claras, y disminuyó la tiricia, asi como la calentura y el hipo; enfin, sanó el enfermo en pocos dias.

Aqui podriamos trasmitir á nuestros lectores una mayor cantidad de observaciones; pero la corta extension de esta obra no nos permite el incluirlas, ni tampoco las numerosas cartas que se nos dirigen diariamente para darnos gracias de las curaciones mencionadas en ellas.

§ VIII. — Embarazos ú obstrucciones.

Así se llama el aumento del volumen de una parte del cuerpo ó de un órgano, originado por los humores que se han fixado allí con demasiada afluencia.

En esta enfermedad se distinguen dos géneros: el caloroso y agudo, el frio y crónico. Los primeros se van estableciendo en las partes del cuerpo mas sensibles y vivaces; los otros en las partes que gozan menor sensibilidad y vitalidad.

Los embarazos agudos tienen una marcha rápida, y en realidad no los produce sino la afluencia de los humores, y de la sangre especialmente, que se hallan allí en su estado natural; entónces no causan ninguna alteracion en el órgano ó en la parte donde se han establecido, y los humores se alteran solo por la mansion que hacen en los sitios en que se reunieron.

Los embarazos frios y crónicos suelen ser producidos por el cúmulo de los humores viciados, y casi siempre exísten con una variable alteracion orgánica del texido de aquella parte en que se fijaron. Hay mucha variedad en su naturaleza, y se manifiestan mas comunmente en las partes cuya estructura es algo mas complicada. En este género de embarazos, se deben incluir los que se forman, con mas ó ménos lentitud, en las vísceras, en los órganos glandulosos y en los huesos.

Los embarazos del hígado y del bazo, que se forman muy á menudo en el discurso de las calenturas intermitèntes del otoño, si se van estas prolongando, deben ser atacados y curados con los tónicos febrífugos. Cuando ha ya cesado y desaparecido la calentura, suelen dichos órganos volver poco á poco à su estado natural, sin que, lo mas á menudo, se necesite recurrir á otros medios que á un régimen conveniente y á unas bebidas un poco amargas, que será bien el continuar algun tiempo para mantener la convalecencia. Si, al contrario, exîsten los embarazos sin calentura, será el caso de combatirlos, primero con los *granos de salud* del doctor Franck, y despues con el *toni-purgativo*, acompañado de la *sal désopilatoria*. Se han de desechar todos los espiritosos, todos los excitativos difusivos, un poco violentos.

Si en los embarazos de que acabamos de hablar, sobreviniese calentura, seria preciso el abstenerse de todo medio que pudiera cortar el movimiento febril, porque, alguna vez, es un medio y un como esfuerzo de la naturaleza por el cual procura operar la curacion del enfermo. Entónces todo el cuidado del médico ha de ceñirse á sostener las fuerzas del individuo.

La debilidad del estómago, que siempre ocasiona las digestiones lentas y penosas, provoca á menudo el embarazo del hígado. Cuando se prolonga este estado, no es raro el ver á esta víscera ultra-pasar de dos ó tres dedos las costillas falsas, y hacerse

sensible al tacto. No es peligroso este embarazo; se disipa al momento que se vuelve á dar tono al aparato digestivo con el uso de los tónicos, y sobre todo, empleando con circunspeccion el *toni-purgativo.*

Algunas veces se forman embarazos en las hérnias inguinarias, que los prácticos llaman *atascamiento*. Es un cùmulo de materias casi siempre escrementosas, en una parte de los intestinos que ha sido dislocada de su sitio natural. Este embarazo se forma con particularidad en los ancianos y las personas acometidas de hérnias, antiguas y voluminosas á un tiempo, cuyo anillo inguinario se dilata considerablemente. Si á estos individuos sucede el sustentarse con alimentos indigestos ó harinosos, sus escrementos se detienen y se cumulan en el intestino *herniado*, que despues de haber perdido parte de su resorte, ya no goza de un movimento peristáltico bastante fuerte, y no puede operar sobre las materias *alvinas* con una fuerza suficiente para hacerlas remontar el asa intestinal contra su propio peso, y pasar del saco de la hérnia á aquella porcion de la del canal que no se halla contenida en él.

Está indicado este embarazo principalmente por el aumento del volumen de la hérnia; pero este tumor no consiste mas que en una empastadura muy blanda, y, en el origen, los dolores solo se hacen sentir sordamente. El vientre se meteoriza, se hincha, sin hallarse en un estado de tension dolorosa.

Las náuseas acompañadas de un gusto fecal, son seguidas de vómitos estercorarios, que sobrevienen sin esfuerzo alguno.

Si por desgracia llega á descuidarse, esta enfermedad puede degenerar en una verdadera hérnia estrangulada, cuya curacion es de una suma dificultad. Convienen mucho las aplicaciones tónicas y fortificantes para esta cura; las abluciones y lavatorios de agua fria, los cataplasmas de nieve picada, salpicada con algunas gotas de *quintaesencia etérea*, producen los mejores efectos. Se deben escoger las lavativas en la clase laxâtiva para avivar la *contractilidad* intestinal, añadiendo á aquellas algunas cucharadas de la locion purgativa y un paquete de la *sal desopilatoria*.

La carta siguiente será la mejor y una suficiente prueba en favor de nuestro método, y de la utildad de adoptarle.

Muy señor mio,

Le debo á Umd. un millon de gracias, y me apresuro á tributárselas. Sin duda se acordará Umd. que en el mes de marzo ultimo envié á uno de mis amigos para consultarle ácerca de un atascamiento que me habia sobrevenido, y de que estaba padeciendo cruelmente, aun despues de haber usado de varios remedios que me habia recetado un médico de las inmediaciones. Umd. recomendó á mi amigo el uso de su método, y aun le dió la instruccion precisa para servirse de él. Yo no tardé en evacuar mucho: y como mis padecimientos se

iban d sminuyendo con el mal, seguí con el mismo método que Umd. me tenia indicado. Enfin, véame Umd. aqui libre de una grave enfermedad; pero no es este el solo efecto de sus excelentes medicamentos : unos dolores de cabeza y de estómago de que estaba padeciendo, han desaparecido, y me hallo hoy dia en un estado perfecto de salud. Muchos de mis amigos y vecinos han adoptado el mismo régimen; ya tienen casi apurados todos los frascos de que el facultativo del pais habia proveido su farmacía.

JOS. MER..... LAICROFFE.

§ IX. — Obstrucciones.

No nos detendrémos en describir aqui las varias clasificaciones que han hecho nuestros autores modernos de las *obstrucciones del hígado*. ¿ Que importa para nuestro objeto que la enfermedad de que hablamos provenga de *una hinchazon causada por la sangre estancada en la vena-puerta*, *de una infiltracion de grasa que comunica al hígado un color amarillento*, *de una dureza en el hígado*, etc.? ¿Que importa todavia el admitir seis especies con M. *Albert*, ó siete variedades con otros autores? La obstruccion de esta víscera no es ménos por eso en todos casos un embarazo, un estorbo que se manifiesta en esta glándula, y que proviene de un desórden en el acto de la secrecion que le es propia, ó bien de la infiltracion de cualquiera otro humor estrangero al género de su elaboracion.

Que hagan, despues de eso, las clasificaciones de

moda, fundadas sobre la diversidad de color ú otra cualquiera circunstancia, que, lo mas á menudo, no se presenta dos veces; será preciso que nuestros contrarios confiesen, de concierto con nosotros, el principio; *que es menester acometer el mal en el interior, esto es, por el canal alimenticio*. Despues los dexarémos discurrir en sus dudas, y vagar en el laberinto de sus observaciones contradictorias; achacar á la naturaleza el mal suceso de sus medicamentos, no hacer caso de ella cuando la curacion se ha verificado, y confesar en fin su incertidumbre y la dificultad de la materia. Es natural esta conducta en el embarazo en que los ha constituido su posicion difícil.

Por lo que á nos toca, nunca nos ha forzado una pueril condescendencia á tergiversar con la multitud, y decir *no*, porque otros han dicho antes *no*. En esto consiste nuestro sistema: ¿cual es el hogar, el laboratorio de los humores? La evidencia responde que es la canal alimentosa. Reparad el humor viciado en este centro admirable de la organizacion, y salvaréis toda la circunferencia.

Si la glándula del hígado esta en un estado mórbido, ningun práctico en el mundo seria bastante loco para aconsejaros el atacar inmediatamente el mal en el mismo hígado; la muerte seria el premio de una temeridad tan culpable. Purificad, pues, la canal de los alimentos, haciendo salir á fuera todos los gérmenes mórbidos; escoged un método que *cambie el punto de irritacion que se está ya manifes-*

tando en el hípocondrio derecho, y que sin embargo no añade todavia nada al estado de debilidad que resulta de la enfermedad. Empezemos, pues, indicando los síntomas, antes de hablar del modo de curacion y del buen exíto que ha logrado siempre.

Harto frecuentemente se observa que el enfermo experimenta un mal estar en la region del hígado; que siempre tiene hambre, sensacion que va creciendo con la enfermedad, y que luego va acompañada de un estado de retraccion, de debilidad, y si puedo expresarme así, de una suerte de aniquilamiento. Tienen continuamente sed los enfermos, y sus bebidas mas agradables son las acedadas; en breve pierden el apetito; ya no apetecen los alimentos mantecosos, y su lengua se carga de una costra amarillenta; estan constipados del vientre, resuellan con trabajo, tosen y su tos es seca; enfin, la diarrea, la consuncion y la muerte terminan esta larga serie de dolores.

Un hombre, á quien hemos conocido, presentaba, á demas de estos síntomas, un cútis áspero y seco que trasudaba un sudor de color amarillento y viscoso. Su rostro por la mañana era abotagado, oval á la noche, y en aquella época del dia se le hinchaban los pies.

Otro resollaba con tanta dificultad, que era preciso darle friegas vigorosas, á fin de activar el juego del pulmon.

Ultimamente, seria inutil el describir todos los síntomas accesorios que hemos visto acompañar la

enfermedad del hígado. Hemos descrito los mas comunes, y el enfermo podrá facilmente reconocerlos por sí mismo.

Por consiguiente, desde que se manifiestan los primeros síntomas, es urgente que el enfermo recurra á un régimen vegetal y rígido, que no se quede solo, que busque la quietud y disipacion de ánimo, que no fije de ninguna manera sus ideas en el estado de su enfermedad, y que se persuada que la tenacidad del mal ha de ceder á los esfuerzos de la naturaleza. Las ensaladas de chicoria, los berros y la acedera han de dominar en el número de los alimentos diarios; comerá poco y á menudo.

De dos en dos dias, seguirá los medios ya tantas veces indicados, tomando una dósis de nuestros medicamentos.

Muy señor mio,

No hay mas de dos meses que oí hablar por la primera vez de su obra de Umd. Un individuo de nuestra ciudad, quien hace cada año un viage á Paris para asuntos de su comercio, me refirió el resultado que habia obtenido con el uso de sus medicamentos de Umd. en una enfermedad del hígado, de la que habia sido acometido. Y como sabia que padecia yo de una obstruccion en aquella parte, determinó el traerme algunos de los purgativos de Umd. Habiéndole dado gracias por su obsequioso agasajo, no quise perder un instante y empézé el régimen prescrito para mi curacion. En el discurso de seis semanas, he seguido exactamente el método de Umd. y durante todo este espacio de tiempo, hé sentido mi

enfermedad disminuirse sensiblemente; tengo hoy la firme esperanza que mi obstruccion habrá desaparecido enteramente de aqui á tres semanes. Na sé como se hace esto, despues de tantas tisanas y medicinas como yo habia tomado inutilmente; pero lo cierto es que ha sucedido así

Tengo el honor de saludar á Umd, autorizándole á hacer de esta carta el uso que mas le convenga, etc.

MARBOUX.

21 febrero de 1823.

§ X. — Ictericia ó Tiricia.

Esta enfermedad se caracteriza por el color amarillo de los ojos y del cútis, por el tinte roxo ó azafranado de las orinas, y lo descolorido de las materias de las cámaras. Ya era conocida esta afeccion en la antigüedad mas remota. El gran Hipócrates hace frecuente mencion de ella, y ha sido descrita por todos los médicos griegos, latinos, árabes, etc. Sin embargo, los modernos solos que nos hayan dado buenas descripciones de ella, son *Van-Swieten*, *Hoffman*, y *Stoll*. El profesor Pinel, en su *Nosografia filosófica*, no considera la tiricia como una afeccion esencial, en ningun caso; no habla de ella mas que como de un síntoma, ó complicacion de alguna otra enfermedad. La misma doctrina ha profesado *M. Louyer-Villermay*, quien hace resultar todas las suertes de ictericias de un afecto del hígado, sea idiopático, sea simpático.

La ictericia que ha servido de crísis á una enfermedad aguda, llega alguna vez á ser crónica, y no se disipa sino muy lenta y espontaneamente, despues de haber resistido á los auxilios mas poderosos del arte.

La tiricia puede ser causada, directa ó indirectamente, por muchas circunstancias. Las causas que predisponen á este afecto, son, con respecto á la edad, aquella porcion de la vida comprendida entre el principio de la virilidad y el fin de la vejez, esto es, desde veinte y cinco años hasta setenta. Es muy rara en los jóvenes, y en la vejez mas avanzada: con respecto al sexo, la muger es menos propensa á ella que el hombre, porque su temperamento es mas sanguino ó linfático. Pero esta se halla mas expuesta á esta enfermedad al acercarse los menstruos, ó cuando se retardan en su tiempo crítico, y sobre todo durante el último mes del embarazo, especialmente si es penoso.

El temperamento bilioso es el que predispone mas á este afecto; y todavia una de sus causas mas inmediatas es la demasiada susceptibilidad nerviosa.

Las causas ocasionales ó accidentales que pueden favorecer ó determinar la tiricia, son ciertos estados de la atmósfera, como un calor excesivo en el estío, una humedad fria en el otoño, ó el paso súbito del frio al calor y del calor al frio.

Los excesos de la mesa, el uso prolongado del chocolate, del salep, de todos los harinosos, los

alimentos de dificil digestion, las substancias alimentosas grasientas, las dulzarachas, las carnes que se corrompen, el abuso de los licores espiritosos, los vinos ácidos, la cerbeza avinagrada, y las aguas crudas, son todas causas que pueden ocasionar la tiricia.

Esta afeccion tambien es frecuentemente ocasionada por la supresion de los derramamientos naturales ó accidentales, sanguinos, mocosos, purulentos, ó por una diarrea habitual: por una vida demasiado activa, ó por demasiada inaccion, por un dormir habitualmente prolongado, ó por unos esfuerzos para cargar ó llevar gruesos fardos. Las vigilias prolongadas pueden tambien producir funestas resultas, y son todavia mas nocivas en nuestros salones donde estamos sufocados por el mal ayre de las luces de los aparatos gazosos.

Exîste un gran número de variedades de tiricias, de las cuales los médicos mas ilustrados se han esmerado en indicar el origen y las diferencias. Como no pretendemos hacer aqui un tratado sobre este asunto, nos bastarà el decir, con el docto *Vaidy*, que las causas mórbidas de la tiricia, considerada en general, son la *plétora* biliosa y sanguina del hígado; los calculos atrancados en las canales secretorias de la bílis, los tumores de toda especie formados á costa del *duodenum*, de los conductos *cístico hepático* y *choledoco* del estómago, del *portanario*, del *pancreas*, del texido celular, y que embarazan las funciones de estos órganos; los

golpes, las presiones sobre el hipocondrio derecho; las lesiones del hígado ó de las canales biliosas, con instrumentos punzantes ó cortantes; la inflamacion aguda y crónica, y toda la serie de enfermedades orgánicas del hígado, como las apostemas, úlceras, gangrena, los embarazos de todo género, el *cirro*, la hidropesía, y las *hidátidas* de este órgano.

Otras causas mórbidas de la tiricia son las caidas ó golpes sobre la cabeza, las nalgas, las rodillas, las plantas de los pies, cuando las extremidades inferiores estan en un estado de extension; la repercusion del sarampion, de la escarlatina, del sarpullido, de la sarna y otros afectos cutáneos; la *crísis* del reumatismo y de la gota; la cesacion del fluxo hemorroidal; los vapores *mefíticos;* las substancias perniciosas, introducidas en el estómago, como ciertas preparaciones de plomo y otros venenos metálicos; los hongos venenosos, y el veneno de algunos animales.

La tiricia es sobretodo provocada por las afecciones penosas del ánimo, como la cólera, el pavor, la tristeza, los zelos, el odio, la afliccion, etc.; por las largas meditaciones, los estudios demasiado forzados, sobre todo despues de las comidas.

Los dolores físicos muy vivos pueden todavia causar la tiricia. Ella sobreviene en seguida y á consecuencia de las cólicas metálica, biliosa, ventosa, nefrítica, nervosa é histérica; ó por la presencia de las lombrices en la canal intestinal; por

la *estrangulacion* de las hérnias, por la disentería, por los afectos escorbúticos, cancerosos, *sifilíticos, escrofulosos;* por la calentura gástrica continua, y alguna otra de un mal carácter; enfin, por la convalecencia y cualquier estado de debilidad, efecto de enfermedades anteriores.

Alguna vez se ha visto sobrevenir este afecto despues del uso de un vomitivo, y de una sangría.

¿Cual es la mejor cura que se ha de emplear? Las indicaciones generales son: 1° el calmar el pasmo ó el dolor, y el de procurar que no progresen, ó no se renueven; 2° de evacuar las materias saburrales de las vias primeras; 3° de acometer directamente la causa del afecto, y de procurar que el sistema hepático y todo el resto de la economía vuelvan á recobrar su situacion natural y la mas conveniente, á fin de precaver su vuelta. Ademas, en la cura de la ictericia, como de cualquiera otra afeccion, es menester considerar la edad, el sexò, el temperamento, las causas de la enfermedad, su naturaleza, y la variedad de los síntomas y complicaciones.

Los *granos de salud* han sido empleados con la mira de remediar á la constipacion, que casi siempre se manifiesta en la enfermedad de que estamos tratando; pero es preciso tener cuenta con no administrarlos demasiado pronto, y cuando subsiste todavía la irritacion. Algunos médicos los han juzgado útiles con respecto á la excitacion que determinan en los intestinos, y que se extiende hasta las ca-

nales biliosas; *Sydenham* hacia un grande uso de los purgantes, y los reiteraba de cuatro en cuatro dias. La accion brusca y prolongada de los *drásticos*, en muchos casos, ha sido seguida de un buen suceso; es menester, sin embargo, usar de ellos con reserva, sobre todo cuando se puede temer un estado nervoso ó inflamatorio. Algunas bebidas desleyentes y ligeramente anti-espasmódicas, los baños, las lavativas, un exercicio moderado y una alegria dulce, forman la base del método que nosotros seguimos y prescribimos á nuestros enfermos, precedido tambien ó seguido de nuestros medicamentos purgantes. Muchas veces unas gotas de *quinta-esencia etérea* en un vaso de agua azucarada han sido sumamente útiles.

La señora Morelli, Italiana, que adolecia de una tiricia causada por unas pesadumbres profundas, habia hecho uso inutilmente, durante mas de seis meses, de los vomitivos, de las sangrias y del regimen mas severo. Secuestrada de la sociedad, y privada del espectáculo brillante de la naturaleza, que no se retrataba á sus ojos sino baxo el color dominante amarillo, oyó hablar de nuestro método, y se apresuró en venir á consultarnos. Penetrados de una viva compasion al contemplar su estado, le manifestámos todos los efectos saludables de nuestros medicamentos, y el modo de hacer uso de ellos. Ella siguió este régimen, y dos meses despues, vino á darnos mil y mil gracias, con unos transportes de gozo que no se pueden pintar. Su tez habia recuperado todo su brillo; ningun tinte de amarillo aparecia ya en el

blanco de sus ojos, ni velo alguno que les desfigurase ú ocultase las bellezas de la naturaleza. Enfin se habia operado en ella, en lo físico y en lo moral, un cambio tal, que tuvimos harto trabajo en reconocerla.

§ XI. — De las viscosidades.

Nada hay mas conocido que el nombre de *viscosidades*, que los antiguos llamaban *flemas* ó *pituita*. Son unos humores pegajosos y viscosos, por lo comun blanquizcos, ó de color amarillo, estriado de negro, que se espectoran alguna vez con bastante abundancia. Las dos edades extremas de la vida, la en que el organismo está en toda su fermentacion, y aquella en que el sistema está en toda su latitud, la niñez y la vejez, son las dos edades mas expuestas á los influxos malignos de dichas mocosidades. En los unos, el estómago y los pulmones, dotados de un tono excesivo, engendran un sobrante; y en los otros, estos órganos, despojados de aquella fuerza y vigor, no llenan ni ejercitan sus funciones sino imperfectamente; de aqui resulta, en ambos casos, el origen de las viscosidades, que no son, como se ve, sino humores mal elaborados.

Las viscosidades varian segun el órgano que afectan; las que guarnecen la membrana mucosa del estómago, son mucho mas aquosas que las que se pegan á las membranas interiores de los pulmones, y que se van amontonando en los bronquios y en la traquiartéria.

La presencia de estos humores mórbidos se manifiesta por unas espectoraciones mas ó ménos molestas, por la aridez del cútis, por una tension en la region *precordial*, por una sufocacion que acompaña la accion del respirar, por la dificultad de digerir, por unas bascas mas ó ménos activas, por ciertas agruras, y en las mugeres, por los menstruos blancos.

En general, ya que estas viscosidades se formen baxo el influxo de una causa exterior, ó ya que deban su origen á una causa interior, siempre es contra las funciones de las membranas del estómago que ellas ejercen su propiedad *atónica*. Los alimentos, trasmitidos á la canal alimentosa, desleidos y anegados en unos zumos demasiado aquosos é incapaces de descomponerlos, no se cambian sino imperfectamente en quilo, y este quilo mal elaborado, difundiéndose por la circulacion y comunicándose á todas las partes de la organizacion, da lugar á una infinidad de enfermedades diversas, segun que se fija mas ó menos tiempo sobre una superficie cualquiera.

En el primer caso, los preceptos mas seguros de la higiene prescriben, contra la formacion de las viscosidades, el evitar las temperaturas frias y húmedas, guardarse de las influencias de la lluvia, de las exhalaciones pantanosas, de las habitaciones obscuras y poco oreadas; de abstenerse del uso frecuente de las substancias mucilaginosas, grasas y harinosas, de las semillas y frutas antes de su en-

tera madurez, de las viandas blancas y jaleosas, y de no hacer ningun exceso en las comidas; evitar la ociosidad y blandura, de entregarse con método al exercicio del paseo y al de las fricciones [1].

Así, los individuos, sobre todo los de un temperamento linfático, propensos á las viscosidades, han de habitar, cuanto sea posible, en las tierras calorosas y secas, en los sitios elevados, en las casas y viviendas expuestas al mediodia, y vestirse habitualmente con lana. Es menester que duerman con moderacion, y en cama que no sea ni demasiado blanda, ni demasiado caliente. Sus alimentos han de ser principalmente sacados de la clase animal; las carnes negruzcas y las de los animales adultos y fuertemente exercitados, son las que les convienen mejor; las bebidas tónicas, tomadas con moderacion, como un vino generoso muy colorado, la cerbeza fuerte y el café son muy útiles para ellos. No les son ménos provechosas la alegría y las distracciones agradables. Estos son los consejos que da la higiene contra la formacion de las viscosidades.

En el segundo caso, quando dichos humores mórbidos se han formado en virtud de una de las

1 Este último axioma higiénico es de una tal importancia, que Plutarco, despues de habernos descrito el estado achacoso de la salud de Ciceron, durante su juventud, nos explica como este grande hombre, á pesar de la debilidad de su constitucion, pudo bastar á tantos trabajos y que le elevaron á un tal grado de elocuencia, merced al uso de los paseos, y de las fricciones que se hacia administrar.

causas que influyen, ya immediatamente en el órgano de la digestion, ya mediatamente por los vasos absorbentes del aparato cutáneo, los preceptos de la medicina terapeútica han de guiarnos á acometer el desmadejamiento viscoso en su hogar comun, esto es, en la canal alimentosa, operando en la *contractilidad* musculosa, con el uso de los evacuantes.

Por lo demas, no nos hemos ceñido y decidido á conservar la expresion vulgar de *viscosidades*, sino para hacernos comprender mejor, y con el fin de establecer una distincion entre los humores mórbidos que se derraman en el torrente de la circulacion, y los que, deteniéndose y fijándose en las membranas de los órganos, se vuelven espesos y turban el juego de sus funciones. Pero, en cualquier estado que se los considere, y baxo cualquiera superficie que se dejen ver, no por eso es ménos cierto que tienen todos un origen comun; que con un grado mas de elaboracion habrian completado todas las condiciones de los humores vivificantes; que siempre es el desmadejamiento y la atonia la que los ha producido; y que sucesivamente todos los dichos humores, por su presencia, van aun aumentando el desmadejamiento de que dimanan. ¿Que se debe, pues, emplear para destruir su influxo? Hacer evacuar y salir por la canal alimentosa los que se hallan allí detenidos, y destruir el desmadejamiento que los ha formado; operar al mismo tiempo sobre la contractilidad musculosa

de la canal de los alimentos, para desembarazar su superficie, y sobre la contractilidad fibrosa de las vias digestivas para imprimirles un nuevo tono; enfin, exacuar y fortalecer. Este es el objeto que llena completamente el método que nosotros seguimos y empleamos.

Mas cuando las viscosidades, amontonándose en cualquiera parte del intestino, determinan un atascamiento intestinal, es principalmente cuando nuestros medicamentos son de una eficacia notable. No hay la menor duda de que, en esta circunstancia, se hayan de preferir los purgantes resinosos á los ácidos y mocosos: el maná sobretodo no conviene de ningun modo en este caso. Por lo demas, hay varias ocasiones, en que se debe indicar el uso de las subtancias tónicas, amargas y aromáticas, para disminuir y precaver la cumulacion de las viscosidades en el aparato digestivo.

Para facilitar la espulsion de estas viscosidades que incomodan con su presencia en la superficie de los bronquios y de la traquiarteria, podriamos citar aqui varios exemplos de personas á quienes hemos hecho respirar el vapor de la *quinta-esencia etérea y balsámica*, por medio de un cañuto de hoja de lata, que al efecto les procurámos: dichas personas tenian ademas el cuidado de añadir y derramar en un vaso de agua fresca algunas gotas de dicha esencia, tomando de tiempo en tiempo algunas cucharaditas de dicha agua mezclada con una infusion de camomila fina. La mayor parte de los

prácticos que la han empleado de esta manera, le han reconocido una accion particular sobre el pulmon.

Un empleada de la tesorería, de unos cincuenta años de edad, habiendo oido hablar de los felices resultados de nuestro método, para la expulsion de las viscosidades, vino á exponernos que estaba muy atormentado por dicha indisposicion. Le prescribímos, durante algunos dias, el uso de los *granos de salud* del doctor Franck. Pero, no habiendo operado este medicamento mas que sobre las primeras vias y únicamente facilitado la digestion, recurrimos á unas dósis fraccionadas del *toni-purgativo*, de los *granos amarillentos* y de la *sal desopilativa*. Fueron coronadas nuestras esperanzas con el mas completo suceso; este individuo quedó enteramente desembarazado de estas viscosidades; come ahora con apetito, duerme bien, y proclama en todas partes la eficacia de este medicamento, probado y justificado en una infinidad de personas, de que es inútil hacer mencion en esta obra.

Un reloxero de Paris, quien, por su profesion, no puede hacer sobrado exercicio, estaba incomodado, desde su niñez, por unas viscosidades copiosas, de color unas veces blanquisco y otras verdoso; muy á menudo expectoraba algunas, y padecia frecuentes aturdimientos acompañados con vértigos. Algunos meses ha que llegó á consultarnos; despues de haberle preguntado cuales habian sido las bases de la cura que habian seguido con él, nos respondió, que habia apurado todo el arsenal de los disolventes, y aperitivos; que nada habia adelantado, ni con las pastillas de ipecacuana, ni con la mag-

nesia, etc. Pensamos que era urgente el administrar le nuestros medicamentos : hemos tenido ocasion de verle despues que hiciera uso de nuestro método, y hemos sabido que le habia probado muy bien.

Un literato, tan distinguido por la extension de sus conocimientos como por su carácter noble, solia desde mucho tiempo expectorar un humor viscoso muy incómodo; echaba por las orinas una gran cantidad de heces biliosas. Esta indicacion, junta con otras varias, que nos expuso en su consultacion oral, nos determinó á aconsejarle un empleo razonado de nuestro método. El humor viscoso ha desaparecido como por encanto. Sin embargo, le aconsejamos últimamente el repetir el uso de nuestros medicamentos en la primavera de verano, á fin de precaver la vuelta de los accidentes de que se habia quexado.

Tambien ha hecho uso de una cucharadita á café de los *granos amarillentos*, antes de su desayuno, y antes de la sopa. De las propiedades de estos hablarémos al fin de esta obra.

§ XII. — Purgacion excesiva.

Así se llama la accion purgante demasiado fuerte de un medicamento cualquiera, acompañada de síntomas de una irritacion muy notable, y á veces de la inflamacion de las ternillas intestinales. Por lo comun, el empleo de las substancias purgantes demasiado fuertes es la causa de este fenómeno. Si estas substancias no estan harto divididas cuando se usa de ellas, pueden no operar mas que sobre un

punto solo, ó sobre algunas partes poco extensas del intestino, y causar asi la *superpurgacion*. Mas por lo comun, es esta el resultado de una dósis excesiva; y, en algunos casos, se puede decir que es el efecto de una disposicion particular del cuerpo, la cual hace que el medicamento, aunque administrado en dósis conveniente, produce efectos exâgerados que no se podian preveer. Alguna vez, esto depende de una mala preparacion del individuo, y de que se ha purgado sin la precaucion de tomar antes los desleyentes oportunos, y otras, es por causa de alguna susceptibilidad particular de la canal intestinal, ó de una sequedad irritable de este conducto. Así, siempre es preciso, antes de administrar un purgativo á un individuo á quien conocemos poco, preguntarle si es fácil ó dificil de purgar. Esto es lo que nunca omitimos preguntar á las personas que se dirigen á nosotros.

Pero no es, ni el número de las evacuaciones, ni la cantidad de las materias arrojadas, las que constituyen lo que se llama propiamente la *superpurgacion*; se caracteriza de una manera mas particular por los accidentes que la acompañan. Hay disposiciones particulares en que un purgativo, aun suave, proporciona á los sugetos veinte y treinta cámaras sin dolor, sin ningun accidente que ciertamente no depende de él, mientras, en otras ocasiones, unas evacuaciones ménos numerosas, pero que se verifican con ansia, pujos, *meteoris-*

mo, etc., deben absolutamente atribuirse á una *superpurgacion*.

Unas cólicas mas ó ménos vivas, la tension del vientre, el dolor que experimentan sus membranas ó ternillas cuando las aprietan, unas deyecciones frecuentes, mas ó ménos numerosas, à menudo claras, ténues y sanguinolentas, son los signos que indican este desorden de la salud. Entonces el enfermo prueba una suma ansia, angustias, calambres en las extremidades, una sed mas ó ménos ardiente, y á menudo un movimiento febril; está sugeto á vigilias, y cuando llegan los accidentes á un punto extremado, aparece una verdadera inflamacion de los intestinos. Si la accion irritante del purgativo es ménos intensa, los fenómenos mórbidos se van calmando poco á poco; al cabo de tres dias, queda desabrimiento, fatiga, dolores vagos que desaparecen poco despues. Solo las digestiones perseveran por largo tiempo penosas, y exîgen, en el intermedio, una vigilancia seguida en el uso y eleccion de los alimentos.

La gente del pueblo, creyendo que toda la medicina consiste en el uso de los purgantes, los toman á cada instante, y muchas veces fuera de sazon. Estas buenas gentes hacen uso de los drásticos, sin consultar al médico, y frecuentemente son atacados de *superpurgacion*. Mas frecuentes serian todavia estos accidentes, con esta conducta, si las entrañas de aquellos incautos no estuvieran tan endurecidas por un alimento grosero, y por el hábito de trabajos

tan penosos. No obstante, tales abusos no son raros, y se pasan pocos dias sin que la humanidad no deba de llorar y echár de menos algunas víctimas del uso inconsiderado de los purgativos, sobre todo en el campo. Para ilustrar á esta clase ignorante, hemos indicado los medios de administrar los *granos de salud del doctor Franck y el toni-purgativo*, y hemos ordenado unas dósis y varios intérvalos, conformes á los sexôs, edad y temperamentos. Sin embargo, hemos de confesar, que en ciertos casos algo raros, estableciendo una nueva irritacion, otro centro de fluxo, la *superpurgacion* modifica el estado mórbido, y que, en algunas circunstancias, se ha visto un cambiamiento feliz resultar de esta enfermedad producida artificialmente, y una como verdadera resurreccion ha venido á sorprender y llenar de asombro el arte médico.

La *superpurgacion* ha de ser tratada poco mas ó ménos como las inflamaciones del bajo vientre, segun lo intenso de los accidentes. Cuando los fenómenos mórbidos no adquieren una grande intension, se puede el paciente ceñir á una curacion muy sencilla. Los desleyentes y emolientes, una dieta severa, un descanso absoluto, son los medios que bastan en la mayor parte de los casos, para calmar los accidentes originados por una purga intempestiva ó por la demasiada actividad de los purgantes. El agua de ternera, la de goma arábiga, el suero, y aun la leche, son medios que se emplean siempre

con suceso contra la *superpurgacion*. Algunas veces se pueden agregar los anodinos, como el xarabe de diacodion, para calmar un resto de dolores ó inquietudes vagas, cuyo origen primitivo consiste en la irritacion experimentada por el intestino. Un regimen apropiado, y continuado algun tiempo, acaba de disipar los accidentes.

Lo volvemos á decir: nunca hemos olvidado el aconsejar á las pérsonas que llegan á consultarnos, de no hacer uso del *toni-purgativo* sino de una manera apropiada á su temperamento, al género de su enfermedad, y á su edad; así no hemos recibido jamas quexas sobre este asunto; al contrario, estas mismas personas han tenido mil motivos para quedar satisfechas y celebrar nuestros consejos como nuestro medicamento.

Al fin de este *Manual de salud* se hallará una instruccion detallada, sobre el modo de hacer uso de dicho purgativo. Porque bien á menudo, la eficacia y buen suceso de un medicamento depende del modo como se le administra. Nuestros lectores no deben echar en olvido ninguna de las circunstancias que se refieren á este, perque este es el medio mas seguro de evitar gravísimos inconvenientes, que pudieran en muchos casos ser el resultado de esta negligencia imperdonable.

CAPITULO V.

Constipacion. — Clisterios ó lavativas. — Cólicas. — Melancolía. — Hipocondría. — Hidropesía.

---

§ I. — Constipacion.

La constipacion es el estado de una persona que no puede regir ó proveerse libremente del cuerpo. Consiste en la demora prolongada de los excrementos en los intestinos gruesos, y sobre todo en las celdillas del canal intestinal, donde adquieren una sólidez mas ó ménos considerable, y una forma redondeada. Recorren despues este pasage con lentitud, y endureciéndose siempre hasta el ano, de donde no se expelen sino con algunos esfuerzos, ó por los medios del arte. Cuando acontece que las deyecciones *alvinas* vienen á ser demasiado raras y dolorosas, pueden dar ocasion á ciertos accidentes particulares. Una constipacion casi habitual no tiene inconvenientes en las personas de un temperamento caloroso y seco, y quienes, en el estado natural, tienen la fibra tiesa y rígida.

Si exîste una detencion completa de las deyecciones, se debe escudriñar la causa con mucho cuidado, y remediarla prontamente. En toda constipacion tenaz, es preciso asegurarse si no proviene de algun obstáculo mecánico, que estorba la salida de las materias excrementales, ó sea ya en la boca interior del *rectum*, ó dentro del intestino mismo.

Cuando la constipacion está occasionada por una demasiado corta cantidad de bílis, de zumo pancreático y de las mocosidades que deben atravesar la canal y *lubreficarla* ó humedecerla; ó por la absorpcion sobrado enérgica de las canales linfáticas, por falta de un estímulo habitual; ó bien si está motivada por un aumento de transpiracion y de sudor, por el uso de los alimentos secos y viscosos, por una cortísima cantidad de bebidas, por el abuso de medicamentos agrios y mordaces, irritantes, astringentes, narcóticos, por una vida sedentaria; enfin, cuando las deyecciones se interrumpen y se suspenden por el desarollo de una enfermedad cualquiera, su curacion debe de ser relativa á estas diferentes causas.

Si ocurriera que algunos individuos, no acostumbrados á la constipacion, adoleciesen de ella, se remedia esta indisposicion de varios modos : si aquella es sincilla, esto es, independiente de cualquiera enfermedad, y que parezca provenir de un exceso de tension, de calor en los intestinos gruesos, se puede acometer tambien con medios sencillos, como son los alimentos blandos y húmedos,

el pan de centeno, las ciruelas pasas, espinacas y otras legumbres; las bebidas viscosas, tomadas copiosamente; el exercicio para las personas sedentarias; las fricciones y fomentaciones emolientes practicadas sobre el abdomen; las lavativas compuestas con substancias aceytosas, mucilaginosas, á las cuales deben añadirse treinta *granos de salud* pulverizados, ó la locion purgativa, de que hablarémos en el paragrafo ú artículo *lavativas*. Los primeros desórdenes que produce una constipacion accidental, son, dolores de cabeza, agitacion y vigilias. Nosotros hemos prevenido y obviado estos inconvenientes, recomendando á las personas que nos han consultado, de palabra ó por escrito, una locion purgativa, con arreglo á la dósis de dos cucharadas, mezcladas con otras dos de un aceyte cualquiera.

Cuando no corre la bílis y que Gaster ó el vientre hace mal sus funciones, todo va mal, dice Riolan en sus libros, y el profesor Pinel en sus lecciones. Voltaire se ha chanceado mil veces en sus obras sobre el bañado, y de un modo que provoca no menos á risa que á la reflexion, y aconseja á los que van por la mañana á sitiar la puerta de los grandes y de los ministros para solicitar favores, el informarse antes con maña si tienen el vientre libre.

Un hombre, colocado en un destino y empleo eminente, no se podia dedicar á los deberes que le imponia este, sino despues de haber tomado dos *remedios* (que así llamaban á las lavativas en la corte

de Luis XIV); mientras no se habia proveido, tenia el cuerpo y la cabeza pesádos, las ideas confusas, y la memoria turbada; no podia aplicarse á cosa alguna séria; apenas proferia unas sola palabra, todo le desagradaba, le fastidiaba, y su mal humor lo veia todo en negro. Los hombres habitualmente constipados, son aquellos que se observan mas de ordinario tristes, irritables y descontentos de sí, como de todos los demas. Scarron, á quien se le veía siempre alegre y chancero, malgrado sus achaques, y Voltaire, á quien en medio de sus padecimientos diarios, se le notaba siempre festivo, fecundo y sublime, hubieran sido ciertamente bien diferentes de lo que fueron, si hubieran adolecido de constipaciones.

¡Ah! si los *granos de salud* hubieran sido conocidos en la época de los Scarron y los Voltaire! Los facultativos del arte de curar deberán esmerarse en apreciar el grado de utilidad de nuestro método que ofrece tantas ventajas, y cuyo uso no presenta ningun peligro. Tanto mas lo hemos de esperar ahora, que la medicina llama á su auxilio, no solo todas las ciencias que pueden aclarar sus pasos, ya mas seguros, sino que procura aun sacar partido de todas las producciones de la industría y de la imaginacion humana, para acometer las enfermedades con armas mas numerosas y variadas.

La constipacion habitual puede influir mucho mas de lo que se piensa en el destino y suerte de las familias, y aun en el de los imperios. El feroz

Tiberio y el astucioso Cromwel, que adolecian habitualmente de esta indisposicion, fueron siempre y constantemente sombríos, crueles é inaccesibles á la compasion, no menos que ese brillante cardenal de Richelieu, que solo regia á fuerza de lavativas, vivia siempre meláncolico, y fue muy á menudo bien desapiadado. ¿Y cuantos grandes intrigantes y revoltosos politicos pudiéramos citar, que no agitaron los estados, sino porque adolecian de la misma enfermedad? ¡Y el temperamento bilioso-hepático de Napoleon, cuantos acontecimientos no explicaria fisiologicamente por sí solo!

Aun nos adelantarémos mucho mas, y no titubéarémos en decir aqui, que la idea de un delito muchas veces toma su origen en un desarreglo cualquiera de la economía animal, y que si los mayores malvados hubiesen experimentado los saludables efectos de un purgante, tal vez no hubieran sacrificado á sus victimas.

Aquellos movimientos de una venganza feroz, esa fiebre ardiente del crimen ¿podrian acaso exîstir con el equilibrio de las fuerzas vitales, cuando el sistema muscular se mantiene en balanza con el sistema nervoso, y que las funciones se operan sin desórden? No sin duda; la salud es uno de los principios de la sabiduria; por desgracia, estas dos cosas, que se podrian llamar hermanas, no son siempre inseparables; y acontece á menudo el que se descuide esta preciosa salud que, tanto

en lo moral como en fisiología, es un bien inapreciable.

¿Acaso, Ravaillac habria asesinado á Henrique IV; Damiens lo hubiera intentado contra Luis XV; Louvel hubiera osado matar á puñaladas á S. A. R. el duque de Berry? No, no puedo creerlo, si una evacuacion de los humores atrabilarios hubiera precedido á su premeditacion homicida.

La misma experiencia aboga en favor de nuestras ideas. El eléboro entre los antiguos y algunos fuertes purgativos en nuestros tiempos ¿no han restituido al celébro de algunos maniáticos é hipocondríacos el primitivo órden de sus ideas y la antigua claridad de su juicio? ora bien ¿cual era la causa que alteraba su inteligencia, y que hacia nacer en su espíritu aquellas ideas extravagantes, y en su corazon, aquellos tan siniestros y negros proyectos; la causa en fin que les inspiraba un tan profundo odio por la sociedad, aquellos terrores de la muerte y los tan funestos deseos de suicidarse? Esta causa no existia en sus celébros, porque despues de su muerte no se ha notado desorden alguno en su encéfalo: pero, sí, se han descubierto al contrario en su vejiguilla de la hiel algunas piedrecillas ó cálculos biliares, talcual esquirro, algun tumor apostemado en el hígado ó en el bazo, várices en el mesenterio, ó alguna congestion de sangre espesa en la vena porta, es decir, que la causa existe precisamente en aquellos órganos á que puede alcanzar el beneficio que los purgantes ocasionan.

La señora B***, que habitaba en Passy, se hallaba desde mucho tiempo afectàda de constipaciones periódicas, que iban acompañadas de dolores vivos en las entrañas, de una necesidad frecuente y penosa de proveerse; pero sin resultado alguno. Por lo comun duraban ocho dias, algunas veces diez, estas constipaciones, cuando el medicamento indicado en semejantes casos no habia podido operar. Sucedió enfin que las constipaciones vinieron á ser mas frecuentes, que un intérvalo mas corto separo los periodos, y los tormentos de esta madre de familia, como el descaecimiento de su salud, llegaron á ser excesivos.

Por una especie de fatalidad, los enfermos no nos llegan, sino cuando se han apurado ya todos los medios. Con el uso y empleo de nuestro método, las cámaras sobrevinieron con bastante abundancia, y un régimen substancioso acabó de restablecer la salud de la señora B***.

No citarémos aqui un millon de ejemplos, con los cuales pudiéramos probar, que la constipacion mas rebelde ha cedido al uso de los *granos de salud del doctor Franck*, acompañados alguna vez con el de los *granos amarillentos.* En estos casos es cuando ellos triunfan con mas certeza.

§ II. — Clisterios ó lavativas.

Con ests voces se indican todos los medicamentos, en forma de líquidos, que se introducen por el ano en los intestinos gruesos. Por lo regular se administran tibios; alguna vez el práctico los manda

frios, especialmente cuando quiere sacar partido de su impresion sobre la primera superficie intestinal. Se para ménos en su naturaleza química que en su temperatura.

Al administrar una lavativa, se debe tener cuidado con su volumen; se guarda con dificultad la que es demasiado abundante, por la excesiva distension que causa en los intestinos, y porque determina unas contracciones qu· obligan á arrojarla; una dósis mediana demora mucho mas tiempo en la membrana mocosa, que la recibe y acoge, y por sus principios medicinales puede excitar una actividad que penetra en el sistema vivaz. En los afectos que constituyen los intestinos en un estado de irritacion, una lavativa demasiado cargada de ingredientes determinaria unos retortijones peligrosos. En todo caso no se debe olvidar que una lavativa simple ha de preceder las lavativas medicinales. Con este medio, se desembarazan los intestinos gruesos, y la accion del medicamento lo encuentra todo mucho mas bien preparado y dispuesto.

Las lavativas exercen su actividad en el interior del *rectum*, del *colon* y del *cæcum* ó intestino ciego, y la extienden desde el ano hasta la válvula *ilio-cecal ó ileo-cæcal*.

En general, con toda suerte de lavativas se logra un cierto resultado, que es la evacuacion de las materias fecales, contenidas en los intestinos gruesos. Basta el agua simple para operar dicho efecto, y ordinariamente se emplea este líquido, cuando

no se pretende mas que desembarazar la última porcion de la canal alimentosa. La lavativa farmaceútica ó médica es una operacion subsecuente, que exîge mucha atencion. Las partículas activas de las substancias contenidas en aquella, provocan en la economía animal una serie de efectos, de que dimanan todas las ventajas que proporcionan dichas lavativas.

Es fácil el provocar en el sistema vivaz unas modificaciones muy variadas, por medio de dichas lavativas medicinales. Ellas pueden acelerar el movimiento de los órganos, fortalecer su texido, aumentar su vigor, y producir en ellos otros efectos ventajosos, segun las substancias tónicas ó excitantes que contienen y segun su virtud emoliente ó purgativa.

Despues de lo que se acaba de decir, distinguirémos las lavativas, en purgativas, eméticas, tónicas, excitantes, *dilatantes*, narcóticas, laxátivas, y emolientes.

Las *purgativas* tienen una accion local muy enérgica; producen en los intestinos gruesos una viva irritacion sobre la membrana mocosa que guarnece su interior. Principalmente son oportunas para las mugeres, que despues de haber destetado sus niños, quieren agotar la secrecion de la leche. Nocivas serian estas lavativas, si exîstiera una irritacion intestinal; porque podrian provocar una inflamacion en el vientre.

Los efectos de las lavativas *emétizadas* tienen una grande analogia con las purgativas.

Las *tónicas*, preparadas con substancias vegetales que encierran unos principios amargos, hacen en los gruesos intestinos una impresion tan duradera como profunda, que se difunde en toda la canal alimentosa, y parece comunicar una cierta fuerza al sistema digestivo. Esta accion de los simples medicinales se transmite á las partes situadas en las inmediaciones de los intestinos gruesos, y restablecen la energía que estas habian perdido.

Las *excitantes*, compuestas con substancias vegetales que encierran principios acres, aromáticos, volátiles, que no se deben dexar evaporar, obran desde luego en la superficie intestinal, desenvuelven la vitalidad del aparato digestivo, y penetrando en la masa sanguina, aumentan los movimientos de todos los órganos. Su accion viene á ser útil en los afectos crónicos con debilidad general, palidez del cútis, blandura de las carnes, languidez de los actos de la vida; tambien en las cólicas, ocasionadas por las ventosidades que, formadas por la postracion del sistema digestivo, demoran y se fijan en una porcion de la canal alimenticia.

Las *dilatantes*, administradas con vino, alcohol, etc., producen primeramente una especie de excitacion en la canal intestinal; la actividad de sus principios se extiende con una suma prontitud á todo el sistema vivaz, y aumenta el juego de las facultades del celébro. Pero, cuando se hallan demasiado cargadas de estos principios, se forma en el celébro una suerte de congestion sanguina, que

altera las funciones de este órgano, y produce todos los síntomas de la embriaguez. En las cólicas ventosas, una lavativa dilatante muchas veces alivia al enfermo repentinamente, imprimiendo á la canal digestiva un sacudimiento que restablece su accion peristáltica. Tambien combaten con suceso los varios accidentes originados por los afectos crónicos. En igual caso, hemos prescrito las lavativas alcanforadas, que produxéron un efecto maravilloso.

Las lavativas *emolientes* se componen de substancias mucilaginosas, harinosas, aceytosas, etc. Las raices y hojas de malvavisco, de malva, las hojas de gordolobo, de mercurial, de violeta, de semilla de lino, la cebada, el almidon, los pies y la carne de ternera, la raspadura de astas de ciervo, todo esto forma los ingredientes ordinarios. Estas lavativas no promueven en el exercicio de las funciones de la vida unas variaciones súbitas que se puedan señalar; pero determinan en todos los órganos un relaxamiento efectivo, que se dirige á debilitar y á atenuar su actividad, y que, en las enfermedades originadas por un exceso de fuerzas vitales, ó por sobrada agitacion de la sangre, ocasionan y producen una calma bastante notable. Estos socorros son muy útiles en todas las enfermedades crónicas que se hallan juntas con una constitucion seca é irritable; convienen á los individuos expuestos á los afectos espasmódicos; se debe recurrir á estos remedios para combatir la constipacion activa, esto

es, la que depende de un calor excesivo en los gruesos intestinos.

Harémos observar á nuestros lectores, que nosotros aprobamos y adoptamos las lavativas llamadas *emolientes*. Ellas son eminentemente eficaces el mismo dia de la purga é inmediatamente despues, tanto para suavizar y humedecer la materia ardiente que aun queda por evacuar, como para ayudar á los efectos de la purga, por las vias inferiores. Su poder laxâtivo templa la actividad de los accidentes mórbidos, y concurre para proporcionar un término feliz. *Sydenham* y todos los prácticos prescriben el uso de ellas en semejantes circunstancias.

En el caso de una constipacion continua, es un error el pensar que la lavativa pueda proporcionar la evacuacion deseada; pues este medio, como ya lo diximos, no acometiendo la causa de la enfermedad, viene á ser inútil, y aun peligroso, si se repite á menudo; así importa el abandonarle en este caso, y recurrir de nuevo á los purgantes.

¿Cuantas veces hemos observado que las lavativas conformes á nuestra ordenanza, esto es, una decoccion de semilla de lino, ó un agua de salvado, añadiéndole cuatro cucharadas de la locion purgativa, de la cual hémos hablado ya en el articulo *Constipacion*, habian sido casi solas, un medio curativo en una infinidad de enfermedades? Este modo de hacer uso de la lavativa, será de un grande auxilio para las personas que no hubieran sido

bastante evacuadas por el *toni-purgativo*. Si, al contrario, las evacuaciones hubieran sido copiosas, entonces, para humedecer y suavizar las materias acrimoniosas y alibiar las entrañas, una ó algunas lavativas consecutivas, con el agua de salvado ó raices de malvavisco, se emplearán con buen éxito.

Debemos advertir aqui al lector, que no se ha de confundir la *locion purgativa*, destinada á ser empleada en lavativas, en dósis de tres á cuatro cucharadas, con el *toni-purgativo*, que se debe tomar solo por la boca. Dicha locion, que es de invencion reciente, debe mezclarse con dos cucharadas de aceyte, y añadido el todo al agua que se destina para la lavativa. Volvemos á decirlo; dicha locion nada tiene de comun con el *toni-purgativo*.

§ III. — Cólica.

Esta palabra, en el sentido indicado por la etimología, no hubiera de significar otra cosa que cualquiera enfermedad particular al intestino *colon*; pero se le da á esta voz un sentido mas extenso, y se ha convenido en llamar *cólica* á cualquier dolor de una parte del tubo intestinal.

Diferentes nombres ha dado el arte á este afecto: á saber, cólica *ventosa*, *estercoral*, *biliosa*, *nervosa*, *metastática*. Esta variedad de nombres proviene de que la cólica acomete de diferente manera las entrañas; pero los dolores y los efectos son

poco mas ó ménos los mismos. La cólica *ventosa* tiene por causa inmediata una debilidad particular del estómago y de los intestinos : por lo comun proviene ó de la constitucion del individuo, ó de las indigestiones, ó de enfermedades anteriores. Tambien la producen un uso excesivo de frutas crudas, de mosto ó vino dulce, de cerbeza, y sobretodo de legumbres y harinosos; las aguas minerales *gasosas* (gazeuses) impregnadas de *hidrogeno* sulfureo, ó de ácido carbónico, la ocasionan tambien. Todas estas substancias, ingresando en el estómago, cuando este órgano ha perdido su resorte, pueden originar un desenvolvimiento enorme de *gas* (gaz). Esta colica dura mas ó ménos tiempo; pero generalmente subsiste sin calentura, y se termina sin graves accidentes.

La cólica *estercoral* proviene de un residuo de materias alimentosas, cuya calidad ó cantidad ocasionan dolores en la cavidad abdominal. Siempre va precedida de constipacion; obsérvase duro el vientre y casi insensible al tocar; presenta unos tumores desiguales, abollados y móviles. Las personas que llevan una vida demasiado sedentaria, y las que hacen uso de alimentos pesados y groseros, son generalmente propensas á este genero de cólica.

La *biliosa* procede muy á menudo del uso inmoderado de las carnes, principalmente de las de vaca, de animales silvestres y de puerco. Puede ser causada tambien por las bebidas espiritosas,

por el calor excesivo del sol, de los hornos, de las cocinas, ó por unos movimientos demasiado violentos del cuerpo, ó de cólera, etc. Se suele declarar en el verano ó á principios de otoño. Acomete mas especialmente á los adultos, á los individuos de temperamento bilioso, ardientes é irascibles. Ella se anuncia por la rareza y el color roxo de las orinas, por unos regueldos fétidos, por la amargura de la boca, la suciedad de la lengua, las bascas y aun los vómitos biliosos, una sed ardiente, un calor fuerte, sobretodo en la region del empeyne. Algunas veces hay constipacion; otras, se arroja una gran cantidad de materias biliosas, muy fétidas. Los enfermos sienten sus intestinos como torcidos y como si fuesen agarrotados con cuerdas; ya los dolores se concentran en un punto, ya se aplacan, y dexan al enfermo algunos intérvalos de descanso, pero es para repetirse un momento despues. Ella varia segun el estado, la edad y la constitucion del individuo; así es mas peligrosa para los ancianos y los sujetos aniquilados ó sobrado gastados, que para los adultos robustos y de buena salud. Es mas grave cuando hay constipacion; y si está mal cuidada, puede muy bien seguirse una calentura pútrida.

La cólica *nervosa* se reconoce á ciertos movimientos espasmódicos, que son su síntoma esencial: afecta con especialidad las mugeres nervosas é histéricas: ciertas afecciones morales, como el temor, la cólera, el pesar, y en general toda irri-

tacion que puede atacar el tubo digestivo, la puede provocar y hacer nacer. Por lo comun ella va acompañada de un gran desarrollo de gases en el estómago y en los intestinos.

La cólica *metastática* proviene de la supresion de la transpiracion, de un afecto gotoso ó reumatismal trasegado en los intestinos, de una repercusion de la mayor parte de los afectos cutaneos, ó en fin de crísís ciertas, las cuales, avortandose en otras partes, se ingieren y se precipitan despues en el tubo intestinal.

Todavia algunos autores citan otras cólicas, dándoles nombres particulares; pero teniendo todas las mismas causas y los mismos efectos, y por consiguiente, siéndoles aplicable la misma cura que á las cinco clases precitadas, creemos el poder dispensarnos de cansar al lector con una nomenclatura inútil y ociosa. Bástanos el ponerle en estado de distinguir los signos que las caracterizan, y de aplicarles los remedios convenientes.

Los purgantes deben ser, pues, un medio eficaz contra las cólicas, porque pueden destruir el cúmulo de las materias fecales de que se hallan cargados los intestinos, hacerlos móviles, y en fin desobstruir las vias de la evacuacion: así es que convendrá recetarlos y aplicarlos á casi todos los géneros de cólicas, pues todas tienen poco mas ó ménos el mismo origen. Se ha de principiar por las lavativas emolientes, con aceyte de almendras dulces, agua enmelada, y agua de malvas; es pre-

ciso guardarse de emplear la manzanilla, el axenjo ó el hinojo, substancias carminativas que calentarian los intestinos. Las lavativas emolientes, de la especie que acabamos de indicar, abrirán los extremos del tubo intestinal, favorecerán la salida de los *gases* desenvueltos, y prepararán los felices efectos de la *locion purgativa*. Como las cólicas suelen acometer á las personas de una vida sedentaria, debemos encargar á los enfermos, en su convalescencia, un exercicio moderado, y sobre todo, el del caballo, tan propicio para hacer recobrar á los intestinos su primer tono.

No hay quizá un hecho de un carácter mas espantoso, que el de un hombre de edad de treinta años, que se hallaba habitualmente atormentado de cólicas y retortijones de tripas. Conocia de antemano el arribo de sus dolores; una especie de desesperacion ó melancolía negra le inspiraba, como por instinto, el alejar todos los instrumentos cortantes que podian estar á su alcance, de miedo de caer en la tentacion de darse la muerte, acosado por el dolor. En cualquier sitio en donde le sorprendian estos ataques, se arrojaba por el suelo, agitado de movimientos convulsivos; él mismo se despedazaba las manos y el rostro, prorumpia en agudos gritos, y enfin, se le habria creido epiléptico, á no ser que gozaba de su juicio y del uso de sus sentidos, en medio de sus padecimientos. Los intermedios de sosiego venian á ser para este hombre un nuevo suplicio; siempre se creia amenazado de otro ataque próximo, y el miedo de sus males era, todavia mas que la realidad, insoportable para su espiritu. Este hombre, siempre triste y sombrio,

tenia la vista turbada, la cara descolorida y estirazada, los labios color de plomo; su andar era vacilante, como el de un hombre que adoleciera de vértigos ó aturdimientos; su sueño era tambien muy agitado, y su pulso ofrecia una irregularidad de latidos que raras veces hemos observado en otros. Los partidarios de las sanguijuelas las habian empleado de todas maneras, y el mal se empeoraba mas y mas.

Este hombre nos fue dirigido por una señora á quien el *toni-purgativo* habia salvado la vida. El método curativo que nosotros le prescribimos, le curó perfectamente; hoy dia goza de una salud brillante; ha vuelto á tomar su alegría natural, y ya no siente ataque alguno de aquellas terribles cólicas que casi le forzaban y arrastraban á cometer un suicidio.

§ IV. — Melancolía.

En lugar de exponer aqui las opiniones fluctuantes é inciertas de muchos médicos, acerca de la naturaleza y caractéres de la melancolía, pensamos definirla bien, diciendo, que es un delirio parcial, crónico, sin calentura, determinado ó mantenido por una pasion triste, debilitante ú opresiva. No se debe confundir esta enfermedad con la hipocondría, ya porque à menudo es hereditaria, ya porque las causas que la producen son mas comunmente morales; ó sea enfin, porque en la melancolía las ideas son fixas, y se clavan y reposan únicamente sobre el objeto de una pasion triste; en vez de que en la hipocondría, el delirio se extiende sobre todos los objetos relativos à la salud.

Los melancólicos, en general, son flacos y delgados; tienen la tez pálida, amarillenta, y alguna vez negruzca, y á menudo, la nariz de un color roxo amoratado. Su fisonomía es inmóvil; pero los músculos de la cara, por un estado de tension convulsiva, expresan el susto y el pavor. Tienen los ojos fixos, ó inclinados hácia el suelo; su mirar es inquieto, y como sospechoso. A menudo tienen el pulso lento, débil, concentrado, y alguna vez muy duro. Su cútis es de un calor seco y á veces ardiente; su transpiracion es casi nula; pero las extremidades de los miembros son frias y á veces bañadas en sudor. Duermen poco, ó tienen el sueño muy ligero, y aun interrumpido á menudo, y agitado por unos sueños mas ó ménos siniestros que los despiertan sobresaltados, presentàndoles los objetos que causan ó mantienen su delirio. Sus secreciones ofrecen tambien desórdenes notables; las orinas son abundantes, claras, acuosas, y ciertas veces raras, espesas y cenagosas.

Dos grados bien notables se pueden observar en la melancolía. En el primero, los enfermos conservan todavia su juicio; pero todo hace en ellos una impresion muy viva, todo està exâgerado en sus sensaciones, pensamientos y acciones. En el segundo estado, la sensibilidad, concentrada en un solo objeto, parece haya abandonado enteramente los demas órganos. No solamente hay exâgeracion, pero ademas está el melancólico como fuera de los límites de la razon; tiene frecuentes alucinamien-

tos; se forja en su imaginacion mil quimeras á cual mas ridículas, y pugna por asociar las ideas y cosas mas disparatadas.

Las estaciones y los climas tienen un influjo particular sobre el origen de la melancolía. El otoño es la estacion en que aparece mas frecuente esta enfermedad, sobre todo, en seguida de un verano ardiente y seco. La inmediacion de los pantanos, el ayre nebuloso y húmedo, relaxando los sólidos, predisponen tambien á esta enfermedad; lo mismo puede decirse de los paises calorosos donde llueve raras veces, cuando vienen á soplar ciertos vientos. Harto conocidos son los efectos melancolícos del *sirocco* sobre los Italianos.

Se declara principalmente la melancolía en la juventud y en la edad viril. Está hoy demostrado por numerosas observaciones que es frecuente de veinte y cinco á treinta y cinco años, y que, pasada esta edad, va ordinariamente menguando hasta la de cincuenta y cinco. El amor, las ideas religiosas, la masturbacion, el exceso en el estudiar durante la juventud; los cuidados de familia, la ansia de enriquecerse, la ambicion, el amor de la gloria, en la edad viril, producen muchos melancólicos.

Las pasiones amorosas que, en las mugeres, suelen ser tan activas, la religion que llevan hasta el exceso, cuando el amor no las ocupa exclusivamente, los zelos, el miedo, obran con mas energía en ellas que no en los hombres: así la melancolía religiosa es mas frecuente en ellas, particularmente

en las clases inferiores de la sociedad; las muchachas, las viudas, y alguna vez las casadas, en ciertas épocas criticas, adolecen de la melancolía erótica ó amatoria.

El temperamento bilio-nervoso predispone à la melancolía. Los individuos dotados de él, son pensativos, sílenciosos, desconfiados, sospechosos, buscan la soledad, y sòn muy adecuados para las ciencias y artes.

Las constituciones ó temperamentos adquiridos ó facticios, en que predomina el sistema hepàtico y hemorroydal, tienen no menos una cierta predisposicion à la melancolía.

Las causas fìsicas de la melancolía, obran casi todas debilitando la constitucion del individuo, ó imprimiendo à los flúidos un carácter funesto. La abstinencia prolongada, la hambre, el abuso del opio, de las bebidas calientes ardientes, y de los licores espiritosos, producen á menudo la melancolía, y provocan y arrastran á las personas que padecen de ella, à darse la muerte á si mismas.

La cura de la melancolia no se debe limitar à los medicamentos. Antes de aplicarlos, es preciso informarse bien de las causas lejanas ó próximas de la enfermedad, en razon de la multitud de aspectos bajo que se puede presentar.

Dominado por sus habitudes el melancolico, alejando de sí cuanto pudiera contrariar sus inclinaciones, y acomodando cuantos objetos le rodean al tenor de sus visionarios caprichos, no pudiera re-

cobrar la calma de sus espíritus sino abandonando el lugar de su residencia habitual, y saliendo á viajar por comarcas que gozen de una temperatura dulce, y en donde la naturaleza presente à su imaginacion, ó ya bien cuadros y perspectivas risueñas ó escenas magestuosas. Es preciso que se acostumbre y se familiarize poco à poco con un mundo nuevo, en que las atenciones, las consideraciones y toda especie de continuos esmeros de benevolencia hagan renacer en él unos sentimientos que parece le eran como estrangeros ya.

Los medios de curacion se pueden reducir á tres principales : hygiénico, moral y farmaceútico.

Un clima seco y templado, un cielo puro y sereno, un sitio agradable y variado convienen perfectamente á los melancólicos; sus vestidos deben de ser renovados á menudo, especialmente el calzado, pues estan expuestos á tener los pies frios. Son de un gran provecho los baños tibios [1] para restablecer la transpiracion. Es necesario prohibirles los alimentos salados, sazonados con especias, y de una digestion difícil, y prescribirles las carnes asadas, sobre todo de animales jóvenes; una dieta vegetal, que consista, no en vegetales harinosos, pero en hortalizas y frutas, sobre todo frutas

1 Hemos indicado y recetado á muchos melancólicos ciertos baños de una naturaleza particular, á saber, hemos aconsejado añadir al agua del baño ó cubeta, ó ya ciertas substancias oleaginosas ó calmantes, ó ya ciertas substancias tónicas, segun la diversidad de sintomas que se presentaban.

bien maduras, como las naranjas, la limonada ligera, etc. El exercicio, de cualquiera manera que se tome, es, sin duda, uno de los mayores recursos para la curacion. El profesor *Pinel*, en sus *Tratado de la enagenacion mental*, manifiesta el deseo de que cada hospicio de enagenados fuese situado en las inmediaciones de alguna hacienda, donde los puedan hacer trabajar. Tambien es á propósito aliar y unir los exercios del espíritu con los del cuerpo; pero importa tener cuidado en dirigir la aplicacion de los melancólicos hácia unas lecturas ó estudios que les agraden, ó bien hácia las ciencias naturales.

Este método de curacion todo físico, cuando está auxiliado por la *higiene*, contribuye á sanar muchos melancólicos. Los antiguos no empleaban otros remedios mas que los evacuantes, especialmente los purgantes. M. Pinel se contenta con prescribir los leves laxântes, y los purgantes suaves. Lòs evacuantes convienen principalmente en la melancolía caracterizada por la incuria, la aversion por el movimiento, y por la lentitud de las funciones. Ciertos melancólicos rechazan y desechan todo género de medicamento; es sumamente importante el provocar en ellos unas irritaciones ó evacuaciones del vientre, para prevenir ó hacer cesar la constipacion. En estos casos deben de emplearse los *granos salutíferos del doctor Frank* y el *toni-purgativo*, cuyo gusto agradable no inspira al enfermo la idea de un medicamento. Los innumerables melancólicos sanados con este remedio, nos

han manifestado bien á menudo todo su reconocimiento, pues es á nosotros á quien deben el haber vuelto al amor de la vida, al contento y á la dicha. Muchos hay que toman de cuando en cuando, en un vaso dé agua, algunas gotas de *quinta-esencia etérea*, añadiendo á ella algunos *granos amarillentos*, y han experimentado los mejores efectos.

Un individuo, vecino de Versalles, vino á consultarnos acerca de un afecto melancólico de que estaba atormentado á tal punto, que, hasta en nuestro mismo gabinete habló del deseo que tenia de destruirse; sin embargo, conocimos muy bien, que su juicio no estaba descarriado hasta el punto de poder librarse à este acto de desesperacion. Estábamos en el invierno : era la época de la exâsperacion de su melancolía. La constipacion era tenaz, indicacion suficiente para administrar los *granos del doctor Franck*, y el *toni-purgativo*. Le mandámos, con una autoridad que le infundió algun respeto, el que hiciese algunas fricciones y que las repitiese á menudo sobre la coluna vertebral, con la *quinta esencia etérea* mezclada con aceyte de almendras dulces. Le recetamos ademas baños tibios, en que se agregaria y mezclaria medio frasco de la misma esencia, una libra de xabon y ocho libras de sal comun y otros medicamentos. Le recomendamos el que hiciera frecuentemente el viage de Versalles á Paris. Ultimamente, vino á anunciarnos que ya no era él mismo, y que nuestros medicamentos le habian sanado completamente.

§ V. — Hipocondría.

No hay enfermedad mas comun, mas variada en sus síntomas, mas funesta y mortífera en sus efectos, mas constante en su duracion, que este afecto nervoso, conocido baxo el nombre de hipocondria, y que parece atacar especialmente los órganos digestivos. Ninguna edad, ninguna clase de la sociedad, se hallan exêntas de ella : el artesano viviendo sedentario, el literato, el soldado dormido en el seno de la paz, el conquistador en la inaccion, el hombre sensible ausente de su amiga y de su pais natal, el joven que lucha contra los primeros ataques y heridas del amor, á todos alcanza y subyuga; esta sombría enfermedad extiende sus estragos sobre todo viviente racional, sobre el hombre obscuro, como sobre los poderosos de la tierra.

No obstante tiene constituciones, estaciones y sexôs privilegiados; los hombres son mas expuestos á ella que las mugeres, el temperamento nervoso y bilioso mas que el linfático; la continuidad de las aguas, el frio excesivo y el calor la extienden y propagan mas que los dias hermosos de la primavera y del otoño.

Las habitudes, las costumbres, la moda sobre todo, esta usurpadora caprichosa de los derechos de la naturaleza, enfin, una multitud de circunstancias pueden aumentar su actividad. Una ligadura demasiado apretada; las cotillas engañosas que dibujan las formas á costa de la salud; la inercia de

los ricos; la inaccion habitual que sucede á unos exercicios mas ó ménos trabajosos; la golosina llevada hasta el exceso; el uso continuo de los licores espiritosos y de los condimentos demasiado excitantes; todos los excesos enfin, de cualquier género que sean, vienen á ser las causas mas ó ménos mediatas de la hipocondría.

Se puede sentar como principio, que todo lo que tiende á retardar la actividad del estómago y del tubo alimentoso, viene á ser causa de la hipocondría; los trabajos del ingenio, un afecto mental profundo, las ocupaciones mecánicas y sedentarias que no comportan ninguna suerte de distraccion y de combinaciones de ideas, etc.

Puede tambien la hipocondría ser una consecuencia crónica de una enfermedad aguda, de una inflamacion viva, de una calentura gástrica, de una *sífilis* descuidada, de una lesion en el celébro. La gravedad del Ingles, la pereza del Español, los zelos del Italiano, disponen á la hipocondría con mas propension que la viveza alegre de los Franceses, que el vigor de los Suizos, y que las costumbres uniformes de los habitantes de los Estados-Unidos.

En general los hipocondríacos se quexan de una sensacion incómoda de plenitud en el estómago; digieren penosamente; por la mañana tienen la boca pastosa; experimentan hipos, unas ganas importunas de escupir, unos antojos mas ó ménos caprichosos. Las ventosidades y unos ciertos rumo-

res intestinales ó de tripas los incomodan mucho. Se observa en ellos una constipacion tenaz, á que suceden algunas veces la diarréa y la cólica, una tos violenta y seca, ciertas palpitaciones, y una inquietud que se pinta en todas las facciones de su fisonomía. Todo es vago, incierto en sus gustos, en sus ideas, y aun en la sensacion de sus dolores, de los cuales, muchas veces, no podrian indicar el foco ó sitio. Un pensamiento solo los ocupa; su enfermedad, á la que su imaginacion ardiente presta una cantidad de formas las mas variadas, y de la cual exâgera casi siempre la actividad y los síntomas. Se ocupan muy seriamente hasta de las menudencias mas viles que tienen alguna relacion con su salud. Un hipocondríaco, citado por el doctor *Louyer-Villermay*, habia dedicado un cuarto entero para recibir los vasos en que depositaba su orina; á menudo los pasaba en revista y parecia por el color y olor juzgar de sus calidades mórbidas. Los hipocondríacos hablan, con una complacencia fastidiosa, de todas las circunstancias de sus males, verdaderos ó supuestos. En suma, seria imposible el describir todas las formas de esta estraña enfermedad, qué no solo es fruto de la imaginacion, pero que proviene probablemente de alguna lesion ó de cualquier vicio en los hipocondrios [1].

[1] Se da este nombre á las dos partes laterales de la region *epigastrica*, porque estan en parte formadas por el contorno cartilaginoso de las costillas (en griego *chondros*). El derecho encierra el hígado, etc.; el izquierdo encierra el bazo, etc.

No darémos una descripcion menuda de todos los remedios que los prácticos han indicado sucesivamente como soberanos específicos, y que se han abandonado despues, á lo ménos como inútiles. Aunque esta enfermedad sea tan variada en sus fórmas, casi siempre su causa es única; basta el observarla, y, una vez conocida, se logra el combatirla y desarraygarla.

El jóven Antioco, hijo de Seleuco, rey de Siria, se hallaba enfermo de mucha gravedad, y se habian apurado ya por salvarle todos los recursos del arte. Erasístrates, llamado cerca del enfermo, no tardó en descubrir la causa de esta consuncion hipocondríaca. La presencia de Estratónica, madrastra de este jóven principe, y la conmocion que él experimentó á su vista, manifestáron al genio observador de Erasístrates todo el arcano de la crísis; y el himenéo, solicitado por la voz de este nuevo Esculapio, salvó al jóven enfermo. Del mismo modo, vosotros que estais consagrando todos vuestros cuidados al hipocondríaco, observad sus ojos, sus ademanes, sus deseos, sus gustos, y que esta observacion sirva de basa á vuestra curacion. ¿Su hipocondría, acaso, proviene de una pérdida grande? procurad hacérsela olvidar; ¿de un despecho amoroso? proporcionadle una diversion saludable; ¿de una vida demasiado sedentaria? buscad algun exercicio agradable, una variedad en sus placeres, provocando en él la pasion de una diversion activa. ¿Proviene, enfin, de la rabia soli-

taria de la masturbacion? no dejeis solo al insensato que se va aniquilando poco á poco: la soledad, para él es un veneño; procurad un objeto á esta pasion burlada, y que los beneficios del amor reparen todos los estragos del delirio.

Consolad, regocijad, exercitad; no ha nacido el hombre para la inercía ni la tristeza.

Esto es con respecto á lo moral; acometed despues el foco de la enfermedad. No se puede negar que la hipocondría es principalmente producida por la interrupcion de la secrecion biliosa, y por un afecto del bazo; estas dos glándulas no pueden ser dañadas, sin que padezcan las funciones digestivas y acaben por paralizarse. Procurad el hacer correr la bílis; precipitad el humor viciado hácia la canal alimentosa; purgad, y habreis arrojado afuera la hipocondría.

Casi todos los dias vemos llegar á nuestro gabinete de consultas unos enfermos, cuyo único afecto mórbido es la hipocondría. Vienen quejándose ordinariamente de que sus parientes y sus amigos los acusan de ser *enfermos imaginarios* En efecto, la imaginacion puede, en muchos individuos, exâgerar los afectos mórbidos; pero casi siempre una disposicion orgánica es la causa originaria de todas estas quexas. Cuando esta disposicion orgánica está en el principio de su invasion, y que es posible operar una diversion, nuestros consejos ***higiénicos*** han suspendido algunas veces los progresos sucesivos de dichas afecciones. Hemos hecho cambiar

de régimen á muchos enfermos, y á algunos otros hemos prohibido el uso de toda especie de tisanas, de todo medicamento, de que habian hecho un abuso pernicioso.

Conocímos á un antiguo notario, cuya hipocondría procedia de la ausencia de todo exercicio y de una constitucion primordial. Le aconsejámos el abandonar su oficio, y le prescribímos el uso de un gran vaso de agua fresca por la mañana al salir de la cama, é immediatamente despues, una tasa de café puro, casi sin azucar, y de seguida otro gran vaso de agua fresca. Ha hecho exercicio, ha tomado algunas dósis ligeras de *la sal desopilatoria*, y se ha puesto al uso de las fricciones con la *quinta-esencia etérea balsámica* que le hemos aconsejado, en concurrencia con algunos otros medicamentos. Viene á menudo á darnos mil gracias por el feliz suceso de esta curacion. Ha desaparecido enteramente su hipocondría, y él mismo indica el régimen á que le habiamos sujetado, á todos los que le dan la enhorabuena de la salud de que goza.

§ VI. — Hidropesía.

Esta palabra designa una acumulacion de un líquido seroso en una ó varias cavidades del cuerpo, que son el sitio de una exhalacion, ó natural ó accidental.

La hidropesía es una de las mayores enfermedades del hombre; reyna en todos los climas. En

medio de la variedad de síntomas que le son propios, hay uno siempre constante, y que, en algun modo, es el como signo antecesor de este afecto: es la hinchazon de alguna parte vecina á la cavidad afectada, como los muslos y las vedijas de los testículos; la hidropesía mas comun, es la que reside en el vientre.

Los dos carácteres mas habituales de esta enfermedad, son una sed viva, y la rareza de las orinas que se ponen espesas y se colorean fuertemente.

Se pueden reducir las causas generales de la hidropesía á un solo punto, que es, el *residuo* de una enfermedad, en apariencia sanada, pero cuya causa humoral no fue expelida. La *serosidad* acumulada disminuye la fuerza de la vida orgánica, por la cual se operan la exhalacion y la absorcion. Las vias se estrechan y se obstruyen y poco despues sobreviene un derramamiento. Suele darse á la hidropesía el mismo orígen que á las enfermedades de que solamente es el resultado y la consecuencia, por falta de curacion completa; como una transpiracion detenida, una calentura pútrida, escarlatina, catarral, el sarampion, la cesacion de algunas evacuaciones de que no se ha sabido volver á abrir el curso.

La hidropesía abdominal es la enfermedad mas comunmente mal tratada, porque la hinchazon del vientre es un accidente tan aparente y tan manifiesto, que no cesan de dirigirse todos los esfuerzos contra él; y el vulgo adopta con anhelo todos los

medios que parecen dirigirse á este fin. Así mismo se suele usar con profusion de tisanas aperitivas y sudoríficas, para excitar los enfermos á orinar copiosamente. No son peligrosos estos medios; pero son fútiles. Cuando la hinchazon ha llegado á un punto excesivo, se recurre á la dolorosa puncion. Esta operacion no es mas que un paliativo débil que es forsozo reiterar.

El purgativo, al contrario, en la hidropesía de las cavidades abdominales, halla el campo libre para exercer su benigna influencia. En algun modo, esta enfermedad es el triunfo de nuestro método *purgativo*. ¡No se piense por esto, que la preocupacion á favor de nuestro sistema sea capaz de deslumbrarnos, hasta hacernos mirar este medio curativo como universal! Cuando proclamamos su eficacia en la hidropesía, es porque en este caso, como en todos los demas, afianzamos nuestra opinion en las autoridades mas respetables, en las opiniones particulares del padre de la medicina, de Hipócrates, quien trataba la hidropesía con purgantes violentos [1]. El Hipócrates de la medicina moderna, Sydenham, ha seguido el mismo método, y prescribe la continuacion de los purgativos, sin cesar, hasta la expulsion completa de la serosidad.

Hoffmann, y una multitud de otros prácticos famosos, han adoptado el mismo sistema; aquellos que se han manifestado contrarios á él, no han

1 *De morbis internis et externis*, tom. xxv.

querido mas que hacerse gefes de escuela, sacrificando así una conviccion íntima á una vanidad pueril.

El *purgativo*, empleado en el nacimiento, y aun en el segundo periodo de la enfermedad, traerá unas resultas cuya eficacia podemos asegurar de antemano; mas tarde, si su accion haciéndose mas lenta, no determina una curacion pronta y completa, á lo ménos detendrá los progresos, y neutralizará los accidentes.

No pretendemos explicar como sucede que un cúmulo de serosidades se fije y demore en tal ó tal parte del cuerpo; este fenómeno todavía ès un misterio, que la ciencia del médico no ha podido descubrir. Pero lo que hemos de recordar sin cesar, es que, por una resulta especial, atrayendo nuestros medicamentos los humores hácia las vías digestivas, y proporcionándoles una evacuacion fácil, deben ser de una necesidad indispensable en la hidropesía. Capaces de provocar unas cámaras acuosas y copiosas, no solamente dan tono al aparato digestivo, sino que comunican una nueva energía á todo el sistema absorvente, aumentan el curso de las orinas, y este fenómeno contribuye de una manera portentosa á disminuir la hinchazon de las partes afectadas. El enfermo se siente ménos opreso, su resuello es mas libre, el exercicio de sus movimientos se restablece, y vuelven á tomar una nueva energía todas sus funciones.

La hidropesía es uno de aquellos males que se

ocultan algun tiempo, y vuelven á parecer de repente, aun en el mismo instante que se creía probar una mejoría general en el sistema. No seria, pues, inútil el continuar las dósis, aun despues que hubiera desaparecido todo motivo de temor.

Hemos tenido en esta parte un exemplo de curacion bastante raro. Un hombre de sesenta años era hidrópico hacia ya mucho tiempo; la serosidad se habia fijado en las cavidades abdominales; una serie de síntomas á acual peor, utorizaban á formar el mas triste pronóstico; azulada la tunica del ojo, la cara abotagada y pálida, los labios alguna vez descoloridos y otras colorados, una sed continua, orinas cargadas y turbias, y en proporcion mayor que las bebidas. El sistema moral se resentia no menos del influxo de esta enfermedad. La idea de la muerte se ofrecia continuamente al espíritu del paciente, baxo los colores mas espantosos; sueño inquieto, todavía mas penoso al salir ó despertar de él, con frecuentes palpitationes. Las serosidades habian resistido á todos los recursos del arte. Aquel sugeto habitaba en los cuartos bajos de su casa, calle de la Ursina, y como este parage era húmedo, le mandámos desde luego por primera ordenanza se mudase de casa, pues está en nuestros principios el acometer las causas antes de los efectos. Esto no produxo ningun suceso marcado: el mismo desmadejamiento, la misma hinchazon. Entónces no titubeámos mas: fuimos administrando, durante dos meses, con intérvalo de diez dias, unas fuertes

dósis de nuestros medicamentos, y el paciente, que, en los últimos tiempos, no se movia del sitio, viene ahora alguna vez á darnos gracias, y su estado prospera visiblemente. Este anciano no dexa de seguir con el uso de los *granos de salud.*

Una señora de sesenta años, estaba padeciendo hacia ya seis años de una hidropesía en la cavidad abdominal; habia soportado la dolorosa operacion de la puncion, y sin suceso; el vientre estaba hinchado de tal suerte, que se hallaba en la necesidad de sostenerle con una especie de braguero ó suspensorio.

Le propusímos el uso de nuestro método, y consintió en ello, como en un medio ya desesperado. Habló á sus antiguos médicos, quienes, sin desaprobarle claramente, habrian preferido desde luego emplear otros medios análogos. Sin embargo, esta señora, que habia apurado hasta entónces todos los recursos del arte, ce decidió á probar nuestros medicamentos: mas ¡ cual hubo de ser su entusiasmo hácia un método tan conservador ! Al cabo de tres meses de haberle empleado, no existian ni hinchazon, ni serosidades cumuladas; las orinas eran naturales y frecuentes. Volvió esta señora á tomar su corpulencia acostumbrada, y su curacion quedó completa.

Hemos recibido otra carta muy capaz de probar el dichoso influxo de nuestro método en la curacion de la hidropesía.

Muy Señor mio,

Habiéndome informado de su direccion de Umd. con el boticario que aqui tiene el depósito de sus medicamentos, me doy prisa en participarle los buenos efectos que he experimentado del uso de ellos, en una hidropesía que me atormentaba de dos años acá. Esta enfermedad me sobrevino despues de unas cuartanas. Los médicos á quienes consulté, me prescribieron varios remedios, que no tuvieron otras resultas que las de hacerme gastar mucho dinero en comprar toda especie de drogas. Entretanto la hinchazon se iba manifestando á los pies, piernas, muslos, manos, á la cara, y aun habia llegado ya al vientre, sobre el cual permaneci recostado, durante mas de seis meses, sin poder moverme en manera alguna. ¿Lo creerá Umd.? Soporté la puncion; yo me hallaba en un estado horrendo, y mis fuerzas me abandonaban. ¡Que desgracia para mi, de no haber conocido antes sus medicamentos! Pero enfin, como dice el refran, *mas vale tarde que nunca*. Un amigo, compadecido de mi situacion, que le parecia desesperada, me dixo: « Hablan de un *toni-purgativo* como de un es» pecífico poderoso contra varias enfermedades crónicas. » ¿Porque no prueba Umd. el hacer uso de él? Que » arriesga Umd.? Sin duda no le puede hacer á Umd. » mas daño que los demas medicamentos que Umd. ha » tomado. Si no me engaño, su virtud es de hacer eva» cuar mucho y fortalecer al mismo tiempo. » Segui su consejo, y no titubeé, en mi naufragio, de asirme á la primera tabla que se me presentaba.

De tres meses á esta parte, estoy tomando lo que Umd. ha tenido la bondad de indicarme y de recetarme, y cada semana, aun diré cada dia, me siento mucho

mejor; mi hinchazon disminuye á ojos vistos, principio á recobrar las fuerzas, y espero una curacion completa. Me han aconsejado tambien algunas fricciones con una *quinta esencia etérea* de su invencion de Umd. : quiero igualmente hacer uso de ella.

Tengo el honor, etc.

ANTONIO MAD***,
reloxero.

Ginebra, 15 de octubre de 1818.

Si hubiéramos de haber insertado las diferentes cartas que se nos han dirigido relativas á todas estas enfermedades; si hubiésemos de relatar todas las observaciones diarias que nuestra práctica nos ha puesto en el caso de hacer, y el resultado, sobre todo, de las consultas vocales que damos en nuestro gabinete todos los dias, nos hubiésemos visto precisados á hacer dos ó tres volúmenes como este; hemos habido, pues, de ceñirnos á estos pocos ejemplos.

CAPITULO VI.

Asma. — Pituita. — Aftas ó pústulas que se forman en la boca. — Romadiso ó resfriado. — Catarro del pulmon. — Cauterios. — Deslumbramiento, desmayo ó pasmo, aturdimiento. — Xaqueca, dolores de cabeza. — Estornudos. — Apoplegía — Hemiplegía, perlesia.

---

§ I. — Asma.

Esta enfermedad es un afecto espasmódico y periódico de los órganos de la respiracion, acompañada de una suerte de aspiracion habitual mas ó ménos penosa, y de sufocaciones frequentes, con mayor ó menor intensidad : en el caso de dichos accidentes, la respiracion llega á ser infecta y acompañada de un cierto silvido. Dicha enfermedad procede de la serosidad que la sangre ha depositado en los pulmones, y que, estrechando la capacidad de los bronchios, estorba el mecanismo del resuello y hace mas frecuente la accion necesaria para aspirar el ayre de la atmósfera.

Las causas predisponientes del asma son talvez una indisposicion hereditaria, una construccion viciosa del pecho, la abesidad, una vida sedentaria y ociosa, la vejez, ó una exposicion habitual á una

atmósfera cargada de materias polvorientas ó vapores metálicos.

Entre sus causas accidentales, se debe contar la impresion súbita de un ayre frio, un ímpetu de cólera, un exercicio violento despues de una comida copiosa, la supresion de cualquiera evacuacion habitual, la vuelta de una enfermedad cutánea, aguda ó crónica, ó una *crisis* gotosa. Algunas veces sucede el asma á las calenturas intermitentes, á las inflamaciones de pecho y á los romadizos interiores y obstinados.

En los jóvenes, el asma es raro y poco rebelde ó tenaz; en la vejez, es una enfermedad casi incurable, que admite solamente paliativos; pero no lleva consigo peligro de muerte. Por lo comun, los asmáticos fallecen de otra enfermedad muy diversa que la que los ha atormentado tanto tiempo.

En unos, el asma se deja ver con accesiones periódicas, y en otros, es continuo, y su presencia se manifiesta por una respiracion dificultosa é imitando el silvido; en el primer caso, los accidentes son violentos, y se anuncian, en las primeras horas de la noche, por bostezos é hinchazon de vientre; se caracterizan mas despues por el desmayo, por un resuello de tal suerte penoso, que los hombros se elevan fuertemente à cada inspiracion, la cara está descolorida, las extremidades se ponen frias; la emision de una orina copiosa y poco colorada acompaña alguna vez algun vómito de bílis verde.

Los mismos accidentes continuan durante algunas

noches, y disminuyen de actividad al amanecer. Para templar la violencia de las crísis, mientras hay casi siempre constipacion, se hará uso de nuestro método.

El uso frecuente de *los granos de salud*, manteniendo el vientre libre, prevendrá los accidentes periódicos, ó los templará, y disminuirá la actividad de este afecto crónico. Sus efectos son eminentemente eficaces si los enfermos quieren sujetarse á un régimen dulce, y privarse de licores, de cerbeza y de alimentos ardientes.

Los asmáticos deben principalmente tener cuidado de abstenerse de las legumbres harinosas, que pueden hacer un gran volumen en el estómago, y no llevar vestidos apretados. El ayre del campo, los paseos, les convienen mucho. Una afeccion viva del alma suele traer consigo alguna nueva accesion muy de ordinario.

Hemos conocido á un sexàgenario, asmático desde mucho tiempo, y con pocos bienes de fortuna Algunas personas que se interesaban en su suerte, habian buscado el como proporcionarle algun puesto capaz de mejorar su situacion. Pero su enfermedad molesta y desagradable le habia obligado siempre á dexarlos. Abandonado sucesivamente por muchos prácticos de la capital, la casualidad le dirigió á nuestra casa, y su curacion no nos pareció imposible. Despues de un dia de dieta, acompañada de bebidas refrigerantes, á las seis de la mañana, le hicimos tomar nuestros medicamentos, que le ocasionaron una copiosa evacuacion : caldo de yervas

despues, y el dia siguiente segunda dósis de los mismos remedios: evacuaciones mas numerosas y desembarazo del órgano de la respiracion, con grande satisfaccion del paciente. No nos paramos aqui, porque no hay nada mas tenaz que el asma; cuando se piensa haberle expelido afuera enteramente, vuelve á parecer con síntomas mas violentos; y así nuestro primer cuidado fue el inspirar al enfermo ménos seguridad. Pero algo rebelde á nuestras razones, se creyó libre para siempre, y descuidó nuestros consejos: al cabo de ocho dias, el asma vino de nuevo á sufocarle. Volvió á vernos el infeliz y le prescribimos el tomar segunda vez, y en las mismas proporciones, nuestros medicamentos, siguiendo su uso durante tres meses, una dósis cada semana. Habiéndose conformado á nuestros consejos, su enfermedad ha desaparecido.

En un momento de gratitud, nos dixo un dia aquel hombre: *Hé gastado en medicamentos inútiles la mitad de la renta de un año; ¡y me ha sanado un remedio de cinco francos!*

Muy á menudo hemos tenido, en nuestro gabinete, visitas de individuos adoleciendo de esta enfermedad; hemos querido conocer el método de curacion de que se habia usado con ellos antes. A todos se les habian recetado bebidas dulces un poco aromáticas, el suero, agua de ternera, agua de cebada, infusiones de flor de violeta, de gordolobo, de torongil, de yerba buena, de hisopo, de yedra silvestre, endulzadas con el oxîmel *scilitico* ó el xarabe de ipecacuana. Pero la causa, ó supuesta ó reconocida, de irritacion ó debilidad excesiva, habiendo permane-

cido siempre à pesar de todos estos medios, hemos indicado con suceso á algunos el uso de las fricciones á lo largo de la coluna vertebral con la *quinta esencia etérea*, empleando tambien los baños de pies (pedi-luvios) muy calientes, aromáticos y salados. El asma teniendo por causa, en otros individuos, la supresion de una evacuacion ó de una salida subitánea y aguda de granos, se han empleado con suceso anchos vejigatorios á las piernas, y tópicos á los pies. Enfin, cuando nos hemos persuadido de que provenia de una retrocesion de alguna enfermedad cutánea crónica, hemos ordenado un cauterio á los brazos y muslos, unas bebidas sudoríficas, y ademas los remedios propios á las varias enfermedades repercutidas. Estos medios han logrado siempre un suceso completo; algunas gotas de *quinta esencia etérea*, echadas sobre un pedazo de azucar ó en agua azucarada, han bastado tambien á veces para aliviar el mal, durante los accidentes.

Poco tiempo ha que al entrar un sugeto en nuestro gabinete, le diximos: *Umd. está asmático.* Su respiracion denotaba una adherencia de la pleura con el pulmon; no podia andar á priesa; habia tenido trabajo en subir las escaleras. Unos accidentes mas ó ménos frecuentes de sufocacion volvian periódicamente, sobre todo á las cercanias ó en las primeras horas de la noche; era profunda su tristeza; tenia hinchazones de vientre y síntomas de plenitud, y esto nos determinó á indicarle el uso de nuestro método. Ocho dias despues, vino á decirnos, que su respiracion era ménos penosa y mas

suelta, su expectoracion mas fácil. Bien creemos que este medicamento solo será paliativo, porque el asma inveterado, y sobre todo hereditario, es un afecto casi incurable. No obstante, le prescribímos un régimen severo; frecuentes fricciones en la coluna vertebral, sobriedad en el comer, y abstinencia absoluta de las substancias grasas, licores, etc.

§ II. Pituita.

Se da este nombre á un afecto producido en las cavidades de los órganos de la digestion y del resuello, por una acumulacion de un humor flúido y sín color, mas ó ménos viscoso. Su salida, sumamente incómoda, principalmente en las personas de una edad avanzada, lo mas á menudo es la consecuencia y el efecto de un catarro crónico de las membranas mocosas, de las vias aereas, y del *farinx* (pharynx). En la superabundancia de humores de que se va sobrecargando la economía, se reconoce un afecto particular de los órganos gástricos, á que se debe remediar con medios apropiados á su naturaleza; sin embargo, los individuos de un temperamento linfático ó mocoso, muchas veces adolecen de dicha indisposicion, sin tener ni haber tenido catarros.

Como el número de las personas afectadas de esta enfermedad es considerable, particularmente en la clase de los ancianos, y que, por este motivo, no son menos incomodos á sí mismos que á

la sociedad, harémos un gran servicio á la humanidad indicando un medicamento capaz de hacer desaparecer el afecto pituitoso. Nuestros medicamentos, destruyendo los últimos residuos del catarro, y fortaleciendo el aparato digestivo, templan esta expectoracion desagradable, y alguna vez peligrosa, por los esfuerzos que la acompañan.

Ciertos individuos de una constitucion delicada ó muy avanzados en edad, expectoran todas las mañanas, sin esfuerzo alguno de vómitos, y como por una especie de rebosadura ó derrame, un líquido descolorido, mas ó ménos viscoso y de poca consistencia. Esta evacuacion, que no siempre supone una alteracion en la salud, ha cedido á los medios que nosotros hemos aconsejado en nuestras consultas, ya verbales, ya por escrito, las cuales se reducen á tomar una tintura licuefaciente ó fundente, en pequeñas dósis, añadiendo á ella la infusion de la camomilla fina.

Un eclesiástico muy sedentario, de edad de cincuenta años y de una corpulencia fuerte, se veia tan molestado por la pituita, que de dia y de noche, y en todas las funciones de su ministerio, aquel humor viscoso no le dexaba descanso alguno, y aun le habia hecho insoportable á todos los que trataban con él. Habiendo tenido ocasion de verle, por asuntos de familia que le concernian, me compadecí sumamente de los esfuerzos continuos que debia de hacer para desembarazarse de la pituita, que le sufocaba incesantemente. Le indicamos nuestro método, como el medio mejor para libertarse de su enemigo. Pú-

sole en práctica, y poco mas de tres meses habian corrido, que habia desaparecido casi al todo el humor pituitosò. Va continuando con este medicamento á unos intérvalos mas distantes, ý de dos años á esta parte, ya no teme mas los accidentes pituitosos.

Una señora de Leon, de edad de treinta y cinco años, que habia venido á Paris á negocios propios, estaba atormentada desde mucho tiempo de una pituita obstinada (ó flemas), de que no habian podido libertarla el uso de una infinidad de medicamentos, una dieta austéra, y un exercicio frecuente. Llegó á consultarnos el año pasado. Despues de las diversas preguntas que le hicimos, convencidos de que estos flemas podian proceder de un humor lâcteo, le ordenamos unas dósis ligeras, pero sucesivas, de nuestros medicamentos. Ella adhirió á nuestras instrucciones; y, al cabo de dos meses, se halló enteramente desembarazada de esta indisposicion.

Un empleado de la tesorería, de edad de cincuenta años poco mas ó ménos, habiendo oido hablar de nuestro acertado método, para la expulsion de los flemas pituitosos, nos vino á exponer que estaba adoleciendo de esta enfermedad; le prescribimos primeramente el uso de los *granos salutíferos del doctor Franck*; pero este medicamento, no habiendo operado sino en las primeras vias y facilitado solamente la digestion, recurrimos entónces á unas dósis por mitad de los *granos amarillentos* y de la *sal desopilatoria*; el suceso mas cabal coronó nuestras esperanzas; se ha desembarazado este empleado de sus pituitas; come con ganas, duerme bien y proclama en todas partes la eficacia de nuestros medicamentos.

Un sugeto de un temperamento linfático, que dispone todavía mas á la pituita, vino á consultarnos. Estaba tan asombrado por la abundancia de esta secrecion, que tuvimos harta pena en poder sosegarle, y en hacerle consebir la esperanza de un alivio cualquiera. Aunque el interior de la boca, su *farinx* y la *traquiarteria* fuesen de continuo sobrecargados de pituita, no por eso su salud resentia alguna alteracion sensible. Sin embargo, experimentaba un mal estar, una cierta sensacion de pesadez y de incomodidad; y si no hubiéramos tenido la certeza de que tenia un embarazo gástrico é intestinal, bien nos hubiéramos guardado de indicarle el *toni-purgativo.* Le recomendámos de no hacer uso de este medicamento, antes de haber apurado todos los medios que podian desembarazar las membranas mocosas; le prescribímos el abstenerse de las substancias viscosas, de los harinosos, aceytes, crudezas, cosas de gorduras, frutas no maduras, viandas blancas y glutinosas, las de los animales jóvenes, de evitar la humedad, especialmente á los pies, de huir la vida sedentaria, la ociosidad, la blandura y la falta de exercicio, etc.

§ III. — Aftas ó pústulas que se forman en la boca.

Las aftas son unas úlceras pequeñas superficiales, blanquiscas, que aparecen en las partes interiores de la boca y sobre la lengua; estas ulcerillas mantienen un calor ardiente. Cuando crece el número progresivamente, y que no ceden á las bebidas mitigantes y á los gargarismos de la misma naturaleza, entonces son síntomas de una enfermedad muy grave, que alguna vez proviene de las calen-

turas, cogidas en tierras húmedas, al fin del otoño ó á principios del invierno.

Los signos precursores de esta enfermedad son la dificultad en el tragar, una sequedad excesiva de la lengua y en el interior de la boca; los caractéres esenciales son la aparicion de unas pústulas gruesas como un grano de mijo, de color blanquisco ó ceniciento. El origen de estas pústulas puede atribuirse á la serosidad esparcida en la boca. La presencia de las aftas siendo la manifestacion de un vicio cuya existencia no es reciente, importa el depurar la masa de los humores: se deben evitar los ácidos, y prescribir los alimentos mitigantes.

Muchas veces estas úlceras provienen de un abuso de las fuerzas que nos dió la naturaleza para el placer, ó del contagio legado por el Nuevo-Mundo al Antiguo. En uno y otro caso, el administrar nuestros medicamentos urge sobremanera, y no se pueden diferir sin exponerse á ser culpados de negligencia. Al punto que se manifiestan las úlceras en la superficie, sea exterior ó interior de nuestros varios sistemas, es preciso apresurarse de evacuar, afin de que los humores viciados, atraidos hácia la canal alimentosa, sean llevados y echados á fuera por el movimiento peristáltico de los intestinos. Este es un principio que no podemos menos de reproducir frecuentemente y presentarle á los ojos de nuestros lectores.

Un jóven, recien llegado á Paris, y que acababa de pagar su tributo á los escollos de la capital, se nos presentó en un estado verdaderamente espantoso. Las membranas interiores de sus mexillas estaban tapizadas de pústulas cárdenas y prominentes. Dicho jóven probaba unos accidentes de melancolía y de pesadumbre, que habrian acabado con algun acto de desesperacion, si no hubiéramos sosegado su espíritu con esperanzas, y si desde luego la eficacia de nuestro método no las hubiera realizado.

Ahora su téz se ha vuelto bermeja, su ojos vivos, sus labios colorados, y todo indica que el funesto gérmen de aquel mal humor ha sido arrastrado por las evacuaciones numerosas que ha operado nuestro *jarave depurativo.*

M. G***, de edad de cuarenta años, soltero, habitante en el arrabal de Santiago, en Paris, se habia entregado, en su juventud, á los gozos del amor, con mugeres mal sanas ó de salud dudosa. Sin haber contraido el gálico, se le habian introducido, sin embargo, en sus humores ciertos principios infectos y pestíferos, de que resultaban de cuando en cuando unas ulcerillas sobre los labios, las encias, al paladar, y en el interior de las mexillas. Oyó hablar de nuestros sucesos curativos y vino á consultarnos. « Son aftas, le diximos: el *pur-* » *gativo* las hará desaparecer con las causas que las han » originado. » Dos meses despues, nos volvió á ver, y nos dixo que su boca estaba ya perfectamente curada. Estaba entónces muy alegre, cuando ántes se moria de tristeza.

En las mugeres, despues de sus partos, las aftas

van acompañadas de salivacion, y tienen siempre algo del caracter inflamatorio; en este caso, es preciso favorecer la salida comunmente copiosa, con las fumigaciones emolientes.

En Francia, las aftas son muy comunes entre los niños; entonces las llaman *lirio convalio* (muguet), y van acompañadas de calor y de diarrea. Es menester tratarlas del mismo modo que las de los adultos, proporcionando la dósis á la edad y á los temperamentos.

Estos son los procedimientos que hemos aconsejado en las varias ocasiones en que se nos ha consultado con respecto á este afecto; siempre ha sido favorable nuestro pronóstico, cuando no se ha encontrado complicacion accesoria. Hemos indicado con succeso un gargarismo de xugo de rábanos, dulcificado con miel ó azucar; otras veces, y en vista de otros síntomas, hemos prescrito una cerbeza ligera azucarada, siempre para gargarismos, ayudas emolientes, tisanas mitigantes, y no hemes permitido el *purgativo* sino en la decadencia de la enfermedad. Hemos prohibido los astringentes, porque hemos adquirido la prueba de que estos remedios irritaban todavía el mal en el interior; para favorecer la salida hemos empleado las fomentaciones, los baños, las fumigaciones emolientes. Durante el curso de la enfermedad, el alimento mas adecuado ha sido una decoccion de corteza de pan endulzada con miel, y corroborada con un poco de agua de azahar. Cuando estan cerca de desaparecer

las aftas, se añadia á los diferentes gargarismos una cucharada de nuestro *vino depurativo* y algunas gotas de *esencia etérea*. Siempre nos han probado bien estos medios.

Nuestras consultas escritas ó verbales nos han puesto en el caso de observar varias veces la ulceracion de las encías, como un síntoma harto comun, acompañada de un cierto carácter y de algunos síntomas de escorbuto; frecuentemente estas aftas no eran mas que sintomáticas y efímeras; se desenvolvian y seguian sus períodos en un espacio de tiempo mas ó ménos prolongado.

Despues de la cura motivada y metódica que habiamos indicado á nuestros enfermos, cuando ya no existia dificultad en el tragar, que no tenian mas la boca seca, que no habia falta de sueño, que los gargarismos de que hemos hablado se habian empleado sin suceso, nos hemos determinado á tocar las pústulas con un pincel mojado en una mixtura de agua de cal y miel rosada, aguzada ademas con el acido sulfúreo ó muriático.

§ IV. — Romadizo.

Vulgarmente se llama romadizo ó resfriado un leve afecto catarral, sin calentura, y que permite al achacoso el vacar á sus asuntos, ó á lo ménos, el no guardar cama. Cuando ataca particularmente las fosas nasales, se le llama *romadizo del celebro*, porque se cree sin fundamento que el hu-

mor catarral se forma en el celébro, y fluye por las narices. Si el accidente hiere la membrana de los bronchios, se le llama *romadizo del pecho*. Es la mas comun de todas las enfermedades: en el invierno, principalmente en las ciudades, mas de la mitad de los individuos adolecen de este achaque. Por esta razon es conocida generalmente, y á menudo se cura sin asistencia del médico; su método curativo es en cierto modo doméstico ó casero.

Las mas veces, provienen los romadizos ó resfriados de una temperatura fria, ó á lo ménos de un enfriamiento de la atmósfera: este es el motivo porque son comunes en el invierno, á la primavera y en el otoño. Tienen por causa un frio inusitado, la exposicion á una corriente de ayre mas vivo que el del sitio donde estamos, y enfin el tránsito demasiado repentino de una temperatura á otra. Los individuos mas constantemente expuestos á las intemperies de las estaciones, no son los que se resfrian con mas frecuencia. El ciudadano que no dexa el rincon de su chímenea, se halla continuamente resfriado, aun cerca de su hogar, mientras el artesano, que trabaja al ayre, arrostra las inclemencias de la atmósfera, sin resentirse del menor accidente. Cuanto mas calientes son los vestidos, tanto mas provocan los resfriados, especialmente si se llevan los mismos dentro de casa que fuera de ella. En general, la gente del pueblo, harto ligeramente vestida, está mucho ménos sugeta á este achaque que los individuos ricos y acomodados, que tienen

la manía de cubrirse demasiado. Los vestidos aforrados con pieles, y el calor dé las habitaciones y de las estufas causan mas de dichos afectos, que no el frio, propiamente dicho, y los vestidos ligeros.

Es menester no engañarse en el uso de todas las drogas que se suelen emplear en tales casos. En lugar de desembarazar los pulmones de las viscosidades que los oprimen, no hacen otro á menudo que aumentar la cantidad. Los xarabes de culantrillo, de erisimo, de orozuz, todos tan alabados contra el romadizo ó resfriado, hacen durar la enfermedad, pareciendo aliviarla un instante, porque no acometen el mal en su verdadero foco, y no hacen mas que calmar, cuando se necesita evacuar.

Sin embargo, cuando el reuma es inflamatorio, que afecta unos individuos sanguinos y robustos, que está amenazando de prolongarse seis semanas ó dos meses, que presenta unas épocas bien distintas de crudeza, y de coccion en los esputos, cuando en el origen está acompañado de calentura y muchas veces de una tos fuerte, entónces es menester no administrar el *toni-purgativo* y aguardar absolutamente á que pase la tos, y hacer que preceda á dicho remedio una infusion de las flores de la camamila fina, añadiendo á cada taza una cucharadita de nuestra tintura licuefactible.

Sólo, pues, en el romadizo que se llama *mocoso* y *humoral*, el cual no es inflamatorio como el precedente, que no empieza con calentura, que está acompañado de una expectoracion *grasa* desde su

principio, sin ninguna coccion anterior, y que parece depender de un impedimento gástrico; solo en este, decimos que conviene emplear el *toni-purgativo :* su propiedad es de desembarazar al enfermo de la bílis ó de las viscosidades demasiado abundantes. Este medicamento triunfará, sobre todo, en las personas linfáticas, sedentarias y corpulentas, en los niños y mugeres. Enfin, es en esta especie de romadizo que una ó dos dósis han bastado para lograr un suceso completo.

Nuestras observaciones nos han ofrecido una circunstancia particular en el romadizo de los niños. La materia de la espectoracion, no siendo expelida á fuera, se traga y pasa al estómago. De aqui se sigue que dicha materia, cumulándose en las vias digestivas, causa embarazos en el sistema intestinal. El *purgativo* disipa estas mocosidades. Hemos tenido la satisfaccion de sanar, con este método, el romadizo ó resfriado de un gran número de muchachos, en varios colegios y pensiones, cuyos gefes y maestros habian venido á consultarnos.

§ V. — Catarro; catarro pulmonar.

Se llama así cualquiera inflamacion aguda ó crónica de las membranas mocosas: ella ocupa principalmente los folículos glandulosos de que está sembrada la membrana de los bronchios; sus resultas son siempre una secrecion mocosa mas copiosa que en el estado natural. Muchas veces este

afecto va acompañado de un movimiento febril.

Las principales causas accidentales del catarro son las vicisitudes de las estaciones, las repentinas variaciones de la atmósfera, sobre todo el paso súbito del calor al frio, de la sequedad á la humedad, como sucede en el otoño y en la primavera; la exposicion repentina á un ayre fresco, cuando se esta sudando, y que ocasiona la supresion de la transpiracion, el hacer uso de una bebida fria, cuando todo el cuerpo está rebosando de calor; el estár espuesto al influxo de una constitucion catarral epidémica, la aspiracion de un ayre viciado; la supresion de un afecto cutáneo, de un fluxo periódico. Algunas veces se puede atribuir á la retrocesion de un fluxo habitual, de una úlcera antigua, de un sarpullido, de un reumatismo, de la gota; otras, coexîste con ciertas enfermedades. Enfin otras causas pueden aun producirle, tal es la presencia de un cuerpo estraño sobre una superficie mocosa; tales son tambien las picaduras, las contusiones, las lombrices, los purgantes violentos, la aspiracion de vapores irritantes, amoniacales, el humo de las substancias mordaces, venenosas, etc.

Entre las causas predisponentes de este afecto, se suele contar el temperamento linfático, la infancia, la vejez, una constitucion corporal blanda y delicada; una conformacion viciosa del pecho, una grande sensibilidad nerviosa, el estado de convalecencia, la facilidad de transpirar mucho etc.

Por lo comun, el catarro pulmonar va precedido

de un cansancio general, dolores de cabeza, agitacion, estornudos repetidos. Suceden á estos fenómenos un calor mas ó ménos vivo y un movimiento febril, que se hace sentir especialmente á la noche. Bien pronto la voz cambia, viene á ser ronca y la respiracion penosa; una tos seca, mas ó ménos violenta, fatiga al enfermo, quien al mismo tiempo, pierde el apetito y el sueño, experimenta sed, disgusto, amargura en la boca, y alguna vez ganas de vomitar; se quexa sobre todo de ansias y plenitud en la region precordial, y presenta al tacto un cútis seco, á veces ardiente, y un pulso mas ó ménos acelerado.

La duracion del catarro pulmonar es ordinariamente de una á tres semanas. A veces se disipa al cabo de tres ó cuatro dias; pero à menudo se prolonga mucho mas, sigue una marcha lenta y toma un carácter crónico, principalmente en la vejez, y entre los individuos cuyos pulmones han sido debilitados por otros afectos de la misma especie. Entónces no es raro el ver degenerar el mal en una tisis mocosa. A veces tambien su extrema violencia le hace mortal en pocos dias, sobre todo cuando se fixa sobre unos órganos abatidos é incapaces de una reaccion enérgica. En esta circunstancia se le da el nombre de catarro sufocante: las personas ancianas son mas expuestas á él.

Varias veces va acompañado de cualquier otro afecto; v. g., puede complicarse con un embarazo gástrico é intestinal, esto es, con la presencia de las

materias escrementales, en las primeras vias. Entónces los síntomas se manifiestan con mas intension, y se juntan con otros que aparecen immediatamente. Los dolores de cabeza son mas agudos, la boca mas amarga, la lengua cubierta de una costra mocosa y amarillenta; el paciente se quexa mas de disgustos, de bascas, de dolores en la parte del empeyne; experimenta á menudo unos vómitos espontáneos ó provocados por las quintas de tos. La cura del catarro pulmonar consiste en disminuir la irritacion, favorecer la espectoracion y las demas escreciones, y oponer á las complicaciones los medios indicados por su carácter. En efecto, las complicaciones exîgen tratarse relativamente á su naturaleza: cuando el mal toma un caracter *asténico*, como se nota en los ancianos, el metodo curativo debe probar ciertas modificaciones particulares y seguirse con mucha actividad; se hará refregar el espinazo con la *quintacsencia etérea*; se excitarà el intestino grueso con ayudas en el líquido de las cuales se mezclarà un paquete de nuestra *sal desopilatoria*, y tres ó cuatro cucharaditas de la *locion purgativa*.

Por lo demas, la cura debe modificarse segun las circunstancias relativas á la edad, al temperamento, á la estacion, à la constitucion atmosférica, y á la actividad de la enfermedad; se entiende que no se recetarà al débil anciano la misma dósis que al jóven vigoroso; comunmente el primero necesita excitantes que serian nocivos para el último. El temperamento susceptible de las mugeres requiere fre-

cuentemente el uso de los anti-espasmódicos, que tendrian poca accion en un hombre que estuviese en la fuerza de su edad.

Cuando el catarro pulmonar inclina á hacerse crónico, el médico ha de redoblar de vigilancia para oponerse à una degeneracion, que suele acabar, ya por un asma húmedo, ya por una tísis mocosa, que el vulgo caracteriza entónces de *romadizo descuidado*. En este caso, el mudar de método y sistema de vida, el exercicío à pie à ó á caballo, una habitacion sana, los viages, el ayre del campo, todo esto puede ser muy útil. Pero, es en esta última especie de catarro, principalmente, que se emplea con suceso nuestro método; porque, desembarazando el estómago y las vias intestinales, los pulmones se descargan con mas facilidad de las mocosidades de que estan impregnados. Tambien en nuestra pràctica diaria hemos observado à menudo el suceso de la *quinta-esencia etérea*, empleada por algunos individuos que padecian de catarros tenaces, y que habian resistido á todos los xarabes, à las tisanas mitigantes y pectoroles y á todas las substancias mucilaginosas; estos han recurrido á la misma *quinta-esencia*, haciendo calentar una cantidad suficiente para untarse los pies, y aun con mas especialidad los brazos, y envolviéndolos despues estos con pedazos de flanelas ó bayetas al tiempo de echarse en la cama. De esta manera se restablece la transpiracion, y la sufocacion viene à ser ménos frecuente; así se logra arrojar fuera

un afecto que amenazaba regresar á cada punto, y se vencen enfin unos cátarros que parecian interminables.

Un hombre de edad de cincuenta y tres años, antiguo militar, padecia hacia ya mucho tiempo de un catarro, que le habian producido la vida de soldado y el uso habitual de las bebidas espiritosas; este afecto, agravándose de dia en dia, habia venido á parar en fijarse en el pulmon. Sus esputos eran sanguinolentos, y mezclados de una materia espesa y amarilla. Tenía continuamente el resuello oprimido; sus fuerzas se debilitaban cada dia; ya no podia caminar, sino apoyándose con un baston. Varios médicos le habian prescrito diversos loocs y tisanas que calmáron momentaneamente los accidentes, pero sin poder destruir el catarro. Sin embargo del uso diario de aquellos remedios, no cesaba de toser ni de arrojar de cuando en cuando unos esputos purulentos; enfin, parecia desesperado su estado. Una muger, que tomaba un vivo interes á este digno hombre, informada del suceso de nuestros medicamentos para la curacion del catarro crónico, vino á solicitar nuestra asistencia. Nuestro militar, disgustado de los médicos y de los remedios, rehusó primeramente el medio de sanar que ora se le ofreciera. Enfin se determinó á usar de él; su voz llegó á ser mas clara, su respiracion mas fácil; recobró el apetito y el sueño; fué ménos frecuente la tos que le aniquilaba: ya no hubo mas amargura en la boca, cesaron las ganas de vomitar, las ansias y la plenitud en la region *precordial*. Ultimamente, este catarro, que estaba para degenerar en una tisis mocosa, habia desaparecido al cabo de tres semanas de curacion.

§ VI.—Cauterios.

Entiéndense bajo el nombre de cauterios, unas pequeñas úlcersas de que se va manteniendo, depropósito, la supuracion. Tambien se designan con esta palabra los caústicos de los cuales se hace uso para formarlos. He aqui los varios procedimientos adoptados por los prácticos para establecerlos. Unos se valen del bisturí ó dela lanceta; hacen una pequeña incision en forma de cruz, introducen en la llagua unas pocas hilas, y tres ó cuatro dias despues, cuando empieza á establecerse la supuracion, reemplazan las hilas con un chicharo de iris, ó una bolilla de cera, unas naranjitas desecadas, ó aun un chicharito comun, con el cuidado de renovarle una vez al dia. Otros práticos emplean la sosa (*potasse*) caústica ó piedra para cauterio. Tambien se sirven, pero mas raramente, de la piedra infernal ó nitrate de plata, del muriate de antimonio y aun de una piedra calentada hasta el punto de enrojecer.

Está destinado el cauterio á formar un albañar por donde ha de correr el humor que, segun dicen, mancilla la sangre; pero la experiencía ha probado que esto no es mas que una teoría ingeniosa, cuya práctica no producia siempre unos resultados tan felices como algunos prácticos se prometian. Una vez que se admite la acrimonia en la masa sanguina, adoptando el cauterio; ¿no seria cosa mas sencilla el abrirle una via natural por medio del *purgativo*,

en lugar de atraerla artificialmente hácia un punto cualquiera? ¿ Podrán ácaso asegurar que el humor viciado se mostrará dócil à esta maniobra, y que obedecerá como ellos quieren? ¿ No es mas natural y mas seguro que el purgativo periódico deberá de llenar èsta indicacion, alcanzando al humor hasta en los sitios mas secretos, arrastràndole consigo, y depurando asi toda la masa?

Se ha de preferir este medio con tanta mas razon, cuanto á que no acarrea ninguno de los inconvenientes y disgustos que acompañan las llagas purulentas del cútis. Sin embargo, no desechamos enteramente el uso del cauterio, y no le condenamos sin apelacion.

La terapeútica saca algunas ventajas del empleo de los cauterios. Muchas veces sobrevienen alteraciones en el curso de la sangre encerrada en los vasos pequeños; se forman concentraciones de vitalidad en la vasta red que presenta el sistema capilar. Un punto de este aparato se hincha, se colma de sangre: es una fluxìon que, moviéndose en todos sentidos, amenaza todas las partes del cuerpo, y puede causar graves accidentes. Será, pues, en la parte cauterizada, en donde esta fluxîon errante irá à rematar y apagarse, una vez que exîste en aquella parte un centro de vitalidad, una afluencia constante de la sangre extendida en los vasos capilares. Sin esta especie de receptàculo, habria subido á la cabeza, ó al pecho, habria causado una apoplegía, unos vómitos de sangre, etc.; asi los indivíduos

amenazados de estas enfermedades, talvez hacen bien en llevar siempre abierto un cauterio. La exîstencia de dichas fluxîones mórbidas en el cuerpo, y cuyo peligro obvia el cauterio, como su paso repentino de un parage á otro, son unos fenómenos que no estraña el que, no descuidando ninguna parte de su arte, ha profundizado con un trabajo constante la fisiología del aparato orgànico de las venas capilares.

Se emplea tambien el cauterio contra la *cefalía* ó enfermedad de la cabeza, contra los catarros inveterados, el asma húmedo, los males nervosos, la ciàtica y muchas otras enfermedades. Se recurre à ellos para aliviar los pulmones en los catarros crónicos, en la tísis inminente. Todavia se valen de este medio terapeútico para suplir à ciertas erupciones cútàneas, à ciertos escurrimientos del cútis, que no se podrian suprimir sin alterar la salud.

Excepto, pues, en los casos que acabamos de indicar, deberá siempre recurrirse á nuestros medicamentos evacuantes, si se quieren evitar sobre todo los embarazos é incomodidades inherentes á una curacion diaria.

Muchas veces hemos observado que el cauterio motivaba y causaba grandes inconvenientes, y que entónces era urgente el suprimirle. Pero en ninguna circunstancia debe nadie determinarse á ello, sino despues de unas indicaciones muy precisas, principalmente tratándose de personas en una edad avanzada; algunas veces seria peligroso el quitarles

este recurso, de que los médicos abusan hoy dia ménos que antiguamente.

Se cree generalmente, que no se pueden suprimir los vejigatorios sin peligro, aquellos sobretodo que hace ya largo tiempo que fueron abiertos; preocupacion errónea que importa destruir, porque es esta talvez la principal razon, por la cual se niegan á sufrir el cauterio muchas personas, á quienes hubiera podido ser útil. Ningun inconveniente presentan dichas supresiones, si se escoge sobretodo para practicarlas la estacion de los grandes calores, reemplazando aquellas con un buen justillo de flanela, á fin que el aumento de la transpiracion compense la secrecion que hacia la llaga cerrada, y si se emplea ademas nuestro método derivativo y evacuante.

§ VII. — Deslumbramiento, aturdimiento, desmayo ó pasmo.

Estas tres palabras, que en la lengua francesa parecen casi sinónimas, presentan en medicina tres ideas muy distintas que se hace preciso el fijar y establecer, detallando é insertando aqui la descripcion de los varios fenómenos que acompañan cada uno de estos afectos.

1° El deslumbramiento es el efecto de un abatimiento momentáneo y pasagero del celébro. Cuando se repite con frecuencia, se cree vulgarmente provenga de la sangre que retrograda en gran copia

hácia aquel órgano. Tambien cuando son frecuentes los deslumbramientos, se los puede considerar como un síntoma lejano de la apoplegía.

2.º El desmayo ó pasmo es la suspension momentánea de todas las funciones del hombre, acompañada de palidez y sudor frio. Es una de las enfermedades físicas de la cabeza y bastante frecuente en los individuos nerviosos; la causa de este afecto no es peligrosa, si no se repite demasiado á menudo. Los desmayos casi siempre anuncian una congestion sanguina hácia la cabeza, y son muchas veces los precursores de una apoplegía. Si la congestion está acompañada de una *plétora* general ó incompleta, pide medios revulsivos, aplicados á los miembros inferiores.

3.º El aturdimiento, *capitis gravedo*, *vértigo*, es un estado en el cual se siente de repente una pesadez considerable, principalmente en las partes anteriores de la cabeza; la vista se turba y se cubre de una nube; los objetos cercanos parecen dobles, y despues parecen girar al rededor de nosotros; se siente un zumbido, un ruido estraño en los oidos; se anda vacilando, las piernas rehusan su oficio, y aun se cae si no se encuentra con que apoyarse. Los jóvenes, particularmente los muchachas que no estan todavia bien regladas, las hipocondríacos que no rigen bien del vientre, que experimentan palpitaciones y padecen de flatos, las mugeres embarazadas é histéricas, las personas que llevan una vida ociosa, que se dedican á la comida regalada,

estan muy propensas á adolecer de los aturdimientos. En todas edades y temperamentos, el aturdimiento proviene de una multitud de causas. Bien se sabe que es uno de los primeros síntomas de la embriaguez. El abuso de los licores fuertes, los excesos con las mugeres, el humo del tabaco, el vapor del carbon, los olores fuertes, le producen á menudo; acompaña tambien los accidentes histéricos y epilépticos. Enfin, la plenitud del estómago, el estorbo de las primeras vias, la presencia de las lombrices, la supresion de las evacuaciones, todas estas causas pueden causar y dar lugar al aturdimiento, ocasionando un impedimento momentáneo en los vasos del celébro. En los sugetos jóvenes, este accidente es leve y no presenta ningun peligro; pero merece mas atencion en las personas de edad, sobre todo si se repite con frecuencia. Cuando viene acompañado con vómitos y abatimiento de fuerzas, se puede temer la apoplegía y la perlesía; en las demas circunstancias, es menester tener cuenta y atender, para el pronóstico y la curacion, á las diversas causas que pueden producirle.

Vamos á presentar algunas exemplos de personas, que para combatir las incomodidades de que estamos tratando, han empleado los medios que les hemos indicado, y se han hallado bien con ellos.

Muchos jurispéritos, hombres de gabinete, literatos, etc., nos han consultado, con respecto á los afectos

mórbidos de que acabamos de tratar. Los aturdimientos, especialmente en la estacion de la primavera, ó cerca de ella, eran tan frecuentes en algunos abogados, que se hallaban imposibilitados de presentarse en estrados en esta época del año, temiendo desmayarse en la audiencia. En unos, los aturdimientos parecian residir en el sistema nervoso, y en otros, en el sanguino. Si residia una irritacion viva en el órgano intelectual, que daba lugar á una congestion celébral, hemos indicado dos modos de curacion : cediendo primeramente al voto y solicitud de varios enfermos, haciamos aplicar las sanguijuelas al ano; pero este medio, habiendo producido una perturbacion en el conjunto de la economia animal, y los aturdimientos habiendo vuelto con mas ó ménos actividad, recurrimos á unos medios de derivacion que fueron mas eficaces. Prescribímos una infusion de camamila fina, y á cada una de las tazas de dicha infusion, haciamos añadir una cucharadita á café de una tintura licuefactiva que haciamos preparar en casa de nuestro boticario, y de la misma se mezclaba ademas una igual dósis en todas las bebidas, y hasta en los alimentos mismos. Dicho método se ha empleado durante ocho dias, al cabo de los cuales los enfermos han tomado algunos *granos del doctor Franck* durante tres dias, é inmediatamente despues, el uso de los *granos amarillentos* y el de la *sal desopilatoria.*

Podemos afirmar que ningun deslumbramiento, aturdimiento, ni desmayo han resistido á estos medios curativos y aun estamos muy persuadidos, que en algunos de dicho enfermos, la apoplegía fulminante de que estaban amenazados, se ha alejado

por un gran espacio de tiempo. Y afin de evitar en adelante los ataques y accesiones de un mal tan frecuente hoy dia, les hemos ordenado el uso, por la mañana y á la noche, de un baño de pies muy caliente, en el cual se debian de echar dos puñados de sal comun, y medio frasquito de *quinta-esencia etérea balsámica*. Tambien les hemos encargado el no permanecer con los pies en este baño arriba de cinco ó seis minutos. Al acercarse la primavera, algunos han renovado este sistema curativo, y los accidentes han desaparecido para siempre.

§ VIII. — Cefalalgía, xaqueca, dolores de cabeza.

Estas tres voces, que son casi sinónimas, expresan una incomodidad, cuyo carácter principal es un dolor gravoso, con latédos y ardor, que se extiende alguna vez de una sien á la otra, pero que á menudo no ocupa mas que un lado de la frente. Constantemente en embos casos, no se hace sentir al principio del accidente sino hácia la region de los senos de la frente. Aqui no nos ocuparémos de la diversidad de opiniones que exîsten sobre este punto en los autores, y cuyo mayor número ha tomado el efecto por la causa.

¿Que sitio se podria señalar á la xaqueca y dolores de cabeza, en un cuadro nosográfico y facultativo? ¿Podrán clasificarse entre las enfermedades nervosas, ó en las dolorosas, sin calentura ni inflamacion? No entra en nuestro plan el ocuparnos

de semejantes inutilidades. Basta decir, que los principios de los dolores de cabeza vienen casí siempre de pronto, y que se anuncian por un conjunto de malestar indefinible, de frio á los pies, de un dolor leve y como contuso. Siempre hay propension de llevar la mano á la frente, se cierran los párpados involontariamente; se hacen sentir unas fuertes pulsaciones en las arterias de las sienes; todo lo que rodea al paciente le es insoportable, el menor ruido, la menor claridad, el olor mas endeble, el movimiento mas ligero, todo concurre á aumentar sus ansias; unos bostezos, bascas, algunas veces seguidas de vómitos, sin ningun alivio; estos son los síntomas que hemos obervado en los ataques ó accesiones. ¿Pero cuales son las causas? Citarémos aqui la opinion de Hoffmann, que supone que es la falta de circulacion de la sangre? ¿De Pison, que lo atribuia á un cúmulo de serosidades (*á colluvie serosa*)? De Tissot, quien pretendia descubrir las causas en las lesiones del estómago? Nos limitarémos á decir, que reyna la mayor incertidumbre sobre las causas determinantes de esta enfermedad. ¿Porque, pues, empezariamos ahora una discusion, que no seria de ningun provecho para la curacion de nuestros lectores?

En el número de los dolores de cabeza, distinguimos el pituitoso ó catarral, el seroso y el pletórico. Parece constante que una disposicion biliosa del estómago ó de los intestinos hace aquí el primer papel; no se puede atribuir la causa sino á los obs-

táculos en las primeras vias. ¿Cual será, pues, la mejor curacion que se deba emplear? Algunos médicos han aplicado los remedios en el sitio mas inmediato al dolor, ó en el sitio mismo de él. Es cierto que hemos logrado alivio prescribiendo fricciones con la *quinta-esencia etérea* en las sienes y el pescuezo de los sugetos propensos á los dolores de cabeza; unas dósis de este licor, aspiradas por las narices, han producido casi una entera curacion, sobre todo cuando se han añadido en unas ayudas frecuentes algunas cucharadas de la *locion purgativa*, de la cual hemos hablado ya en el artículo de los clisterios. ¿Hablarémos, fundados en observaciones prácticas que nos son peculiares, del uso abusivo y casi siempre inútil de la ustion ó quemadura, de las cauterizaciones, de los vexigatorios, del sedal, de la abertura de la arteria de las sienes, de la artereotomía, prácticada cerca de las orejas, hecha con un hierro ardiendo; de la flebotomía, de las ventosas, de los baños, etc.? El doctor *Double*, en sus pesquisas y notas históricas acerca de la artereotomía (Journal general de medicina, tom. XVIII), dice: « Observemos tam- » bien que cada vez que la artereotomía ha salido » bien, las enfermedades tenian por causa un estado » inflamatorio, sea local, sea general, pues las en- » fermedades pueden tener otras causas que la » *plétora* sanguina. » Tissot, Cœlius Aurelianus, Alexandro de Tralles, Bianchi, Van Swieten, han encontrado siempre las causas de la xaqueca y de

los dolores frecuentes de cabeza, en las varias lesiones y disposiciones del estómago, y así es que dirigieron constantemente sus medicamentos hácia dicha víscera. Podemos asegurar que la difunta imperatriz Josefina, siempre achacosa de xaquecas frecuentes, habia logrado el sanarse de ellas con el uso de los *granos salutíferos* del doctor Franck; despues de este exemplo, hemos prescrito este medicamento en las circunstancias análogas, y siempre con feliz exîto, administrándole por las mañanas, seguido de una taza de té. En las congestiones del célebro, que los pacientes trataban de violentos dolores de cabeza, hemos visto los mejores efectos en el uso de los baños de pies, muy calientes con dos puñados de sal comun, un vaso de vinagre, y la quarta parte de un frasquito de *quinta-esencia etérea balsámica*. Algunas personas nos han asegurado habian prevenido por este medio unas apoplegías fulminantes, de que habian sentido ya algun principio, añadiendo sobretodo á lo ya dicho el uso de la *sal desopilatoria*.

Despues de haber hablado de los medicamentos que indicamos, tomados, ya en el uso del *toni-purgativo*, ya en el de la *quinta-esencia etérea*, es muy inutil el que insertemos aqui esa numerosa letanía de fórmulas, que patentiza demasiado las varias opiniones acerca del sitio y causas del achaque que nos ocupa, y que confirma bien la feliz expresion de Areteo, *medicatio instabilis*. Sin embargo, podráse talvez tener gusto en saber,

que el celébre *Lineo* sanó de una xaqueca que habia resistido á todos los remedios, con solo beber todas las mañanas en ayunas una libra de agua fresca, y haciendo exercicio antes de comer. Esta curacion sencilla habria de fixar la atencion de los médicos; péro, entónces, no hay ordenanzas que hacer, y no hay un gran talento en decir á un enfermo: *Beba Umd. agua, y haga ejercicio.* No obstante, fué un albeytar quien incitó á Lineo á beber agua en abundancia; se conformó y siguió el consejo, y sanó.

Nunca acabariamos si quisiéramos presentar aqui á nuestros lectores todas las cartas que hemos recibido, de los que confiesan debernos la cura de sus achaques. Baste con citar una de una señora, que nuestras consultas han libertado de unos tormentos, quizá exâgerados por su imaginacion.

Muy Señor mio,

¡Mil y mil acciones de gracias le sean tributadas á Umd.! Enfin vuelvo á la vida y á la dicha, y este milagro se ha operado por sus consejos. Umd. sabe que, mas de diez años ha me hallaba adoleciendo de una xaqueca la cual, cada dia, á cada instante, me hacia desear la muerte. A la edad de treinta y dos años, no exîstia gozo para mi; no habia estacion, ni teatro, ni fiesta que pudieran hacer diversion à mi suplicio: siempre y en todas partes llevaba conmigo el padecimento y el fastidio. Ho! si yo tuviera una enemiga, no le desearia mas que una xaqueca continua, tan viva como la que me ha privado de la dicha, durante los mas hermosos años de

de la vida! Cuando le consulté á Umd., no pudo dexar de compadecerse de mi triste situacion. El interes que Umd. parecia tomar por ella, me dió la esperanza de recobrar la salud por el efecto de sus medicamentos. He usado de ellos conforme á lo que me prescribió su sabiduria. Hé sanado, y hace mas de ocho dias, que mi cabeza libre me hace amar y apreciar la existencia que antes aborrecia. Mi marido y mis dos hijas estan gozosísimos viendo á su muger y á su madre sosegada, alegre y siempre pronta á participar y dividir con ellos sus ocupaciones. ¡Oxalá tuviera yo cien voces para publicar en todas partes los beneficios de su método curativo! Sí, este método es el mas temible adversario de las xaquecas mas inveteradas.

Reciba, Umd., mis gracias y saludes, etc.

Josephina Darette, muger Muratori.

Nantes, 15 de enero de 1822.

Un individuo vino á consultarnos, no hace mucho tiempo, respecto á un dolor de cabeza; las preguntas que le hicimos nos diéron á conocer, que esta cefalalgia era hereditaria, que se habia declarado despues de la pubertad, y que los afectos morales, la tristeza, la masturbacion, los estudios prolongados habian agravado su causa. Este individuo estaba en extremo triste; su vista, como su oido sufrian ciertas perturbaciones; tenia la piel del cabello muy sensible, y sin embargo, la funcion del sueño no se hallaba alterada, y el accidente variaba en su duracion y volvia periodicamente. Le prescribimos un sosiego absoluto, unos baños de pies irritantes, las fricciones en la coluna vertebral, con la

quinta-esencia etérea y nuestros purgantes. Pero, como el símbolo de este dolor era intermitente, el vino de quinina, fué empleado con provecho en una bebida calmante y antiespasmódica; ahora se halla mucho mejor.

§ IX. — Estornudos.

[POLVOS CAPITALES DE SAINT-ANGE.]

El estornudo es un esfuerzo de la naturaleza para desembarazar la membrana pituitosa de lo que la atormenta. Por sí mismo tiene una grande importancia, por que excita la accion del corazon, y da mas actividad á la circulacion. Sacude el estómago, el hígado, la masa intestinal, y despierta la energía de todos los órganos. Conmueve el celébro, aumenta su vitalidad actual, y aun algunas veces aviva y fortifica las facultades del entendimiento. Frecuentemente hace cesar la pesadez de la cabeza, que proviene de una especie de inercia en el aparato celebral. Otras veces ha proporcionado un socorro eficaz contra ciertos afectos mórbidos de la garganta y del pecho.

Los *polvos capitales de Saint-Ange* son conocidos como un medicamento muy útil para provocar el estornudo. Aplicados sobre la membrana pituitosa, excitan una viva irritacion; la sangre se dirige entonces con gran fuerza hácia los vasos capilares colocados en aquella parte; allí se forma una especie de fluxion activa, y la exhalacion y la se-

crecion mocosa, que suelen hacerse en aquella superficie, se van aumentando de una manera particular; unos estornudos mas ó ménos frecuentes y repetidos, vienen aun como á dar mas intension á estos efectos. Estos polvos son de mucho provecho en algunos achaques cefálicos; bien á menudo aclaran las ideas, fortalecen la vista y hacen el oido mas fino, etc. Se los pondera tambien en las fluxîones catarrales de los ojos, de los oidos, y en los dolores de muelas.

Algunos doctos prácticos los ponderan en los dolores pesados de la cabeza, en la xaqueca, en los afectos vaporosas ó soporíferos, en la debilidad de la memoria, en los vértigos que provienen de una languidez de la accion del celébro, cuando hay sobretodo palidez del rostro, y disposicion al entorpecimiento ó postracion de fuerzas. Tambien son de una grande eficacia cuando la membrana pituitosa está relàxada, y se nota en ella una sobrada secrecion de mocosidades.

Es principalmente en las tierras húmedas y frias, en los sitios pantanosos, y en las habitaciones situadas en un terreno húmedo, que conviene usar de cuando en cuando de estos polvos.

Los miembros de nuestro gabinete de consultas médicas, se han concertado con un boticario hábil, para perficionar estos polvos á la manera inglesa; ¡cuantas veces hemos aconsejado á los individuos que gastan tabaco, el mezclar una pequeña dósis de estos polvos con aquel, y siempre con buenos re-

sultados! el uso de estos polvos asi perfeccionados equivale al del mejor tabaco de España. A los que desearen procurárselos, podrémos indicarles en que parte se hallan.

§ X. — Apoplegía.

Se deriva esta palabra de un verbo griego que significa *golpear con violencia.* La enfermedad se caracteriza por la diminucion ó la pérdida de la sensibilidad, por la cesacion mas ó ménos cabal de los movimientos voluntarios, y por un estado soporoso.

Se distinguen dos suertes de apoplegía; la serosa y la sanguina. Cuando la una ó la otra producen resultados en extremo súbitos, se llama *fulminante;* no hablarémos de esta, por que dexa poca esperanza á todos los esfuerzos del arte. La apoplegía serosa provienne de los humores; la causa de la otra es la sangre. Ambas reconocen por causas predisponentes un temperamento sanguino y pletórico, una cabeza voluminosa y un cuello no muy largo.

Sus causas ocasionales son la intemperancia, la supresion de un derramamiento de sangre, de cualquiera parte que proceda, el paso súbito del calor al frio, la pesadumbre, un ímpetu de cólera violenta y concentrada, las llagas que afectan el celébro y todo lo qu puede comprimir este órgano. Se suele anunciar por unos zumbidos en las orejas,

por vértigos, por un aumento de color en el rostro, la salivacion y el resuello precipitado.

Los ataques aplopléticos se verifican por lo regular á consecuencia y depues de algun abuso en el régimen alimentario, y proceden de la dificultad que prueba la sangre en regresar al corazon. Vemos cual la sangre se reune y amontona en los pequeños vasos, sobre la superficie del cuerpo, cuando las fuerzas se hallan ó apuradas ó disminuidas.

La apoplegía ataca mucho mas á menudo á los habitantes de las ciudades que no á la gente del campo, y a los hombres mas bien que á las mugeres: tambien ocurre con mas frecuencia hácia los solsticios y los equinoxîos.

Desde que se ve á una persona caer en apoplegía, es preciso al instante mismo ocuparse en afloxar sus vestidos; se la colocará en una silla poltrona mas bien que sobre la cama, con cuidado de inclinar su cabeza hácia atrás, y de tenerla descubierta; se le evitará sobre todo cualquier sacudimiento, y no se encenderá lumbre en su cuarto.

La apoplegía, sea humoral, sea sanguina (esta última es mucho mas comun) ha de ser tratada con los mismos medios y bajo el mismo método. Se debe empezar por operar una derivacion hácia las vias inferiores. En muchas circunstancias la sangría es perniciosa; en este caso es mortal.

Es preciso mantener la accion de los medios prescritos, con todos los estimulantes exteriores, con la aspiracion de sal amoníaca, las fricciones con la

quinta-esencia etérea à lo largo de la coluna vertebral, y con los baños de pies, irritantes, del modo que indicarémos en nuestra disertacion relativa al uso y empleo de la *esencia-etérea*. Puede completarse la curacion con el uso de las aguas minerales salinas.

Algunas convulsiones, una ó muchas accessiones de calentura han terminado felizmente alguna vez la apoplegía; frecuentemente la precede la perlesía, y tambien puede sobrevenir en su curso, sin procurarle un gran provecho al paciente; alguna vez es la terminacion de la enfermedad. Generalmente hablando, el apopléctico solo muy raras veces se restablece perfectamente. Una lesion mas ó ménos marcada en las funciones de los sentidos y de las facultades intelectuales, sobre todo del juicio y de la memoria; la perlesía, las ventosidades, el derramamiento involuntario de las lágrimas por los motivos mas leves, el sopor, los vértigos, la lengua embarazada, la hemiplegía, particularmente la del lado derecho, son los afectos mas ordinarios que siguen á la apoplegía. Abatido con estos accidentes, el enfermo va penosamente arrastrando su triste existencia, que se termina por lo comun con uno ó varios ataques.

No podriamos aconsejar demasiado el uso de nuestro método à los individuos amenazados de aploplegía, cuya cabeza se ve como hundida entre los hombros, cuyo pecho presenta una bien ancha superficie, y á quienes sobrevienen frecuentes su-

focaciones. Llamando los humores hàcia la canal de los alimentos, es como se desembarazará el órgano celebral, y asi se podràn precaver los efectos de una congestion en dicho órgano.

Muchas personas que se hallan amenazadas de dichos accidentes, y que hacen un uso casi diario de nuestros purgativos, nos han informado que temen hoy dia mucho ménos la apoplegía. Tienen la respiracion mas libre; no experimentan el cansancio que les solia causar el paseo mas corto, y su rostro no presenta ya aquella exaltacion de color que anteriormente.

El señor Lefebvre, propietario en Versailles, habia tenido un ataque de apoplegia, de que le habian quedado molestos recuerdos. La pesadez habitual de la cabeza, los frecuentes aturdimientos y los vértigos, todo le pronosticaba un segundo ataque cercano. Vino á consultarnos bastante á tiempo para poder evitar dicha borrasca. Le prescribimos muchas tazas de una infusion de camamila fina, añadiendo á cada una de ellas una cucharadita á café de la *tintura fundente*, de que hemos hablado ya, y una dieta rigorosa; hizo uso durante tres dias tambien de los *granos salutíferos del doctor Franck*, y despues le administrámos una fuerte dósis de *toni-purgativo*, seguida el mismo dia de un paquete de *sal desopilatoria*. Las evacuaciones se presentaban con sobrada lentitud; cinco cuartos de hora despues, se le administró otra dósis mas fuerte, é inmediatamente las cámaras se sucediéron con abundancia: el enfermo echó viscosidades amarillentas, salpicades de negro, y se sintió algo aliviado. Sin embargo, la cabeza no que-

daba del todo libre y la misma pesadez continuaba. El régimen vegetal fué prescrito rigorosamente. No se pudiera formar una idea de la abundancia y de la acrimonía de las materias que el señor Lefevre echó aquella vez. Así desapareciéron inmediatamente todos los síntomas, y el rostro perdió aquel color purpureo que le cubria habitualmente.

Este caballero, fiel á nuestras instrucciones, se sujeta á seguir un régimen vegetal, cuatro dias de la semana, á no cometer ningun exceso, sobretodo en las bebidas espiritosas, y á tomar, cada dos meses, una ó dos dósis de nuestros medicamentos. Ya se han pasado seis años, y, gracias á dicho régimen, sigue gozando de la salud mas floreciente[1].

Se ha verificado el mismo fenómeno, pero aun con mas rapidez, en un individuo, hombre de letras, de edad de cincuenta años, quien ya habia padecido un ataque de apoplegía serosa. Los buenos efectos se manifestaron en toda su extension, y despues acá nada ha interrumpido la calma que nuestro método le ha procurado.

Un antiguo escribano, de edad de sesenta y ocho años, quien acababa de sufrir un ataque de apoplegía acompañada de síntomas leves, no habiendo experimentado los graves accidentes que suelen de ordinario seguir á aquel, tuvo bastante fuerza para trasportarse á nuestro gabinete de consultas: era un hombre bastante robusto, y gozando de todas las comodidades de la vida. Nos aplicámos desde luego á buscar y á investigar la causa de este ac-

1 Este enfermo tiene cuidado de beber dos vasos de agua fria y azucarada al tiempo de levantarse, añadiéndoles dos ó tres gotas de la *quinta-esencia etérea balsamica*,

cidente; procedia, pues, de una vida sedentaria, de un trabajo demasiado continuo de gabinete, de los excesos de la mesa, y de la supresion de las almorranas. Le indicámos con suceso el mismo método; no descuidámos tampoco los estimulantas interiores y exteriores; le prescribimos la infusion de la *arnica montana*, la aspiracion frecuente de la sal amoniaca, una tasa de café por la mañana, precedida y seguida de un vaso de agua azucarada al cual se debian añadir dos ó tres gotas de *quintaesencia etérea;* algunas fricciones frecuentes con este mismo licor, sobre la coluna vertebral; lavativas en que se mezclaban seis cucharadas de la *locion purgativa*, y baños de pies, irritantes. Le hemos encargado, que en caso que, á pesar de estos medios, la vuelta de síntomas graves se verificase y produxera otro accidente, deberia hacerse aplicar un vexigatorio en la nuca del pescuezo, y una porcion de yelo sobre la cabeza. Pero afin de alejar la recaida, que no pedia dexar de suceder, le hemos prescrito una dieta moderada, el uso de los vegetales *herbaceos*, los baños de pies con frecuencia y las aguas minerales salinas.

En un gran número de cartas que hemos recibido relativas à los amagos y como amenazas de una apoplegía fulminante, no pondrémos á la vista de nuestros lectores sino la siguiente, por que contiene algunas circunstancias particulares que confirman cabalmente la eficacia de nuestro méto o, contra una afeccion bien á menudo mortal.

Muy Señor mio,

Con un indecible gozo tomo la pluma para escribir á Umd. En 20 de setiembre último, mi marido, de edad de cincuenta y ocho años, y de un temperamento que, hasta entónces, le habia dispensado de recurrir á los médicos, experimentó un violento acometimiento de la apoplegía que llaman serosa. Perdió el uso de la voz y el conocimiento. Veinte y cuatro horas despues, recobró uno y otro, pero perdiendo al mismo tiempo por la perlesía el uso de todos sus miembros. Mandé à llamar algunos médicos de nuestra ciudad. Despues de haberse consultadó, prescribiéron al pobre enfermo varios medicamentos que le dexáron en su mismo estado, ¡triste presagio para mí de la cruel pérdida que me amenazaba!

Escribí inmediatamente á uno de nuestros corresponsales en Paris, suplicándole me enviase cuanto antes sus medicamentos de Umd., con las indicaciones precisas para hacer uso de ellos. Era, si se puede decir asi, la sola tabla que nos restaba despues del naufragio. ¿Enfin, que puedo decirle á Umd. mas? mi marido está fuera de peligro; y solo añadiré, que tampoco he economizado las fricciones con la *esencia etérea*.

Morin, muger Joly.

Tours, 30 de noviembre, de 1822.

Se nos ha consultado últimamente sobre una apoplegía, que no era ni hermorragía del celébro, ni del pulmon, ni del texido celulario; segun los síntomas, la hemos definido *apoplegía nervosa*. Habia abolicion caci entera del sentido y del movimiento;

pero el exercicio de la respiracion y de la circulacion era perfectamente libre. Era una muger la que estaba atacada de esta enfermedad; unos afectos vivos del ànimo habian precedido el ataque; la invasion habia sido repentina; habia unos movimientos convulsivos, y una gran movilidad en los otros síntomas. Hemos empleado la *locion purgativa* en lavativas, y hemos hecho añadir una dósis proporcionada de alcanfor à la *quinta-esencia*: Se halla mucho mejor la enferma.

§ XI. —Hemiplegía; perlesía.

La hemiplegía es una especie de paràlisis ó perlésía que ataca y hiere la mitad lateral del cuerpo, y se divide en completa ó incompleta. Algunas veces esta última se ciñe solo à un brazo ó á una pierna, y llega á ser solo una afeccion local. Las causas de la hemiplegía son en gran número: una conmocion celébral, un violento golpe que penetre hasta la substancia del celébro y al traves de la órbita que le envuelve, una percusion violenta en la medúla espinal, una plétora en los vasos capilares del celébro, y las pasiones sobrado vivas, como la cólera, el miedo, etc. pueden muy bien producirla. Nosotros solo debemos ocuparnos aqui de la hemiplegía humoral, que procede de la dislocacion ó sobrada extension de un principio gotoso, reumatismal, sórico ó sarnoso, venéreo, ó por la excesiva abundancia de la bilis. Esta última, bien que harto rebelde, se la

puede sin embargo someter al mismo régimen y método que ya hemos indicado arriba, en esta obra; por consiguinte, creemos muy inutil el entretener aun á nuestros lectores con respecto à los fenómenos que son mas particularmente del dominio de la hemiplegía, puesto que tienen una intima conexion con los de la perlesía, de que vamos á hablar.

Desígnase baxo este nombre la abolicion ó el debilitamiento notable de la sensibilidad y del movimiento voluntario, en una parte cualquiera del cuerpo. Ella consiste ésencialmente en la falta ó ausencia del influxo celébral, sobre los órganos de los sentidos ó de movimiento voluntario; asi es que deben buscarse en las alteraciones del celébro las causas naturales que la producen. Ora bien, estas mismas alteraciones son el producto de la corrupcion crónica de los humores, que traen la perlesía casi siempre en seguida de la apoplegía. Se distingue la perlesía en *completa é incompleta*, segun que se manifiesta ella, ó por la abòlicion, ó por el simple debilitamiento de la sensibilidad y de la contraccion animal.

Puede ser causada y motivada esta enfermedad por mil causas variadas, físicas, orgánicas y morales; sea que aquellas causas obren directamente sobre el sistema nervoso, comprimiendo, dividiendo ó excitando de un modo cualquiera el celébro y la médula espinal, á la cual se ligan los nervios del celébro con una estrecha simpatía, resin-

tiendo los mismos afectos; ó sea que su modo de accion quede desconocido, como sucede demasiado á menudo.

El estado pletórico llevado á un sumo grado, la omision de una purga habitual, la supresion del sudor, de una úlcera antigua, de un escurrimiento cualquiera, se han de considerar como causas frecuentes de esta enfermedad, uno de los mas tristes patrimonios ó heredamientos del hombre, pues que en la naturaleza, él solo está sujeto á ella; pero es menester observar, que casi siempre proviene del luxo y de la vida regalada, y que raras veces acomete al artesano robusto y laborioso que trabaja expuesto á las inclemencias del ayre.

Parece la perlesía mas comun entre los hombres que no en las mugeres; no se debe atribuir sino á los excesos, y á los varios accidentes á que se hallan expuestos mas que no ellas en la sociedad. Es ménos rara en la infancia que en la juventud, y mucho mas comun en la vejez. Mas frecuentemente ataca el lado izquierdo que el derecho, y se atribuye este fenómeno á la fuerza mas grande que adquieren las partes derechas del cuerpo, por el exercicio habitual, en el estado social. Enfin, la perlesía se observa tambien mas á menudo en los miembros abdominales, que en los órganos pertenecientes al pecho.

No se ciñe siempre esta enfermedad á aniquilar la parte lateral; egerce aun ademas un influxo mucho mayor en toda la economía animal; la pérdida

de la palabra, del oido, del gusto, del olfato, son no menos las terribles consecuencias de este accidente. Ultimamente, ella reduce al hombre á los fenómenos limitados de una obscura vegetacion, y le condena á una vida corta y precaria.

No ofrecerémos un medio cierto para curar esta terrible enfermedad: no es posible al arte el indicarle; pero sí podemos decir á los sujetos pletóricos, á aquellos, en quienes las vigilias excesivas han causado unos síntomas de desorganisacion completa, que el uso periódico del *toni-purgativo*, acompañado con baños á que se agrega la sal comun, un régimen apacible, la cesacion de los hábitos funestos, no solo asegurará el edificio conmovido, pero aun le preservará du su caida.

Cuando no se ha detenido á la perlesía en su marcha oculta, y que los órganos todos se ven ya heridos por ella, el uso del *toni-purgativo* sin ofrecer una cierta esperanza de una entera curacion, puede á lo ménos atenua, el mal; acelerando las evacuaciones de los humores depravados, mantendrá este medicamento el vientre libre, cosa encargada especialmente por los prácticos, aun los mas contrarios á la purga. Los baños en que se hace disolver diez libras de sal comun, el movimiento, el sosiego de espíritu, ayudarán los felices efectos de este medicamento. No es muy raro que este régimen, seguido con exâctidud y prudencia, produzca al fin una curacion completa; podemos citar algunos exemplos.

Sin embargo de que hemos confesado ya mas arriba, que raras veces se podia esperar el desarraygar enteramente las consecuencias de un ataque completo de perlesía, podemos citar sin embargo un gran número de observaciones, en que nuestro método ha ofrecido la prueba mas completa de su feliz influencia.

Nos ceñirémos solo á presentar el documento siguiente.

Carta de M. Veitre, viviendo de sus rentas, calle de la Houssaye.

Paris, á 20 de junio de 1817.

Muy Señor mio,

Pienso no poder probarle á Umd. mi gratitud mejor, que enviandole la atestacion mas auténtica de una curacion, que debo solamente al poder de sus medicamentos. ¡Oxalà los enemigos de su doctrina y de su desinteres, al leerme, se hallen enfin reducidos al silencio, y no se opongan ya mas con sus dudas al bien que Umd. hace cada dia!

En 15 de febrero 1816, volvia de mi paseo acostumbrado al jardin del Luxembourg. Eran las ocho de la noche; hacia fresco y el ayre estaba cargado de humedad.

Al poner mi llave en la cerradura, me sentí herido como por el rayo y caí sin conocimiento. Me seria imposible el hablar de lo que me sucedió despues, y de los socorros que se me administráron, porque mi memoria

no empezó á contar mas que del 20 de febrero, esto es, de cinco dias despues de mi accidente.

Pero las personas que me han asistido, me han asegurado, que durante aquellos cinco dias no gozaba de otra facultad que la de respirar, que yo tenia poco movimiento, que mis párpados no se levantaron mas que una vez, y que si me hubieran punzado con alfileres, no habria sentido las picaduras.

Cuando volví en mi juicio, no tardé en reconocer que no tenia todos los sentidos completos y que estaba privado del oido, del olfato, que el gusto estaba un poco embotado y que mis miembros no se prestaban todos al movimiento. Enfin, que ya no era mas que un cuerpo mutilado é inútil.

No se omitió ni se descuidó en prodigarme todos los auxilios del arte, y los boticarios no tendrán por cierto de que quexarse de mi accidente. ¡ Bien quisiera yo no tener que quexarme de sus drogas!

Enfin, en el mes de marzo del año siguiente 1817, tuve la fortuna de recibir su visita de Umd., y de seguir el método que me indicó, y no tardé en restablecerme.

Esto es lo que han visto y presenciado veinte personas, y lo que afirmo y yo repito á quien lo quiera oir.

Firmado VEITRE[1].

La insercion de muchas de estas cartas en nuestra obra, no es por nuestra parte una como aprobacion

[1] Esta carta, escrita por un hombre sin conocimientos en el arte de sanar, no ha de servir de exemplo decisivo en casos análogos. Su perlesía era incompleta.

absoluta de las aserciones que ellas contienen: escritas por lo regular por personas que ignoran el arte de curar, se confunden en ellas á menudo la especie, el genero y la intensidad de las enfermedades. Invitamos, pues, á nuestros lectores á no tomar por sí solos una resolucion cualquiera en semejantes casos, á fin de no exponerse á los muchos inconvenientes que se podrian originar. El uso y el abuso corren tan cerca el uno del otro, que no podemos menos de recomendar muy particularmente que en todo caso se nos consulte, ó de palabra, ó por escrito. Nosotros discerniremos entonces las indicaciones precisas, y prescribirémos el método mas juicioso y razonado.

Concluirémos este parágrafo con una observacion y curacion tanto mas maravillosa y sorprendente, cuanto á que nosotros mismos habiamos desesperado del enfermo á que aquella se refiere.

Un militar, cuyas facultades intelectuales habian sido alteradas por un ataque de perlesía, vino á consultarnos el año pasado. Nos dixo que su memoria se habia debilitado muy particularmente, y como desvanecido su imaginacion; el que, en el campo del honor, habia dado tantas pruebas de valor, ahora se habia vuelto de un genio tímido; se habia hecho muy irritable é irascible; su mirar era fixo, y su fisonomía ofrecia un cierto carácter inherente á esta enfermedad.

Venia, pues, á invocar el auxilio de nuestro método contra un accidente bien triste y deplorable.

Añadió, que lo que mas le afligia era el verse condenado ahora á depender de sus criados, un hombre, cuyo destino anterior y brillante se hallaba ahora reducido á los límites de una obscura vegetacion. No titubeámos en decirle, que todavía la medicina no estaba bastante adelantada ó ilustrada con respecto á la naturaleza de las lesiones orgánicas originadas ó acompañadas de perlesía, y que su enfermedad era un achaque muy grave. Despues de haber aclarado y fundado aun mas nuestro pronóstico, sobre la naturaleza de las causas que habian motivado aquella, segun el grado, la extension y la antigüedad de su enfermedad, y tambien segun la importancia de los órganos afectados, pensámos que habia pocas esperanzas de curacion. Un médico ya le habia aconsejado la electricidad, que se habia empleado sin suceso alguno. Le aconsejamos los baños por aspersion de agua de Balaruc, en el establemiento de Tívoli. Las fricciones muy frecuentes en la coluna vertebral con la *quinta-esencia etérea* le aliviaron mucho; y aunque era fuerte y pletórico, no le administramos nuestros purgantes sino con bastante reserva. Nos ha enviado á decir últimamente, que hace uso bien frecuentemente de las lavativas con agua tibia, á la cual mezcla tres cucharados de aceyte de olivas, y cuatro de la *locion purgativa*, de que hemos hablado ya. Estas lavativas le procuran evacuaciones, que le alivian infinito. Estaba no menos sugeto á una habitual constipacion, que ha procurado atacar y vencer

con los *granos de salud,* y con gran suceso, acompañados y seguidos aquellos del uso de la *sal desopilatoria,* y mas que todo, por la aplicacion de un pedazo de flanela, impregnado de *escncia etérea,* sobre los brazos, muslos y piernas.

CAPITULO VII.

Reumatismo. — Gota. — Diviesos ó Carbunclos. — Herpes. — Oftalmía ó mal de ojos. — De la calentura. — Febrifúgos.

---

§ I. — Del Reumatismo.

Es una afeccion que los prácticos modernos miran como una flegmasía, que tiene su sitio ordinario en los texidos muscular y fibroso de la economía animal. Sus principales carácteres son:

1° Unos dolores mas ó ménos vivos, continuos ó intermitentes, fixos ó vagos, acompañados ó no de calor, de hinchazon, de manchas coloradas, de movimientos febriles.

2° Una terminacion por lo comun resolutiva, algunas veces por refluxo de fuera á dentro, raramente por supuracion, y todavia mas raro por gangrena.

3° Enfin una gran movilidad, y una tendencia á la recaida.

Casi todos los nosologistas convienen en mirar el reumatismo y la gota como dos géneros vecinos y

precursores, antes ó despues, el uno del otro. Algunos separan, en sus clasificaciones, el reumatismo crónico del agudo, y los colocan ambos en dos clases bastante distantes.

Se distinguen las circunstancias que favorecen el desarrollo del reumatismo, y las que le determinan.

Las primeras causas predisponentes supónense ser: 1° la edad; 2° el sexô; 3° el temperamento; 4° la constitucion; 5° un sistema orgánico particular y exclusivo; 6° la disposicion hereditaria; 7° las habitudes; 8° las profesiones; 9° los climas.

1° *La edad.* El reumatismo, particularmente el agudo, pertenece generalmente á la edad viril; y de veinte á cincuenta años es cuando se manifiesta mas frecuentemente, y con mas violencia. En los individuos robustos, no es raro el ver parecer esta enfermedad hasta sesenta años, y aun mas tarde. Sin embargo, segun varios autores, si muchos ancianos se quexan de dolores de esta naturaleza, es porque ya sufrieron antes algunos ataques de reumatismo, y porque la enfermedad ha degenerado en crónica. Con todo, algunos hechos contradicen esta observacion general: una muger de setenta años fué acometida á esta edad, por la primera vez, de un reumatismo, durante el curso de una inflamacion biliosa de los pulmones; experimentó despues, de cuando en cuando, otros ataques bastante vivos. *Ponsart* y *Pinel* achacan principalmente esta enfermedad á los adultos y á los ancianos. *Bichat* dice, *en su Anatomía general*, que rara-

mente el reumatismo ataca á los niños, y que sobre cien individuos, hay noventa de mas de quince á diez y seis años.

2° *El sexo*. Las mugeres estan ménos propensas que los hombres á este achaque; sin embargo de que se ven talvez acometidas á menudo, con motivo del desarreglo ó supresion del fluxo menstrual. Se observa generalmente que les sobreviene por lo regular esta indisposicion entre los cuarenta y cincuenta años, época de su edad crítica. Durante sus partos y al tiempo de criar, siendo entonces mucho mas sensibles que en otro período cualquiera á las influencias que pueden causar y motivar el reumatismo, se puede pensar que varias enfermedades de que adolecen despues del parto, y en seguida del destéte de sus niños, á las cuales suelen darse el nombre de *leche extravasada*, no son otra cosa mas que afectos de reumatismo. *Bosquillon*, en sus notas sobre *Cullen*, admite la exîstencia de una laxàcion inflamatoria en las recien paridas, y aun en las mugeres que crian, y á esta causa, mas bien que á los depósitos de leche, atribuye su décima especie de reumatismo sintomático, en que se halla la ciática reumatismal.

3° *El temperamento*. Segun las observaciones de *Barthez* y otros doctos médicos, los individuos sanguinos son aquellos en quienes se manifiesta mas á menudo el reumatismo. Tambien ataca á los temperamentos biliosos. Se ha observado, que si esta enfermedad acomete á unos sugetos de un

temperamento linfático-sanguino, el mal tiene casi siempre su foco y su asiento en las articulaciones.

4° *La constitucion.* Generalmente, las personas mas sujetas al reumatismo, y especialmente al agudo, son de una constitucion fuerte y robusta. Sin embargo, se ven tambien acometidos de la misma enfermedad algunos individuos débiles y flojos; pero es porque son irritables y nerviosos. En todos casos, se puede asegurar que todos aquellos á quienes acomete por la primera vez, tienen en general una buena constitución.

5° *La idiosincrasia*, ó sistema orgánico exclusivo y particular. Todos los individuos de nuestra especie, teniendo allá cada uno un cierto modo ó de mantenerse bueno ó de pasarlo mal, resulta de aqui, que una tal persona, en circunstancias iguales por otra parte, está mas expuesta que otra á una cierta enfermedad. Asi es, que este hombre, por ejemplo, expuesto á un frio húmedo, contraeria un reumatismo, mientras que otro en iguales circunstancias, seria atacado de un catarro pulmonar, y un tercero que se viera sometido á una igual accion, no experimentaria incomodidad alguna. Para ser pues, ó no, acometidos del reumatismo, como de toda otra enfermedad, debemos decir que existe en cada uno de los individuos de nuestra especie una cierta aptitud é idoneidad particular, cuya naturaleza nos es desconocida, y que solo nos revelan los fenómenos morbíficos que son el resul-

tado de ella. A la intensidad, pues, mayor ó menor y á la duracion de aquella indisposicion deberémos atribuir la frecuencia del reumatismo en ciertas personas, ó la recaida en otras que fueron ya atacadas en otra ocasion.

6° *Las disposiciones hereditarias*. Se ha reconocido generalmente, que el reumatismo no es una enfermedad hereditaria, sobre todo si se compara con la gota. No obstante, no se puede dexar de confesar, segun muchas analogías, que un individuo nacido de parientes habitualmente afectados de reumatismos, está mas expuesto á esta enfermedad que otro, en el caso contrario. *Barthez* observó, en una de sus consultas, que el sugeto, en favor de quien le consultáron, y que adolecia de una perlesía incompleta con reumatismo, habia nacido de parientes que adolecian de igual indisposicion. *Staal* admite tambien la disposicion reumatismal hereditaria.

7° *Las habitudes*. Una persona, v. g., que está acostumbrada á cubrirse y vestirse con mucho cuidado, será acometida de un reumatismo con mas facilidad que otra, si, estando ménos cubierta de lo acostumbrado, se expone á una temperatura fria y húmeda.

8° *Las profesiones*. Los militares, los marineros, los conductores de trenes de leña, los que hienden y destrozan los barcos, los que trabajan en los rios, los pescadores, sobre todo los que pescan de noche, los que lavan y blanquean la ropa de uso, etc.,

estan sujetos á los afectos reumatismales. Lo mismo sucede con los panaderos, con motivo del paso súbito del ayre abrasado del horno, al ayre húmedo y frio exterior.

9° *Los climas.* Las regiones donde el reumatismo se manifiesta con mas frecuencia, son aquellas donde el ayre es á menudo frio y húmedo, donde la temperatura está sujeta á muchas mudanzas, v. g. las comarcas marítimas. Este achaque se presenta en la capital, por lo comun, en la época de las grandes variaciones atmosféricas, en la primavera y en el otoño, y como ya lo hemos observado en nuestra obra, que lleva por título *Topografiá médica de Paris* : « Los achaques reumatismales y » las tisis son las enfermedades mas frecuentes allí, » lo que se ha de atribuir á la constitucion atmosfé- » rica de aquella ciudad, que parece imprimir á » todas las enfermedades un carácter idéntico y » particular. » El doctor *Villeneuve*, en su *docto* artículo sobre los *reumatismos*, pagina 466 del tomo XLVIII del *Diccionario de las Ciencias Medicas*, nos ha hecho el honor de citar nuestra observacion.

Y si fuera posible, como para el cuérpo político, el establecer para el cuerpo humano una estatística cierta, resultaria de las pesquisas hechas sobre el particular, que el total de las enfermedades observadas en Paris, siendo anualmente de cerca 26,992, y el número de los achaques reumatismales de 1,177, la enfermedad de que estamos hablando

estaría, respectivamente á las otras, en la proporcion de 1 á 22.

Generalmente hablando, la causa del reumatismo es una transicion demasiado repentina de un sitio adonde el ayre es caliente y seco, á otro frio y húmedo. Una temperatura templada, que llega á variar de golpe, le produce mas á menudo que un frio muy vivo y continuo. Los vientos del sud y del oeste le causan y producen frecuentemente. Un viento *colado* determina en muchas circunstancias ciertos dolores reumáticos, y tambien proviene á menudo del frio á los pies.

La primavera y el otoño son las estaciones en que se manifiesta con mas frecuencia esta enfermedad. Tambien puede acaecer en el principio del invierno, cuando el tiempo está nebuloso, ó al fin de él, cuando principia el deshielo; enfin, en verano se le ve aparecer talvez, pero siempre es en seguida de una transicion del calor al frio. *Barthez* conoció una muchacha que experimentaba violentos ataques de reumatismo en la época de los solsticios de verano é invierno, y que no padecia nunca de ellos en otra alguna estacion.

Todos los autores modernos, ménos un corto número, reconocen que el reumatismo, cuando menos el agudo, es de naturaleza inflamatoria, y con este motivo le han colocado en el número de las flegmasías; pero *Barthez* asegura que el carácter inflamatorio no ha sido bastante bien distinguido de

las otras especies de inflamaciones; *Bichat* confirma en parte esta asercion.

En cuanto al reumatismo crónico, que algunos separan del agudo como siendo de una naturaleza diferente, no se hallan conjeturas sobre su carácter en otro autor alguno que en *Barthez*. Este docto médico le considera como una inflamacion lenta, que le parece tambien acompañada de un esfuerzo de situacion fixa de las fibras afectadas.

Segun las observaciones de *Baillon*, el reumatismo no puede ser considerado, en algunos casos, sino como crítico; esto es, como la solucion ó crísis de otros afectos de que proviene. Así, no es raro que sobrevenga en seguida de una calentura biliosa, de un catarro, de la disentería, etc.

Siendo el *reumatismo crónico* el que principalmente debe de ocuparnos, dirémos que puede provenir en seguida de otro agudo, ó sobrevenir espontáneamente. Las circunstancias que le determinan en el primer caso, son sobre todo una curacion debilitante con exceso, y particularmente respecto á las emisiones sanguinas. *Cullen* ha observado, que si las sangrías no logran una curacion completa, dan lugar y motivan el reumatismo crónico. *Brown* que ha hecho la misma observacion, añade, que este término del afecto agudo sobreviene con mucha menos frecuencia, cuando se le abandona á la naturaleza, dexándole seguir su marcha.

El sitio del reumatismo crónico es el mismo que el del agudo: siempre son los sistemas fibroso y

muscular que afecta principalmente, juntos ó separados.

Los dolores son mas sordos que en los reumatismos agudos; aumentan por una presion que se haga sobre las partes en que principalmente se siente, así como por los movimientos á que se obliga á estas mismas partes. Por lo comun, se aumentan dichos dolores con las variaciones del tiempo; el frio los acrecienta, y suele disminuirlos el calor. De noche en general son mas vivos; lo que se puede atribuir al calor de la cama que da mas actividad al fermento, y tambien á las secreciones, que son mucho mas raras que durante el dia. En algunos casos, el dolor puede llegar hasta el carácter agudo, ya por la energía de su principio, ya por las nuevas alternativas de calor y de frio húmedo.

El reumatismo crónico es por lo comun una enfermedad mas incómoda que peligrosa; sin embargo, sea por la disposicion del individuo, sea por algun vicio en la curacion, pueden resultar de él inmediatamente graves accidentes, como la atrofía, ó muerte de algun miembro, ó la ankilosis, ó union de los huesos que impida la articulacion. En los individuos debiles, puede todavía, por su duracion y su actividad, ocasionar tales desórdenes en las funciones digestivas y nutritivas, que causen la consuncion y la muerte.

El reumatismo, siendo un achaque que se presenta baxo dos estados muy opuestos, el agudo y el crónico, da lugar á indicaciones muy diferentes.

entre sí. Las únicas que sean comunes á todos los estados, y á todas las variedades de esta enfermedad, son, ademas de la edad, del sexô, del temperamento, etc., 1° de buscar cual via de solucion toma la naturaleza, afin de cooperar con ella y auxiliarla en sus esfuerzos; 2° de restablecer las evacuaciones cuya supresion puede haber originado el afecto exîstente. No obstante, es menester observar que el regreso de una evacuacion, cuya supresion ha podido causar la enfermedad, no va siempre seguida del recobro de la salud; así, unos sudores abundantes, cuya supresion se ha mirado muchas veces como causa del mal, estan muy lejos cuando aparecen de nuevo, de hacer cesar el afecto reumatismal.

La cura del *reumatismo agudo* es relativa á tres períodos: á los primeros instantes de su invasion, á su intensidad y á su terminacion. En el primero, debe el paciente de limitarse á las bebidas antiflogísticas, á las lavativas, y al uso de los *granos salutíferos del doctor Franck*, como muy propios para abrir la via á los humores, cuyo cúmulo en la canal intestinal puede causar una constipacion tenaz, muy contraria al reumatismo. Muy á propósito son tambien los baños de agua un poco tibios, así como las bizmas emolientes, y sobretodo unas fricciones en la parte afectada, dadas con la *quinta-esencia etérea y balsámica*, mezclada con aceyte de almendras dulces. Cuando se ha disipado el estado general de inflamacion, que se han cal-

mado los fenómenos locales, muchas veces hay que combatir unos impedimentos gastro-intestinales, que se han de acometer con nuestro método y medicamentos, sin echar en olvido las fricciones con la *esencia etérea*. Por lo demas, un habil práctico debe siempre tener cuenta con la edad, el sexô, el temperamento del sugeto, las causas y el sitio del afecto reumatismal, sus crísis, sus complicaciones, etc.

Dejamos á un lado en esta enfermedad, y desechamos las sanguijuelas, como un medio absolutamente inútil y muchas veces peligroso. En el reumatismo agudo, contentémonos con ayudar á la naturaleza con evacuaciones prudentemente provocadas. En el crónico, seamos mas atrevidos en usar de los purgativos, pues que producen una derivacion sumamente útil. *Scudamore* los mira particularmente como propios à desviar la fluxîon que podria verificarse sobre las membranas *sinoviales*.

Y sin embargo de que sea ya generalmente conocida la eficacia de la *quinta-esencia etérea y balsámica*, especialmente para la cura de los dolores reumatismales, hé aqui un caso nuevo muy á propósito para justificar y confirmar mas todavía aquel concepto.

El director de correos de Saujon, departemento de la Charanta Inferior, acaba de escribirnos en fecha de 11 julio de 1823, que « él mismo ha experimentado las » resultas mas satisfactorias con el uso de la *quinta-esen-*

» *cia etérea*, aplicando un cabazal de lienzo mojado con
» este licor caliente sobre un dolor reumatismal, que le
» habia sobrevenido en la espalda derecha, y que cesó á
» la tercera aplicacion.

» *Firmado* DERNAZ. »

El Señor Saunier adolecia hacia ya mucho tiempo de dolores reumatismales, que le impedian el moverse en su cama, por lo que sufria en los lomos, en los muslos y otras partes del cuerpo; no titubeó en hemédecer un pedazo de franela de Inglaterra con la *quinta-esencia etérea y balsámica*, renovada una vez al dia, aplicando esta bizma sobre sus lomos y sujetándola con un cordon por debajo del vientre. Y hace ya muchos dias que se levanta de su cama con facilidad, anda muy bien, y se aplaude de haber recurrido á este medio eficaz para libertarse de sus dolores.

He aqui las propias expresiones de una carta que acabamos de recibir del señor *Lalanne*, director de correos en Dax:

« Hablo por experiencia de la portentosa *quinta-*
» *esencia etérea* de Umd.: hé usado de ella con motivo
» de un humor reumatismal que se habia fixado en la
» parte superior de mi brazo izquierdo, y que me hacia
» sufrir mucho, pues no podia llevar la mano á la ca-
» beza. Despues de algunos baños, hice uso de las fric-
» ciones con aquel licor; hé esperimentado unos efectos
» maravillosos.

» *Firmado* LALANNE. »

El señor Dubourg, calle del Chapeau-Rouge, en Burdeos, nos escribió el 24 de mayo de 1823, lo siguiente:

El Señor Taveault, contralor de las contribuciones, hombre de una corpulencia notable, tenia un reumatismo en los lomos, que le impedia el dedicarse á las funciones de su empleo; ádemas, estaba expuesto á un achaque bilioso, que le fatigaba hacia ya mucho tiempo.

El Señor Gueneau, escribano, experimentaba fuertes dolores de cabeza; la melancolía se habia apoderado de él. Ambos, despues de haber usado inutilmente de varios remedios, han recurrido al método y medicamentos de Umd., y se han curado perfectamente.

El Señor Coppin sufria de un cierto afecto en el estómago, que los médicos no podian definir; la tercera dósis de sus medicamentos de Umd., le ha libertado enteramente de las ventosidades y flatos que le molestaban infinito.

Varios cirujanos del campo se han procurado una buena provision de los medicamentos de Umd., porque con ellos pueden satisfacer y responder á casi todas las indicaciones que se les presentan diariamente en sus parroquianos. Aquellos son hoy como la base de sus oficinas y botiquines.

Firmado Dubourg.

Un militar, que habia servido en los guardias de honor, habia contraido unos dolores reumatismales, que de cuando en cuando le atormentaban hasta un tal punto, que le forzaban á envidiar la suerte de los que habian perecido en el campo de batalla de Leipsick.

Era especialmente en las variaciones de la atmósfera, cuando aquellos se hacian sentir con mas violencia. En vano habia hecho uso de los baños, de los sudoríficos y de las tisanas; en vano habia hecho varios viages á los sitios mas famosos y renombrados por sus aguas minerales : todos estos medios no eran mas que paliativos, que le proporcionaban un alivio momentáneo, y el achaque doloroso no tardaba en volver. Con el uso de nuestros medicamentos se ha curado completamente.

Un comerciante de sesenta años, poco mas ó menos, despues de haber leido en nuestra edicion anterior nuestro párrafo sobre el reumatismo, vino á nuestro gabinete de consultas para discurrir y razonar sobre su enfermedad, y para que le indicásemos un método de curacion. Sus dolores eran sordos, como suelen serlo en los achaques crónicos, y crecian en las mudanzas de temperatura; de noche eran aun mas vivos, lo que proviene del calor de la cama, y porque los enfermos, no teniendo objeto alguno de distraccion, fixan toda su atencion en los males que estan sintiendo. Sentia este individuo una diminucion sensible en sus facultades digestivas y por consiguiente estaba flaco y descaecido : sus orinas eran turbias y nebulosas. Padeciendo continuamente, este enfermo estaba triste y melancólico; atribuimos su enfermedad á una transicion demasiado súbita de un parage caliente y seco á otro frio y humedo, á la supresion de una erupcion habitual, y á la frecuencia del acto de la generacion estando en pie. El estado de su pulso, que no era febríl, nos hizo pensar que su reumatismo tenia el carácter crónico, pues no habia exaltacion alguna de color en las articulaciones doloridas, que estaban frias y tiesas. Con dificultad se lograba el excitar el sudor en

ellas. Los baños calientes, los sudoríficos y las applicaciones locales no habian producido el menor suceso; se habian empleado tambien los emolientes y los remedios con opio, sin que el enfermo probase el menor alivio. La intensidad del achaque, sus complicaciones y la concomitancia de otros afectos, nos habrian determinado á renunciar al *toni-purgativo*, si un impedimento gástrico é intestinal, al mismo tiempo que bilioso y mocoso, no le hubiera indicado eminentemente, puesto que no exîstia tampoco lesion alguna orgánica en las visceras abdominales. Presentándose este reumatismo baxo dos aspectos muy opuestos, hallábamos las indicaciones no menos diferentes. Le prescribimos, pues, por mañana y noche, una lavativa, en la cual se habian de mezclar tres cucharadas de la *locion purgativa*, de que hemos hablado ya. Tuvo efecto la evacuacion; la derivacion alivió mucho al enfermo, y unas fricciones excitantes en la parte dolorida produxéron los mejores resultados, y se las llevó á un grado extremo, para que produxeran el efecto de un vexigatorio. Los medios internos de que nos valimos, fueron nuestra tintura fundente, una infusion de salvia, hojas de naranjo y un régimen excitativo y fortificante.

A la aplicacion sucesiva de nuestros varios remedios debió el enfermo el restablecimiento de su salud, que era tanto ménos de esperar, cuanto su enfermedad era muy complicada, y que sus facultades digestivas, hallándose interrumpidas, resultaba de aqui un estado de flaqueza tal que se viera ya amenazado de una próxima consuncion. Todos los dias reconoce mas y mas este anciano la eficacia de nuestros medios curativos, y se felicita de haberlos empleado.

§ II. — De la Gota.

La gota es una flegmasía de las membranas sinoviales articulares.

Se cree que esta enfermedad saca su nombre de la afluencia de un líquido, que el vulgo discurre sea destilado gota á gota sobre el sitio de la enfermedad.

Entre nuestros males, este se ha manifestado siempre el mas rebelde á los esfuerzos del arte. Ha sido el objeto de una multitud de comentarios y observaciones entre los antiguos y modernos.

Ingeniosamente se la ha llamado el *Protéo*, porque aparece baxo mil formas diferentes. Vamos, pues, á recopilar todo lo que pertenece á este achaque, y a reunir en un solo punto los caractéres distintivos establecidos en las obras de los autores franceses y estrangeros, como Sydenham, Musgrave, Stoll, Macbride, Bosquillon, Barthez, Alphonso Leroy, Pinel, Landré-Beauvais, etc.

Circunstancias predisponentes. — Edad madura y vejez, sexò masculino, temperamento nervoso, irritable, estado opulento, disposicion innata, por lo comun hereditaria.

Causas determinantes. — Vida sedentaria, transpiracion disminuida gradualmente, alimentos demasiado sabrosos y delicados, abuso de los licores espiritosos y del café, postracion de fuerzas causada por el exceso de los placeres ó los pesares del

alma: el frio no hace mas que revelar la enfermedad que estaba oculta.

Sitio.—Las cápsulas sinoviales, ó á lo ménos las otras partes blancas de las articulaciones, sin extension sensible á los órganos musculares; las articulaciones pequeñas; hondo y profundo, concentrado en un punto angosto y estrecho; no acomete de repente todas las articulaciones, pero con el tiempo y sucesivamente; las parótidas se afectan bien raras veces. El primer ataque por lo regular se limita á uno de los dedos pulgares del pie.

Invasion.—Precedida de una perversion, de un desorden en las funciones digestivas; apetito menguado ó crecido, turbacion de sueño, diminucion de energía.

Síntomas.—Dolores, principalmente en las articulaciones del dedo pulgar del pie, cuyos regresos ó vueltas son regulares ó irregulares, y que van seguidos de varias lesiones de órganos interiores, sobretodo del estomago, en caso de no aparicion en las épocas fixas, ó de desaparicion prematura; dolor comparable al de un aguijon, acompañado de latidos y estirijones; tumor sucediendo al dolor; color roxo obscuro y apariencia de erisipela. La cesacion del dolor anuncia una gran mejoría; suma movilidad en el sitio afectado.

Duracion.—Primera accesion, por lo comun bastante corta; alguna vez no dura mas de veinte y cuatro horas.

Terminacion del accidente. — Suele hacerse gradualmente, hasta entera resolucion.

Crísis. — Frecuentes y prontas; la gota dexa á menudo su sitio ordinario, para dirigirse á otras entrañas ó vísceras, sobretodo á las de la digestion.

Recaidas. — Un segundo accidente vuelve casi siempre algunos años despues del primero: vuelven espontáneamente, y en general aumentan de frecuencia, de duracion y de intension; muchas veces los accidentes son periódicos: nunca la gota es epidémica.

Especies. — Gota ordinaria, gota *asténica*, mucho mas rara.

Pronóstico. — Curacion radical, rara y difícil: enfermedad muchas veces funesta por su crísis sobre los órganos interiores.

Autopsia. — Hinchazon de las extremidades articulares; concrecion en las articulaciones.

Curacion. — Mientras duran los accidentes, no se emplean mas que paliativos; en los intérvalos, se combaten las causas y principios de la enfermedad; las sangrías generales son peligrosas durante los accidentes.

Profiláctica. — Abstinencia de toda comida regalada, cuando es excesiva; privacion de licores espiritosos.

La gota, sin dejar de ser un azote de las demas edades, puede considerarse con mucha mas especialidad como el triste y meláncolico patrimonio de la vejez. Bien á menudo tambien parece ejercer una

influencia bien salútifera sobre las funciones mas esenciales de la vida, asi como las almorranas, y su aparicion talvez es, en muchos ancianos, una como nueva era y época de salud, desapareciendo con su presencia muchas otras indisposiciones á las cuales estaban antes sugetos.

De la Gota ordinaria — El primer ataque suele de ordinario sentirse á fines del invierno; durante algunas semanas, le precede una cierta sensacion molesta, difícil á definir, y, en la region del estómago, algunos movimienmentos espasmódicos. El sudor de los pies queda suspenso, las orinas son abundantes y parecidas á la limonada. Algunos dias antes del accidente, las ventosidades son incómodas y frecuentes; la víspera misma, el apetito es mas vivo que lo acostumbrado; la region del estómago se halla desembarazada; el individuo se encuentra en un estado perfecto de salud; se acuesta y duerme apaciblemente; pero en el silencio de la noche, un dolor repentino, casi siempre situado en el dedo pulgar del pie, le despierta; sobreviene despues una leve calentura. Gradualmente el dolor viene á ser mas vivo, y llega enfin al periodo mas alto al cabo del dia que sigue á la noche; tan intenso es que las partes acometidas no pueden soportar ningun peso, ningun roze, ni aun el de la sábana. Ultimamente, al cabo de veinte y cuatro horas, pasa el accidente, y se forma entónces un tumor pequeño con un color subido sobre la parte afectada. Despues de este primer accidente, hasta la terminacion del

achaque, que suele durar quince dias, cada noche hay aumento de dolor y de calentura; la gota se pasea, sucesivamente del un pie al otro, sube á las rodillas, á los codos y á las manos. El dolor que acompaña el ataque no tiene un carácter uniforme; se manifiesta baxo varias formas; ya son unos estirijones terribles, ya unas especies de quemaduras concentradas en un punto solo; muchas veces parece tambien que se majan y machacan los huesos. Cuanto mas vivo ha sido el dolor, mas corto es el ataque. Cuando este primer ataque de gota ha pasado ya, el enfermo recobra perfectamente su salud. Estos ataques son periódicos, y vuelven á unas épocas constantes; pero no es imposible el precaver la vuelta de los accidentes, con algunas precauciones á propósito.

Y tanto mas importante será el prevenir dichos períodos, que á medida que se repiten con mas frecuencia los ataques, se extienden no menos sobre las diversas articulaciones, no solo de los pies, sino de la pierna, de la rodilla, de los brazos, etc.

Algunos años ha que teniamos á la vista dos personas, que nos presentáron á la vez el pronóstico mas claro de un próximo ataque de gota. Se notaba en ellos la garganta del pie carnosa é hinchada, los huesos gruesos, un rostro pálido, temblores y frios vagos, y por una casualidad oportuna para nuestras observaciones, los dos individuos, sin ser parientes, eran hijos de gotosos: el uno tenia treinta y cinco años, el otro cuarenta. Les pronosticámos á

ambos la posibilidad, y aun la probabilidad de un próxîmo acometimiento, y nos apresurámos en proponerles una cura preservativa. Mucho exercicio, pocos excesos, uniformidad en la hora de las comidas, agua solamente teñida, y ningunos vinos espiritosos; cada quince dias dieta, y nuestros purgativos à una dósis bastante fuerte, sin interrumpir el curso de sus ocupaciones ordinarias.

El individuo de cuarenta años se sujetó á este régimen; ha llegado à la edad de cincuenta y cinco años sin el menor síntoma precursor de la gota, y continúa esta cura preservativa. El otro de treinta y cinco años se burló de nuestro pronóstico, pero á la edad de cuarenta, al medio de la noche, en el mes de febrero, nos envió á llamar. Este infeliz experimentaba los dolores de un violento accidente en todo su parasismo; su vista era como la de un hombre fuera de sí, y se echaba de ver bien claro que la calentura obraba en sus facultades mentales; el mal se habia fixado en las articulaciones de la rodilla; pero los dolores de cuando en cuando se hacian sentir en otras varias articulaciones.

Nuestro primer cuidado fué el sosegar el espíritu del enfermo, darle alguna esperanza, y prometerle el precaver otro segundo accidente, desde que hubiera cesado el parasismo del primero. Ocho dias despues la calentura le dexó, y se manifestaban harto raramente algunos dolores vagos. No dejamos de aprovechar esta ocasion para administrarle nuestros medicamentos. No nos toca quizàs el describir

las felices resultas de esta cura : bien sabe el enfermo dispensarnos de ello, pues va publicando el mismo su curacion; se han pasado ya diez años, y gracias á este régimen, el sugeto no ha vuelto á sentir dicha indisposicion.

Siendo nuestros principios terapeúticos fundados solo y enteramente en la observacion, nos guardarémos bien de aconsejar su uso en el instante mismo del accidente, ó mientras subsista. Sin duda sería peligroso el atraer entónces hácia las vias alimenticias el humor de las fluxîones gotosas, que se estan formando en las articulaciones. Es menester esperar á que haya pasado el accidente.

De la Gota asténica. — La gota crónica se diferencia de la aguda, en que es irregular en su curso y en sus ataques; es menos dolorosa; pero tiene mas complicaciones, es mas larga y puede durar meses y meses, tal vez un año, excepto en los fuertes calores del estío. El enfermo está sujeto á otros síntomas; experimenta varios dolores interiores y parece entregado á ciertos afectos de tristeza. El tumor que sobreviene despues del accidente, es ménos aparente; pero ó bien se queda estacionario, ó bien va disminuyendo lentamente; el sitio donde estaba queda dolorido. Muchas veces la materia morbífica se dirige hácia el cuello, é impide entónces todos sus movimientos; otras se extiende á lo largo del brazo, en los dedos de las manos, y los tuerce y los desfigura. El curso de los humores mas abundante suministra unas materias espesas, que

por el pronto flúidas, se endurecen y presentan despues el aspecto del yeso ó de la greda.

Dexemos al empirismo el cuidado de dividir y subdividir las enfermedades, igualmente que el método de tratarlas, pues es de su interes el deslumbar los ojos por un aparato científico y por sus nomenclaturas. Con respecto á nosotros, que conocemos la marcha sencilla de la naturaleza, procuramos, en cuanto nos es posible, el imitar su simplicidad. Sin embargo, como no existe un remedio único anti-gotoso, no pretendemos indicar los que nosotros administramos como un específico de esta enfermedad. Lo repetimos; no se puede obrar con demasiado tiento en el uso de los medios á los cuales se ha pretendido atribuir esta propiedad. Toda curacion ha de ser calculada con respecto á las causas, á la especie de la gota, á la edad, sexò y temperamento.

Entre los muchos individuos atacados de la gota que nos han venido á consultar, los unos habian empleado un tratamiento empírico, y los otros una cura metódica: casi todos nos han dicho, que anteriormente á los ataques de la gota, habian estado sujetos á unos afectos de erisipela, ó de herpes y sarpullido, y otros achaques móviles generalmente, en que se hallaba mas ó menos marcado el caracter de flegmasia. Es cierto á lo menos que, en cuanto á la gota, sea exterior, sea sobretodo en el interior del cuerpo, no hemos visto en los afectos y dolores que produce, sino un achaque abs-

tracto y separado, y le hemos considerado como una flegmasía aguda ó crónica, intensa ó leve, siempre mas ó ménos móvil, y sin embargo, capaz de fixarse.

No podriamos detenernos á dar aquí la lista de todos los específicos que se han elogiado y recomendado á su vez contra la gota; ninguno de ellos merece una atencion ni mencion particular; lo que interesa mucho mas examinar, es, si las circunstancias permiten el emplearlos y hacer uso de ellos sin peligro.

Los autores citan muchos ejemplos de gotosos curados con fricciones hechas con flanelas secas, y calentadas estas con diferentes perfumes y aromas. Desault afirma, que un anciano centenario se habia garantido asi y preservado, durante los treinta últimos años de su vida, de todo ataque de gota, de los cuales habia sido la víctima mucho tiempo ántes. Consecuente á estas observaciones, nosotros hemos prescrito bien á menudo unas fricciones, con una mezcla igual caliente de aceyte de almendras dulces y de *esencia etérea*. Tambien hemos hecho aplicar otras veces una piel de gato montés impregnada con dicha mezcla, y un gran número de enfermos se han encontrado muy bien con dicho método.

El Señor Mariscal duque de Bellune, que adolece de gota, habiéndonos consultado no hace mucho, nos apresurámos á enviarle un parecer y consejo, muy detallado y minucioso, y en él le indicamos un método razonado

y metódico, que S. E. ha seguido puntualmente, y con el éxito mas felix. El señor duque nos ha enviado á decir por conducto de su criado mayor, que se da á si mismo la enhorabuena por haber puesto en práctica los diferentes medios que nosotros le indicamos.

§ III. — Diviesos ó Carbunclos.

El carbunclo es un tumor de un roxo obscuro, redondeado, duro, formando una punta en el medio, y acompañado de un dolor con tirantez y frecuentes pulsaciones, carácteres todos de la crisipela, del flemon y del antrax. Aunque acomete todas las partes del cuerpo, es mas frecuente en aquellas donde abunda el texido celular, á saber en el borde del ano, en las nalgas, en el escroto, y en la parte interior de los muslos. Parece elegir de preferencia las inmediaciones de las picaduras de las sanguijuelas y vexigatorios. Su volumen varia singularmente: hay carbunclos que exceden á penas el grueso de la cabeza de un alfiler; pero casi siempre este tumor acerca mas ó ménos al tamaño de una cereza, y pocas veces llega á ser mas grueso que un huevo de paloma.

Los llaman vulgarmente *clavos*, sin duda por su semejanza en su punto céntrico á la cabeza de un clavo.

Para hacer desaparecer este humor, que no es mas que un síntoma de una afeccion morbífica, suele curársele solo exteriormente, y por lo comun,

sobretodo con ungüentos; es un error. Si no se ataca el mal en su origen, volverán á parecer y se multiplicarán dichos síntomas.

Muy á menudo se cuentan muchos á la vez, ó que se suceden rápidamente. En el primer caso, el sugeto que se ve asi atacado de ellos, tiene calentura, falta de sueño, y está desganado de toda especie de alimentos. En el segundo, es raro que el dolor, aunque muy vivo, sea bastante fuerte para imprimir al pulso un movimiento febríl; esto no sucede, sino cuando el tumor presenta un volumen considerable.

Las causas del carbunclo no son locales. Frecuentemente, dos ó tres dias antes de su aparicion, el enfermo experimenta un malestar, algun leve frío de calentura y otras incomodidades semejantes, que desaparecen en parte, ó totalmente, cuando el carbunclo se manifiesta, de modo qu se puede considerar como una crísis. No obstante, parece no sea en general mas que un afecto sintomático, procedente de la relacion íntima que exîste entre el órgano cutáneo y el sistema digestivo. Efectivamente, es el desórden de las primeras vias el que mas comunmente le provoca. Ninguna edad está al abrigo de este achaque, que alguna vez es epidémico.

La terminacion se opera constantemente por la supuracion. El divieso se abre por sí mismo á su punta, de donde sale una materia mezclada con sangre, con una pequeña masa parduscа y fibrosa,

que es una parte del texido celular herida y corrompida por la gangrena. Llámase esta masa *burbillon*.

En cuanto á la curacion local, dirémos, con el intento solo de ilustrar á nuestros lectores, que se ciñe á la aplicacion de un parche de *ungüento de la madre*, ó de un emplastito de diáquilon gomado, que se puede cubrir con un cataplesma emoliente. Es menester emplear los madurativos, hasta que haya salido el *burbillon*. Despues de esto, se dejan unas pocas hilas en la abertura, hasta que el infarto se haya disipado. La supuracion no le hace desaparecer sino con lentitud; y si tardára demasiado en abrirse, seria necesario el activar la curacon irritantes suaves.

No podemos repetir demasiado que las obstrucciones y aglomeramientos de los humores son la causa originaria de este achaque. Así nuestro sistema se conforma enteramente con las observaciones diarias, confirmadas por los sujetos afectados de *clavos* ó carbunclos. Hemos notado, que, desviando el sitio de la irritacion que se dirigía hacia el cútis, el medio que estamos indicando ha tenido siempre buen exito. No obstante, observarémos, que solo despues de haber dejado calmar la inflamacion local con el uso de los baños y de las abluciones emolientes, es cuando el buen suceso de nuestos medicamentos, administrados en pequeñas dósis repetidas, produce resultados mucho mas ciertos.

§ IV. — De los Hérpes ó Sarpullido.

El sarpullido es una erupcion de humores viciados, cuya presencia anuncia la crísis de afectos interiores herpéticos. Estas suertes de enfermedades acometen á todas las edades y clases de la sociedad. El vicio herpético se introduce en la economía animal por una multitud de semillas, y se extiende por mil raices. Una inmensa multitud de causas exteriores contribuyen á su produccion y á su desarrollo.

El método de clasificacion adoptado demuestra la exîstencia de un gran número de especies de sarpullidos. La analogía asombrosa de ciertos carácteres físicos; el influxo de la edad, del sexô, del temperamento, de las condiciones, de las profesiones, de los hábitos, son todas ya cosas demostradas; mil aserciones, enfin, enunciadas en los libros del arte, acerca del origen hereditario, de la propagacion y crísis de los sarpullidos, han sido justificadas y manifestadas hasta la evidencia en el hospital de San-Luis.

Exîsten, pues, muchos géneros de herpes ó sarpullidos; pero seria sobrado largo el considerar la variedad de sus síntomas, de los cuales unos, muy espantosos, son por fortuna raros, aunque muy ciertos y probados. No hablarémos mas que de los géneros mas frecuentes; el pustuloso y el roedor. El uno tiene por carácter especial el producir pústulas

mas ó ménos voluminosas y mas ó ménos cercanas, que forman una costra que se seca, cae y se reproduce de nuevo. El otro aparece tambien con pústulas y llega á ser una úlcera roedora. Estas dos suertes de herpes aparecen bien comunmente, y por desgracia, en el rostro.

La acrimonia de la bílis, ó un vicio particular de las serosidades de la sangre pueden ser las causas ocasionales de los herpes; son hereditarios, pero no contagiosos, como lo piensa el vulgo. Su intensidad es mayor en los ancianos. El influxo del temperamento sobre su reproduccion es de una evidencia manifiesta. En las mugeres, la epoca critica de la edad puede ser una de las causas que produzcan el sarpullido. Ciertas bebidas y alimentos le propagan con mas actividad; un alimento ardiente hace experimentar á los que adolecen de este achaque una picazon mas viva.

La curacion interior, que se suele emplear contra el sarpullido, no consiste mas que en paliativos, cuyos únicos efectos son de neutralizar momentaneamente la violencia de la erupcion; pero luego los síntomas vuelven á parecer con mas intensidad. Para obviar al mal, importa seguir la única via practicable en semejante circunstancia, y de atraer estas erupciones y someterlas á aquellos solos principios que pueden efectuar la curacion de las demas enfermedades.

Ya diximos que la causa de las enfermedades no existia en el sitio de los síntomas; que era menester

buscarla en la canal alimenticia, laboratorío de donde salen todos los humores, ó bien en su estado natural, ó bien alterados. Es principalmente en la curacion del sarpullido que se manifiesta este principo en toda su fuerza y verdad. Algunos prácticos atacan las hérpes en el cútis; mas no hacen otro que mantener el mal por medio de unos paliativos mas ó ménos acertados, y entretanto el mal no hace mas que crecer y empeorar en silencio. Nosotros, sin valernos de ninguno de aquellos tópicos falaces, atacamos el mal en su origen ó raiz; evacuamos las vias digestivas, y purificamos los humores mórbidos con el único medio que los pueda depurar todos á la vez, y libre ya el centro de aquel gérmen corruptor, la circunferencia debe llegar á verse sana y sin mancilla, y el cútis debe ser libertado del vicio herpético.

Podriamos citar aqui una multitud de testimonios, todos à propósito para demostrar que este método es uno de los mejores que se puedan oponer á este genero de enfermedades del cútis. Hemos pensado que seria demasiado prolixo el referirlos; el uso y empleo de nuestro método en estas circunstancias es de una suma simplicidad, y sus resultas casi siempre felices, y no tememos el décir que debe ser preferido á todo otro en mil casos analogos.

Hemos sido consultados por un hombre de cincuenta años, cuyas funciones le obligaban á fre-

cuentar la sociedad; tenia la cara cubierta de un sarpullido harinoso (*herpes furfuraceus*), y desesperaba de su estado. Es preciso añadir que el afecto se dirigia á menudo y se fijaba en el organo del pulmon, y que entonces el paciente parecia oprimido de una manera funesta. El mal y sus circunstancias han cedido al influxo del método curativo que nosotros le indicamos. Nos atrevemos á esperar que ya no volverémos á ver dichos herpes, como sucede á menudo en un achaque cuya curacion es tan dificil, y que, semejante á la hidra, parece renacer de sí mismo.

Si hubiéramos podido dudar de la verdad de estas aserciones, nos hubieran sido estas confirmadas, en vista de los muchos individuos que se han presentado en nuestro gabinete de consultas; en efecto, los unos tenian un sarpullido furfuraceo; otros se quexaban de un sarpullido escamoso, este de un crustaceo, aquel de uno pustuloso : y es precisamente el conjunto de todas estas observaciones que hemos estado en el caso de hacer, que nosotros hemos inferido y deducido el método curativo que mas convenia en esta materia.

Estamos hoy bien persuadidos, que existen algunos herpes, en los cuales los movimientos de la naturaleza son evidentemente depuradores; en esta circunstancia, cuando hemos reconocido que procedian de una alteracion particular del sístema cutáneo, y que el fin á que parecian tender, era el de expeler del cuerpo una materia estrangera ó

nociva, hemos dicho con franqueza á los enfermos: *Absténganse Umds. de todo remedio, y sigan rascándose enhorabuena.*

Siempre hemos observado que muchas veces era menester variar los medicamentos en las enfermedades crónicas, y especialmente en las cutáneas; pues las substancias medicinales, á las cuales la naturaleza está acostumbrada, raramente producen efectos saludables. Un remedio nuevo proporciona algun alivio á los enfermos. Las leyes fisiologicas explican facilmente este fenómeno. Tenemos por costumbre el preguntar á las personas que vienen á consultarnos, cuales son los remedios que han empleado? estos habian hecho uso de la dulce-amarga; aquellos de la escabiosa; unos de la bardana, de la fumaria, otros del trébol de agua, y del zumo de trinitaria silvestre, que habiamos indicado nosotros mismos, mezclado con suero clarificado; y bien, los enfermos de achaques herpéticos no han curado, malgrado el uso y empleo de dichas plantas, que los libros de medicina indican casi como unos específicos.

¿Ha justificado siempre la sana experiencia los grandes elogios que se han dado al azufre y á las aguas minerales sulfúreas? No tratarémos de exponer como obran sobre el sistema cutáneo dichos remedios; pero muchos achacosos de sarpullidos han quedado en el mismo estado, despues de haber hecho uso de ellos.

Enfin, veamos si, en esta enfermedad rebelde,

debemos indicar los purgativos como específicos. Para resolver la cuestion, bastará citar al profesor Alibert, á quien se encuentra siempre en la memoria y bajo la pluma cuando se trata del sarpullido; véase aqui como se explica:

« Prescindiendo de los medios particulares que
» se pueden señalar á los prácticos, como especial-
» mente apropiados á la curacion del sarpullido,
» hay medios generales, de que importa determinar
» el empleo; cuales son v. g., los purgativos que
» pueden ser de un socorro muy ventajoso, y que
» en ciertos casos son de una necesidad indispen-
» sable. Hase observado que la especie de pertur-
» bacion producida en la economía animal por la
» accion del azufre y otras preparciones médicas,
» da constantemente lugar á un cúmulo de materia
» saburral en el estómago y en el conducto intes-
» tinal. Esta es una indicacion precisa de haberse
» de evacuar el hogar impuro de las primeras vias;
» si se descuidan los purgativos, la curacion queda
» incompleta ó poco duradera; ademas, estas suer-
» tes de remedios se emplean con mas ó ménos
» prudencia, segun la edad, los individuos, los
» fenómenos concomitantes, etc.; son adecuados
» para los niños, los temperamentos biliosos, y en
» ciertas estaciones mas bien que en otras. »

Muchas veces hemos empleado con los individuos que nos han venido á consultar, el modo de curacion consignado en las obras de materia médica. No hemos logrado ningun buen exîto, cuan-

do hemos querido calmar la irritacion por medio de las aplicaciones emolientes, de los baños tibios, de las bebidas desleyentes, mitigantes, ni aun con un régimen suave y vegetal: hemos visto muchos enfermos, que tenian el estómago debilitado por la gran cantidad de tisanas hechas con la dulce-amarga, la fumaria, el trébol de agua, la escabiosa silvestre, la romaza, la saponaria, la corteza del olmo piramidal, etc. Y persuadidos en fin de la insuficiencia de los medios tan altamente recomendados para la cura de las afecciones herpéticas, hemos indicado á ciertos individuos que adolecian de ellas, con gran suceso, el uso de un jarave depurativo, preparado con grande estudio por nuestro boticario: su empleo ha ido ó acompañado ó seguido de baños, al agua de los cuales nosotros haciamos añadir una pasta compuesta. Este método, seguido de nuestros evacuantes, ha obtenido los mas felices resultados, y cada dia nos felicitamos mas y mas de haberle continuado con perseverancia en muchos casos análogos.

§ V. — De la Oftalmía, ó mal de ojos.

La oftalmía puede definirse una flegmasia de la adnata, ó tunica exterior del ojo: no entrarémos en el detalle por menor de las causas que pueden causar y motivar dicho afecto.

El órgano de la vista, tan complicado en su estructura, tan delicado en todas sus partes, es el

objeto de un descuido culpable y casi general; no podemos, pues, menos de aplaudir el zelo del señor *Reveillé-Parise*, cuando le señala en su obra de la *Higiene ocular*. « Se evita, *dice*, un sonido » que hiere al oido; no le agradan al olfato mas » que los olores suaves; no quiere el gusto sino » sabores dulces ó de un picante agradable, y ja- » mas acres ó sobrado ardientes; el tacto mismo » no busca sino los cuerpos pulidos, las formas » redondas, las superficies suavizadas: ¿Por que » fatalidad acaece, pues, que la vista, cuya sensi- » bilidad es muy superior á todos los otros senti- » dos, esté continuamente herida por unos excesos » de toda especie en el régimen, por las luces » demasiado vivas [1], y muchas veces artificiales; » por una aplicacion seguida, por unos contrastes » de colores muy vivos, diferentes y como opues- » tos; y por este cúmulo de objetos resplande- » cientes que nos rodean, y cuyos reflexos lumi- » nosos hieren nuestros ojos en todos tiempos, si- » tios y direcciones? »

Está expuesto este órgano á una multitud de afectos patológicos, sin que se les pueda asignar

1 Las lámparas, dichas vulgarmente *quinquetes*, han sido una de las invenciones mas funestas á el órgano de la vista. Nuestros salones de grandes reuniones son como un vasto foco de enfermedades de los ojos, como del pecho, con motivo del gran número de quinquetes y del calorico de nuestras chimeneas; debieran ser estas al menos no tan considerables, en los dias de gran recepcion.

alguna causa exterior, ni alguna lesion que provenga de á fuera. Las obstrucciones de dicha aduata ó túnica, los derramamientos sanguinos y linfáticos, unas escrecencias cancerosas, el aumento de los humores viciados y acuosos; y enfin, una caterva de otras lesiones orgánicas se manifiestan espontaneamente, y alguna vez con unos caractéres espantosos.

En general, los baños de pies son muy útiles en todos los casos en que la sangre sube y se dirige con grande abundancia á la cabeza. Tienen la ventaja de poder ser administrados cuando se juzgue á propósito; y aunque reiterados diariamente ó dos veces al dia, no debilitan como los baños enteros. Ofrecen, pues, en la oftalmía un recurso precioso, que no se debe olvidar. Se debe cuidar que el agua sea tan caliente como el enfermo la pueda soportar. En casi todas las circunstancias de la oftalmía, se podrá echar en el baño un puñado de sal comun, y la cuarta parte ó la mitad de un frasquito de *quinta-esencia etérea*, la que comunicará al agua unas propiedades estimulantes, y sobretodo, hacerse frotar las piernas y los pies con una suficiente cantidad de dicha esencia caliente.

Muchas veces la oftalmía es unicamente sintomática, y depende de una irritacion que se ha fixado en el aparato gastro-intestinal. En efecto, es principalmente en dicha túnica y en los párpados que el tumor y el dolor se establecen y permanecen mas tiempo en las crisipelas de la cara, porque

están mantenidas por el estado mórbido de las vias primeras. Este caso presenta algunas indicaciones particulares que deben de tenerse presentes, y conforme á las cuales se debe obrar; primeramente la plenitud, la dureza y la frecuencia del pulso, la violencia de la inflamacion, la cefalalgía *susorbitaria*, el color amarillento de la cara, el amargor de la boca, la costra espesa y cenagosa de la lengua, la desgana, las bascas, en una palabra todos los síntomas que prueban estar atacado el sistema gastrico, se reunen para ilustrarnos sobre la naturaleza del achaque. Entónces las sangrias serian nocivas; se ha de recetar al enfermo el uso de las bebidas laxàtivas; el suero ó el caldo de yerbas, á que se añaden talcual paquete de nuestra *sal desopilativa* han logrado un frecuente y provechoso suceso; mucha ventaja se ha sacado tambien de las lavativas con nuestra *locion purgativa*, mezclada con tres ó cuatro cucharadas de aceyte de olivas.

¿Hablarémos aquí de los medios exteriores ó tópicos, generalmente conocidos baxo el nombre de colirios? Éstos últimos son emolientes, anodinos, astringentes ó resolutivos. Cuando el ojo está muy irritado y dolorido, los colirios emolientes pru ban muy bien; tales son el agua tibia, una decoccion de malvavisco ó de semilla de lino, disuelta en una cantidad suficiente de agua, con que se lavan los ojos, añadiendo á cada vaso de dicha agua una gota de *esencia etérea*. La leche caliente será tam-

bien útil; pero es menester no abusar de estos medios, y luego que los dolores cesen de ser sobrado agudos, se asociarán los resolutivos á los emolientes; porque el uso demasiado prolongado de estos últimos, relaxaria los vasos de la adnata, y haria degenerar en oftalmía crónica la que solo era aguda. Cuando las oftalmías tienen una causa exterior, *el sulfate de zinc* y *el acetate de plomo* han sido singularmente ponderados, disueltos simplemente en agua, ó mezclados con una decoccion de sahuco, de meliloto ó de camamilla, en dosis de algunas gotas. Se empapará tambien con dicha agua un cabezal, que sirve para cubrir el ojo durante la noche. . . . .

Conocemos un individuo que padecia mucho tiempo hacia de una inflamacion en la adnata, y á la cual se habian opuesto inutilmente las sanguijuelas y los antiflogísticos. En la consulta que le remitimos, habiamos pensado que estableciendo un punto de irritacion en la nuca, desaparecería poco á poco la causa de la oftalmía, y que así lograria el sanar de dicho achaque; sin embargo, un vexigatorio aplicado en aquella parte no produjo el menor efecto; el remedio en esta parte estaba como subordinado á ciertas particularidades individuales. Somos de parecer que dicho remedio no puede tener buen exîto sino en personas nervosas y muy sensibles; y generalmente hablando, en las personas de una constitucion robusta léjos de operar una derivacion saludable, el vexigatorio estimula y perju-

dica en tal caso mas á menudo que no proporciona alivio.

Así todo demuestra, que los purgantes pueden presentar un modo de curacion completa y sin ningun inconveniente. Los otros medicamentos no son mas que paliativos siempre insuficientes, y muchas veces peligrosos.

Si se aprecia como debe el sistema que hemos desarrollado en muchos capítulos precedentes de este Manual, y si todo el mundo quisiera convencerse de las relaciones mas que simpáticas de las funciones digestivas con la universalidad de nuestros órganos, se deberia en una oftalmía, de cualquiera naturaleza que fuese, recurrir al uso de nuestro método. Esta diversion no tardará en aliviar el órgano de la vista, y los humores purificados en las vias digestivas, no llegando ya á los ojos con las calidades deletéreas que habian determinado el achaque, el enfermo se sentirá aliviado, y sanará en poco tiempo.

Necesitaríamos un volumen entero para insertar las cartas que se nos dirigen de todas partes, para congratularnos con motivo del suceso de nuestro método en varios casos patológicos.

Tenemos á la vista una muger atacada de la gota serena, cuyo origen era una crísis de la leche: esta enfermedad ha cedido totalmente al uso de los medios que nosotros le hemos indicado.

Hemos tambien recibido la carta siguiente de un profesor de humanidades, quien sanó com-

pletamente de una oftalmía, gracias á nuestro método.

Muy Señor mio,

Una aplicacion continua al estudio, aun durante la noche, me habia debilitado sumamente la vista. Una inflamacion de este órgano apenas me permitia el sostener algunos instantes de lectura. Conforme al consejo del médico, me abstuve durante algunas semanas de todo exercicio relativo á mis funciones. Este sosiego no pudo volver á mis ojos el vigor que habian perdido. Entónces hice uso de varios remedios exteriores, pero tambien inutilmente. Un humor seroso vino por fin á extenderse sobre el órgano en que habia cesado la inflamacion; ya no veia sino á traves mil nubes que le recorrian en todas las direcciones, y por la mañana, al despertarme, mis párpados, pegados uno con otro, no se podian separar sino despues de haberlos humedecido con agua de llanten; pero entónces tenia mucho trabajo para soportar la luz del dia. Uno de mis amigos, recien llegado de la capital, con quien hablé del mal estado de mis ojòs, me dixo: « Amigo, lo que haces para sanarte, es absolu- » tamente inútil; es preciso acometer al mal en su origen: » es preciso agotar aquellas serosidades que se han diri- » gido hácia el órgano de la vista. Necesitas tomar un » buen purgativo: se habla mucho de uno, cuyo efecto » es infalible en orden á la curacion de la oftalmia. »

Segui el consejo de mi amigo; hice comprar en casa del señor Werner, el boticario de Umd. en nuestra ciudad, un frasco de dicho medicamento; y le empleé del modo indi-

cado. El tratamiento ha durado un mes, y de ocho dias á esta parte mi vista se halla perfectamente restablecida.

Le saludo, etc.

Firmado M***,
Profesor y Bachiller.

Estrasburgo, 25 de avril de 1820.

En nuestro gabinete de consultas se nos presentó un mancebo jóven, y nos expuso, que adolecia de una oftalmía que calificamos de crónica, despues de haberla exâminado, y sobretodo segun la relacion del consultante. Atribuia la dicha oftalmia á un trabajo excesivo y á unas lecturas continuas; pero es constante que solo habia sido provocada por un vicio particular de su constitucion, y que necesitaba el uso de unos medios convenientes para combatir aquel vicio. La imaginacion del enfermo le atribuia á una repercusion reumatismal ó herpética; pero se engañaba, porque este género de crisis es muy rara hácia la cuenca del ojo. Mas bien era una diátesis escrofulosa, que generalmente es la mas comun de todas las oftalmias crónicas, especialmente en los niños que son mas propensos á ella que no los adultos. Nos determinámos á aconsejarle un vexigatorio en la region del pescuezo, prescribiéndole el mantener cuidadosamente esta depuracion. Los medios interiores apropiados á las escrófulas, como los anti-escorbúticos, los amargos, los mercuriales, y sobretodo un xarabe en el que se agregó la cicuta. Le fueron ordenados ademas algunos medios interiores, los mas propios para combatir las escrófulas, como nuestro *vino depurativo anti-escorbútico*, y sobre todo un cierto xarave depurativo. Una mejoria evidente siguió esta curacion, que terminó

con algunas dósis de nuestros evacuantes que él se habia procurado en Ruan, y su curacion fué completa. Pocos dias ha tuvimos ocasion de volver á ver á este jóven, y nos dió mil y mil gracias por nuestros buenos consejos.

El señor obispo de Namur, venerable anciano de ochenta años, tenia la vista debilitada de tal suerte, que apenas podia ver con el socorro de los espejueles. Hizo comprar, poco tiempo ha, en casa del Señor Hustin, empleado en el correo, algunos frascos de *quinta-esencia etérea*. Y el 16 de julio de este año 1823, supimos, con una suma satisfaccion, por una carta de dicho empleado fecha de 11 del mismo mes, que este respetable prelado habia recobrado perfectamente, gracias á la *quinta-esencia*, la vista que estaba á punto de perder enteramente, y que habia vuelto á encontrar, segun èl mismo decia, *sus ojos de quince años*. Mezclaba todas las mañanas una gota de la esencia en un vaso de agua, para lavarse y limpiarse los ojos.

Un individuo de cerca de cincuenta años, vino á consultarnos con motivo de una oftalmía crónica que afectaba la adnata en la parte de los párpados, y que habia sucedido á una oftalmia aguda; la caracterizaban solamente un dolor momentáneo que se manifestaba por el color roxo y la hinchazon de los párpados, la debilidad de la vista, y una emision continua de lágrimas. El paciente atribuia esta especie especifica á un veneno venereo. Y tuvimos trabajo en disuadirle de dicha idea, tanto mas que los órganos sexûales estaban exêntos de infeccion, y que ningun otro sintoma concomitante habia aperecido. Inutilmente habia empleado primeramente los colirios

emolientes, y en seguida los repercusivos. Creímos deber indicarle un nuevo régimen en sus alimentos y en sus bebidas; no nos hemos descuidado en prescribirle los baños de pies irritantes, en los cuales entraba la *quintaesencia etérea*, las lavativas frecuentes á las que se agregaba una fuerte dósis de la *locion purgativa*, y que habian sido precedidas de un sedal en la nuca. Este enfermo va infinitamente mejor, y se aplaude del método de curacion que nosotros le prescribimos.

§ VI. — De la calentura y de los febrífúgos.

Cuando consideramos la inmensidad de escritos que se han dado á luz sobre las calenturas, las teorías versátiles, la variedad de opiniones, las eruditas divagaciones y tantos comentarios sobre mil y mil hechos sumisos á eternas disputas, nos hallamos condenados á la mas penosa hesitacion; no sabemos á que sistema nos hemos de adherir.

Si el plan de nuestra obra y de este parágrafo nos permitiera hacer la exposicion y trazar la historia de las calenturas, ¿cual sería nuestro guia? porque se han escrito millares de libros sobre estos achaques: en todas partes encontramos hermosos modelos de descripciones aislados, y admiramos un sin número de clasificaciones mas ó ménos ingeniosas; pero nos hallamos reducidos á marchar á tientas y como por las regiones del vago espacio, desde el punto en que queremos buscar en los libros los medios de adquirir un conocimiento positivo, sobre

la naturaleza, las causas cercanas de las calenturas y su curacion.

Los patologistas, tomando muchas veces los efectos por las causas, y confundiendo los síntomas con las lesiones que los producen, han colocado en sus cuadros, como calenturas esenciales, ciertas enfermedades que, en nuestra opinion, no deben de llevar aquel nombre.

El ilustre autor de la *Nosografía filosófica*, el profesor *Pinel*, guiado por la anàlisis, ha esparcido y difundido una gran luz en este caos. En ciertas clases de calenturas, como lo observa en su obra, la serie sucesiva de los síntomas se desarrolla con una suerte de regularidad y de armonía, cualesquiera que sean por lo demas la agitacion y el estado doliente del enfermo; lo que suele anunciar una reaccion favorable, y hace presagiar una dichosa terminacion. En otras clases, los síntomas nervosos y espasmódicos no ofrecen mas que irregularidad ó desórden, unas alternativas de irritacion ó de flojedad y de decaimiento, enfin, unos signos siniestros que se han observado igualmente en la mas remota antigüedad, y que han sido reconocidos y confirmados por las observaciones de los médicos mas ilustrados de todos los siglos.

Las calenturas son las enfermedades mas comunes y familiares á la especie humana; acerca de ellas se han exercitado tambien ciertos espíritus falsos y superficiales con mas libertad, ó con mas desventaja para los progresos de la ciencia. ¿Como

seria posible reconocerse en el laberinto informe donde nos coloca una erudicion vasta, pero sin criterio? ¿Como esperar el salir de allí con felicidad?

Dichas enfermedades han sido observadas y descritas en todas las regiones, y durante las estaciones mas variadas. Ya se conocen todos los escollos en que se puede caer: desde el nacimiento de la medicina, Hipócrates los habia observado y delineado como un hombre de un talento creador. Sin embargo, ha dexado incompletos una infinidad de objetos, exceptuando los signos fundamentales del pronóstico. Y ¿porque debe esto de sorprendernos? ¿No se ha necesitado el concurso de muchos siglos de observaciones, para trazar individualmente los caractéres genéricos de las calenturas continuas, sean benignas, sean malignas ó perniciosas, y para considerarlas, ya en su estado de complicacion, ya en otras variedades accesorias propias á modificar su marcha? ¿Acaso podia el padre de la medicina, en una época tan remota, exponer las formas tan estrañas y casi contradictorias que, alguna vez, toman las fiebres gástricas ó biliosas, distinguir y profundizar las mocosas, consideradas en sus varios tipos, determinar el carácter peligroso de las calenturas intermitentes perniciosas, y los medios casi seguros de suspender su curso?

No entra en el cuadro de nuestra obra el discutir estos varios sistemas, señalarles el puesto que merecen, ni resolver enfin un problema que nos parece de una solucion dificultosa. Nuestro fin es

ilustrar al lector y no deslumbrarle con palabras. Como estas divisiones y subdivisiones que se extienden á lo infinito, no reposan ni se fundan mas que sobre fundamentos frívolos, segun nuestra opinion, y no han logrado sino un crédito pasagero, no examinarémos aquí mas que las calenturas intermitentes, de las que nuestros medicamentos, empleados como febrifúgos, han triunfado muy á menudo. Quizá no es exacta ni precisa la denominacion de febrifúgo, pues ningun medicamento obra sobre la calentura misma, por una propiedad específica que neutralize esta enfermedad, como un alkali neutraliza un acido. Seria mas exacto, en el idioma de la materia médica, el decir que no exîsten febrifúgos en toda la accepcion de esta voz. No obstante, como hay muchos medicamentos que por su modo de operar sobre la propiedades vitales, se oponen á la recaida de los afectos mórbidos periódicos, y especialmente en las calenturas intermitentes; como los medicamentos á que hemos recurrido para la curacion de estas son del mismo género, les hemos conservado el nombre de febrifúgos, por mas vago que sea, porque el uso lo ha consagrado asi, desde mucho tiempo acá.

Quizá seria hacer la sátira mas amarga de la medicina el referir aqui los principios fundamentales de la curacion de las fiebres, é indicar las substancias vegetales ó minerales que se han usado alternativamente para sanarlas.

Las substancias que obran de un modo mas evi-

dente contra las fiebres intermitentes, son muy numerosas, y, al primer aspecto, parecen pertenecer á unas clases diferentes de medicamentos; sin embargo, pueden todas, segun sus efectos inmediatos sobre la economía animal, colocarse y clasificarse en dos divisiones principales; las exitantes y las tónicas.

Nuestro plan no es de citar aqui las substancias minerales, ó vegetales, ó alkalinas, los tónicos vegetales puramente astringentes, y los astringentes y amargos á un tiempo. Cuando un práctico procura producir y operar una curacion anti-febríl, se dirige siempre á determinar primeramente una excitacion ó una suerte de astriccion, mas ó menos extensa en la canal intestinal.

El médico que quiere operar un efecto pronto, à fin de precaver la vuelta de los accidentes, determina una excitacion momentánea en la canal intestinal y unas evacuaciones alvinas. ¿Que cosa mas útil entónces que un medicamento, cuyo efecto inmediato es de dar tono y evacuar al mismo tiempo? No obstante en varios casos, es bueno el asociar este medicamento con los amargos; entónces las propiedades vitales, turbadas por el efecto del parasismo febríl, vuelven á su medida y tono natural; los movimientos se efectuan de una manera mas regular; el frio disminuye, y la calentura desaparece gradualmente, mientras los órganos digestivos, que, por lo comun, se ven especialmente afectados, vuelven á tomar al mismo tiempo y poco á poco su

energía acostumbrada, así como los órganos de los sentidos y de la loco-mocion.

Pero el saber en que consiste realmente la propiedad anti-febríl, es lo que nuestros conocimientos clínicos no nos permiten todavía apreciar, y lo que quizás ignorarémos siempre; porque ¿ como pudiera nadie formarse una idea, ni dar razon de los efectos de tal ó tal medicamento en la economía animal?

¡ Que todo el mundo entre en desconfianza con respecto à los vomitivos, que los médicos vulgares y rutineros administran en semejantes circunstancias! Las conmociones que ocasionan han de ser infinitamente nocivas para unos cuerpos extenuados y debilitados ya por los accidentes anteriores, y la experiencia diaria nos demuestra con evidencia el riesgo de ellos.

Entre las consultas que hemos dado verbalmente ó por escrito, relativas á las calenturas intermitentes, hémos observado que se han manifestado casí siempre los síntomas sigaientes : unos descaecimientos espontáneos en los miembros, y talcual bostezos; la duracion del accidente mas ó ménos larga, casi siempre acompañada de calofrios y de castañeteo en los dientes; el cútis seco, pálido, acardenalado ó jaspeado; la boca seca, la respiracion embarazada, el pulso frecuente, apretado y desigual, la orina pálida, y en seguida un aumento y extension de calor, el cútis colorado, el pulso desenvuelto y frecuente; enfin, un sudor mas ó mé-

nos copioso de la cabeza, del tronco y de los miembros. Despues del accidente, un cierto mal estar, cansancio y debilidad.

Cuando el enfermo que nos consultaba se veia atacado por una de dichas calenturas en la primavera, le dejábamos correr todos los periodos, y no le administrábamos nuestros medicamentos sino hácia la terminacion de la enfermedad, que suele acabar mas pronto que en el otoño. En ambas circunstancias, siempre hemos fixado la atencion en el embarazo gástrico é intestinal, y generalmente, solo despues de haber visto calmarse los síntomas de la irritacion, hemos indicado los remedios de que hablamos con tanta frecuencia en esta obra.

En apoyo y confirmacion de la bondad del método de que vamos tratando, citarémos solo la siguiente observacion:

El año pasado, el Señor Lefevre Mergez, hijo, negociante en Arcis-sur-Aube, vino á suplicarnos pasásemos á dicha ciudad, con el objeto de asistir á su madre, de edad como de cincuenta años, y que adolecia de una fievre continua, que habia antes precedido otra intermitente. Cuando llegamos allá, la enferma no podia tragar cosa alguna; estaba ya amenazada de un como principio de marasmo, que complicaban mas y mas ciertas violentas accessiones de calentura: sobretodo, la aquejaba mortalmente una cierta idea de que no sobreviviria, porque su madre y su abuela, decia ella, habian muerto al llegar á su misma edad. Nuestro primer cuidado fue el de favorecer la deglucion, y calmar la irritacion y la in-

flamacion de la boca, recetándole unos gargarismos con agua de malvavisco, una cabeza de adormidera, y pan de especias y leche. Dos dias despues le prescribimos una fuerte infusion de camamila, á la que se añadia, por cada taza, una cucharada de vino de quina, que nosotros habíamos hecho preparar en casa del señor Caventou. Las accesiones de fiebre fueron disminuyendo poco á poco; enfin, le hicimos tomar una copita de dicho vino de quina dos ó tres veces al dia, y la calentura desapareció enteramente. Sus dos hijas tenian la atencion de hacerle frecuentes fricciones desde los pies hasta la cabeza, con sus manos empapadas de *esencia etérea* y de aceyte de almendras dulces. La familia agradecida nos repite y nos da pruebas á menudo de su cordial afeccion.

CAPITULO VIII.

Achaques y enfermedades de las mugeres. — De la Menstruacion ó edad nubil. — Purgacion blanca ó leucorréa. — Lactation; enfermedades de la leche. — Edad crítica de las mugeres.

§. I. — Achaques y enfermedades de las mugeres.

La muger, privilegiada y favorecida por la naturaleza baxo tantos aspectos, parece al mismo tiempo haber sido condenada por ella al sufrimiento y al dolor. La que hace las delicias de la sociedad, no recibe otro, por decirlo asi, que tormentos en cambio, y su misma hermosura saca su principio de su propia debilidad.

El Criador, que vigila con tanto cuidado á la conservacion de su obra, ha querido reunir el hombre y la muger con vínculos indisolubles, quiero decir, por las necesidades. Dió al hombre la fuerza para amparar y defender la belleza impotente, y á la muger la hermosura para encadenar y sujetar la fuerza que debe protegerla.

Por consiguiente, las reglas cambian con res-

pecto al método que se ha de seguir con la muger, y con respecto á las precauciones que se deben tomar para conservar su salud.

Ménos elevada de estatura, el sistema de los huesos en ella es mas delgado y ménos fornido; las articulaciones ménos salientes contribuyen y añaden à la ligereza de sus movimientos. Pero los músculos menos pronunciados y marcados disminuyen no ménos su energía; el corazon ménos voluminoso ocasiona una circulacion menos rápida; el celébro es poco mas pequeño que en el hombre; lo mismo dirémos de los dos lóbulos del pulmon, lo que contribuye á relaxar la actividad de la respiracion. Generalmente su temperamento es mocoso y linfático. El tejido celular es muy abundante en toda la superficie de su cuerpo; esta misma abundancia es la verdadera causa de la blancura y brillo de su tez, y tambien de la exûberancia de aquellos jugos humorales blanquizcos que la exponen à unas alteraciones tan grandes.

Mas débil en general, y mas susceptible de impresiones que no el hombre, debe recatarse y tomar mucho mayores precauciones. Rodeada de escolles, que no tiene la fuerza de superar y vencer, no puede caminar con sobrada prudencia. Todos los excesos le han de ser vedados, y no puede abusar de nada impunemente. Asi no cesarémos de recomendarle la temperancia, la sobriedad, el uso de los alimentos de una digestion fácil, la abstinencia de los vinos demasiado generosos, ó de los

licores fuertes, un exercicio moderado, un sueño que no sea prolongado, y principalmente un modo de vestir que la exponga ménos á las intemperies de los climas y de las estaciones. ¡Pero, como será posible persuadirla y hacerle entender la razon sobre el último punto! La moda habla, y siempre imperiosamente para un sexô tan propenso á prestarle su obediencia, como un esclavo sumiso. ¿No preferirá el pagar con su salud, y aun con su vida, una obediencia pasiva á aquel despotismo, mas bien que atender á los consejos de la razon y de la prudencia? Quizá no lograrémos el hacernos escuchar; pero seriamos culpables si no lo hubiéramos probado y ensayado.

Desde su nacimiento hasta la edad de pubertad, la muger no presenta mas que las enfermedades comunes al otro sexô; la denticion, las viruelas, el sarampion, la toz infantina y convulsiva, las enfermedades verminosas, etc.; pero no es asi á la edad de pubertad. Una gran revolucion se opera y verifica entonces en su sistema; un órden de fenómenos, nuevos para ella, viene à turbar sus ideas, y presentarle un nuevo ser en el centro de sí misma, ser, que su imaginacion no se hubiera podido crear. La naturaleza se prepara à un gran sacrificio, y va á empezarle por unas grandes conmociones. Los órganos de la generacion, abandonando su nulidad primitiva, conciben y adquieren una cierta turgencia que los hace como el centro de la vida misma, y que nos explica el verdadero origen de

todas sus irregularidades como de todos sus dolores.

La muger, en la edad que estamos describiendo, todavia no ha hecho mas que el primer paso en la carrera que está condenada á recorrer. Los cuidados de casa, las penas domésticas, la concepcion, los nueve meses del embarazo, los violentos dolores del parto, mas crueles quizás que los nueve de padecimientos que le han precedido, las consecuencias y seguida del parto, la asiduidad de la lactacion y las precauciones que esta exîge, la ocupan, la sitian, por decirlo asi, noche y dia, y la atormentan sucesivamente. Enfin, cada dia de su exîstencia matrimonial debe de añadir una espina á su corona, y multiplicar las alteraciones de su salud.

La muger nunca debe de perder de vista que la templanza en todo es el único preservativo de su sexô. Huya de los excesos de los placeres ruidosos, y de las noches prolongadas en el tumulto de las tertulias.

En suma, la muger cuyo temperamento abunda en mocosidades, ó es especialmente linfático, está expuesta en todos tiempos á un exceso de humores que ofrece mas de un peligro.

§ II. De la Menstruacion.

Se entiende por esta palabra una evacuacion sanguina, que se manifiesta por la vulva en las muchachas á la edad de la pubertad, y en las mugeres, á unas épocas periódicas, regularmente de veinte y ocho á treinta dias. Empieza en nuestros climas á la edad de doce á catorce años, y acaba á la de cuarenta y cinco á cincuenta.

No puede ponerse en duda, que cuando empieza esta evacuacion á declararse por la primera vez, no vaya acompañada de síntomas mas ó ménos molestos, segun el grado de facilidad que experimenta al haber de manifestarse. En efecto, á esta época, la matriz que adquiere un considerable aumento, viene á ser como el centro hácia el cual la naturaleza dirige todas las fuerzas de la vida. De pasiva que antes era, concibe de repente una sensibilidad é irritabilidad que, elevadas al grado mas alto, exercen el influxo mas activo en el resto de la economía. De hácia todas las partes del cuerpo, se derrama y accumula allí una cantidad muy grande de flúidos, resultando de aqui un estado de hinchazon, de obstruccion y aun de plétora, que produce la mayor parte de los fenómenos que se notan en esta circunstancia.

Al instante en que la menstruacion se va á establecer, se manifiesta generalmente, en las muchachas, un corrimiento de una materia flúida, blan-

ca, casi siempre preludio de la evacuacion menstrual; por lo comun, dicha evacuacion se anuncia por unas agitaciones generales, dolores vagos, pesadez en los lomos y muslos, entorpecimiento en los miembros; los pechos se hinchan y se endurecen, las partes sexûales se entumecen, los ojos parecen tristes, abatidos y doloridos; la cabeza está sobrecargada de vértigos y de pesadez; hay ansias precordiales; un calor vivo se concentra hácia el epigastro, ó parte superior del estómago; los bostezos se suceden de cuando en cuando, unos á otros; enfin, este estado dura hasta el instante en que la evacuacion sanguina se manifiesta á fuera.

Desde que la menstruacion haya tomado el curso que la naturaleza le indica, será menester vigilar á fin que nada estorbe ni impida su vuelta periódica. La segunda época especialmente ha de ser el objeto de una atencion particular. En los climas frios, en las estaciones rigorosas, las muchachas en esta situacion han de evitar las intemperies del ayre, el uso del agua fria, las impresiones demasiado vivas, de cualquiera naturaleza que sean, y sobre todo la contrariedad [1]; la extrema susceptibilidad que las afecta entonces, impone el deber á los que las tratan y frecuentan de no irritar en ellas el sistema nervoso. La tercera y la cuarta

[1] Véase nuestro *Oraculo de la salud*, en que hablamos de las contrariedades y oposiciones que expermientan talvez las jóvenes muchachas en las casas de educacion.

época no piden menores precauciones. Mas dirémos aun : las mugeres que miran con la debida atencion por su salud, aquellas mismas en quienes la menstruacion se deja ver con mas regularidad, habrian de ceñirse toda su vida á este régimen higiénico. Es el medio infalible de evitar una supresion, manantial inagotable de enfermedades.

Esta primera erupcion no tiene ménos influxo en el moral que en el físico de la muchacha. En esta época notable de su vida se vuelve triste y melancólica; se abandona á unas dulces extásis y devanéos ideales, y unas lágrimas involuntarias se escapan de sus ojos.

Las evacuaciones que pueden reemplazar las reglas, son, por una parte, la purgacion blanca ó el fluxo de vientre; y por otra, las supuraciones mas ó ménos abundantes, provocadas por un vexigatorio, un cauterio, una úlcera cualquiera. En este caso, seria imprudente el abandonar la muchacha ó la muger á unas semejantes evacuaciones; terminarian por précipartarla y constituirla en un estado irremediable de debilidad y languidez. (Véase mas adelante nuestro artículo *purgacion blanca.*)

El preñado y la lactacion son causas muy comunes y ordinarias de la supresion de las reglas, sin que la salud de la muger sufra ó se desordene por ello. Durante el embarazo, la sangre menstrual parece evidentemente destinada á suministrar al producto de la concepcion los xugos necesarios para su incremento. Lo mismo sucede durante la

lactacion. En cuanto á la desaparicion de las reglas durante la *edad crítica*, remitimos á nuestros lectores al parágrafo siguiente.

Entre un gran número de observaciones que podriamos citar aqui, de muchachas en quienes la aparicion de las reglas daba lugar à ciertas enfermedades, ó de mugeres mal regladas, que nos han manifestado su satisfaccion, nos limitarémos á las siguientes :

Una jóven señora de mucha consideracion, la señora condesa de L***, en vista de la gran nombradia de nuestros medicamentos, vino, algun tiempo hace, á consultarnos. Unas veces sus reglas se suprimian, otras, volvian á parecer á largos intérvalos, y en corta cantidad : resultaban de aqui constipacion, falta de apetito, dolores, pesadez de cabeza, vértigos, mal estar general y continuo. Habiase dirigido yá á varios médicos; habia executado sus ordenonzas, y puesto á contribucion todas las oficinas de los boticarios; pero todo en valde. Tres meses despues, esta señora nos escribió que *veia ya periodicamente, y que todos sus achaques habian desaparecido.*

Una madre de familia llegó á nuestro gabinete de consultas con su hija, que nos pareció de una constitucion robusta y de un temperamento sanguino; y sin embargo, la aparicion de las reglas experimentaba dificultades : se notaban en ella los síntomas siguientes : esta muchacha adolecia de frecuentes dolores de cabeza, de tufaradas y accesiones momentáneas de calor, de zumbidos en las orejas, y de aturdimientos; su sueño era interrumpido,

algunas veces experimentaba ciertos movimientos convulsivos, y lloraba y suspiraba sin motivo; el pulso era vivo y frecuente; estaba como oprimida, atormentada con cólicas, y la cansaba el menor exercicio; se quexaba sobre todo de una pesadez en los lomos, y de dolores en el empeyne ó bajo vientre. En estas circunstancias, el *toni-purgativo* no nos pareció de una indicacion precisa y absoluta. Y sin embargo de nuestra repugnancia por las sanguijuelas, y con la persuasion que una mano prudente puede alguna vez, en beneficio de la humanidad, sacar partido, hasta de los venenos mismos, consentimos en que se le aplicasen algunas sanguijuelas á la vulva, tomando en este caso todas las precauciones necesarias para que el remedio no fuese peor que el mal, y para que no expusiese á la enferma á los peligros descritos en uno de nuestros parágrafos anteriores. Ademas, prescribímos medicamentos revulsivos, y los baños de pies aguzados con una cantidad proporcionada de *quinta-esencia etérea;* aconsejámos al mismo tiempo un régimen alimentario, apropiado á las circunstancias, medios baños de asiento, muy calientes, un exercicio muy frecuente, y enfin distracciones de toda especie. Hémos sabido el buen exito de esta curacion.

El año pasado, una muchacha que se nos presentó acompañada de su padre, se hallaba en el mismo estado que la antecedente; probaba algunos síntomas de congestion hacia la cabeza; pero su rostro estaba sin color, sus ojos sin brillo, su pulso sin vigor; sentia ciertas palpitaciones aunque endebles, las arterias de las sienes latian con poca fuerza; digeria con trabajo, apetecia los alimentos indigestos, y aun los enteramente indigeribles; se quexaba ademas de una cierta pezadez en la parte su-

perior del abdomen y parecia sujeta á la leucorréa ó flóres blancas. En esta ocasion, prohibimos absolutamente toda emision de sangre; hubiera dilatado y talvez impedido el cumplimiento del fin de la naturaleza; pero el *toni-purgativo* fué administrado con el mas feliz suceso; se le aconsejámos en bebidas y le recetamos ademas unas lavativas con la *locion purgativa*, precedido el todo de baños de pies, irritantes. Prescribímos tambien un alimento substancioso y reparador, el uso del buen vino, del té, del café puro, casi sin azucar, los baños de asiento muy calientes y un exercicio frecuente y de poca fatiga. Estos medios curativos y este régimen han producido el mas feliz exito. La aparicion del fluxo menstrual ha hecho desaparecer todos los síntomas de que hemos hablado.

A beneficio de un instrumentillo en hoja de lata, procuramos dirigir hácia su órgano sexual algunas fumigaciones de plantas aromáticas, é hicimos ademas introducir en la canal de la vagina una espongilla empapada en agua caliente, á la cual se añadia una porcion de la esencia etérea; dicha pequeña esponja, atada á un bramante delgado, podia retirarse con facilidad; las fricciones tambien en los muslos, con dicha esencia y aceyte de almandras dulces, contribuyeron à aliviar á la enferma.

La señorita Berg***, de edad de diez y ocho años, habia tenido, desde la de diez, las glándulas obstruidas. A la época en que pareció la menstruacion, le sobrevino en el hombro y en la parte superior de los brazos una cantidad de granitos colorados á su basa y blancos á la punta, y de los que corria una materia serosa. De la reunion de todos estos granos se formó un inmenso sarpullido húmedo, contra el cual, durante cuatro años, se empleáron inutilmente los baños y todo género de tisanas. La madre

de esta jóven y tan interesante muchacha, despues de tantos gastos inútiles, no sabia ya, como suele decirse, á que santo encomendarse, cuando en 1822, oyó hablar de las curaciones operadas con nuestro método, en casos semejantes á el en que se hallaba su hija. Vino con ella á consultarnos. Prescribímos primeramente el uso de algunos granos salutíferos, á fin de tener el vientre despejado y libre, y le indicamos despues un sistema curativo, acompañado con un régimen adecuado á la naturaleza de la enfermedad. Tres meses despues, habia recobrado dicha señorita la alegría con la salud, y la regularidad del fluxo menstrual completó su perfecta curacion.

Commensacq, 22 de agosto de 1825.

Muy Señor mio,

Es de mi deber el instruir á Umd., como ya me lo encargó, acerca del resultado del método curàtivo que he seguido con la señora L.... mi hija.

Me parece haberle dicho á Umd. que tenia sus reglas suspendidas hacia ya tres años, y débil de salud desde entonces, su estómago solo llenaba sus funciones harto imperfectamente. La tiricia habia como desfigurado su gracioso rostro, y extendidose por todo el cuerpo, el cual ademas adolecia de un estado febril habitual. Se le previno tuviese cuenta con el primer amago y rezumo que ella sintiese, acompañado de hinchazon, opresion en el estómago y tufaradas de calor, y lo hizo asi en efecto. Tres dias antes de que expirase el período, segun el cual debian renovarse dichos síntomas, tomó ocho *granos salutiferos*. A la tercera evacuacion, se dejó ya ver el flujo

menstrual; la medicina ó purga produjo un efecto maravilloso. El fluxo continuó durante cinco dias, de un modo harto satisfactorio. A esta doble evacuacion ha seguido una notable mejoría, que es sin duda el anuncio de una curacion completa. En lo sucesivo, tres dias antes de que llegase su mes, continuó tomando cuatro cucharadas del *toni-purgativo*, cuyo efecto fue admirable. Al dia siguiente de dicha purga, se dejaban ver las reglas, sin que las precediese retortijon alguno de vientre, y la duracion, la cantidad y la calidad de aquellas, hacen presagiar ya un estado de salud completo. En efecto, continuan viniendo periódicamente y sin alteracion; su ictericia ha desaparecido al todo, su tez ha recobrado su hermoso color, y su apetito, y su ayre fresco y de una juventud lozana atestiguan su restablecimiento completo.

Al caer de la tarde, habia salido de mi casa á dar un paseito, y á mi regreso veo reunidos á mis hijos, y entre ellos la señora L.... Dispersáronse luego que me vieron, y habiéndoles preguntado en donde estaba su madre, me contestan de un ayre triste que ella estaba acostada. —¿Y porque no estan Umds. todos en su cuarto, y le hacen compañia? — Porque no quiere que la hagan hablar, ni ver la luz.... Ora bien, cuando mi esposa hace cama, fuera de sus horas ordinarias, es un señal seguro de que no va bien de salud. Acércome á la cama con una luz, y cubre al momento su rostro con la ropa de aquella; mírole este, y estaba encendido, y duro y violento su pulso. Mando al momento calentar agua para un baño de pies, bien que ella dijese que no podria sostenerse derecha en él, ni que podria resistirle Le sacamos las piernas de la cama, sobre la cual permaneció tendida, con la cabeza inclinada hácia atras, y se las introdujo y colocó en un baño, tan caliente como ella lo pudiera su-

frir, y en el cual habia echado yo dos puñados de harina de mostaza, otro tanto de sal marina, una media azumbre de vinagre fuerte y la mitad de un frasco de *esencia etérea*. Al cabo de cuatro minutos que ella tomaba el baño, exclamó diciendo: — ¡Ah! y como me siento aliviada! y la hicimos permanecer en él dos minutos mas. En seguida le hice tomar cuatro *granos salutíferos*, seguidos de una buena tasa de thé, á fin de desleir los alimentos en su estómago y precipitarlos hácia el ano, porque me temia de una congestion cerébral. Durmió y repósó toda la noche, los cursos principiaron al amanecer, y esta indisposicion no ha producido resultado funesto alguno, antes bien, desde entonces goza de perfecta salud.

Mi hijo segundo, *maire* ó alcalde de nuestro lugar, ha sido atacado de una disentería, enfermedad que reyna hoy dia aqui. Declaróse solo al tercer dia, y toda la noche se vió obligado á bajar al bañado. Administréle al punto cuatro cucharadas de *toni*, y cuando este hizo ya su efecto, le hice beber una tisana de arroz. Al dia siguiente continuaron los mismos síntomas, á saber, el tenesmo, las ansias dolorosos y los excrementos sanguinolentos; le hice tomar de nuevo tres cucharadas del *toni*, seguido de la misma tisana. Nada mas ha habido de menester, y hoy se encuentra perfectamente curado, mientras que otras personas atacadas de la misma enfermedad, ó *mueren*, ó van arrastrando una larga convalecencia.

Tengo el honor, etc.

Casteignede,
Juez de paz.

§ III. — Purgacion blanca, ó leucorréa.

Es un afecto activo ó pasivo de la membrana mocosa del útero, acompañado de un derramamiento humoral, que, léjos de ser siempre blanco, como lo indica su denominacion, varía mucho en su color. Este derramamiento depende, ya de una flegmasía aguda ó crónica, ya de una *astenía* profunda del organismo, y alguna vez de la introduccion de un veneno venéreo en la economía animal.

Nuestro plan, en este parágrafo, no es el dar una idea á nuestros lectores de los derramamientos de la purgacion blanca violentos, que tienen alguna correlacion con las enfermedades venéreas, de las que tratarémos en el artículo de las *enfermedades sifilíticas*. El afecto morbífico de que tratamos, bien frecuentemente no hace parte de aquellas. Ademas, queremos prescindir y dejar á un lado un cierto sistema de erudicion vana y falsa, con la cual muchos autores han obscurecido esta materia, y en general, no podemos entregarnos á unas menudencias, que la sencillez, la brevedad y la naturaleza misma de esta obra parecen desterrar de ella. No hablarémos, pues, de las varias formas que puede presentar la purgacion blanca, ni tampoco de sus variedades.

En una enfermedad motivada por causas tan multiplicadas, y susceptible de mostrarse baxo tantos aspectos diferentes, es útil el llamar la aten-

cion de los enfermos sobre los síntomas mas aparentes, afin de observar, si se puede decir, ciertos puntos de reunion, que puedan servir de contraseña y de guia en las indicaciones : péro no es indiferente el tomar tal ó tal base para esta distribucion secundaria, que ha de ser esencialmente práctica, esto es, fundada sobre fenómenos constantes, y sobre todo tomada de unas causas reunidas, en virtud de la analogía de su accion. ¿ Para que, pues, dividir el catarro uterino en diez especies, fixadas y distinguidas principalmente por el color del corrimiento? El célebre profesor Pinel, síntiendo el vicio inherente á todas estas divisiones admitidas hasta su tiempo, tomó, en sus lecciones, por base de una nueva distribucion, las causas del catarro uterino; y admitió solamente cinco variedades baxo los títulos : 1° *de constitucional*, 2° de *metastática*, 3° de *sifilítica*, 4° por *irritacion local*, 5° en *seguida de algun parto.*

1° La *leucorréa constitucional* es un derramamiento mocoso, atónico, de la membrana útero-vaginal, que parece tener á una disposicion particular de la organizacion. Puede ser trasmitida por los padres á sus hijos, ó ser el resultado de unas causas que han obrado insensiblemente y de una manera constante sobre la constitucion del individuo desde su nacimiento. Esta especie es muy frecuente.

La *leucorréa accidental*, que no se diferencia mas que por la causa, es la mas comun de todas.

Segun nuestra opinion, resulta esta de causas accidentales conocidas, diferentes de las que estan señaladas en las otras variedades. En el número de ellas se pueden contar la supresion de cauterios, vexigatorios, de una hermorragía, la introduccion de las substancias nocivas en la economía, de los afectos morales, de las irritaciones casuales.

2° La *leucorréa metastática*. Se pueden llamar así los catarros uterinos que reemplazan las secreciones ó escreciones establecidas por la naturaleza, siguiendo su misma marcha, y tomando alguna vez su carácter y su fuerza. Aunque esta variedad tenga alguna correlacion con la anterior, sin embargo se diferencia mucho, por cuanto esta es el suplemento de una evacuacion natural, lo que forma un carácter esencial y un punto capital en la curacion de este afecto; asi es, que, la mayor parte del tiempo, no se ha de ver en ella otra cosa mas que una evacuacion suplementaria que emplea la naturaleza para deshacerse de un líquido, que, hallándose como sobrante en la organizacion, perturba claramente su armonía.

3° La *leucorréa sifilítica*. Esta variedad reconoce por única causa la introduccion del veneno venéreo en la economía animal. Siempre es por el contacto de las partes enfermas que se comunica la leucorréa sifilítica accidental, que alguna vez no se diferencia en nada de la sífilis misma, ó á lo ménos, que nos ofrece una de las formas baxo las cuales se presenta aquella enfermedad.

4° La *leucorréa por irritacion local.* Baxo esta denominacion se puede entender un fluxo mocoso que se establece de repente durante el curso, y mas á menudo, hácia el fin de una enfermedad aguda, de la que por lo comun es una dichosa solucion. No consideramos esta variedad sino con respecto á la diferencia de la curacion.

5° Lo mismo debe de entendese de la especie que sobreviene en seguida de los partos.

Si queremos tener ideas positivas con respecto al modo de accion de las causas de la leucorréa, prescindamos de las explicaciones inmediatas, y no nos ocupemos mas que de las propiedades vitales, de las funciones orgánicas y de sus desórdenes. Vemos, por ejemplo, que exîsten simpatías ó relaciones manifiestas entre el cútis y las membranas mocosas; que, en muchas circunstancias, uno de estos órganos suple al otro; que, por otro lado, la supresion del sudor es la causa mas ordinaria de los catarros, mientras la cesacion de las secreciones mocosas, por una causa inflamatoria, vuelve el cútis seco y sin traspiracion sensible; por consiguiente, como observadores atentos, buscarémos en las lesiones simpáticas y otras análogas, las causas immediatas del catarro uterino. Aquellas son el origen de estas fluxîones, de estas irritaciones móviles ó metastáticas, que afectan tal ó tal órgano, segun se encuentra mas ó ménos dispuesto á llegar á ser el foco ó sitio de una enfermedad. El producto de todas estas causas exîstentes, cualesquiera que

sean, es una irritacion, y secrecion ó excrecion mocosa, mas ó ménos abundante, de la membrana que guarnece el interior de la matriz y de la vagina.

La leucorréa por lo comun es muy irregular; el derramamiento continuo varia mucho en su cantidad, su color, su densidad; hay ausencia completa, ó vuelta irregular de inflamación, ninguna tendencia para sanar, y duracion ilimitada. Este estado suele ir acompañado de una languidez y palidez generales; los enfermos experimentan unos ciertros ahilos en el estómago; hay lintitud en los movimientos; el rostro se pone hinchado y descolorido; alguna vez se abotaga el vientre; el texido celular de los miembros inferiores se infiltra, y conserva la impresion del dedo que le comprime; el estómago muy debilitado no digiere sino incompletamente, y aun sobrevienen vómitos, segun lo ha observado Hipócrates. Este afecto tiene ademas casi siempre un influxo tan funesto sobre la salud, que es imposible el indicar todas las alteraciones mórbidas que acarrea: muy á menudo afecta profundamente el moral, y hace caer al enfermo en una especie de melancolía.

¿ Cual es el tratamiento profiláctico de la leucorréa ? ¿ Cual es el tratamiento curativo ? El *profiláctico* está ligado íntimamente con la estrecha observancia de los preceptos de la moral, de la educacion y de la higiene pública, que regularmente tienen un gran influxo sobre la vida y la salud de los hombres. Para convencerse de esta verdad, basta tender

la vista sobre esas campiñas populosas, saludables por su exposicion y por su terreno, donde los moradores hacen mucho exercicio, y se entregan á los trabajos campestres. Allí se ven pocas ó ningunas mugeres sujetas á la purgacion blanca. Al contrario, vemos esta funesta enfermedad reservada por lo comun á las ciudades populosas, especialmente en los barrios húmedos que carecen de los rayos del sol. Un gran número de mugeres nacen alli con propension á este dicho achaque, ó le adquieren baxo la influencia de las localidades y de otras circunstancias, entre las cuales es menester contar las enfermedades venéreas, el uso abusivo de los calentadores que se ponen las mugeres debaxo de las faldas, los malos alimentos y el abuso de los licores espiritosos.

¿Que cosa mas importante que el fortalecer la organizacion, sea para precaver la enfermedad, cuando hay motivos justos de temerla, sea para rechazar sus ataques? Para obtener dichos resultados, conviene sustraer las muchachas á las influencias debilitantes de la humedad y del calor, sujetándolas á una vida activa y á unos exercicios adecuados á su edad. Muchas veces hemos visto probar muy bien las fricciones en la coluna vertebral, con la *quinta-esencia etérea y balsámica*, y el uso de algunos vasos de agua azucarada en que se echaban unas gotas de dicho licor, á fin de dar al estómago el tono y energía que habia perdido.

Cuando la leucorréa es sencilla y reciente, con-

viene preservar el órgano afectado ú enfermo de todas las causas capaces de aumentar su irritacion. Así, el sosiego, las bebidas desleyentes y algunos baños bastan para ayudar y procurar una feliz solucion. Pero, si la leucorréa se volviera crónica, un método desleyente ó antiflogístico no haria mas que prologar el derramamiento, relaxando todavia mas el texido membranoso, cuyo sistema evaporatorio se deja penetrar pasivamente. Débese, pues, emplear un método de curacion tónico y derivativo.

Hemos preguntado á muchas mugeres que han venido á consultarnos, cual habia sido su modo de curacion. Unas nos dixéron habian empleado la quina, y las preparaciones marciales, segun las ordenanzas de sus médicos; otras habian usado de las infusiones amargas; otras habian tomado las aguas de Vichy; otras, enfin, en el caso de una intensidad profunda, habian empleado el estracto de cicuta, baños de asiento, de vapor, las inyecciones y fomentaciones variadas y reiteradas. Entonces les indicámos el uso de nuestro vino depurativo y anti-escorbútico, y el de un jarave anti-leucórreico, como unos poderosos medios con los que se habian obtenido excelentes resultados y nada dudosos en el catarro uterino, antiguo y rebelde.

Hemos indicado algunas veces, con el mas feliz suceso, algunas tomas sucesivas de los *granos amarillentos*, de que hablarémos à la larga mas adelante.

Se podrian citar, á favor de los purgantes, unos

hechos sacados de las obras de Hoffman; tambien se ha hablado á menudo de la curacion de la muger de Bœthus, obtenida por Galeno : fué con el auxilio de los purgantes contra las serosidades acuosas que este ilustre médico hizo cesar una leucorréa, que sus cólegas no habian podido sanar.

En muchos de dichos achaques ¿ no se juntan tambien, con gran ventaja, los tónicos con los purgativos? La virtud fortificante de los unos favorece la accion derivativa de los otros.

En el número de las personas que nos deben á nosotros el haber sanado, hay una de la cual relatarémos la observacion siguiente :

Una señora jóven, recien casada, de una complexion flegmática, que, hasta la época de su casamiento, solo habia tenido algunos ligeros ataques de purgacion blanca, experimentó poco despues un aumento imprevisto. Desde aquel punto, digirió mal, probó disgustos y un malestar desconocido hasta entónces; ya la flaqueza iba reemplazando una suerte de corpulencia de que ella gozaba. Por un recato mal entendido, no se habia atrevido á confesar su enfermedad á su médico. Un dia su marido se presentó en nuestro gabinete de consultas, para preguntarnos cual seria el mejor remedio que se podria emplear con ella. Le hicimos la observacion que solemos dirigir, cuando el enfermo no se presenta en persona; á saber, que los médicos no tienen la facultad de adivinar, que necesitábamos conocer los antecedentes, lo que habia acompañado y seguido la enfermedad de su muger, y por consiguiente, que deseábamos conversar con ella misma. Efec-

tivamente, vino á comunicarnos las circunstancias precisas; y despues de haberlas analizado y comparado unas con otras, independientemente de algunas inherentes à la organizacion de la novia, como un afecto moral (á una época del año en que la estacion era lluviosa), le observamos que sus vestidos eran demasiado angostos y descubiertos. Experimentaba una gran debilidad de estómago, una inconstancia diaria en su apetito, y aun repugnancia por unos gozos de que tal vez habria abusado; ya algunos de aquellos medicamentos de comadre, de que tanto se abusa en toda especie de enfermedades, no habian producido ningun efecto saludable. Esta señora era bastante afortunada para poder pasar alguna temporada en el campo; le anunciamos é hicimos el pronóstico favorable que la vuelta del buen tiempo, el ayre puro que iba á respirar, exercicio muy frecuente y aun usado hasta fatigarse, muchas distracciones, un alimento tónico, viandas asadas, algunas cucharadas de nuestro vino de-quina, en poca cantidad, unas fricciones diarias sobre la coluna vertebral con la *quinta-esencia etérea y balsámica*, algunas dósis de nuestros evacuantes, y despues algunos baños de asiento casi frios, á los cuales se añadiria algunas cucharadas de la misma esencia, le restituirian y le volverian muy en breve la salud. Dicha señora siguió exâctamente nuestros consejos, y acabamos de saber que su curacion es completa.

En general, en nuestras consultas relativas á la purgacion blanca, hemos notado las causas siguientes: los afectos de tristeza, los errores de régimen, de perversion ó de pérdida del apetito, y las digestiones difíciles y laboriosas. Siempre hémos

logrado buenos resultados aconsejando la morada en el campo, cuando hay posibilidad; los vestidos de lana sobre el cútis, las fricciones secas y aromáticas con la *quinta-esencia etérea*, mucho ejercicio, un alimento tónico, en algunos casos frecuentes baños locales, en un vaso cualquiera, en que se echaban algunos puñados de sal comun, y muchas cucharadas de *esencia etérea*, teniendo buen cuidado con hacer frecuentes inyecciones con dicha agua en la canal de la vagina, acompañando todo esto con el régimen interior de un jarave depurativo de nuestra composicion, del cual deben de tomarse dos cucharadas por la mañana, y dos por la noche, en un vaso de agua fresca. Terminase dicha cura con el uso del *toni-purgativo*, al cual se une la *sal desopilatoria* que nosotros hemos perfeccionado, y que dirémos como debe de emplearse al fin de esta obra.

§ IV. — Enfermedades de la leche.

Estas enfermedades afectan especialmente el órgano mamario, y dependen de la secrecion de la leche. En efecto, aquel órgano es él solo en que este flúido se elabora, y donde se encuentra con todos los caractéres que le distinguen. Las enfermedades de la leche, propriamente dichas, son pues necesaria y meramente locales; cuando se agregan y se ligan á ciertos fenómenos mórbidos, generales y de alguna duracion, es porque sobre-

viene otra enfermedad dependiente de la parte afectada, ó que coincide con ella. No se han de confundir con los achaques de la leche, todos los que pueden provenir de la lactacion, y aun ciertos afectos locales de los pechos, que tan à menudo acaecen durante aquella época, pero que no provienen de la leche. No miramos como enfermedades propias de ella, sino la calentura de la leche, las alteraciones físicas de este flúido, su escrecion excesiva, su supresion, y su crísis.

La calentura de leche es comun á casi todas las recien paridas; sin embargo hay algunas que no la experimentan nunca; es mas leve en las que dan de mamar que en las que no dan, y su intensidad parece que sea correlativa á la plétora general, y á la intensidad de los humores que se dirigen y afluyen hácia los pechos. Esta enfermedad, si merece este nombre, es la consecuencia necessaria de la révolucion que se opera naturalmente hácia el órgano mamilar y de la alteracion que se hace en la escrecion de los fluxos del parto. Esta revolucion febril se manifiesta lo mas pronto cuarenta horas despues del parto, y lo mas tarde en el cuarto dia; lo mas comun es en el segundo ó tercer dia, tres veces veinte y cuatro horas despues del parto.

Las alteraciones físicas de la leche, sin duda, son bastante numerosas; pero no está todavía bien conocida esta parte de la historia de las enfermedades de la leche; todo lo que se ha dicho sobre

este asunto no es mas que hipotético, ó se funda sobre un corto número de experiencias y hechos. Puede ser que algun dia esta parte se aclare mediante una buena análisis química.

La excrecion excesiva de la leche no altera, por lo pronto, de una manera sensible la salud de las mugeres que despiden una cantidad considerable de este flúido. *Deyeux* y *Parmentier* en su *Análisis de la leche*, refieren que una muger, de edad de veinte y tres años, y parida desde cuatro meses, daba de mamar á su hijo, y le suministraba dos libras de su leche en veinte y cuatro horas. Sin embargo, en vista de algunas observaciones ciertas, no se puede poner en duda, que un derramamiento demasiado abundante de leche no reemplace todas las otras excreciones, y precipite la enferma en un estado de tísis, y alguna vez en una consuncion mortal. Los tónicos y el régimen animal son los medios mas eficaces de combatir esta laxàcion. La persona que se halle afectada de ella, se ha de abstener de todos los alimentos líquidos y calientes, y sujetarse á no comer mas que viandas asadas y frias. Todos los excitantes del cútis, en general, son muy oportunos: algunas mugeres, afectadas de esta diabética mameria, se han encontrado muy bien con el uso de la *quinta-esencia etérea*, administrada á modo de fricciones, y mezclada con el aceyte caliente de almendras dulces.

La crisis láctea es una retrocesion de la leche, acompañada de otros síntomas. Alguna vez se ma-

nifiesta desde el principio de una enfermedad, y hace parte de los signos que se observan en el momento de la invasion; otras, es el primer síntoma mórbido que se presenta; entónces precede todos los otros, y debe ser considerada como una causa de los accidentes que sobrevienen despues. En ciertos casos, solo sobreviene mas ó ménos tiempo despues que ya se ha desarrollado la enfermedad, y puede mirarse como uno de sus efectos.

Las crísis de la leche sobrevienen algunas veces en seguida de los síntomas de enfermedades agudas ó crónicas preexìstentes. Que una muger se vea acometida por una enfermedad aguda, mientras cria á los pechos á su hijo; en un principio no se apercibe turbada la secrecion de su leche, y, durante algunos dias, sigue la misma operacion; pero de repente, se agota la leche, y se agravan los síntomas de la enfermedad; en este caso es imposible el no admitir los efectos de una repercusion ó de una crísis consecutiva.

Guardémonos de confundir la crísis consecutiva de los humores lácteos, que siempre se efectua mas ó ménos pronto, con la diminucion lenta y progresiva de la leche, que aun acaba con agotarse enteramente en las enfermedades agudas y crónicas, en seguida de la diminucion de las fuerzas y de la suma debilidad de la enferma: es evidente que, en este caso, no hay crísis.

Hay enfermedades que sobrevienen durante la lactacion, y que se dicen impropiamente *lácteas*,

Las mugeres que crian, aunque mucho ménos expuestas à enfermedades que las que se dispensan de cumplir con esta obligacion de la maternidad, no dexan por eso de verse en disposicion harto propensa á favorecer el desenvolvimiento de una multitud de enfermedades. Aquellas á que la lactacion predispone particularmente, sin contar las lácteas, son las flegmasías agudas y crónicas de los texidos blancos, de las membranas serosas, de las glándulas, y especialmente de la glándula mamilar. Las mugeres que crian estan sobretodo muy expuestas á contraer fluxiones y reumatismos crónicos. Tambien la lactacion tiende generalmente á agravar las enfermedades crónicas, y á acelerar sus progresos.

En el estado presente de nuestros conocimientos, ¿podemos admitir las apostemas ó depósitos formados por la leche? ¿Los cúmulos purulentos que se manifiestan en seguida de los partos ó durante la lactacion, son análogos á los que se observan en las varias flegmasías que se verifican en todas las edades y en ambos sexòs? Los achaques á que se ha dado el nombre de apoplegía láctea, pleuresía láctea, diarreá láctea, fiebre pútrida láctea; acaso no son las mismas apoplegías, pleuresías, diarreas, fiebres pútridas, que las que se ven fuera del tiempo de los partos y de la lactacion, con supresion ó crísis de los escurrimientos ó de la leche, ó sin supresion ni crísis?

Hase dado el nombre de *leche derramada* á unas

enfermedades muy diferentes unas de otras, pero mas particularmente á unos simples reumatismos crónicas, muy frecuentes en las mugeres que han tenido hijos, á ciertas nevralgías, y achaques del texido de los órganos, complicados con dolores reumatismales ó nervosos. Como los sudoríficos y los purgantes logran por lo regular buen exîto en estas enfermedades, los medicamentos antilácteos, que suelen ser sudoríficos, ó los purgativos han sido empleados con algun suceso, y han contribuido á perpetuar y acreditar las opiniones vulgares sobre las *enfermedades lácteas*. Nuestras observaciones diarias confirman la eficacia de nuestros medicamentos, con respecto á las enfermedades en que nos ha sido demostrada claramente una verdadera repercusion de la leche. Hay síntomas patognomónicos, sobre los cuales hemos fundado la administracion de nuestros medicamentos, que han logrado un suceso completo en estas enfermedades.

En dichos casos importa sobremanera el hacer acompañar ó preceder el *toni-purgativo*, el dia que se debe tomar, de un paquete de nuestra *sal desopilatoria*, perfeccionada, puesto en tres vasos de agua, que se toman á un cuarto de hora de distancia el uno del otro.

Una muger del campo en las cercanias de Paris, de edad de treinta años, y madre de muchos hijos, habia descuidado las precauciones que exige la seguida del

parto, como sucede á muchas de esta clase, y quedó bien castigada de esta su negligencia. El pecho derecho se le abrió en grietas, por varias partes, y el codo del mismo lado fué acometido de un tumor blanco, que se extendia hácia la parte esponjosa del hueso. Por mas medicamentos de que ella hubiese usado contra dichas grietas y contra aquel tumor, apostemado ya, estaba aun muy distante de curarse, y su médico ordinario se esmeraba en prevenir un cáncer en el pecho, y el peligro de ver cariado el hueso esponjoso del codo. Este médico, segun una indicacion de la madre, vinó á sospechar, con razon, que una crísis láctea, combinada con las viscosidades de la canal digestiva, causaba aquellos estragos. Tuvo, pues, la buena idea de prescribir á la enferma el uso del *toni-purgativo*, cuya eficacia conocia contra los afectos, que son consecuencias del parto, y no tardó en proporcionar á su enferma la mas completa salud. Dicho médico no titubeó en hacer homenage á la virtud del medicamento, que recetó y administro con mucho tino y juicio.

Una señora vino á consultarnos; atribuia todas las incomodidades que nos refirió, á un depósito lácteo; asi se expresaba. Sin embargo de nuestra preocupacion contra este sistema, nos quedamos casi convencidos de que la crísis láctea, siendo consecutiva á los sintomas de un achaque crónico ya preexîstente, se habia manifestado con entera supresion, por un accidente imprevisto, mientras estaba criando á su ultimo niño; esta circunstancia habia agravado los dolores de que se quexaba la enferma. Nos fué, pues, imposible el no admitir aquí los efectos de una repercusion, que sin duda habia de haber contribuido mucho á la extension de la enfermedad, si

no la habia motivado al todo. Esta probabilidad adquirió en nuestro espíritu una suerte de certidumbre. Aconsejámos, pues, un tratamiento casi análogo á una supresion del menstruo y de los escorrimientos del parto. Como habia complicacion saburral, nos determinámos á recetar el uso de los *granos de salud*, seguidos del *toni-purgativo* y acompañados de la *sal desopilatoria*. Esta señora se aplaude de nuestros consejos, y su salud se halla infinitamente mejor. En su carta nos añade, que bebia aquel medicamento con tanto gusto, como el mas agradable licor: tambien ha empleado con mucho suceso las *lavativas*, en las cuales añadia dos cucharadas de aceyte y cuatro de la *locion purgativa*.

§ V. — De la edad crítica de las mugeres.

¡La edad crítica! Esta palabra sola infunde miedo y prescribe el no fiarse sobrado. Sin embargo, probemos de enseñar á sus víctimas los medios de vencer los peligros que las amenazan. Es solamente en los dos extremos de la vida, en la infancia y en la vejez, que la muger experimenta las incomodidades comunes al otro sexô. El medio de su carrera, como ya lo hemos demostrado, está lleno de achaques que le son particulares, y que emponzoñan sus gozos mas dulces. Mientras se contempla como un pequeño ídolo, embriagada de incienso, la rigorosa mano del Destino la alcanza y hiere hasta en sus altares, y en medio de los homenages que se le tributan. Si llega á ser casadera, esposa y madre, no es por cierto impune-

mente; cada uno de sus títulos mas preciosos es para ella un titulo de dolores. No puede dar un paso sin temer, ni moverse sin peligro; no puede esperar algunos instantes de calma, sino cuando se desvanecen todos los prestigios de la ilusion; aun ha de comprar este sosiego con las mas ásperas experiencias y los mas penosos sacrificios.

Este paso difícil es lo que se llama la *edad crítica*, y es muy à menudo, para la muger, una época de inminentes peligros. En nuestros clímas, esta crísis se opera á la edad de cuarenta y cinco á cincuenta años, cuando la primavera ya no existe para ella mas que en perspectiva, y el otoño muy cerca de su decadencia. Para soportarla sin accidentes, la muger ha de tener el valor de someterse á todas las reglas de la higiene. Sus alimentos, sus bebidas, sus vestidos, sus placeres, sus hábitos, enfin todos los agentes físicos y morales que pueden hacerle alguna impresion, deben de ser arreglados con la severidad mas escrupulosa.

La muger bastante dichosa para zafarse de los riesgos de esta época, ve abrirse para ella una nueva carrera, à la verdad ménos brillante, pero mas apacible; privada de placeres ilusorios, pero exênta de enfermedades; compensacion justa de tantos padecimientos antecedentes. Aun puede esperar el extenderla bastante adelante, y alcanzar casi los límites que la naturaleza ha señalado á la especie humana, y contra los cuales vienen á romperse todos los esfuerzos de nuestra vitalidad: este

dique fatal es un siglo. Casi siempre la muger fallece, antes de llegar á él; el hombre solo tiene alguna vez la fuerza de traspasarle. Vemos muchas mugeres de edad avanzada, pero muy pocas centenarias.

A esta época, la muger vuelta ya estéril, pero desembarazada de una evacuacion incómoda, se parece á aquellos árboles antiguos, honra de nuestros vergeles: ménos ricos de jugos, ya no producen frutas; pero como pierden ya mucho ménos, se asen y apegan con mas fuerza á la tierra.

Lo mismo es del desaparecimiento de las réglas, que de su primera erupcion. Así como esta última, tiene sus anomalías, sus variedades, que no son ni ménos numerosas, ni ménos interesantes. Se ven mugeres que *pierden* muy temprano; por lo comun son aquellas en las cuales la primera aparicion ha sido muy precoz; hay otras, al contrario, que gozan la facultad de verse regladas hasta en una edad muy avanzada. Todos los autores, entre otros, *Haller*, refieren exemplos de mugeres, que estaban regladas á ochenta años y aun mas adelante; algunas igualmente que se han echo embarazadas, mucho mas allà del termino ordinario: pero generalmente se debe recelar de todos aquellos derramamientos que pasan los cincuenta años: lo mas á menudo, dichos menstruos no son mas que un estado verdadero de enfermedad, de que se ha de procurar determinar la causa y el sitio, para remediar con mas eficacia sus funestos efectos.

Por lo comun, la cesacion de las reglas no sobreviene de golpe, á ménos que no sea el efecto de un accidente, como un espanto, una caida, una grande enfermedad, un evento desgraciado, etc., etc.; pero la naturaleza, mucho tiempo antes, avisa á la muger del cambio que va á operarse en ella, por una diminucion progresiva de la evacuacion menstrua. Desde el instante que hay algun desorden en las réglas de una muger que pasó la cuarentena, es raro que vuelvan despues con regularidad; bien al contrarío, van siempre disminuyendo mas y mas, hasta el instante en que cesan, para no volver mas. Cuando la cesacion se hace de una manera regular, la muger no se halla expuesta à ningun riesgo; pero para aprovechar esta ventaja, es menester que haya gozado constantemente de una buena salud, que sus reglas hayan caminado siempre de una manera conforme á las leyes de la naturaleza, que no haya llevado una vida destemplada, y que no haya vivido en los placeres sensuales y en la disolucion; al contrario, aquellas que se han entregado á unos excesos de toda especie, y que han experimentado desórdenes en sus reglas, han de temer el ser víctimas de los males mas crueles al instante de la edad crítica.

Uno de los primeros fenómenos que sobrevienen cuando las reglas estan cerca de desaparecer, es una irregularidad en su aparicion, sea con respecto al tiempo, ó sea por la duracion, y sobretodo por la cantidad, sin que por eso la muger se vea sensi-

blemente incomodada. Unas veces vuelven cada quince dias, otras, estan algunos meses sin aparecer; frecuentemente, despues de una ó dos menstruaciones poco abundantes, sobreviene un fluxo inmoderado, que bastante á menudo va seguido de un derramamiento blanco que, en algunos casos, reemplaza la sangre menstrua, y que es preciso respetar. Estos cambíamientos no pueden acontecer sin que la muger perciba algunas inquietudes, asegúrada, como lo está, de que acaba de entrar en una época fatal. Es preciso sosegarla é instruirla de antemano de los eventos que sucederán, para evitar que se espante. Las mugeres se han de esmerar en observar las reglas de conducta que es menester señalarles en esta época, con tanta mas razon, cuanto á que la dicha del resto de su vida depende á menudo del cuidado que tomen entónces de su salud. Si la cesacion se verifica sin turbacion ni alteracion, parece que las mugeres vuelven á nacer, y llevan su carrera aun mas léjos que la mayor parte de los hombres.

Las enfermedades mas comunes de esta edad resultan, por una parte, del estado de relaxâcion y de la falta de accion de los órganos de la generacion; y por otra, de la tendencia, y, por decirlo asi, del hábito que la sangre conserva de dirigirse hácia aquellas partes. Sin duda, es menester tambien agregar á las causas de dichas enfermedades las mudanzas notables que se van operando en la organizacion general de la muger, cuales son la

sequedad y la rigidez de sus partes sólidas, la diminucion y la espesura de sus flúidos; experimenta entónces unos entorpecimientos en los miembros; los bostezos involuntarios anuncian la sobrecarga de los pulmones; de la plenitud de estos órganos resulta la dificultad de respirar, zumbido en las orejas, dureza en el oido, dolores de cabeza, hinchazon y pesadez en los ojos, debilidad de la vista, aturdimientos, hinchazon de las venas, el color roxo del cútis, unas congestiones internas, el entorpecimiento de los dedos y brazos, etc.; unos sueños espantosos importunan aun á menudo y casi habitualmente.

¿Cual es el mejor método de curacion en la época de la edad crítica? sin duda es mas fácil el fabricar sistemas, imaginar hipótesis mas ó ménos brillantes que indicar un método cierto y á propósito para este estado, que, sin ser morbífico, está con todo sujeto á unos inconvenientes, cuya gravedad requiere nuestra atencion.

Véase aqui el resultado de nuestras observaciones prácticas y diarias: hemos aconsejado, con feliz éxito, una media cucharada á café de la *quinta-esencia etérea y balsámica* en un vaso de agua azucarada. La *quinta-esencia*, respirada por las narices, ha sido muy útil, y tambien conviene frotar con ella la region de las sienes. Bastará un exemplo solo para demostrar su eficacia.

La señora Gran***, de edad de cuarenta y siete años,

y de una corpulencia mas que mediana, probaba de cuando en cuando, desde la cesacion del fluxo menstruo, unos aturdimientos con vértigos, particularmente cuando se hallaba en un estado de constipacion. Un dia que habia tenido un ataque bastante espantoso, un cirujano discurrió aliviarla con una sangría copiosa. Cuando recobró el uso de sus sentidos, su marido que se servia para si mismo de la *quinta-esencia etérea*, le hizo tomar algunas gotas en un vaso de agua. Y no se contentó con este medicamento del que habia experimentado los mejores efectos; se procuró un frasco de nuestra *tintura fundente* y de nuestros evacuantes, y al dia siguiente, administró á la enferma una dósis; restableciendo asi la libertad del vientre preservó á esta señora de sus aturdimientos, funestos precursores de la apoplegía, que hubiera podido ser fulminante, pues ahora estos accidentes parecen renovarse con mas frecuencia que no antiguamente.

Conocemos tambien muchas mugeres que han como neutralizado, ó al menos, retardado dichos ataques con el uso repetido de las fricciones de que hablámos en esta obra. Todas las cartas que recibimos, ademas, hacen mil elogios del agradable *sabor* del *toni-purgativo*, comparable en cierta manera con el vino de Alicante. Las lavativas con la *locion purgativa*, teniendo buen cuidado de añadir á ella un paquete de nuestra *sal desopilotoria* perfeccionada, una cucharadita á café de nuestros *granos amarillentos* antes de la comida, y una media cucharadita antes del desayuno, han terminado felizmente la cura de la señora Gran...., que goza en el dia de la mas completa salud.

CAPITULO IX.

Enfermedades de los niños. — Del dentecer. — Lombrices, enfermedades verminosas, vermífugos. — Indigestiones de los niños. — Caperuza, especie de romadizo muy violento y tenaz. — Lamparones ó escrófulas. — Enfermedades cutáneas de los niños.

---

§ I. — De las enfermedades de los niños.

La infancia comprende dos épocas: la primera empieza desde el nacimiento y se termina á la edad de siete años, donde comienza la segunda, para acabar á la edad de la pubertad. Cada época se anuncia por unos síntomas que le son propios, y que se hallan determinados por los varios órganos que la naturaleza se ezfuerza de desenvolver. De los movimientos interiores suscitados entónces, resulta bastantes veces en las funciones una alteracion que causa graves enfermedades.

El padre de la medicina ha clasificado las enfermedades de la primera infancia en tres épocas: la primera, desde el nacimiento hasta el dentecer; la segunda se forma desde el primer trabajo de los dientes, y dura alguna vez desde el sexto ó septimo

mes hasta dos años ó veinte y ocho meses; la tercera época comprende las enfermedades á que el niño está mas sujeto, desde el fin de la primera denticion hasta la segunda, que empieza alguna vez á la edad de cinco años, para no acabar sino á los nueve.

El niño está poco sujeto á las enfermedades en la primera época, y las que le sobrevienen entonces, casi siempre son el efecto de los obstáculos que encuentra la marcha de la naturaleza en la nutricion, sea por falta ó mala calidad de la leche del ama, sea por una alteracion particular del sistema digestivo. Como el crecimiento, por decirlo asi, es entónces el fin exclusivo de la naturaleza, son casi siempre tónicos los que se han de dar al niño, para aumentar la accion de las glándulas y vasos linfaticos, órganos de la nutricion.

En cuanto á los demas afectos á que esta expuesta la infancia, cuales son el *dentecer*, las *enfermedades verminosas*, *cutáneas*, etc., formarán cada uno el objeto de un parágrafo. Pero ademas de las incomodidades que corresponden especialmente á cada época, hay algunas que pertenecen igualmente á las otras tres de que acabamos de hablar. Constituyen una clase particular, y son muy peligrosas cuando coinciden con el dentecer. Si algunas dependen de la organizacion de los niños, es menester confesar tambien que hay otras que provienen de la culpa de los padres en el modo de criarlos, es decir, de una mala educacion física.

Sin embargo, corriera riesgo el médico de estraviarse y de errar, habiéndolas de haber con una edad á la cual las preguntas no pueden sorprender la verdadera causa de su enfermedad, si no se guiára por la *semeiología patognomónica* [1], de que M. *Jadelot* ha hecho unas aplicaciones tan acertadas. He aqui las señales con las cuales puede llegar á conocerse el sitio de sus achaques y afectos. Lo que vamos á leer se ha extractado de un diario ingles, que trata de las enfermedades de los niños, por *Michael Underwood*, puesto en mejor orden y refundido por *Eusebio de la Salle*, con notas de M. *Jadelot*.

« Tres rasgos se observan en la cara de los » niños; son casi paralelos, y se delinean únicamente desde la parte media hasta la parte lateral » é inferior de la cara. El primero, empezando » por arriba, parte del ángulo mayor del ojo, y va » á perderse un poco mas abaxo de la salida del » hueso mas eminente de los carrillos. El segundo » comienza en la parte superior del ala de la nariz, » y abraza en un medio círculo, mas ó ménos cabal, la línea externa orbicular de los labios: » no es raro el encontrar hácia el medio de la » mejilla, y formando una especie de tangente con » el rasgo que acabamos de describir, otro rasgo, » que, en ciertas caras, constituye el hoyuelo de

1 Parte de la medicina que trata de las señales é indicaciones de las enfermedades y de la salud.

» los carrillos. Enfin, el último empieza en el ángulo
» de los labios, y se va perdiendo hácia la parte
» inferior del rostro. Se puede llamar el uno nasal,
» el otro genal, es á decir, perteneciente á los car-
» rillos, y el último labial. El primer rasgo indica
» los afectos del sistema nervoso-celébral; el se-
» gundo y su accesorio señalan los de las vias di-
» gestivas y de las vísceras del empeyne; el ter-
» cero acompaña las enfermedades del corazon y
» de las vias aereas. Para hablar de un modo mas
» genéral, cada uno de los tres es el signo exterior
» de las lesiones de una gran cavidad en las vís-
» ceras. »

En la cura de las enfermedades de los niños, es preciso observar atentamente su constitucion particular. Esta se halla caracterizada por una proporcion muy grande de flúidos blancos, por la movilidad del sistema musculoso, por una susceptibilidad excesiva en el sistema nervoso, y por el juego del aparato digestivo. El estómago que trabaja tanto para el crecimiento, como para la conservacion del cuerpo, ha de gozar de mucha energía. El sistema linfático viene á ser el sitio de las enfermedades cutáneas, que se manifiestan lo mas frecuentemente sobre la cabeza y el rostro. Tambien sobrevienen rezumos detras de las orejas. No se debe pensar en atajar y detener aquellas secreciones con abluciones astringentes, imprudencia que ha causado bien á menudo los accidentes mas graves; antes bien conviene excitarlas con el uso de los sudorí-

ficos, ó determinar su evacuacion hácia las vias inferiores, con algunas dósis ligeras del *toni-purgativo*, para terminar la curacion.

El gran desarrollo de los vasos linfáticos y de las glándulas, en los niños, es una consecuencia de su atonia ó de su flojedad, y no se verifica sino cuando hay un desórden notable en la nutricion. En efecto, la hinchazon del abdomen, la induracion de las glándulas del mesenterio y otras partes no se encuentran sino en los niños cuyos órganos digestivos carecen de actividad: lo que prueba que el volumen de las glándulas debe atribuirse á este defecto de contractilidad. La sensibilidad de las glándulas linfáticas es otra circunstancia que las dispone á obstruirse.

Cuando las glándulas del mesenterio ó de algunas otras partes estan obstruidas, la experiencia demuestra que, para volverlas á su volumen natural, es menester recurrir á nuestros medicamentos y á un régimen levemente estimulante.

El médico que trata las enfermedades de los niños, debe atender de un modo particular à los órganos destinados á la nutricion y al crecimiento. Estas dos funciones son, antes del dentecer, el acto exclusivo de la naturaleza; pero es menester guardarse de suspender ó detener su marcha. Una leche pura, la leche materna sobretodo, es el alimento que conviene mas á la debilidad de sus órganos gástricos; es de una digestion fàcil, unta y baña la canal alimentosa, y ayuda á la expulsion del me-

conio. Tambien se les debe evitar el tormento de las fajas, las trabas de las mantillas, el suplicio de los gorros demasiado calientes; los unos perjudican al desarrollo de sus facultades físicas é intelectuales; los otros causan congestiones hácia la cefálica, y todas las erupciones que se manifiestan sobre la cabeza. Esta primera época de la exîstencia, que se podria llamar el complemento de la generacion, exîge una vigilancia continua. Los órganos digestivos y el estómago, cuyo influxo es tan poderoso en todo nuestro sistema, han de gozar sin cesar de la mas alta energía.

Asi es que el hambre se hace sentir mas á menudo en los niños que en los adultos. Pero sucede alguna vez que las fuerzas digestivas se vuelven como lánguidas, y no gozan ya en grado suficiente de aquella energía precisa para la nutricion y el crecimiento. ¿Que se debe hacer entónces? Lo que se necesita es someterlos á un régimen tónico y estimulante, darles un alimento que avive el órgano digestivo, y especialmente no olvidar el *toni-purgativo*, que restablece la contractilidad de las vísceras del abdomen, haciendo desaparecer la hinchazon del empeyne y las durezas de las glándulas.

Podriamos presentar à nuestros lectores mas de cincuenta cartas ó esquelas de madres de familia, de todas clases, que nos han comunicado los buenos efectos de nuestro método en las enfermedades de sus niños. Insertarémos solo una aqui, y al

acaso, en prueba de que los niños toman y beben, sin la menor repugnancia, el *toni-purgativo*.

Paris, 19 de enero de 1822.

Muy Señor mio,

Admita Umd. le ruego, las congratulaciones de una madre, por el tan feliz suceso del método que me indicó. Mi niño, à la edad de tres años, padecia, en lo que los médicos llaman vasos linfáticos y glándulas del mesenterio, de unos humores obstruidos que le quitaban las ganas de comer. Esto me inquietaba tanto mas, cuanto á que antes tenia un hambre difícil de aplacar. Entre todos los medicamentos que me aconsejáron para desembarazar estos órganos, di la preferencia á los evacuantes de Umd.; y de cuando en cuando fui administrando á mi niño algunas cortas dósis, sujetándole á un régimen fortificante, y proporcionado á su tierna edad. Si ácaso le sobrevenia alguna otra enfermedad, me apresuraba á ir yo misma á consultarle á Umd. para aprovechar de sus buenos consejos.

Firmado, Sofia Michalet, muger de Rivoire.
Calle San Antonio.

P. D. Permitame Umd. ademas el felicitarle una y mil veces por el uso y empleo que hace del toni-purgativo, que tanto conviene á los niños, porque mi hijo se ponia todo contento cuando se le daba una cucharadita de él: yo misma le he probado, y le he encontrado muy de mi gusto. Hice preceder dicho medicamento del jarave depurativo que Umd. me envió, y le he administrado

ademas, como Umd. me lo recomendó, un paquete de su *sal desopilatoria*, desleida en tres vasos de agua, que bebió á un cuarto de hora de distancia el uno del otro, y una hora despues, tres cucharaditas del *toni-purgativo*. . . . .

§ II. — Del dentecer.

El dentecer no es una enfermedad de los niños; pero puede llegar á serlo, y por lo comun va acompañada de un notable desórden en su salud. Esta es una de las grandes y peligrosas épocas de la vida; pero como su llegada es poco mas ó ménos fixa, hay posibilidad de remediar sus terribles consecuencias, tomando de antemano las providencias para preparar los niños á este peligroso ataque.

Se anuncia por el calor de las encias, por una ligera salivacion, por una titilacion poco dolorosa, que incita al niño á llevar à su boca los dedos y todo lo que puede haber á las manos. Tambien se le ve acometido de cursos ó de constipacion, y alguna vez por la oftalmía. Frecuentemente todos estos síntomas aumentan de intensidad y forman una afeccion general que hace tantos estragos, que se cuenta mueren una sexta parte de los niños á la época del dentecer.

La experiencia nos ha probado que se podia preservar estos débiles vástagos de los riesgos que los amenazan, sujetándolos solamente á un régimen de precaucion. El *toni-purgativo*, administrado en

justas proporciones, hácia la edad de cuatro meses, época del dentecer, podria precaver el accidente temible de la constipacion, manteniendo el vientre libre. Con este medio, se establecerá el curso de la acrimonia humoral; la serosidad ardiente de la sangre se alejará de la boca y de las encías donde tiende á concentrarse; enfin, se evitarán y precaverán así todas las enfermedades que se oponen por lo comun á los progresos del dentecer.

Se acompañará este medicamento con algunas lavativas emolientes, con algunos baños tibios, en los cuales hemos ordenado mezclar á menudo un medio frasco de *esencia-etérea*, y algunas gotas de la tintura fundente en un vaso de agua con azucar.

Con esta preparacion anticipada, llegará el niño á la época de los dientes sin borrasca, y saldrá de ella sin accidente mayor. Los dientes podrán aun despuntar sin nigun signo precursor de mal agüero, como suele acaecer cuando la naturaleza sola hace lo que, en su defecto, pueden hacer el arte ó la simple cautela.

Nos apresuramos en comunicar á nuestros lectores una carta que nos ha sido dirigida por una señora no ménos recomendable por sus virtudes que por su ingenio. Muy superior á las preocupaciones y debilidades de su sexò, no quiso ser madrastra cuando la naturaleza la hizo madre; se atrevió á dar de mamar á su niño. Sin embargo, unos acontecimientos funestos la obligáron á partir repentinamente con este fruto de su ternura con-

yugal. Es preciso confesar que la fortuna no podia escoger una circunstancia mejor, si hubiera querido castigarla por sus virtudes. El principio de la denticion hacia experimentar á su hijo unas convulsiones violentas : ¿Que socorros encontrar en la rapidez de la partida y del viage? ¿Que recurso ni que esperanza, confiándose á unas manos agenas, á las amas mercenarias? Nos apresurámos en calmar sus inquietudes ofreciéndole dos de nuestros frasquillos. Admitió este medicamento, como por simple cortesía, pareciendo confundirle con otros cualesquiera. Mas no tardó su error en disiparse. Se podrá juzgar por el contenido de la carta siguiente.

Muy Señor mio,

Le escribo á Umd. enagenada de gozo y de agradecimiento. Mi Emilio no padece mas, y sin embargo la denticion va siguiendo su curso. La salud del hijo y la dicha de la madre son obra de Umd. Me hé conformado fielmente á su ordenanza; desde el primer dia, Emilio se halló libre de convulsiones, y su rostro tomó un color mas natural. Todo ha ido de mas á mejor. Disimule Umd. la frialdad con que admití desde luego su ofrecimiento del medicamento. Alguna vez se espanta una madre por una hoja de rosa, y su corazon no se sosiega sino despues. Cada vez que yo humedecia las encias de mi niño con este medicamento, se hallaba aliviado como por encanto. Su pequeña lenguecita parecia satisfecha, y sus labios como á que deseaban que yo comenzase de nuevo á menudo; tanto parecian satisfacerle y agradarle el olor

delicioso y el gusto suave del medicamento. Yo le felicito á Umd. mil veces por el servicio prestado á las madres de familia, no menos que á la infancia.

Admita Umd. las expresiones de mi eterna gratitud.

Firmado, Julia S***.

§ III. — Lombrices, enfermedades verminosas, vermifúgos.

Aunque las enfermedades verminosas acometen sin distincion personas de todas edades, mas siendo mas comunes en la infancia, hémos creido mas á propósito el colocarlas en este parágrafo. No obstante no nos ocuparémos mas que de las lombrices intestinales del hombre, esto es de las que se dejan ver en nuestro canal digestivo.

Se cree generalmente que la simiente de estos gusanos, existiendo en el ayre que nos rodea, viene, con los alimentos y bebidas, á depositarse en el cuerpo humano, como en un sitio oportuno para su desenvolvimiento. Una vez que han llegado à nacer, estos gusanos sacan con sus órganos de succion, de nuestros humores ó de nuestros sólidos, los xugos propios á su nutricion. Engruesan, toman su crecimiento cabal, sin tocar à las substancias alimentosas que se hallan en el intestino, y allí se reproducen por sus órganos generativos.

En las clases pobres, poco aseadas y mal alimentadas, se observa una cantidad mayor de lombrices, sobre todo en los individuos que habitan en

sitios acuáticos. Pueden llegar á ser tan numerosas, que hagan perecer las personas cuyos intestinos hayan invadido. Los niños, cuyo organismo no es mas que mocosidad, por decirlo asi, los individuos de un temperamento linfático, aquellos que no beben mas que agua, los rubios, y enfin los que llevan una vida demasiado sedentaria, estan mas expuestos à tenerlas.

Véanse poco mas ó ménos los síntomas á que se puede reconocer la presencia de las lombrices en el cuerpo humano: el enfermo experimenta disgustos, agruras de estómago, bascas, vómitos, borborismos, cólicas, zumbidos frecuentes, algunas veces la diarréa. Estos síntomas unas veces se hallan separados, y otras reunidos. Pero un signo cierto é infalible, es la dilatacion de la niña del ojo, y una debilidad en este órgano, acompañada de una picazon en las narices (signo que nunca se debe descuidar en los niños de tierna edad, que llevan las manos á las narices con intencion de refregarlas); enfin, el olor agrio del aliento y la palidez de la tez.

Siempre que aparecen estos síntomas, quiere la prudencia que se empieze á combatir la enfermedad, y que se expelan las lombrices antes que hayan principiado sus estragos.

Los vermifúgos, ó medicamentos que tienen la propiedad de destruir los gusanos intestinales, obran todos en el sitio mismo; es preciso que haya contacto entre los medicamentos y aquellos gusa-

nos; pero este contacto puede no ser siempre inmediato, y aun hacer su efecto por absorpcion, como cuando se emplean al exterior, por medio de fricciones. Un medicamento que no operaria mas que sobre los texidos generales, no podria ser un vermifúgo muy eficaz.

Las lombrices que hacen su morada en la canal intestinal, son las solas que puedan ser expelidas por los verdaderos vermifúgos, porque los solos medicamentos locales pueden ejercer algun influjo contra ellas. Por este motivo debemos desconfiar de la eficacia de los remedios que no tienen ni sabor, ni olor, ó á lo ménos ningun principio activo. Los que es preciso emplear directamente son los amargos, que parecen ser un verdadero veneno para estos bichos.

No tememos el decir y adelantar que el *toni-purgativo* reune á sus calidades purgantes todas las de los vermifúgos usados hasta hoy dia : la amargura de unos, con la calidad aceytosa de los otros; que todas estas propiedades se reemplazan bien las unas á las otras, y que las completa aun mas la virtud purgativa, que arrastra todos los paquetes de gusanos deletéreos ó pestiferos hácia el *rectum*, y los expele por el *ano*.

Podriamos citar mas de veinte exemplos de niños de tierna edad, cuyas convulsiones habian provocado la administracion y empleo de varios medicamentos, segun los síntomas que los médicos habian creido reconocer como resultas del dentecer,

ó de cualquiera otra enfermedad de la niñez. Sus remedios no han tenido ningun exíto favorable, y las convulsiones han cedido sin esfuerzo al efecto purgativo y vermifúgo de nuestro método. La ignorancia ha quedado confundida á vista de las deyecciones considerables de lombrices de varias especies, que han seguido las dos ó tres primeras dósis de nuestros remedios.

La señora de B*** experimentaba desde mucho tiempo, en el empeyne, unas cólicas que se habian mirado y curado como una consecuencia ó resultado de un parto trabajoso, y que habian resistido á todos los medios de curacion. Llamados á visitarla, conocimos, por varios síntomas, y entre otros por la abundancia de la salivacion, la presencia deletérea é irritante de las lombrices. El método empleado con ella completó nuestra conviccion, arrastrando, en las primeras cámaras, un bulto de gusanos *lombricóides* muy largos y muy activos. Un bien estar general siguió inmediatamente aquella expulsion.

Muy Señor mio,

Mi cuñada, á quien sus ocupaciones continuas y su poco uso de escribir, impiden el darle á Umd. gracias por si misma, me ha encargado de participarle la curacion de sus dos hijos, mediante los medicamentos de Umd. Umd. sabe que su Emilio y Adolfo, ambos de tierna edad, habian sido acometidos de una enfermedad verminosa que los reducia á una flaqueza extrema, é inquietaba vivamente á esta tierna madre con respecto á su existencia. Conforme al consejo de un médico, ella

les habia hecho tragar, ya azeyte, ya polvos desleidos en vino blanco; otras veces les habia aplicado en el empeyne unos emplastos, en que la amargura se combinaba con lo dulce; y todos aquellos medicamentos no habian producido ninguna resulta ventajosa. Otras lombrices reemplazaban siempre las que habian salido con las cámaras; de suerte que la curacion de estos pobrecitos parecia desesperada, ó por lo menos dilatada de un modo indefinido. Umd. se acordará sin duda que fui yo quien, segun la fama y reputacion de su obra, vine á hacerle la pintura de su situacion, y rogarle me indicase los medios de proporcionarme dos frascos del licor benéfico, con uno de la *quinta-esencia etérea y balsámica*. A mi vuelta á Amberes, solicité á mi cuñada administrase en pequeñas dósis, y con intérvalos poco distantes, el precioso purgativo, encargándole el secreto con respecto á su médico. A las dos primeras cucharadas, mis sobrinos expelieron algunas lombrices, unas muertas, otras vivas. Durante otros tres dias, se continuáron las dósis con igual suceso, y de cuando en cuando, para volver á su estómago el tono que habia perdido. Ahora van ya muy bien: ya no hay lombrices, ni dolores, y han recobrado buen sueño y buenas ganas de comer.

Tengo el honor, etc.

Firmado, FRÉDÉRICO MILON.

A 15 de marzo de 1823.

Posdata. Se me olvidaba el decirle á Umd. que hizo disolver en polvo treinta *granos salutíferos*, que extendió sobre un poco de algodon, para aplicarlos sobre el empeyne.

Muchas madres de familia han traido sus niños á nuestro gabinete de consultas, diciéndonos que estaban atormentados por las lombrices. Antes de indicarles un tratamiento á proposito, hemos querido siempre tomar conocimiento de los varios síntomas, de las causas y especies de lombrices que era menester expeler. Hemos observado, pues, en ellos una repugnancia instantánea por ciertos alimentos, algunas veces una hambre voraz accidental, bascas, un circulo azulado al rededor de los ojos, una toz seca, borborísmos, la faz cárdena, la niña del ojo dilatada, irregularidad en el pulso, desmadejamiento, un dolor punzante en los intestinos y particularmente hácia el ombligo.

Poco tiempo ha, vímos á un niño que habia echado muchos gusanillos ascárides, cuyo cuerpo era largo de dos ó tres lineas, *fusiformes*, y cuya cola se terminaba en punta muy fina y transparente; se quejaba de una irritacion sorda en el ano, acompañada de dolores punzantes, y de un punto incómodo, sobre todo al anochecer. Hémos observado que el tratamiento que le hémos indicado ha tenido un exîto perfecto, y sobre todo, las lavativas en que habiamos hecho disolver como unos treinta *granos-salutíferos*, que se habia tenido antes el cuidado de pulverizar: añadiase tambien á todo esto dos cucharadas de aceyte y dos otras de la *locion purgativa*.

§ IV. — Indigestiones de los niños.

La primera edad es la en que son mas frecuentes las indigestiones, por la grande actividad que incita á los niños á hartarse con substancias xugosas. Mas cerca estan del instante de su nacimiento, y mas considerable es su facultad digestiva, como lo prueban su crecimiento rápido y la sensacion de la hambre tan á menudo renovada. Pero los xugos, demasiado abundantes en dicha edad, pueden tomar direcciones viciosas, y algunas partes del cuerpo se ven sujetas á obstruirse, principalmente si las fuerzas digestivas, llegando á debilitarse por el mismo efecto de su sobrada actividad, carecen de aquella energía necesaria para operar la nutricion y el crecimiento. ¡Cuantos niños de pecho, cuya salud parecia floreciente, se han puesto poco á poco flacos, ó han sido atacados de una hinchazon no ménos funesta y motivada por la abundancia de las viscosidades procedentes de las malas digestiones!

Uno de los manantiales mas inmediatos y mas fecundos de estas, es la calidad viciosa de la leche con que se alimentan. Cuando la madre, careciendo de valor ó de fuerza para cumplir con la primera obligacion de la maternidad, se halla precisada á recurrir á los cuidados mercenarios, si la leche del ama es demasiado vieja, ó tiene sobrada consistencia para que la debilidad de las vísceras de la

criatura puedan soportarla, entónces produce unas continuas indigestiones, y el niño decaece, en lugar de engordar y crecer. Hay otro error, tan grave y no ménos comun, y es el creer que los gritos del niño sean siempre la expresion del hambre. Al instante que principia á llorar, casi se le ahoga para hacerle callar; y cuando sus gemidos no son mas que las resultas del malestar que le causa un estómago harto, agravan el mal con nuevos alimentos; se aplauden enfin de su silencio, cuando no han hecho otra cosa sino reducirle á la imposibilidad de dar nuevas señas del dolor que le aqueja. Podria yo extender infinito estas reflexîones; pero prefiero enseñar à los padres los medios curativos para salvar de una muerte próxîma las inocentes victimas de su imprudencia.

Cuando los órganos digestivos de los niños carecen del grado de accion suficiente, es menester esforzarse de darles mas actividad usando de confortativos. Se logra avivar su sistema gástrico, tanto por un alimento conveniente para confortarle, como por los medicamentos. Estos últimos se han de sacar de la clase de los tónicos, entre los cuales se distingue eminentemente el *toni-purgativo*, por su doble calidad de hacer evacuar las viscosidades que fatigan el estómago de los niños, y de dar resorte á este órgano. ¡Cuantos se habrian salvado de la muerte y continuado gozando de los abrazos maternos, si sus madres les hubieran administrado algunas gotas de este medicamento!

§. V. — Caperuza, especie de romadizo muy violento y tenaz.

Esta es una enfermedad de los niños difícil à explicar con precision. Sin embargo la podemos definir : una tos violenta y convulsiva, manifestándose con intermitencia y amenazando de sufocacion. Unos la miran como contagiosa ; otros no le atribuyen siquera el carácter epidémico, y la colocan simplemente en la clase de las toses espasmódicas y porfiadas.

Aunque dudan muchos médicos si esta enfermedad es contagiosa ó no, creemos á propósito el aconsejar á todas las buenas madres de no dexar á sus hijos en contacto con otro niño que adolezca de este achaque, y de no hacerlos cohabitar juntos.

No aseguramos que la enfermedad sea contagiosa; pero hemos visto tantos exemplos de niños, viviendo juntos en la misma casa, y hallándose sucesivamente acometidos, mientras otros, quienes, bajo el mismo techo, pero no teniendo comunicacion con ellos, no eran atacados del mismo achaque, que la prudencia exige se sacrifique todo en tales casos, para huir de semejantes vecindades.

No existe la misma duda en cuanto al influxo del ayre atmosférico, y á su correlacion con la caperuza. Todos los autores concuerdan en reconocer unas epidemias de esta enfermedad, y la exîstencia de vapores que producen este contagio, en la region donde reyna la epidemia. Importa, pues, mu-

cho mas todavia á la madre que vela temblando sobre los dias de su hijo, de trasportar el fruto de sus amores léjos de aquel parage. Ningun obstáculo debe detenerla; porque su obligacion es de arrancar à tres meses de padecimientos agudos, y alguna vez á unas résultas mas funestas, una edad tan débil y tan susceptible de impresiones.

Las causas ocasionales de la caperuza son el tránsito sùbito del calor al frio, la habitacion en sitios húmedos y pantonosos, un alimento malo, una leche mal sana, la repercusion de granos y ampollas, y sobretodo la plenitud humoral y el embarazo de las primeras vias como de los ôrganos de la respiracion.

La tos puede indicar un resfriado ordinario, que proviene generalmente de los cambiamientos repentinos de la temperatura, cuyo influxo acomete casi siempre al órgano del pulmon, y principalmente los bronchios.

La caperuza, en el principio, parece confundirse con el resfriado ó romadizo ordinario. Pero luego los síntomas infunden mucha inquietud, y manifiestan la exîstencia de la enfermedad, sin que sea posible el equivocarse. Tos convulsiva, hinchazon de los ojos que se llenan de lágrimas, vómitos periódicos; estos últimos signos prueban que el afecto no es un simple catarro. Leemos en el *Diccionario de las Ciencias Médicas*, «que uno de los caractéres mas marcados de la caperusa consiste en los movimientos interrumpidos del resuello, que se re-

piten con frecuencia cuando la enfermedad es interior, y á los cuales sucede una larga aspiracion que produce un sonido agrio y como una especie de silvido. » Todos han observado este síntoma, y le señalamos aqui porque no varía jamas.

Primeramente no se manifiesta mas que por una tos seca, parecida á un romadizo ordinario, y que dura quince dias poco mas ó ménos. La tos va acompañada de pesadez de la cabeza y de frecuentes estornudos.

El niño presiente la llegada del accidente por unas leves cosquillas en el gaznate, y que irritan aquel. Durante el segundo periodo, hay niños que no experimentan mucha fatiga de unos ataques tan repetidos, y que vuelven gustosos à sus juegos, cuando ya ha pasado el accidente; se ven otros que parecen fatigados durante unos quince dias, y que despues se van familiarizando con la enfermedad. Como quiera que sea de todas estas variedades, en las circunstancias de la enfermedad, se observa al instante en que empieza el ataque, que la cara se abotaga, los ojos se inflaman y parecen húmedos, la cuenca se hincha y el círculo se pone acardenalado; se hincha tambien el pescuezo, y enfin, el niño parece amenazado de sufocacion con la violencia del mal.

El tercer periodo del achaque principia, cuando la tos no ocasiona ya aquel estado de ansia que caracterizaba el segundo período, y no deja oir el sonido agrio y aquella como especie de silvido. En

algunos niños cesa la tos al cabo de pocos dias, y en otros, dura todavia algunos meses.

Tal es la descripcion de esta enfermedad : en cuanto al método de curarla, nos bastaria enumerar todos los remedios que indican los prácticos, para demostrar que ninguno puede ser eficaz. Si bastàra uno solo, no usarian de tantos. Pero seria perder un tiempo muy precioso, transcribiendo aqui las observaciones de tantos escritores de terapeútica, y notando que M. A., doctor médico, en Paris, prescribe tal fórmula; que M. B., doctor en la Facultad de Montpellier, la contradice y prescribe otra, etc., y que todos acaban con confesar, que muchas veces su remedio no produce el efecto deseado. Ha sucedido á estos señores lo que sucede à cualquiera que procura substituir sus ideas á la observacion, y su sistema à la naturaleza.

Sin embargo, mueren los niños, los padres se hallan privados del objeto de su cariño, y el médico busca el como escusar su obstinada negligencia, calumniando la impotencia de su arte.

¡Y que! ¿Aquella como estrangulacion que parece ahoga al niño enfermo, aquellos vómitos y espectoraciones viscosas, no indican suficientemente el modo de acometer el principio morbífico? Es preciso tener voluntariamente los ojos bendados, para desconocer la verdad de esta asercion.

No la hémos desconocido nosotros, que ilustrados por una multitud de observaciones sobre la naturaleza de esta enfermedad funesta; nosotros, que

hémos visto perecer á tantos niños, porque no hémos sido llamados sino al tiempo de su agonía; nosotros que hémos visto, al contrario, volver de la muerte á la vida aquellos que hémos tenido la fortuna de visitar y de médicinar al tiempo del segundo y aun del tercer período, no la hémos desconocido, repetimos.

La mas insigne mala fe podria solo aun dejar de confesar, que un achaque originado por la agrura de los humores y la plenitud de las canales digestivas, no puede ser combatido victoriosamente sino con la administracíon de los purgantes. Precaven la obstruccion de los pulmones, destruyendo la constipacion, uno de los síntomas mas comunes de esta enfermedad, y abriendo una via á los flúidos que amenazan de llenar el estómago; pero es menester cuidar el no administrarlos sino despues de haber hecho tomar al niño bebidas emolientes, mezcladas con una infusion de miel, ó agua de avena mondada, á un vaso de las cuales se añadira una cucharadita á café de nuestra *tintura fundente*. Cuando ha desaparecido la caperusa, los niños quedan muchas veces en un estado de consuncion, que podria dar á creer que continua la enfermedad, cuanto mas que va perseverando la flaqueza; pero se puede asegurar de lo contrario, cuando se observa que los niños vuelven à tomar insensiblemente sus fuerzas poco despues.

Será menester estudiar con atencion el temperamento del niño, y gobernarse por estas considera-

ciones para el régimen que se le prescriba. Siendo él de un temperamento sanguino, se le dara solamente un alimento ligero; parte animal y parte vegetal, sera todo su régimen. Se tendrá cuidado en negarle todas las substancias que pican y estimulan sobrado el sentido del gusto, café, licores, etc.; sus vestidos no han de ser, ni demasiado ligeros, ni demasiado cargados; pero sobretodo, que su sueño sea apacible; que se guarden de asombrar su imaginacion con aquellos cuentos absurdos que sin duda se retratarian en ella, por unos sueños pesados y mas ó ménos prolongados. Por lo contrario, si el niño es de un temperamento linfático, se necesita seguir un regimen enteramente opuesto; substancias animales, muy pocas frutas, alguna vez vino puro, fricciones aromoticas para las cuales no hay nada mas á proposito que la *quinta-esencia etérea y balsámica*, que solemos diariamente prescribir con el mas feliz exîto á todos los enfermos, cuya situation indica el uso de las fricciones. Aun se puede de cuando en cuando administrale al interior, en un vaso de agua, una cucharadita á café de este licor benéfico.

Los que hayan meditado bien nuestra doctrina, concebirán sin dificultad la utilidad de esta práctica; se acordarán que las relaciones de la canal alimentosa con los órganos del pulmon son tan íntimas, que es imposible desembarazar el estómago sin aliviar el pecho; y que los purgantes, por mas que diga la ignorancia, son los remedios mas efi-

caces que se puedan administrar para procurar las espectoraciones.

Pero enfin, si por haber descuidado estos preceptos, ó á pesar de todas las precauciones, la caperuza viniera á manifestarse; desgraciada la madre que esperara el tercer período y aun el segundo, para proceder á un método racional de curacion! No importa que el mal que se está observando no sea mas que una simple tos ó un catarro; mas vale, á todo evento, suponer que es la caperuza. Si no es mas que una tos, nuestro remedio la sanará; y aunque no sea mas que un suceso vulgar, siempre será un suceso.

Empiézese, pues, por atenuar las viscosidades mediante las bebidas calientes, cuales nosotros las prescribimos : infusion de borraxas, y en cada una de sus tazas, se mezclará una cucharadita á café de nuestra *tintura fundente*.

Los pediluvios y maniluvios bien calientes son casi de una absoluta necesidad, para favorecer sobretodo una transpiracion que se interrumpió, y que en la caperuza es tan peligrosa. Hemos hecho coincidir con nuestro método curativo el uso de un baño de pies y de manos compuesto de agua caliente en bastante copia, y en la que se echaban algunos puñados de hierbas aromáticas, de sal, de vinagre, y sobretodo, algunas cucharadas de *esencia etérea*, que se administra tambien con mucha utilidad, en fricciones á los brazos, que se cubren en seguida con la flanela.

Nuestros remedios son principalmente el *paladium* de la niñez, porque ellos solos pueden á la vez disolver las viscosidades, y al mismo tiempo restablecer el equilibrio de los humores, dando tono á las vias digestivas, sin repugnar al gusto, ni al olfato, y porque el niño, habiéndolos tomado una vez, no dejará de pedirlos por golosina despues.

En nuestras consultas relativas à este afecto, casi siempre hemos observado una sensacion de opresion y de encogimiento en el laringe y la traquiarteria, una tos periódica seguida de espectoraciones ó de vómitos de mocosidades, acompañadas de hipo, de rubor del rostro, de hinchazon de las venas de la cabeza y del pezcuezo, y de dificultad de resollar. Las accesiones volvian con irregularidad.

Los libros de materia médica preconizan, en este achaque, el almizcle, el asafétida, la cicuta, el estracto de bella-dama. Alguna vez hémos empleado estos remedios en las indicaciones particulares en que los creiamos útiles, sin embargo de que no podamos aplaudirnos de un suceso completo.

Nosotros hémos procurado combinar todas aquellas substancias, que hémos creido mas propias para combatir esta enfermedad, en un jarave que hémos hecho preparar *ad hoc*, y que obtiene de dia en dia los resultados mas felices.

§ VI. — Lamparones ó escrófulas.

No tomarémos parte en la contienda suscitada entre los médicos, en cuanto á si las escrófulas son hereditarias ó no. Apartándonos de la opinion vulgar que las cree contagiosas, adoptarémos la de aquellos autores que atribuyen su orígen, muchas veces á una mala leche agena, á la disposicion linfática, cuya degeneracion no se corrigió desde un principio, á la habitacion en sitios baxos y húmedos, á unos afectos tristes, á una vida perezosa. Esta enfermedad es peculiar de la infancia, y se suele manifestar desde la edad de tres años hasta siete, y algua vez mas tarde. Los síntomas principales de una constitucion escrófulosa, son la hinchazon del labio superior, el color rojo de la nariz, la debilidad de la vista, el resumo de las orejas, la palidez y la blandura del cútis.

Las escrófulas son tumores situados de baxo del cútis; las glandulas suelen ser su sitio, ó mas bien son ellas mismas hinchadas y entumecidas por la mansion de la linfa, que es el humor preparado y conservado allí. Las primeras afectadas son las glándulas del sobaco y del pescuezo; pero en cualquiera parte que se manifiesten, sí no se acude presto con el remedio, invaden desde luego todo el tejido celular inmediato.

La malignidad del humor se aumenta con tanta mas fuerza, cuanto su marcha es lenta y casi oculta.

Parece enfin y hace su erupcion, que siempre se reprime con mucha dificultad. Sin embargo, la marcha de la enfermedad no es tan secreta que pueda sustraerse à las observaciones de un ojo experimentado. El individuo, que está propenso à este afecto, cae en una suma debilidad, sin que parezca estar malo; su cútis blanquea de un modo visible; el organismo está lánguido, y la cabeza viene á ser el sitio de unos dolores muy vivos. Aparecen en la boca algunas pústulas; este es el instante en que el humor que hasta entónces parecia dormir, amenaza de hacer su erupcion; y tambien es cuando la solicitud de la madre, que no ha podido ya ménos de conocer la proxîmidad de los sintomas, siente que importa precaver la invasion por los medios curativos. Los hombres ménos partidarios de nuestro método, le prescriben en esta circunstancia, y este solo homenage bastaria para justificarle á todos los ojos: pues siendo reconocida su eficacia en una enfermedad que depende eminentemente de la depravacion de los humores, debe serla igualmente casi en todos los achaques que afligen el género humano, ya que su origen bien conocido es esta misma depravacion.

Los antiguos, y casi todos los modernos, han atribuido á los purgantes, en las enfermedades escrofulosas, unas propiedades asombrosas, porque consideráron las evacuaciones estercorarias como eminentemente favorables. Todos convienen en la necesidad de reiterarlas, no solo hasta el entero

desaparecimiento de los humoros, pero aun hasta que el crecimiento del niño haya hecho desaparecer aquella debilidad que hemos señalado. Recomendamos, pues, dichos purgativos; pero precedidos, acompañados y seguidos del empleo y administracion de nuestro vino depurativo y antiescorbútico.

Entre las muchas curas operadas con nuestro medicamento, no citarémos mas que una sola.

El tutor de un niño menor de edad, su pupilo, como de siete años, y que adolecía de esta enfermedad, le presentó en nuestro gabinete de consultas. Los remedios empleados por varios médicos para combatirla, los sulfúreos, los vomitivos, los antiescrofulosos, no habian podido triunfar de ella. El mal parecia burlarse de sus esfuerzos, para volver con mas actividad. El niño tenia en el pescuezo algunos tumores de color bermejizo; por algunos de ellos rezumaba un humor seroso; los que ya se habian cerrado, léjos de cicatrizarse, se abrian de nuevo; otros nuevos tumores se ulceraban cerca de los que estaban ya en supuracion; enfin, el enfermo experimentaba un mal estar vago que le hacia encontrar todos los alimentos insipidos, y aun los juegos no tenian para él ningun atractivo. Despues de haber observado con la debida atencion su constitution fisica y moral, le prescribimos como preparativo, el ayre puro del campo, un exercicio moderado, distracciones de toda especie, alimentos de fácil digestion, unas bebidas á las cuales se añadia una cucharadita á café de nuestra *tintura fundente*, baños aromáticos, en los cuales se habian de mezclar algunos puñados de sal marina, y un medio frasco de *esencia etérea*, y enfin, fricciones ligeras con la

misma. Este régimen, deteniendo, y aun disminuyendo los progresos de la enfermedad, le volvió su alegría, lo que nos pareció un pronóstico favorable, y no dudamos ya en hacerle administrar por lo pronto los *granos salutíferos del doctor Franck*, y los demas remedios que tan á menudo indicamos en esta nuestra obra, por ejemplo, nuestro vino depurativo.

Casi siempre hemos observado en los niños que los padres nos han presentado, solicitando nuestros consejos, que su temperamento era linfático; que llevaban una vida perezosa, y que los malos alimentos y unos afectos de tristeza no eran agenos á este achaque. Casi todos tenian el labio superior hinchado y con grietas, los ojos azules y lagañosos, un cútis blanco, blando y flojo, y lentitud é incuria. Hemos visto algunos que tenian tumores que se hinchaban, y venian á ser bermejizos y azulados; la supuracion se hacia parcialmente. En otros los tumores se cicatrizaban, para volverse á abrir de nuevo. La respiracion, la circulacion y la dégluticion eran mas ó ménos dificultosas. Siempre fué lenta la marcha de esta enfermedad; frecuentemente hemos anunciado à los padres de los niños enfermos, que desapareceria este afecto en la época de la pubertad, cuando los síntomas nos indicaban esta terminacion.

Cuando ha sido posible el enviar los niños al campo, tenerlos aislados, el exercicio, los justillos de flanela sobre la carne ó cútis, fricciones aromáticas con la *quinta-esencia etérea*, los baños con

una cantidad suficiente de sal comun y nuestra tintura y nuestro vino antiescorbútico han servido maravillosamente, antes de administrar los remedios curativos de nuestro método.

§ VII. — Enfermedades cutáneas de los niños.

Una porcion excesiva de flúidos blancos, la movilidad del sistema musculoso, una demasiada susceptibilidad en el sistema nervoso, y el tan principal papel que hace en ellos el sistema digestivo, caracterizan la constitucion propia de los niños.

El cútis es uno de los órganos de la transpiracion; nadie ignora cuantos accidentes graves y muliplicados pueden causar las transpiraciones interceptadas ó demasiado copiosas; interesa infinito, pues, el mantenerla en un estado que la ponga en harmonía con los demas órganos nuestros. La salubridad del cútis, en el niño, depende del aséo, de la costumbre de lavarse, de un alimento ligero y proporcionado á la debilidad de sus faculdades digestivas y de un ayre puro y fresco, pues esta pureza del ayre es para esta edad tan necesaria como los alimentos mismos; es una planta jóven que padece y pierde su color encerrada en la estufa: solo el ayre exterior puede volverle el vigor y la salud.

Pero, si por error ó imprudencia, se han descuidado estas precauciones indispensables, entónces el sistema linfático viene à ser el sitio de las enfermedades cutáneas. El cuero cabelludo y el rostro

son los en que se ven mas à menudo las erupciones. Tambien fluyen humores detras de las orejas. Los médicos han dado à estos varios afectos unos nombres mas ó menos científicos, y aun hay algunos que los han divídido en muchas clases; pero miramos como inútil el querer entrar á competir con ellos en cuestiones de pura erudicion. Todas estas enfermedades, segun sus propias opiniones, teniendo las mismas causas, anunciándose por unos síntomas poco diferentes, y habiendo de ser tratadas con el mismo modo de curacion, nos limitarémos á unos preceptos generales.

Seria peligroso el querer atajar estas secreciones y secarlas, mediante unas abluciones astringentes. Los accidentes mas graves resultarian de semejante imprudencia. Aquellos son efectos que no deben desaparecer sino despues de su causa, y asi es esta misma causa la que se debe acometer y destruir.

Si el sistema linfático, en los niños, estuviera dotado de una mayor actividad, se veria desaparecer esta infiltracion del texido celular, porque los flúidos blancos que la producen, tomarian su curso é irian á perderse en el torrente de la circulacion. Todos los medios que se estan empleando para remediar á esta infiltracion, como son las fricciones, la insolacion, las varias suertes de exercicios, aumentan por su accion el tono del órgano cutáneo, y por una especie de reaccion, el de los órganos situados mas profundamente. El método curativo, sancionado por nuestra experiencia, consiste en el

uso de los medicamentos tónicos y estimulantes, especialmente del *toni-purgativo*, que, fortificando los órganos digestivos de los niños, impide la erupcion del flúido blanco, y le obliga á entrar en la circulacion.

En general, hémos sabido y convencídonos, tanto por nuestras consultas diarias, como por nuestra cerrespondencia, que el uso de un vino blanco *depurativo* que hémos prescrito á los niños, haciéndole coincidir con el empleo de los granos amarillentos, de que hemos hablado ya en esta obra, hacia desaparecer las enfermedades de la infancia, como por encanto. Al fin de esta obra se verá como debe emplearse dicho vino y hacerse uso de dichos granos.

CAPITULO X.

Salud de los empleados. — Enfermedades á que los expone el trabajo de la oficina ó del bufete.

Despues de haber detallado y demostrado las causas y los efectos de las enfermedades que aquejan y afligen de ordinario á los individuos, librados á una vida sedentaria, debemos al presente ocuparnos muy particularmente de la clase de los empleados, que tan numerosa es en las capitales ó ciudades grandes. Las administraciones, los ministerios, las compañias de seguros, las contadurías, las oficinas de los banqueros y de los grandes negociantes, etc., son otros tantos focos de enfermedades morales y físicas, y otros tantos hospitales de anticipacion, por decirlo asi : y un tal empleado que entra á servir alli, en calidad de supernumerario, con la mas completa energía vital, que le promete una bien larga y durable salud, ve agostarse de dia en dia y machitarse su juventud, por la inaccion en que se le deja en su plaza, y ve cual las enfermedades le acometen antes de llegar á la vejez.

¡O! vosotros todos, que por gusto, por cálculo ó

por necesidad, habeis entrado y abrazado la carrera de las oficinas, y que deseais gozar alli del tan benéfico reposo de los gefes, sin probar ó sufrir sus enfermedades, que son el patrimonio ordinario del empleado subalterno! Escuchad los consejos severos de nuestra larga experiencia, y que la hygiene os enseñe á conciliar los intereses de vuestra justa ambicion, con los de vuestra salud y vuestra existencia.

El comun de los hombres piensa á menudo, que es salud todo lo que es reposo, y que el hombre que nada tiene que hacer, debe pasarlo mejor y ser el mas feliz del mundo; pero se engañan. Sin embargo, es preciso confesar, que el vulgo no se engaña por lo general, sino en las voces; y que cuando aparece en extremo opuesto à las sanas doctrinas de la hygiene, basta solo de ordinario el cambiar una sola palabra, para conocer que lleva razon. El hombre ocioso lo pasa bien, todavez que por un prudente empleo de los momentos que la fortuna deja á su libre disposicion, hace suceder el ejercicio al reposo, y el reposo al ejercicio. Si obrase de otra manera, y si su reposo no fuese mas que una simple inercia, todos los males que acompañan de ordinario la inactividad habitual, vendrian á atacarle èn el seno mismo de la opulencia y de la riqueza, y tendria que mirar con envidia la laboriosa medianía del robusto artesano. En este sentido, la opinion del vulgo, es la opinion de la ciencia misma que la naturaleza nos dictó, y que nos

prueba cada dia que el hombre debe vivir del mismo modo que ella le crió, es decir, en el trabajo y en el ejercicio.

Ora bien, la vida sedentaria del oficinista ó del hombre de bufete está muy léjos de ser conforme á aquel voto de la naturaleza: aun el menor inconveniente de su profesion es el haber de verse sentado una gran parte del dia; el mayor peligro para él consiste en aquella como intensa atencion de sus facultades intelectuales, en aquellos detalles y pormenores fastidiosos y en aquellos cálculos abstractos, que fatigan el espíritu sin ejercitarle.

Y en efecto, si los trabajos, bien que ya atractivos del hombre de letras, y si las meditaciones brillantes del poeta mismo son un manantial fecundo de enfermedades é indisposiciones ¿que no dirémos de la tan monotóna faena y ocupacion de las oficinas y bufetes, en que el espíritu y el cuerpo se ven como forzados á una igual inercia? ¿Y cuales son las consecuencias habituales de un semejante estado? Hácense las digestiones difícil ó incompletamente; van en aumento las ventosidades y serosidades nasales; las secreciones son de dia en dia mas irregulares; se manifiestan los síntomas precursores de la hipocondría; la memoria se debilita, y las ideas se van como extinguiendo; el empleado siente de tiempo en tiempo algunos calores en la cabeza, palpitaciones y una postracion y descaecimiento general; la melancolía se apodera de él; la sangre se dirige sobrado copiosamente

hácia los órganos cerebrales, de que resultan los dolores intensos de cabeza, y talvez un como estado harto próximo á la estupidez, y el menor humor, que atacó de preferencia este ó aquel punto, demóra en el años enteros, porque todo contribuye á fijarle alli, y porque la traspiracion no es harto abundante para haber de desembarazar la parte afectada. La posicion, ademas, del cuerpo encorvado habitualmente puede ser muy funesta al pecho, y aun viciar algunas veces el canal espino-cerebral, de que resultan los romadizos incorregibles y las pulmonías; la menor disposicion para el asma la hace al fin aparecer esta y perpetúa su duracion.

El ayre de las oficinas, que rara vez se renueva, el calor de las estufas y de las chimeneas, los velones ó luces, ya por el mal olor que exalan, como por la sobrada luz que dan, nociva á la vista, todas estas causas ocasionan las numerosas enfermedades de que hemos presentado ya un análisis sucinto, y hacen aparecer los empleados, como lo hemos observado mil veces, pálidos, achacosos, flacos y tristes, librándolos de antemano á todas las congojas de una salud delicada y endeble y de un estómago sin vigor. Añádanse aun á todos estos inconvenientes las afecciones morales, triste resultado de las rivalidades, de las injusticias, de las suplantaciones, de los reproches, etc. Impresiones todas penosas, que se suelen repetir à menudo, y que nada es capaz de borrar en medio de una tal uniformidad de ocupaciones y de ideas.

El hombre del campo, propriétario y aun jornalero, olvidan por un momento sus pesares en la variedad misma de sus ocupaciones; libres y dueños de sí mismos y de todas sus acciones, pueden consolarse de todo. Pero el empleado que se levanta para ir corriendo á su oficina, y que se acuesta casi al salir de ella, no sueña en otro que en papelotes y cuentas, y dichoso aun si el dia de mañana será para él como el antecedente, y si podrá aun encaminarse de nuevo á la oficina, en que le esperan y le han de recibir el fastidio, el temor y el disgusto. La naturaleza casi no tiene un dia claro y hermoso para él, porque no debe de contemplarle sino por la ventana de su oficina, es décir, que solo al traves de este prisma obscuro debe entrever solamente él tanto brillo y tantos placeres; mas aun ni aun tiene tiempo ni el derecho de pensar en ellos. Y esto que decimos aqui no es aplicable solo al empleado subalterno; eslo al gefe de division, al sécretario general, y al ministro mismo; á todos ellos nos dirigimos, y en favor de todos vamos á detallar y proponer todos aquellos medios higiénicos, cuya eficacia nos ha revelado nuestra propia experiencia.

Con respecto, pues, al hombre de oficina ó de bufete, la higiene se reduce á estos dos teoremas: 1° ejercitar ó dar ejercicio al cuerpo; 2° dar un recreo y descanso al espiritu; es decir obviar y neutralizar los dos grandes inconvenientes que trae consigo toda plaza ó destino, que fatiga el ánimo y que enerva el cuerpo.

1° Los empleados, quien quiera que sean, deben procurarse y escogerse un alojamiento, lejos de su oficina, y cercano á algun jardin ó paseo público, que cubran con su sombra los árboles, y si es posible, que esté situado en alguna altura, porque para ellos, la pureza del ayre, es como la primera é indispensable condicion.

2° Deben desayunar una hora antes de ir al trabajo, y no trabajar mas, despues de haber comido. ¡Desgraciados de ellos si sus digestiones llegan à désarreglarse una vez!

3° Su mesa ó comida debe de ser sana y frugal, pero delicada. Deben enteramente abstenerse de toda bebida alcoólica.

4° No les es menos nécesaria la mas escrupulosa limpieza; al efecto deben cambiar á menudo de ropa blanca y tomar con frecuencia baños, segun el método que indicamos en nuestro *Manual de la Salud.*

5° La sociedad y tertulias de recreo son como indispensables para ellos. Pero que no se acerquen jamas á una mesa de juego: sobrado han trabajado ya de cabeza y calculado durante todo el dia, y antes de irse á la cama, es preciso que olviden toda especie de cálculos. No deben retirarse, ni levantarse tampoco sobrado tarde.

6° El oficinista ú hombre de bufete paseará á menudo, y tratará de reparar, previniéndose bien de mañana, la inercia que le espera despues en el resto del dia.

7° Harán suceder con notoria utilidad á las tareas del bufete los ejercicios del cuerpo, prefiriendo ciertos juegos de mucho movimiento, como los de bolas, de pelota, de billar, etc.: y cuando llegue el domingo, irán á saludar ansiosos los campos, las frondosas laderas y toda esa naturaleza tan bella, en el seno de la cual está siempre seguro el hombre de encontrar, ya con que alentar la nobleza de su alma, ó ya con que dar un nuevo vigor á su cuerpo.

8° La disolucion y el libertinage es para todo empleado el mas terrible azote; pero que la sociedad de una compañera, de una esposa dulce, amante y amada, llegue á ser para él una de las necesidades mas urgentes de su existencia. Al tierno y solicito interes de su cariñosa mitad es, á quien encargamos y recomendamos nosotros el cuidado de calmar su espíritu con consolaciones siempre nuevas, el de aliviarle en sus tan penosas tareas, y el de volverle y procurarle una felicidad, de la cual las funciones de su destino parecian haberle ya privado.

9° Y como malgrado todas estas precauciones y preservativos, sus órganos deben infaliblemente sufrir y probar los inconvenientes de una vida sedentaria; como deben obtruirse sus vísceras, y viciarse mas y mas sus humores, es de toda importancia que el oficinista procure mantener siempre su vientre libre, y que tome y haga uso de laxantes, no regular ó periódicamente, sino cuando su necesidad se haga sentir. Al efecto, podrá bastar el uso semanal de

las lavativas, segun el método que indicarémos en la obervacion siguiente, asi como el empleo de los *granos salutíferos.*

En este capítulo solo hemos hablado de los peligros anejos á la profesion de oficinista ó empleado, y no de aquellos que podrian sobrevenir en razon de ciertas circunstancias extraordinarias ó estrangeras [1]: con respecto á estas, remitimos al lector á los capítulos respectivos, ó á nuestras consultas diarias.

OBSERVACION.

Un empleado de una administracion, en la capital, vino á consultarnos, y justificó con su relacion todo cuanto acabamos de decir, porque en efecto, descubrímos en él un como desarrollo de todas las incomodidades que van anejas á dichas ocupaciones. Adolecia ademas de una dyspnéa, concomitante de una afeccion espasmódica, que procedia de una causa reumatismal, acompañada ademas de una cefalalgia periódica: estaba aun sugeto á aquella especie de cólicas que Barthez llama nerviosas. Obtuvimos el mas feliz resultado prescribiéndole el empleo de las lavativas purgativas [2] con una lo-

1 Sucede muy á menudo que una enfermedad aguda viene á complicarse y tomar por base otra afeccion crónica: llega el médico, y como ignora los antecedentes, receta segun ciertos síntomas, y talvez lo echa todo á perder, porque la indisposicion crónica se complica con la nueva irritacion, y como se presentan dos enemigos á la vez, el enfermo sucumbe, lo que ciertamente no hubiera sucedido, si hubiera empleado con tiempo nuestro método.

2 Las lavativas purgantes son otros tantos medios harto pode-

cion especial, que nada tiene de comun con el *toni-purgativo* de que tan á menudo hemos hecho mencion en esta obra. La fluxion humoral que hubo de fijarse en la parte interior del tubo intestinal, operó una poderosa revulsion ó cambio de direccion en los humores, y disipó los accidentes á que estaba expuesto el empleado que nos consultaba. Por lo pronto, y antes de que le administrásemos las lavativas purgativas, le habiamos recetado otras simples y naturales, que produjeron un maravillose efecto sobre la superficie intestinal y provocaron algunas deposiciones serosas, glutinosas y biliosas. Habiamos tenido buen cuidado de recomendarle una posicion horizontal, inclinada ademas y apoyado sobre su costado derecho, á fin que el líquido medicinal se introdujese con mas facilitad en toda la cavidad y extension de los intestinos gruesos. Esta locion [1], mezclada asi con dos cucharadas de aceyte de olivas, precedida ademas de lavativas simples y del uso de nuestra *sal desopilatoria*, durante ocho dias consecutivos, ha producido sobre la membrana mocosa de los intestinos gruesos una

rosos y variados, con el auxilio de los cuales hemos combatido nosotros mil accidentes móibidos, y que responden y llenan un gran número de indicaciones: ejercen una accion local en extremo enérgica sobre los intestinos gruesos, determinando y produciendo una viva irritacion sobre la membrana mucosa que cubre y tapiza el interior de aquellos. Las variaciones que causan y operan en la circulacion arterial y capilar, en las secreciones y exalaciones, en las facultades cerebrales, y en una palabra, en todos los actos de la vida, son la mejor prueba de ello, y prueba que ya hizo valer el celébre Hoffman (De Clysterum usu medico. *Med. ration. System.*).

[1] En la calle d'Antin, número 10, podrán procurarse dicha *locion purgativa*, en botellas, los que tengan necesidad de ella.

ligera irritacion derivativa, y determinado ciertas alteraciones y cambios orgánicos harto notables, disipando como por encanto la insufrible cefalalgia ó migraña que constituía al consultante en la imposibilidad de librarse al trabajo que reclamaba su destino.

Desde el campo, dó habita momentáneamente, acaba de escribirnos, suplicándonos le enviemos una nueva locion purgativa, mixturada asi, y algunos paquetes de la *sal desopilatoria*, pues le ha probado excelentemente el uso razonado y metódico de ambos medicamentos.

CAPITULO XI.

De la Sordera. — Vejez; consejos higiénicos à los ancianos.

§ I. — De la Sordera.

Así se llama una enfermedad que acomete el órgano del oido, y que afecta una, ó las dos orejas; la infancia y la vejez son mas sujetas á esta incomodidad que la edad viril. El primer síntoma que la anuncia en su principio, es la dificultad de seguir una conversacion general y viva, ó bien de oir, con la misma claridad, el canto y el acompañamiento musical. Este primer grado de sordera está alguna vez acompañado de zumbido ó cefalalgía. La cabeza está ménos libre y ménos dispuesta al estudio de las ciencias que necesitan aplicacion, y se debilita la memoria.

La sordera varía bajo diversos aspectos segun los individuos. Hay sordos que ya no pueden tomar parte en una conversacion, y si en un concierto de música. Hay otros para quienes la música y las palabras no son mas que un zumbido confuso, aunque oyen perfectamente los sonidos mas endebles,

cuando los perciben como aislados. Algunos hay que recobran momentaneamente el oido en medio de los ruidos mas tumultuosos y mas fuertes; otros pueden seguir una conversacion en voz baja y de quedo, cuando el silencio reyna al rededor suyo.

Frecuentemente la sordera empieza insensiblemente, y alguna vez invade repentinamente el sentido del oido; despues hace progresos que varian mucho. Ya, va aumentando poco á poco hasta la anulacion completa del órgano acometido; ya, despues de haber permanecido estacionaria mucho tiempo, empeora de golpe; ya, despues de haber aumentado continuamente durante algunos años, dexa, mucho tiempo, un resto de oido: pero por desgracia es raro este caso. Pero lo mas á menudo, la sordera aumenta en la vejez, y se acrecienta en la época de la cesacion del fluxo menstruo. Se hace mas intensa momentaneamente á la vuelta de cada evacuacion periódica, de resultas de ciertas inquietudes de espíritu, en seguida de comidas copiosas, de unas carreras rápidas, y en los tiempos húmedos y frios. Alguna vez disminuye, y cesa completamente en unas circunstancias opuestas.

Unas veces esta enfermedad es aislada, y otras exîste con otros achaques, que son causa ó efecto de ella, ó que dependen de la misma causa. El oido se debilita por un accidente de apoplegía, mas bien que la facultad de ver, de gustar ú de oler en los otros sentidos. La diatesis escrofulosa, los afectos catarrales, las enfermedades cutáneas y especial-

mente los sarpullidos, tienen frecuentemente una union estrecha con la sordera.

Entre todos los achaques que afectan nuestros sentidos, los que acometen al oido son los mas difíciles de sanar. Las señas de que esta indisposicion es incurable, son principalmente las que anuncian que la parte cefálica esta afectada. Se pueden mirar como sin remedio las sorderas que, sin lesion aparente en el conducto del oido, sin ningun desorden en la salud, se van desenvolviendo insensiblemente hácia la decadencia de la edad, aumentan gradualmente, y sin estar interrumpidas por unas mejorías instantáneas que, sin embargo de su corta duracion, siempre son de un buen presagio. Lo propio debe decirse y entenderse de la sordera, cuando resulta de la apoplegía, de las enfermedades febriles agudas, y sobretodo de aquellas caracterizadas por unos síntomas nervosos muy variables, ó por la postracion de las fuerzas musculares. La sordera, que sobreviene inmediatamente despues de un golpe en la cabeza, y de una fuerte explosion del rayo ó de la artillería, entra en la misma categoría.

Las causas predisponentes de la sordera, las mas ciertas, son una disposicion hereditaria, las traspiraciones copiosas de la cabeza, que suelen disminuir en la decadencia de la edad; las profesiones que aumentan la afluencia de la sangre hácia la cabeza, ó por el enfriamiento repentino del cuerpo, ó por la opresion del resuello, como en el arte de

radar y del buzear, y tambien las en que el oido se halla frecuentemente herido con fuertes detonaciones, ó fatigado con unos ruidos violentos y continuos.

Las causas que pueden determinar esta enfermedad, son: 1° las flegmasias de las membranas que revisten el interior de las cavidades del órgano, sea que se desenvuelvan alli primitivamente, sea que se vayan propagando á favor de la continuidad de los texidos, ó por simpatía, como en las corizas y anginas; 2° las enfermedades agudas, y sobretodo las febriles, nervosas y adinámicas, el hidrocéfalo agudo, la apoplegía, los golpes á la cabeza, la explosion del rayo y de la artillería, un parto trabajoso, una salivacion grave, las escrofulas, y la sífilis.

Algunos fisiologistas dividen las diversas especies de sorderas en dos clases. La primera comprende todas aquellas producidas por un estado mórbido del conducto y de la caja del oido, cuales son los derramamientos puriformes, cerosos ó purulentos, el ensanche, las excrecencias, ó la obliteracion del conducto; las que resultan de un estado patológico de la membrana del tímpano, cuales son su quebradura, ó su espesura; las que dependen de la separacion, de la perdida de los ingletes; las que se pueden atribuir á la ulceracion, á la podre de la caxa, á una efusion sanguina en la primera de las dos cavidades, en fin, todas las que resultan de la obliteracion de las trompas de Eustaquio.

A la segunda clase pertenecen las sorderas producidas por una alteracion de los nervios acústicos.

Se pudiera formar una tercera clase de las sorderas que sobrevienen en el curso ó en la decadencia de las enfermedades febriles, de las sorderas metastáticas, sintomáticas, pletóricas, sifilíticas, escrofulosas, herpéticas, cet.

Solo en estos casos de sordera pudieran tener los purgantes una aplicacion acertada y una influencia feliz, y seria un absurdo el esperarla en las sorderas orgánicas.

Entre los muchos individuos que han llegado á consultarnos acerca de su sordera, y á quienes hémos prescrito varios remedios, hemos observado que la inyeccion del agua tibia habia producido á menudo buenos efectos; tambien hemos visto buenas resultas de dos gruesos de sulfate de potasa en una azumbre de infusion de manzanilla; enfin hémos logrado, casi siempre, los mas satisfactorios efectos de un chorréo continuo de agua caliente sobre la cabeza, en el caso de espesura de la membrana del oido.

Es menester recurrir á las doctas investigaciones del señor Itard, para conocer todo el provecho que se puede sacar de las inyecciones en el conducto del oido: admite tambien dicho facultativo los purgantes como unos auxiliares poderosos, de modo, que su método curativo se conforma enteramente con el nuestro. He aqui las consecuencias que se pueden

sacar de las consideraciones y de los hechos expuestos en la obra del señor Itard.

1° Una causa bastante frecuente de sordera es la intercepcion de los sonidos por la plenitud de la cavidad timpánica, ó de su conducto gutural.

2° Las sorderas que provienen de semejante causa, pueden curarse por un método racional, que consiste en dirigir inmediatamente é introducir en dicha cavidad interna de la oreja los medios capaces de desobstruirla.

3° De las tres vias que pueden servir á la introduccion de aquellos medios, y que son el apofisis *mastoïde*, el conducto del oido y la trompa de Eustaquio, la una presenta verdaderos peligros, la otra graves inconvenientes, y la tercera solamente algunas dificultades.

4° Despues, comparando las ventajas respectivas de dichos tres métodos, segun las experiencias que se han hecho, se encuentra, que los sucesos del primero son muy equívocos; bastante raros en el segundo, y que el tercero ofrece una proporcion de mas de una tercera parte de curaciones, lo que establece con evidencia que se debe la preferencia al tratamiento y aplicacion de remedios al órgano dicho la trompa de Eustaquio.

5° Los remedios, introducidos en la oreja por esta ultima via[1], pueden recibir una extension des-

1 Hemos hecho construir á un fabricante entendido un instrumentillo en hoja de lata, con el auxilio del cual hemos lo-

conocida hasta ahora; pueden ser detersivos, astringentes, excitantes, en el estado de líquidos, de cuerpos densos, de vapores.

En general, la curacion de la sordera depende de la investigacion atenta de las causas, síntomas y estado de las partes afectadas. Primeramente, es menester asegurarse, si la lesion del sentido del oido es una enfermedad limitada al órgano solo, ó si depende de una disposicion mórbida de uno de los grandes sistemas. En el último caso, es preciso dedicarse á combatir y destruir aquella causa general. Para este efecto, se ha de observar lo que la cesacion ó la diminucion de la enfermedad primitiva produce en el órgano del oido. Si no se logra algun resultado ventajoso, hay motivo de sospechar una lesion local cualquiera, sea en las inmediaciones, sea en las relaciones simpatícas del órgano, cuales son el estado de las agallas, el trabajo de la dentadura, un catarro crónico de la membrana pituitosa; en este caso, se procura curar la enfermedad, atacando por lo pronto todas aquellas complicaciones, para venir á ocuparse despues de la afeccion misma.

Hemos recetado con mucho fruto á un individuo que principiaba ya á sentir aquel como zumbido, que es el precursor indispensable de la sordera,

grado introducir en el conducto auditivo ciertas fumigaciones, que han producido el mejor efecto en el caso de una sordera completa.

1° el empleo del humo del tabaco, que se le introducia soplando en las orejas; aspiraba tambien á menudo dicho humo por la boca, con el objeto de hacerla penetrar hácia la trompa de Eustaquio: otro tanto sucedia con el humo del trebol acuàtico, empleado del mismo modo; 2° una cantidad suficiente de ruda fresca, que se colocaba magullada en el conducto auditivo, y aun mazcada à menudo, por otra persona, que soplaba entonces con gran fuerza hàcia el conducto exterior de las orejas; 3° un pequeño fragmento de alcanfor, envuelto en una cantidad suficiente de algodon, y que se colocaba en seguida en dicho conducto, despues de haberle humedecido algun tanto con un poco de aceyte de almendras dulces. Dicho enfermo hizo tambien vaporizar, con el calor del agua hirviendo, la *esencia etérea*, dirigiendo la boca del flasco hàcia el cóncavo de la oreja. Dicho método curativo, que hemos hecho coincidir al mismo tiempo con nuestros evacuantes, han determinado una bien notable mejoría, y apenas dicho consultante siente hoy de tiempo en tiempo algun ligero zumbido, que era ya como un principio de sordera.

§ II. — Vejez; consejos higiénicos à los ancianos.

Que los ancianos se sosieguen; ya nos guardarémos nosotros de colocar la vejez en el número de las enfermedades. Pero, por otro lado, que no vengan á exigir lo que no osarian de la naturaleza

misma; esto es, de retardar, por algun medio, la llegada de la vejez. Tan imposible es al hombre el retardar la marcha de la edad, como la cercanía de la muerte; y todos saben que el célebre *Paracelso*, que llevaba en la guarnicion de su espada una panacea contra la vejez y la muerte, fallecio, en la edad de cuarenta años, en el momento mismo en que soñaba el como hacerse inmortal.

Y en resumidas cuentas, ¿es una cosa bien temible que la vejez? ¿Que trae ella consigo? ¿La pérdida de los placeres ruidosos de la juventud? Pero ya no los desea, pues no los siente mas, y solo nuestras necesidades pueden causar sentimientos. ¿La debilitacion de aquella viveza de espíritu, que es el carácter de la edad viril? Pero se compensa eminentemente esta calidad por la precision del juicio que es la propiedad de la vejez; y ademas, no todos los ancianos carecen de aquella viveza. ¿La falta de vigor del cuerpo? Pero ¿acaso le necesita el anciano? Todas las edades se agrupan en redor suyo, para dispensarle de las fatigas de una otra época; y la veneracion que le rodea, vale bien, sin duda tanto, como las fuerzas de Samson. ¿La cercanía de la muerte? Este miedo ha de ser de todas edades, y las cunas de la infancia pagan mas á menudo este tributo que las sillas poltronas de la vejez. Ademas, el hombre sabio y cauto *aguarda la muerte, sin desearla ni temerla*; solo piensa en minorar en cuanto le sea posible, los trabajos y dolores de la vida.

Sin duda, la vejez tiene sus inconvenientes : el organismo disminuye en los ancianos : las ternillas tienden á ponerse sólidas, y en todo, los movimientos tienen ménos ligereza y flexibilidad ; los huesos disminuyen y la estatura mengua ; la circulacion es mas lenta ; la respiracion tiene mênos energía ; los sentidos van perdiendo cada dia parte de su irritabilidad, el cútis de sus formas y de su suavidad ; las arrugas, añadiendo á la gravedad, disminuyen las gracias de la fisionomía ; el gusto se entorpece ; el olfato alguna vez se aja ; la boca se despoja de sus muelas, que, no solamente la adornaban, pero aun componian el aparato mas completo y el mas útil de la trituracion. Es cierto que todos estos, son otros tantos males adquiridos : ¿ Pero cuales son los bienes que se han perdido ? En realidad, si hiciéramos, con tanta menudencia, la enumeracion de los males que suelen afectar las otras edades, el anciano mas descontento de su posicion, se veria precisado á confesar que, en resumidas cuentas, su vejez ha perdido muy poco. El anciano está muy poco expuesto à las enfermedades agudas, á aquellas crisis violentas que tantas veces en su juventud han amenazado sus dias. Se diria que su exterior ha cedido todo á los órganos interiores, y que la canal alimenticia se ha fortalecido, à medida que las gracias de la juventud se iban machitando en la superficie cutánea. Digiere con lentitud ; pero los alimentos quedan bien elaborados ; le faltarian fuerzas para haber de librarse

á los excesos de su tiempo pasado, pero tampoco bûscará á renovarlos; no producirá portentos, pero se preservará de hacer locuras.

¿Y porque pues, nos preguntarán los ancianos, porque darnos consejos higiénicos, si la edad nos ha libertado de tantos males?

Oid, les responderémos; exponiendoos por menor las ventajas de vuestra suerte, no por eso hemos pretendido consideraros como invulnérables. Harémos una reflexîon que os parecerà muy justa: habeis visto en esta nuestra obra, cuan numerosas son las enfermedades de que hemos hecho la enumeracion, con todo el cuidado que cabe en nuestra capacidad. Pues bien! casi todas estas enfermedades atacan de ordinario una edad, que ya no es la vuestra. En muchos y largos parágrafos hemos dado reglas para las tres edades; permitid ahora consagremos uno á consolaros, é instruiros sobre los medios de preservaros de todos estos males.

De todas las causas que conducen à la muerte, la vejez es la mas inevitable; sin embargo, lejos de retardar su marcha, parece que se ponga en uso todo lo que puede precipitar y adelantar aun la sucesion inevitable de los periodos de nuestra vida.

No dirigimos, pues, estos consejos nuestros á la vejez prematura; pero, si, á la vejez venerable, consecuencia natural y necesaria de la edad, y que todas las naciones, aun las mas salvages veneran y respetan, y á la que prodigan no menos todos sus cuidados.

Aunque la vejez sea la imágen del invierno, y que la naturaleza apurada parezca haber señalado esta época para su reposo eterno, esta vejez, bien economizada, puede, en algun modo, prolongar nuestra exîstencia, y proporcionar al cuerpo, por su debilidad misma, una fuerza de inercia que retarde la disipacion de las pocas fuerzas que le estan concedidas. Es para allanarle este camino y hacer menos penosos sus esfuerzos, que nosotros le trazamos aqui un cuadro sucinto de sus varios órganos y de los medios de conservar en ellos, durante el mas largo tiempo posible, aquel resto de fuego sagrado, principio de la exîstencia.

Todos los órganos de un anciano, pasados los setenta años, estan ya como en un estado de flaqueza y deterioro, que se va aumentando todos los dias, durante sus últimos años. La irritabilidad de cada uno de los sistemas de nuestra économía animal se va menguando y apurando; la potencia nervosa ha perdido ya en gran parte su primitiva energía; los sentidos comienzan á apagarse; los órganos de las facultades intelectuales se van como aniquilando sucesivamente, y én los tejídos del cuerpo humano apenas queda ya fuerza suficiente para operar una reaccion saludable: los tegumentos ya no se prestan á ciertos sudores críticos, y las convalescencias son tan largas como difíciles. Y mientras que los órganos, tan debilitados ya, no pueden triunfar de las congestiones, de que son como el foco y el asiento, les acometen por dó

quier un mayor número de enfermedades, y estas son casi siempre de una naturaleza crónica. Entonces es, cuando los catarros, las enfermedades de la via urinaria, la gota, el reumatismo, etc., vienen por todas partes á molestar y aquejar al pobre anciano.

Organos digestivos. Estos son los últimos que viven en nosotros; su accion no cesa sino con la vida. Son estos mismos órganos que elaboran todo lo que se ha de identificar con nosotros: y del buen ó mal suceso de su operacion, depende la cantidad y aun la calidad de la restauracion. Su estado de bien ó malestar, influye de tal suerte sobre el de los otros órganos, que no se puede poner demasiado cuidado en procurar su conservacion. Sin buenas digestiones, no hay salud: todo nuestro sistema orgánico se decompone y perece; pero estos mismos órganos no tienen, en la vejez, el vigor primitivo: la debilidad de su estómago prohibe á los ancianos el exceso de los alimentos. Deben evitar igualmente lo sobrante, y lo demasiado poco. La temperancia es para ellos una ley imperiosa: uniformidad en la hora y número de las comidas; sobretodo, sobriedad en las de por la noche; alimentos simples y de una digestion fácil, cuales son las sopas, las carnes asadas, los vegetales herbáceos, las frutas cocidas ó muy maduras, etc.; una masticacion lenta; evitar las substancias demasiado refrigerantes, y preferir enfin las que producen una alimentacion tónica y reparadora. Por consiguiente,

los manjares bien sazonados y con prudencia pueden serles permitidos : las especias, favoreciendo la accion de los órganos gástricos, sirven para activar su energía; sucede lo mismo con los vinos generosos, pero deben usar de ellos con moderacion. En su edad no se abusa de nada impunemente; el menor exceso viene á ser para ellos muy pernicioso.

El aliento del anciano, mas viciado que el del jóven, corrompe mas pronto el ayre que respira. No puede, pues, permanecer mucho tiempo en un cuarto cerrado y poco espacioso, sin exponerse á la impresion de un ayre que el mismo acaba de volver insaludable y malsano. Puede obviar á este inconveniente, abriendo á menudo las ventanas; mejor hará todavía en salir de su cárcel, é ir á la falda de la colina á gozar del calor vivificante del sol, y respirar con el ayre atmosférico la fragancia que exhalan los vegetales aromáticos.

Tanto como se debe, en esta edad, buscar los beneficios de un cielo seco y templado, otro tanto se debe evitar el influxo del fresco y de la humedad; los reumatismos, los catarros, y otras flegmasías crónicas, son sus mas ordinarias y funestas resultas. Pero no hay constitucion atmosférica mas peligrosa para los ancianos que el frio excesivo: entónces se ven á menudo acometidos por las pleuresías, las peripneumonías, y otras enfermedades mortales; no se pueden precaver estos accidentes temibles, sino con el calor de los vestidos, y el

fuego de las chimeneas, que se ha de preferir á el de las estufas. En una palabra, para conservar á los órganos de la respiracion en el anciano, el vigor y la elasticidad necesaria para sus funciones, es preciso, ademas de los accidentes que llevamos señalados, el evitar las variaciones de la atmósfera.

Organos de las escreciones. Perder y reparar sucesivamente, tal es el secreto de nuestra exîstencia; casi tan necesario es el uno como el otro. Entre las substancias que los órganos digestivos reciben para operar nuestra reparacion, no todas son igualmente propias á identificarse con nuestro ser; ellas contienen unas partes vitales, y tambien partes deletereas y pestíferas, que comunicarán su influencia maligna: de aqui nacerán la acrimonia, las viscosidades, la corrupcion de los xugos, etc. Sin una secrecion bien establecida, no hay un verdadero estado de salud; el cútis y el texido celular recibieron de la naturaleza este cuidado en gran parte. La actividad del cútis y su permeabilidad pone nuestro cuerpo el abrigo de mil embarazos y enfermedades, en los pulmones y en el empeyne; le preserva de las calenturas gástricas, de la hipocondría, de reumas, de catarros, de la tísis, etc.; pero el cútis del anciano, seco, árido y casi impenetrable, y sitiado ademas por ciertas erupciones crónicas, ha de prestarse con dificultad á aquellas escreciones necesarias; cuanto mas lentas son sus funciones, mas importa el favorecer las evaporaciones cutáneas, cuya repercusion

de la circunferencia al interior podria causar los mas graves accidentes. Los mejores medios para lograrlo y para volver al cútis su elasticidad y su traspiracion insensible, son los baños tibios, en los cuales se añade un medio flasco de *esencia-etérea*, mezclada con una mitad de aceyte de almendras dulces, las lociones frecuentes, las fricciones con la misma *esencia-etérea*, los vestidos blandos, enfin, todo lo que puede mantener un calor dulce y benéfico.

No deben tampoco descuidarse las excitaciones de los demas órganos de las secreciones : la exhalacion mocosa de la pituita se podrá favorecer con el uso del tabaco en polvo, aguzado con los *polvos capitales de Saint-Ange* [1]. Las orinas, que no pueden ser demasiado frecuentes, la defecacion sobretodo, de la que se debe facilitar la evacuacion diaria, merecen tambien la mas seria atencion. Los *granos salutíferos* son muy utiles á los ancianos baxo este aspecto.

Organos nervosos. — Cuanto mas se va acercando el hombre al término de su carrera, mas debe evitar los sacudimientos y movimientos demasiado violentos ; sus mayores enemigos en esta época son la tension de los nervios, la agitacion del celébro, el choque de las pasiones, el exceso

1 Hemos aconsejado con mucho fruto el mezclar una cuarta parte de dichos polvos capitales, segun los hemos indicado mas arriba, el mezclarlos, repetimos con el tabaco en polvo, de que hacen uso los ancianos. (Véase el parágrafo *Estornudo*).

de los trabajos literarios; decimos el exceso, porque seria harto cruel el proscribirlos enteramente, condenando el entendimiento del hombre á una muerte anticipada, para prolongar la vegetacion del hombre físico. Por otra parte, algunos felices exemplos, antiguos y modernos, autorizan aquella indulgencia. Los permitirémos, pues, no como estudio, pero como objeto de distraccion, como un medio de mantener aquella alegría dulce, aquel contento habitual que se han de procurar á los ancianos cuya exîstencia queramos conservar.

Organos musculares.—El movimiento es la base de la salud y de la duracion de la exîstencia; un cuerpo falto de movimiento està en un estado de muerte. En el hombre, el movimiento no es mas que el juego de los músculos; pero ¿como puede verificarse, si dichos músculos se ponen sólidos, y si, por falta de humedad, adquieren una rigidez que impida su accion? Conservarles su contractilidad, y retardar su *solidificacion*, tal es el doble objeto que nunca se debe perder de vista. Un exercicio moderado, unos paseos diarios, el calor del sol, el gusto de los jardines, la cultura de las flores, contribuyen poderosamente á retardar el término fatal. Mientras el anciano pueda hacer uso de sus miembros deberá entregarse á algun exercicio activo, correspondiente á sus fuerzas; enfin, cuando la decrepitud le impida el uso de moverse, todavía le aconsejarémos el tomar algunos exercicios pasivos, como el pasear en coche, en litera, etc., y

de hacerse conducir á parages donde pueda, al ayre descubierto, gozar de la vista del sol y aprovechar el calor de sus rayos vivificantes.

El anciano debe evitar las habitaciones poco oreadas y húmedas; la morada en el campo le conviene baxo todos aspectos; ha de hacer exercicio con moderacion, pero regularmente. Ha de llevar vestidos que le tengan al abrigo de las mudanzas repentinas de la temperatura; el abuso de los placeres venereos debe serle rigorosamente vedado. Casi siempre son estos mortales para él, y nos seria facil citar una infinidad de viejos para quienes la cama del himeneo ha sido la cama de la muerte. Tambien dirémos y confesarémos, que los banquetes de amigos, de los compañeros de la infancia, y los coloquios alegres á que da lugar la ronda de la copa, pueden entrar no ménos como medios auxîliares, en el régimen de los ancianos, con tal que provoquen y hagan nacer la alegría, verdadero específico de la vejez. Los baños tibios convienen igualmente á los viejos: en el agua de estos mezclarán diez ó doce puñados de harina de centeno, una media libra de aceyte de almendras dulces, y algunas cucharadas de la esencia etérea.

Se les debe prohibir absolutamente la sangría general, y tambien los vomitivos; producirian estos sacudimientos demasiado violentos, y la vejez es la edad del sosiego. En ninguno de los achaques ordinarios á dicha edad, se debe pensar en debilitar el individuo; sin embargo, es necesario dé-

purar y expeler los humores morbíficos, cuya mansion seria tanto mas peligrosa, cuanto á que el organismo, en aquella edad, goza ya de muy poco tono.

Los ancianos nunca deben descuidar este medio terapeútico; se les ha de prescribir el *toni-purgativo* en todas las mudanzas de estacion si gozan de salud, y cada vez que experimentan algun embarazo en las visceras destinadas á la digestion. Una dósis bastará; pero evitarán el exponerse aquel dia á una temperatura fria, y no se entregarán tampoco á un exercicio demasiado prolongado. Que dexen á un lado todas las drogas de que suelen cargar su estómago, y cuyo uso les gusta tanto. Las drogas debilitan; el régimen fortalece. Acompañado este de un leve purgativo, basta á la vejez para alejar todas las enfermedades que la suerte no ha señalado y marcado ya de antemano como la última; pues no hay remedio contra la muerte.

Debemos encargarles, sobretodo, el uso de la *quinta-esencia etérea y balsámica*, con el modo de hacerse frotar ó friccionar. Este medicamento portentoso les comunicará un nuevo vigor, restableciendo sus fuerzas abatidas.

En general, las escreciones deben ser favorecidas en la vejez por el purgativo y por las lavativas [1]; porque los humores tienen una como propension

[1] He no indicado el uso de tres cucharaditas de nuestra locion

constante á demorar en sus intestinos, y porque pueden causar alli unos afectos peligrosos. Excitarán la transpiracion mediante las fricciones, algunos baños, la aplicacion de vestidos de flanela sobre el cútis, y sobretodo, con el aseo y la limpieza.

Pero los ancianos deben principalmente entregarse al exercicio. Por este medio, retardarán la invasion de la materia obstruyente, que va siempre tendiendo á solidificar sus tejidos y á destruir las funciones de ellos. El andar, los trabajos manuales, y todos los exercicios compatibles con su edad, alejarán su *petrificacion*. Si tienen un jardin, harán bien de cultivarle durante algunas horas, en lugar de pasar la mayor parte del dia en su silla poltrona ó en su cama. Que exerciten sus miembros, si quieren conservar el uso de ellos. Un anciano ocioso, principalmente si es corpulento, está amenazado de todos los achaques de la vejez; pero el trabajo que recomendamos, es un trabajo fácil, saludable, y proporcionado á la edad y á las fuerzas de los ancianos.

Seria sobrado largo y molesto el insertar ó el hacer mencion aqui de un sin número de cartas que se nos han dirigido por personas avanzadas en edad, que han hecho el mas feliz ensayo de nuestros evacuantes, de las fricciones secas, y de las fricciones con la *esencia-etérea*.

purgativa, en una lavativa, á un anciano, que se ha encontrado muy bien con dicho remedio.

CAPITULO XII.

Dolores. — Enfermedades sifilíticas.

§ I. — Dolores.

Dolor! esta palabra tiene una significacion muy variada y extensa, que no nos toca á nosotros el seguir en todas sus accepciones. Solo consideraremos el dolor baxo su relacion con la medicina, como una sensacion incómoda, que causa un cierto desórden en nuestra economía, y que turba y altera nuestra salud.

Es mucho mas fácil sentir el dolor, que no definirle. Baste decir que es uno de los elementos de nuestra conservacion, no ménos que el placer. Si este nos da la conciencia del bien estar de la vida, el dolor nos hace pensar y recuerda los peligros que pueden comprometerla. Si el placer nos hace amar la existencia, el dolor nos hace temer el perderla.

Muchas veces el dolor cambia de sitio, y ora

se hace sentir en los nervios, ora en los músculos; entonces varía de designacion y de nombre, segun los sitios en que se fija. Frecuentemente es periódico y vuelve á unas épocas determinadas, hiriendo de nuevo las partes que ya habia antes acometido; otras veces está fixo, porque los humores depravados se han acumulado en un punto solo.

Lo que mas caracteriza la afeccion que llamamos *dolor*, es su naturaleza tan vaga como indefinida; pues, aunque causando unos males muy vivos, no por eso engendra á menudo ni hinchazon, ni tumor, ni inflamacion.

El dolor es físico ó moral. En el primero, está acometida la sensibilidad animal, y este género de dolor depende de la alteracion de un órgano, capaz de comunicar al celébro la impresion que ha recibido. El dolor moral es el que toma y saca su origen de nuestras pasiones, sean *debilitantes*, sean *excitantes*. Las relaciones íntimas que existen entre el físico y el moral, son la causa de la influencia que ejercen respectivamente y recíprocamente el uno sobre el otro.

El dolor físico es susceptible de una infinidad de visos, de grados ó de modificaciones, y sus causas son muy multiplicadas. Se pueden dividir en exteriores é interiores.

Las exteriores dimanan de todos los objetos que nos rodean, de los accidentes imprevistos que nos sobrevienen, de los instrumentos que el arte quirúrgico hace penetrar en nuestros órganos, para

remediar ciertos desórdenes; finalmente, de cuanto puede ser el origen de un punto de irritacion en cualquiera parte de nuestro cuerpo: tales son las compresiones, las contusiones, las magulladuras, quemaduras, golpes, caidas, llagas, desolladuras, picaduras, quebraduras, etc.

El sitio del dolor se encuentra en todos los aparejos órganicos cuyo conjunto compone la economía humana: tales son los sistemas nervoso, cutáneo, seroso, sinovial, mocoso, musculoso, fibroso, celulario, glanduloso, huesoso, vascular, cartilaginoso y capilar ó peludo.

Los efectos del dolor no estan siempre limitados á la parte donde tiene su foco ó asiento. Muchas veces extienden estos su influencia á la máquina toda, perturban mas ó ménos la harmonía de sus funciones, y aun con el tiempo terminan con apurar los manantiales mismos de la vida. Asi las digestiones vienen á ser lánguidas ó se suspenden al todo, la circulacion se acelera y se precipita, y la respiracion no puede exercerse libremente; ciertas secreciones disminuyen ó se paran, cuando otras llegan á hacerse mas activas; el desórden, que se introduce en la nutricion, se opone á la reparacion de las pérdidas y de las fuerzas vitales, sobretodo cuando el dolor se va prolongando: de allí provienen la flaqueza, la consuncion, una suma debilidad y las funciones de los sentidos muchas veces experimentan unas aberraciones ó ilusiones particulares; rechazan ó hallan desabri-

dos los objetos que les gustaban poco tiempo antes, y las facultades intelectuales participan no menos de dicho desórden general. Los movimientos voluntarios son á veces reemplazados por unos espasmos y estremecimientos, ó bien seguidos y heridos de una debilidad tal, que el enfermo, reducido á una inaccion forzada, queda en algun modo encadenado y clavado sobre su cama de angustias: y para colmo de tormento, el sueño huye de sus párpados, ó solo los cierra para dexarle entregado á los sueños mas penosos y siniestros.

Invitamos á nuestros lectores á que lean nuestra disertacion sobre las fricciones diarias, y la utilidad de estas para aliviar los dolores. ¡Cuantos exemplos podriamos citar de individuos que instruidos en nuestro gabinete de consultas del uso y de los efectos saludables de la *quinta-esencia etérea y balsámica*, han aplicado, con el mejor éxito, sobre unos dolores de reumatismo pedazos de flanela, de algodon ó de lana, empapados con esta preciosa esencia! Debemos al exemplo del doctor Pinel, y del señor Dupuytren, primer cirujano del rey, el haber adoptado este método, que siempre nos ha salido bien.

En el número de observaciones que nuestras consultas diarias nos dan ocasion de hacer, solamente escogerémos y presentarémos á nuestros lectores las dos siguientes.

Un indivíduo, de unos cincuenta y cinco años, se presentó ultimamente en nuestro gabinete de consultas, solicitándonos y pidiéndonos un modo curativo contra ciertos dolores vagos, cuyo origen no podia fixar, ni determinar su sitio positivo. Sin embargo, á fuerza de preguntas, concluímos, por los indicios que nos dió, por la exploracion de su pulso y la percussion del empeyne, que sus digestiones andaban lentas ó suspensas. A veces la circulacion se acceleraba ó se precipitaba; su respiracion trabajosa no podia exercerse libremente; ciertas secreciones se atajaban y disminuián, mientras otras se volvian mas activas; el desórden que se introducia en la nutricion, se oponia á la reparacion de las pérdidas y de las fuerzas vitales, principalmente cuando los dolores de que se estaba quexando prolongaban su duracion; una suma flaqueza le habia ya sobrevenido y la debilidad era inminente. Las funciones de los sentidos probaban en este sugeto unas aberraciones ó ilusiones particulares; no se ocupaba su memoria de los dolores anteriores, sino para hallarlos inferiores á los actuales; aun su fantasía parecia doblar la intensidad de ellos, de que resultaba un pesar mas ó ménos concentrado; su sueño era turbado por unos sueños pesados y siniestros. Pensámos que una afeccion orgánica del corazon, era el origen de todos los sintomas, pues el celébro y el corazon viven en los lazos de una tan estrecha dependencia, que la accion del uno es absolutamente necesaria al cumplimiento de las funciones del otro. La persona de que hablamos deseaba absolutamente sanar: pero, ay! ¡ como no veia que los dolores no habian de cesar sino con la afeccion de que eran el sintoma! ¿ Podian las excreciones alvinas exercer un influxo saludable aliviando al enfermo? Una experiencia motivada nos

guió en esta ocasion; pues hemos visto muchas veces, que una flegmasía acompañada de síntomas de inflamacion, venia á sanarse y curarse mediante los revulsivos hacia la canal intestinal. Fuera de esto, no habia en el caso presente ni tension ni pulsaciones penosas; y esto nos determinó á prescribirle, con algunas modificaciones, los medicamentos de que se ha hablado tantas veces en los otros capitulos de esta obra, y á ellos debió su curacion el enfermo.

Una señora, de edad avanzada, atormentada con unos dolores inauditos, vino tambien á consultarnos. Hubimos de preguntarle cual era la impresion anterior que habia determinado aquella causa irritante. Estuvímos exâminando si habia pulsaciones, latidos y estirijones sucesivos. Colocámos los dolores, de que se estaba quexando, en el genero crónico, pues no exîstia señal rubicundo alguno, y la parte dolorida estaba sin calor, y sin tension ni hinchazon aparente; el dolor volvia por accesiones repetidas mas ó ménos largas, á menudo irregulares, alguna vez periódicas. Esta señora se quexaba de dolores de cabeza, de lomos, de estómago, etc.; pero como los efectos del dolor no estan siempre limitados á la parte que parece su asiento; que extienden su influxo simpáticamente en toda la máquina, y perturban mas ó ménos la harmonía de sus funciones, atribuimos la causa de ellos á una supresion menstrual, provocada por unos pesares domésticos, y á la de un derramamiento seroso y mocoso. Sus dolores eran vivos é irregulares. Dicha señora nos citaba algunas de sus amigas, que habian sido aliviadas con el método que les habiamos presrito. Se sujetó, pues, ella durante un mes, á executar las ordenenzas y recetas que pensámos útil el prescribirle, y acaba de instruirnos del

acierto de nuestros consejos. Sobretodo, parece en extremo satisfecha del uso de la *esencia etérea*, en fricciones, sobre la columna vertebral, habiendo ademas añadido á aquella una mitad de aceyte de almendras dulces.

§ II. — Enfermedades sifilíticas.

Los venenos físicos estan sujetos á la vindicta de las leyes; los tribunales castigan severamente á los que los presentan á sus sumejantes con pleno conocimiento; pero los venenos contagiosos que se comunican de un individuo á otro, exercen impunemente sus estragos. ¿Y que digo? léjos de ser calificado con el nombre de delito, el mal *venéreo* no es mas que una como *galantería*. ¡Como se trata, pues, con tanta ligereza un mal que infecta el manantial de la vida, y que corrompe el gérmen de la exîstencia!

Este mal se gana y contrae de tantos modos, y se presenta baxo unas formas tan variadas y multiplicadas, que no se le puede dar una definicion muy exâcta.

Por lo demas, no entra en el cuadro de esta obra el dar á conocer esta enfermedad con la enumeracion de sus síntomas y de sus varias modificaciones, y todavía ménos el hablar de su origen, de sus progresos, de sus variedades, y de sus diversos medios de comunicacion.

Cuando hay inflamacion y ulceracion de las mo-

cosas, es la *blenorragia;* la secrecion mas abundante del moco (*mucus*), pero sin inflamacion, es la *blenorréa*. Cuando se creia que la materia del derramamiento era semen, se la llamaba gonorréa; si los enfermos experimentaban una sensacion de calor, de quemadura, entónces se la designaba con el nombre de purgaciones (chaude-pisse). Las mocosas, afectadas mas á menudo, son las de la canal de la urétra y del prepucio, en los hombres; de la vagina y de la urétra, en las mugeres, y del intestino recto, de la nariz y del ojo, en ambos sexôs.

Se pregunta, si se puede, por algunos medios, preservarse de la contagion venérea.

Cuando se descubrió en la vacuna el preservativo de las viruelas, se esperaba hallar tambien en ella un remedio contra el mal venéreo; pero la reflexîon ha probado el poco fundamento de esta esperanza. No se podian tener las viruelas sino una vez; el origen contagioso se agota con la erupcion; si se encuentran excepciones, son muy raras. La experiencia ha demostrado, que el veneno de la vaccina neutralizaba ó anonadaba de tal manera el de las viruelas, que nada podia llamarle ya de nuevo; pero el veneno venéreo puede contraerse diez, veinte veces, por el mismo individuo, y desenvolver siempre los mismos síntomas. La presencia misma de un veneno antiguo no excluye la de otro nuevo; Cuantas veces se han visto enfermos, atacados de bubones, de pústulas, de úlceras á la

nariz y á la boca, de caria y de exôstosis, contraer ademas, unos cánceres primitivos y pústulas mocosas, al exponerse á un nuevo contagio!

¿Exîsten, acaso, medios exteriores preservativos contra este veneno? Algunos autores se han ocupado de esta cüestion; si hubieran hallado modo de resolverla afirmativamente, habria podido ser un beneficio muy importante. Unos han aconsejado el hacer abluciones con una decoccion de romero, de sálvia, de manzanilla, hervida en vino blanco, con miel rosada; otros dicen que es menester primero lavarse y orinar despues del coito, y prescriben ademas el cocimiento siguiente: genciana, aristoloquía, sandal azul, sandal roxo, palo de aloes, hasta de ciervo, hojas de escordio, de betónica, de escabiosa, de rosas roxas, de guáyaco; media onza de cada una en dos azumbres de agua. Se remojan unos pedazos de lienzo en este cocimiento aun turbio, y se aplican sobre la parte que ha estado expuesta al contagio. Finalmente, se creen útiles sahumerios con una porcion de estas mismas substancias.

El modo de curar y de tratar la *sífilis* debe de variar segun la naturaleza de la enfermedad, segun su intensidad, la constitucion de los enfermos, las regiones, y las complicaciones. Los medicamentos mismos pueden tambien probar ciertas modificaciones en su preparacion, y administrarse baxo diversas formas.

Durante mucho tiempo se ha creido y calificado

el mercurio [1] como un especifico contra el mal venéreo, lo mismo que el azufre contra la sarna; pero ni el uno ni el otro destruyen siempre la simiente del mal. Contra las propriedades del mercurio podrá siempre objetarse con justicia, que algunas especies de sífilis han resistido á menudo á este remedio.

Todo método fixo, general y seguido por un uso habitual, puede ser malo en algunos casos. La necesidad de la sangría no es absoluta en una curacion cualquiera; es solamente relativa. Si el enfermo es jóven, de una constitucion robusta, puede sangrársele, principalmente si el síntoma de la enfermedad es un cancer inflamatorio, un bubon flemonoso, ó un testículo hinchado y doloroso. Lo mismo sucede con los purgantes. Casi siempre, durante los períodos de cualquier tratamiento ó cura, la lengua está sucia y la boca mala; entónces importa excitar evacuaciones alvinas. Siempre se debe usar de este medio para con los individuos entregados á la intemperancia, y cuyos órganos digestivos necesitan el que se los descargue y limpie á menudo. Entónces es cuando nuestro método se puede emplear con acierto, sea en el curso de la curacion, cuando se manifiestan indicaciones, sea

[1] Hemos notado tantos y tantos inconvenientes en la administracion del mercurio, sea ya en lociones, en píldoras ó en fricciones, que hemos renunciado enteramente á él, para adoptar un jarave, cuyo empleo metódico nada deja á desear en las afecciones sifilíticas.

en el fin, para evacuar las materias saburrales, que engendran por lo regular el largo uso de ciertos remedios, asi como las malas digestiones.

Casi siempre, durante el espacio de un tratamiento ó cura anti-venérea cualquiera, la constipacion sobreviene y se prolonga algunos dias; este inconveniente se debe combatir mediante nuestros evacuantes y purgativos, en el caso que no haya inflamacion. Pero, cuando el veneno inveterado se ha difundido y como repartido en algunos órganos, y que una curacion imperfecta ha dexado un resto de síntomas, sea en la boca interior, sea en los órganos genitales, entónces sí que produce unos efectos portentosos nuestro jarave. Nuestra experiencia diaria nos confirma los tan felices resultados de nuestro método; pero la discrecion y la prudencia nos prohiben el revelar el nombre de los individuos de ambos sexôs, que han hecho uso de dicho jarave. Pero no nos impide el trasmitir aquí el resultado de nuestras observaciones relativas al efecto de este medicamento, en la cura de los diferentes individuos que han venido á consultrarnos.

Un enfermo nos fué dirigido por un cirujano de una pequeña ciudad, el cual, pasados ya diez meses, tenia en el prepucio un ancho y profundo cáncer, que no habian podido sanar las preparaciones mercuriales. Ademas tenia hinchadas las glándulas inguinarias. Creimos deber recetar á dicho enfermo el uso de nuestro *jarave depurativo*, de que hemos hablado ya: bien pronto disminuyó la extension de la úlcera, y quedó cicatrizada

al cabo de cinco ó seis semanas : la hinchazon de las glándulas desapareció poco despues.

Vino un enfermo á consultarnos con motivo de una pústula ulcerada sobre la frente y la nariz ; ya varias veces se habia cerrado, pero habia vuelto á abrirse, mientras y despues del uso del mercurio y de los sudoríficos. Y entre tanto que descansaba de la fatiga que ocasiona siempre el largo uso de los medicamentos, nos determinámos á hacerle tomar el jarave mismo. La úlcera pustulosa se limpió, se cicatrizó en poco tiempo, y el sugeto, antes débil y sin energía, rocobró sensiblemente sus fuerzas, á medida que iba haciendo uso del medicamento. No hémos sabido que el mal se haya manifestado de nuevo.

Las sífilis antiguas, degeneradas ó complicadas con otros venenos, despues de haber resistido á la accion del mercurio, han cedido y curádose con una prontitud extraordinaria con el uso de nuestro *jarave depurativo.* Un solo hecho bastará para establecer la mas convincente prueba.

Un individuo, de edad de veinte y cinco años, se vió atacado de una enfermedad venérea. Empleado en una casa de comercio, donde tenia fama de buena conducta, se habia dirigido, para ocultar dicho mal vergonzoso, á uno de esos charlatanes, que pretenden sanarle con una simple tisana, que llaman *anti-sifilítica*. Apenas habian transcurrido quince dias, que la *blenorragía* habia desaparecido. Nuestro jóven confiado se creia ya sano, cuando algunos dias despues le sobreviniéron dolores en la region de las ingles, y una inflamacion y ulcera-

cion de las mocosas de la urétra y del prepucio: bien pronto, los accidentes llegaron á hacerse mucho mas graves. Espantado y afligido por causa de estos nuevos síntomas, se llegó á nuestro gabinete de consultas médicas. Despues de haberle exôrtado á tomar ánimo y paciencia, y observado bien su temperamento, le prescribímos los baños, un régimen refrigerante, y un tratamiento análogo á la intensidad de su enfermedad, y del cual debia de ser como la base el *jarave depurativo*. En cuanto á los otros medicamentos, á fin de remediar la constipacion y mantener el vientre libre, le ordenámos el *toni-purgativo*, con objeto de hacerle expeler por la canal del ano los humores viciados de la enfermedad. El jóven se conformó escrupulosamente con nuestros consejos, y ha curado radicalmente.

Y habiendonos nuestra experiencia diaria demonstrado, sea ya la insuficiencia, sea los inconvenientes de un sistema curativo mercurial, hemos administrado con el mas feliz suceso este nuevo medicamento, al cual no han resistido por cierto las enfermedades sifilíticas. En este *jarave depurativo* no entra ni un átomo de mercurio. Y cuando llegue el caso, ya indicarémos á nuestros enfermos la oficina farmaceútica en que podrán encontrarle.

CAPITULO XIII.

Convalecencia.

Vuelto á la vida, despues de una gran crísis, todavia el hombre no ha recobrado enteramente la salud. La naturaleza nunca obra con precipitacion; sus transiciones son siempre dirigidas con una prudente y gradual lentitud. Pero, volviendo á tomar insensiblemente sus fuerzas, y despues de haber sufrido tantos y tantos dolores, el enfermo se renueva casi sin apercibirse de ello ni notarlo. Sus órganos, que no podrian bastar para la salud, si esta volviera de golpe despues de la enfermedad, llenándo, al contrario, diariamente una pequeña parte de sus funciones anteriores, dulce y paulatinamente, se hallarán en breve en estado de poderlas ejercer bien completamente.

Aquel tiempo, que media entre la enfermedad y la salud, semejante á los primeros dias de marzo; que ya no son el invierno, y no son todavía la primavera; aquel tiempo, enfin, enque se vuelve á existir, sin estar reducido á vegetar, se llama convalecencia.

Ya esta no pertenece á la terapeútica, y sí á la

ciencia higiénica : ó en otros términos ; el enfermo renuncia á la pharmacia y à los remedios, para no escuchar ya mas que consejos, y no usar otro que precauciones.

Las señas que anuncian la convalecencia son tan evidentes, que casi no es necesario el indicarlas. Una deliciosa sensacion de bien estar, que va sucediendo á las crísis de la enfermedad, la firmeza en el mirar, un semblante mas alegre, un principio de apetito, el desaparecimiento de la sucia costra de la lengua, el estado natural de las evacuaciones, etc., son otros tantos fenómenos sobre los cuales es imposible engañarse.

Varía la naturaleza de la convalecencia segun la diferencia de los climas, las estaciones, la influencia del ayre atmosférico, las profesiones, y el género de enfermedades que la han precedido. Es mucho mas trabajosa y mas larga en el invierno que en la primavera, en el otoño que en el verano, con motivo de las lluvias continuas, del frio y de la temperatura inconstante; las inmediaciones de los sitios pantanosos y húmedos le es enteramente contraria. La hacen larga y alguna vez peligrosa.

En general se observa que el convaleciente experimenta un apetito muy vivo, que está atormentado por las ganas de comer, y que algunas veces cede á dicha necesidad, hasta contraer indigestiones, tanto mas funestas cuanto á que pueden dar lugar á una recaida, y todo el mundo conoce el peligro de estas.

Sin embargo de dicha vivacidad de apetito, la digestion no se opera sino con lentitud en el convaleciente. La canal intestinal, dotada de una mas grande facultad absorbente, experimenta constipaciones, á las que frecuentemente sucede la diarréa.

El sistema cutáneo, dotado tambien de una grande energía á su vez, absorde mucho; de aqui resulta la hinchazon de los pies y de las manos, que, en una buena convalecencia, desaparacen regularmente de noche. Una señal de muy buen agüero en las mugeres, es la aparicion del fluxo menstruo, especialmente si la segunda sucede períodicamente á la primera.

El resuello es ménos fácil en el convaleciente que en el hombre con salud; el exercicio aun produce en el primero una falta poco ordinaria de aliento, al respirar; su voz es ménos fuerte, y su palabra mas lenta.

La imaginacion del convaleciente está sin energía, su juicio pesado, su memoria débil y alguna vez nula. Los sentidos no se ven exentos de este estado atónico del sistema general. La vista parece turbia, el oido duro, y el olfato es de una sensibilidad que el menor olor le irrita y le molesta.

Las influencias atmosféricas incomodan incesantemente á los convalecientes; la menor mudanza en la temperatura, ó en el peso del ayre los fatiga; se exponen gustosos á los rayos del sol, mientras el hombre sano, aun á la sombra, tiene dificultad en soportar el calor.

De estas observaciones es fácil el concluir, cuales son las precauciones propias para los convalecientes.

Para ellos la temperatura siempre ha de ser entre 14 y 15 grados, mas arriba de zero, del termómetro de Reaumur. Se debe proporcionarles esta temperatura en el invierno, y no dexarles salir sino con un tiempo seco y templado. El demasiado calor, provocando sudores extraordinarios, puede retardar las convalecencias, y es preciso procurar el precaucionarlos contra su influxo. Pero sobretodo, se debe evitar el hacerles respirar aquel ayre cargado de emanaciones deletéreas, que se levantan de los lagos, estanques, pantanos, y de las substancias vegetales y animales en putrefaccion. Se les han de dar tambien vestidos ligeros; su cama no debe ser ni demasiado dura ni blanda; no valen nada para ellos los colchones de pluma, y deben mudarse frecuentemente de ropa blanca.

El agua azucarada, aguzada con una gota de *quinta-esencia etérea*, produce los mejores efectos; nunca vino puro; es demasiado excitante; pero vino natural del pais, sobriamente aguado. Los licores alcoólicos ó spirituosos han de serles prohibidos severamente. Que el alimento sea poco abundante, pero bien condimentado y sabroso; un exercicio bien arreglado, que sirva para activar la circulacion, sin provocar sudores que los fatigarian, y sobretodo el paseo, se deben recomendar especialmente al convaleciente. Vosotros literatos, no vayais, al salir de las garras de la muerte, á sumergiros de

nuevo en aquellas meditaciones, de que poco se ha faltado que no fueseis la víctima. La aplicacion del convaleciente no puede sostenerse sin perjudicar á su salud. El estudio, sino es nocivo para el hombre sano, es funesto para el convaleciente. Hemos visto literatos convalecientes, que no tomaron sus ocupaciones acostumbradas, sino para caer de nuevo en unos tormentos que los han llevada al sepulcro.

El convaleciente ha de huir del tumulto y de todo ruido, que fatiga los nervios, con tanto cuidado como de ciertas afecciones apasionadas y pesadumbres, que, oprimiendo al espíritu, usan, cansan y destemplan los resortes de los órganos. Mas bien necesita ser acariciado que no gobernado: es un niño que renace á la vida; es menester suministrarle distracciones suaves y agradables, y corregir y amenizar su fastidio con la música, los juegos, los teatros, etc.

El estado de constipacion mientras la convalecencia, sería tanto mas nocivo, cuanto á que el tubo alimentoso, debilitado, no podria por sí solo recobrar el tono necesario para expeler las materias.

Será util, cuando este estado se manifieste en el convaleciente, el darle alimentos laxâtivos, cuales son las ciruelas pasas, y prescribirles ademas algunas lavativas emolientes. Si no bastára todo eso, se podrá recurrir á una leve dósis de nuestros evacuantes, porque en la convalecencia no se debe proceder sino con mucha reserva. Será menester no

olvidar tampoco las fricciones con la *quinta-esencia etérea*. Este medio es muy eficaz para llamar á fuera las fuerzas y la actividad, para acelerar el movimiento progresivo de la sangre en las venas, y para animar la accion lánguida de la circulacion, en el sistema de los vasos exhalantes y absorbentes.

Hemos empleado, con un exîto inaúdito, las fricciones en la coluna vertebral de los convalecientes, con una mixtion de una parte de aceyte de almendras dulces ó de jabon, disuelto en una corta cantidad de agua caliente y de una proporcion regulada de la *quinta-esencia*. Los médicos, que siguiendo nuestro exemplo, las han prescrito, han observado que las convalecencias eran ménos largas y el restablecimiento mas pronto, porque las fuerzas volvian aceleradamente con este método.

Un individuo que se habia visto atormentado, durante largo tiempo, de una calentura maligna (sirviéndonos de la expresion vulgar, para que todo el mundo nos entienda), estaba muy abatido, y su convalecencia era tan larga como su enfermedad habia sido penosa; no podia recobrar sus fuerzas. Se llegó, enfin, con mucho trabajo á nuestro gabinete de consultas, para pedirnos un medio con que poder restablecer su quebrantada salud. Creimos deber prescribirle los baños poco calientes, haciendo disolver en ellos seis libras de sal comun, agregando un frasquito de *quinta-esencia etérea*; le prescribimos ademas la receta siguiente: hastas de ciervo, ocho onzas; azucar, dos onzas; almendras dulces peladas

y machacadas, una onza; agua de azahar, una onza; quinta-esencia de limon, cuatro gotas. Le recomendámos el hacer del todo una jalea para tomar cada hora una cucharada. El sugeto se halló perfectamente con este analéptico, y volvió al cabo de ocho dias, alabándose del suceso de nuestros consejos, y sobretodo, de haber hecho uso de las fricciones sobre la columna vertebral ó del espinazo con la *esencia etérea*, mezclada con el aceyte de almendras amargas.

Hizo en seguida uso tambien de la preparacion siguiente, que es á la vez pectoral y nutritiva, y que conviene con particularidad á los convalecientes.

Para componer esta, tómense cuatro cucharadas á sopa de harina de maiz [1], y revolvedlas en agua fria; unid á ellas un cuartillo de leche hirviendo, manteca, corteza de limon y el azucar que se quiera; redúzcase todo esto á la consistencia de papillas, yñı ns e despues cuatro yemas de huevos: bátase el blanco del huevo hasta formar espuma, y echadle en una fuente bien pringada con manteca, y bien mezclado el todo, hacedlo cocer á fuego lento, y si se puede, en un hornillo de campaña.

1 No hay razon para que se prefieran al maiz otras harinas estrangeras, que cuestan harto caras, y que no tienen, como aquella, todas las calidades analépticas que tan preciosa la hacen para los estómagos desareglados ó flojos.

MODO DE USAR DEL *TONI-PURGATIVO.*

Conviene sobremanera que la digestion se haya terminado enteramente, antes de tomar la dósis de este medicamento, propia á cada temperamento; la hora del dia es indiferente: el estómago no conoce los reloxes. Sin embargo, es preciso que hayan pasado cinco ó seis horas despues de una comida regular: con este motivo, aconsejamos de tomar el *toni-purgativo* por la mañana temprano.

Algunas personas, especialmente los Ingleses, prefieren hacer uso de él por la noche, al tiempo de acostarse; dicen ellos que sus médicos suelen administrar entónces los purgativos, afin de que el estómago y la canal intestinal que ejercen entónces sus funciones automática ó maquinalmente, se desocupen con mas facilidad de las materias biliosas y viscosas que embarazan la digestion. Es verdad que en este intermedio de descanso, el celébro, no influyendo sobre el estómago, los purgantes operan con mas eficacia; pero, tambien es verdad que se expone uno á que le dispierte y le haga salir de la cama, antes de hora, el *toni-purgativo*, inconveniente que se evita tomándole por la mañana.

No necesita el enfermo debilitar su estómago con ninguna especie de bebidas ni de tisanas antes de tomar el *purgativo*. Rigorosamente hablando, ninguna estacion se opone á su uso; no obstante una temperatura suave, le es mucho mas favorable. Este medicamento posee una ventaja inapreciable, y es la de no alterarse en ningun clima.

Las dósis, despues de haber meneado el frasco, se medirán con una cuchara de sopa, y se echarán en un vaso ordinario y limpio; siempre deben ser proporcionadas al temperamento de los individuos, y á la necesidad mas ó ménos urgente de alguna evacuacion. A unos les bastan tres cucharadas, cuando otros necesitarán cuatro para conseguir el efecto deseado: la dósis ordinaria para niños de uno á tres años, son dos cucharadas: una dósis que opera con lentitud, no ha de ser reiterada sino con arreglo al mismo método indicado ya antes.

Si la primera dósis de una sola cucharada no ha producido evacuaciones suficientes, y que el enfermo experimente los mismos síntomas; que la lengua permanezca siempre cargada y pastosa, y que el estómago esté todavía embarazado, y que el apetito sea lánguido, se aumentará el uso de una cucharada, y aun mas en lo sucesivo, si el caso lo exîge.

Si una dósis, aumentada sucesivamente hasta cuatro cucharadas ó bien cinco, no produxera á lo ménos seis evacuaciones, seria mejor el reiterar de cuando en cuando la misma dósis, antes que aumentar la cantidad ya indicada de cuatro cucharadas.

Cuando la dósis ha provocado ya algunas evacuaciones, el enfermo ha de hacer uso, sea de caldo de yerbas, de suero, de té ligero ó de una infusion de tilo con azucar ó sin él; pero se observará que estas varias bebidas han de ser tibias, mientras duran las evacuaciones.

Cuando el estómago se halle desembarazado y que ya no haya mas vapores ni eructos del purgante, el enfermo tomará un buen caldo de carne, ó una sopa ligera, á ménos que no salga de una grave enfermedad. Una hora despues puede hacer uso de los alimentos á que está acostum-

brado, prefiriendo sin embargo las viandas ligeras, cuales son los pollos ó carnes asadas, segun su gusto y apetito; pero, absteniendose de los que que serian demasiado salados ó de una digestion penosa. Puede tambien seguir con la bebida á que está habituado, sin prohibirse el uso moderado de un vino bueno, aguado. Ha de evitar la intemperancia y los excesos de toda especie. Si no se siente con apetito por los alimentos sólidos, tendrá cuidado de no dexar de tomar buenos caldos, en los cuales se habrá hecho cocer una gallina, porque es el mejor medio de reparar las pérdidas que se han efectuado por las vias inferiores.

Algunas veces el enfermo experimenta una cierta sensacion de sed despues de las comidas, lo que sucede cuando se empieza el uso del *toni-purgativo;* entónces, beberá agua con un poco de vino, ó una naranjada, ó una limonada ligera, ó un vaso de agua azucarada, en la que se mezclarán dos ó tres gotas de *quinta-esencia etérea,* que siempre es mejor.

Que el enfermo no se lisongée, de que logrará desarraygar con el uso de una sola dósis, una enfermedad crónica que, tal vez, dura desde muchos años; aun quizá experimentará, despues de varias dósis, algunas sensaciones de malestar, un poco de debilidad, unas incomodidades que no solia tener; esta situacion no deberá inquietarle.

Muchas veces es útil el suspender la curacion durante algunos dias, ó de no volver á tomar las dósis sino despues del descanso que las circunstancias aconsejan; cuando es reciente la enfermedad, basta el intervalo de ocho á diez dias, y se van tomando, mientras, algunas bebidas adecuadas y análogas á la enfermedad contra la cual se está luchando.

Muchos han experimentado, en sus enfermedades, unos efectos portentosos del uso de dos ó tres cucharadas de la *locion purgativa*, que nada tiene de comun con el *toni-purgativo*, y mezcladas con el agua de una lavativa : es un método que no podemos encargar demasiado. En efecto, nuestras consultas diarias nos demuestran que algunos individuos, que han seguido el método de tomar tres lavativas sucesivas, é inmediatas, sobre todo mezclando en cada una dos ó tres cucharadas de dicha *locion*, han probado un beneficio señalado en casi todas las enfermedades por las cuales se habian dirigido á consultarnos.

Cuando se empieza á visitar y tratar á un enfermo, importa mucho el atender á la especie de enfermedad, á su antigüedad, y á su mas ó ménos intensidad, porque se deben proporcionar las dósis del *toni-purgativo*, segun los signos motivados de estas diversas circunstancias. Efectivamente, los evacuantes que producen unas resultas manifiestas, reclaman con preferencia toda aquella circunspeccion que exîgen los órganos sobre los cuales estan obrando; y no siendo fácil el conocer el grado de sensibilidad de cada individuo, toca á la persona que hace uso de este medicamento por la primera vez, el ir tanteando y probando hasta que haya encontrado la medida de las dósis que le convenga tomar. El que se haya familiarizado ya con nuestro método, posee una gran ventaja sobre el que no le conoce todavía. Las evacuaciones dependen de la abundancia de las materias que se hayan fijado en el estómago y en la canal intestinal, y de las disposiciones de la constitucion órganica, porque los purgativos no obran igualmente en todos los individuos.

Si el enfermo, de cualquiera edad que sea, evacua

tanto como las otras personas, no se ha de estrañar ni disminuir la dósis; si recibe el alivio esperado, es menester reducir esta dósis á una cantidad menor.

Unas circunstancias imprevistas pueden retardar la accion de los *purgativos*, pues que está siempre subordinada al temperamento, á la edad y al sexô; en unos es tardía, en otros acelerada. Algunos experimentan efectos evacuantes al cabo de una hora y aun despues de una primera dósis ordinaria; cuando en los otros, alguna vez no se manifiestan las evacuaciones sino despues de tres, cuatro y cinco horas de haber tomado el purgante. Tambien unos se hallan libres del efecto de su dósis al cabo de pocas horas, y en otros retarda durante doce horas y á veces mas. Estas variedades son tan multiplicadas, que no es posible el fijar dichos resultados en un método cualquiera de ordenanzas médicas.

Las personas que hayan empezado á atacar y combatir alguna de las enfermedades crónicas de que hemos hablado en nuestra obra, por medio de un sistema razonado curativo, podrán entregarse á las varias ocupaciones que exige su posicion social, en el intérvalo en que la dósis del medicamento haya cesado de operar; pero es importante el hacerles observar que se han de abstener de cualquiera fatiga, física ó moral, y que la ocupacion que les indicamos es solo como una diversion útil. Se pueden dispensar de quedarse en cama, á ménos que no sea por motivo de su estado achacoso, ni aun de mantenerse en casa, principalmente en el buen tiempo, ó cuando no tienen que temer la intemperie de las estaciones.

Mientras dura la curacion de una enfermedad cualquiera, y particularmente de las crónicas, de que nos propusimos tratar con mucha mas especialidad, las dósis

purgativas pueden cesar de operar, tanto durante el tiempo que se haya hecho uso de ellas, como desde el principio, porque la canal alimenticia no puede estar siempre en el mismo estado de plenitud. Y como lo mas esencial es el sanar y destruir la causa de las enfermedades, las gentes del mundo y las personas no facultativas deben dexarse instruir y no menospreciar las verdades contenidas en nuestra obra. ¡ Cuantos individuos hemos visto, que hollando nuestras maxìmas han venido á morir, por haber escuchado las prevenciones incautas de ciertos médicos contra nuestro sistema que afectan despreciar, solo porque no dimana de su boca ó de su pluma ! ¿ Han de ser ellos creidos baxo su palabra, ó con respecto á los sucesos que con sus sistemas obtienen ?

Cuando no basta una dósis para expeler enteramente la plenitud humoral, sucede alguna vez que el enfermo experimenta un malestar que no hubiera probado si hubiese sido la dósis mas considerable, porque su corta cantidad ha puesto en movimiento los humores sin evacuarlos; en este caso, pues, es preciso administrar una dósis mas fuerte y mas voluminosa.

Vamos á ver cual es la bebida mas propia, cuando se han tomado las dósis en una justa proporcion. Mientras va obrando el *toni-purgativo*, no se debe tomar ninguna para no exponerse á vomitar; pero inmediatamente que el enfermo siente la necesidad de ir al bañado, debe recurrir á las bebidas que hemos indicado ya mas arriba. Para algunas personas media azumbre basta, otras necesitan mayor cantidad. Se dividirá esta bebida en vasos ó medios vasos, con el objeto de humedecer y refrescar la boca, cuando el enfermo prueba sed ó alteracion. Esta bebida, como ya lo hemos dicho,

se puede componer de té ligero, de caldo de yerbas, de suero, de agua azucarada, de agua de pan tostado, ó tinta con un poco de vino, teniendo cuidado de tomarlo todo tibio durante el efecto del medicamento.

Por lo que toca al régimen mas conveniente y oportuno, durante la curacion á que se hallan sometidos los enfermos, nunca dejarémos de observar la edad, el sexô, el temperamento, el género, la especie y la intension de la enfermedad: esta es la verdadera base del arte de sanar; porque, en efecto, lo que prueba bien para unos, no conviene á los otros. No obstante dirémos en el caso en cuestion, que si el enfermo tomára alimentos antes que se hubiera limpiado su estómago, esta víscera podria rechazarlos y vomitarlos, por falta de haber adquirido las fuerzas digestivas suficientes para asimilarlos. Nadie mejor que el enfermo juzgará del instante oportuno para tomar un caldo de carne; es especialmente ya cuando no experimenta ningun eructo, y todavía, con mas seguridad, cuando el estómago no desecha ya naturalmente el alimento. Excepto solo el caso en que el enfermo saliere de una enfermedad aguda, tomará un potage sazonado á su gusto, ó una sopa cualquiera, ó puede tambien dexar un intermedio entre el caldo y el potage. Si se halla con ganas de comer, no hay inconveniente que las satisfaga, con tal que sea con la prudencia que exìge su situacion; pero mas vale repetir las comidas, que no tomar de una vez una gran cantidad de alimentos: poco y á menudo. Sobre todo, téngase gran cuidado de que el alimento sea saludable; nada de frutas crudas; abstinencia de legumbres y ensaladas; se deben prohibir con severidad todos los alimentos acres, demasiado salados ó de condimento fuerte, los ardientes y los irritantes.

Creemos inútil el decir, que los licores deben ser absolutamente excluidos de nuestra curacion. Segun nuestra opinion, la destilacion de los licores fuertes es el mas funesto regalo que la química haya podido hacer á la especie humana. Mas necesario es que en todas las demas circunstancias de la vida, el abstenerse de hacer uso de ellos, cuando se ha tomado el *toni-purgativo*.

En el caso inesperado de que un enfermo, despues de haber tomado demasiado pronto unos alimentos sólidos ó aun una sopa, los vomitase, no habria ningun inconveniente en reiterar una menor cantidad algun tiempo despues. En general, el uso de los caldos, aun de yerbas, se debe preferir á todas las tisanas debilitantes de que suelen abusar los enfermos durante la convalecencia.

Cuando un enfermo se ve obligado á repetir las dósis evacuantes, es necesario el aprovechar el intervalo que se encuentra entre una dósis, y entre la digestion del caldo ó de la sopa: mas ligera es la comida, mas pronto se digiere, y mas pronto se puede volver á hacer uso del purgativo: si no ha tomado el enfermo mas que una sopa, bastan dos horas para repetir la dósis del medicamento.

¿Cuales son las precauciones generales mas adecuadas para el uso del *toni-purgativo?* El asco es una de las primeras bases de la salud, y es principalmente cuando un enfermo acaba de purgarse que necesita la mayor limpieza; es muy importante pues, emplear las medidas mas convenientes para que no pueda verse molestado con motivo de sus disposiciones. Se le ha de mudar frecuentemente de ropa blanca, y convendrá garantir y proteger, con las debidas precauciones, su sueño, este gran reparador de todas las pérdidas. Un enfermo, fatigado por las evacuaciones, se halla mas suceptible de

recibir ciertas impresiones morales, talvez funestas, que es menester evitarle cuidadosamente : se debe, pues, animarle, y proporcionarle las distracciones que le permita su situacion social. El ayre que respira, influyendo mas de lo que se piensa sobre sus habitudes físicas, se renovará abriendo à menudo las ventanas, tomando sin embargo las precauciones precisas, afin de que no le cause ninguna incomodidad. Tanto importa esta medida con respecto à las personas que rodean al enfermo, como con respecto al mismo.

¿No es claro, pues, que un purgativo tan agradable ha habido de obtener la mas favorable acogida, y hacer fortuna, como se suele decir, puesto que al sorber una cucharada del *toni-purgativo*, las papillas nervosas de la boca reciben una impresion como si fuera un licor de rosas, y tan suave que se podria llamarle el purgativo de las damas y de la infancia? ¿Que preferencia no se ha de dar á este modo de purgarse, comparándole con todas las medicinas negruzcas, viscosas y fastidiosas hasta el extremo, conocidas y usadas hasta el dia, puesto que bebiendo la dósis indicada, parece que se beba una copa del tan delicioso fondellol de Alicante?

MODO DE HACER USO DE LOS *GRANOS DE SALUD*.

Este purgante benéfico no tiene ningun mal gusto, con tal que se tomen sus granos, juntos ó separados, con las primeras cucharadas de sopa al tiempo de comer ó

cenar, ó se les envuelva en un poco de pan, arroz, fideos, sémola, ó bien se tomen con una cucharada de agua ó de caldo, lo que aun es mejor. La dósis es de ocho ó algunos mas, segun la edad y el temperamento. Cuatro solo bastan para los niños de ménos de siete años; se come, como de ordinario, y al dia siguiente por la mañana se verifican las deposiciones biliosas y humorales. El uso de estas píldoras en cortas dósis, es muy saludable, principalmente siempre que hay obstrucciones en las entrañas del bajo vientre, ó cuando se adolece de constipacion.

Este remedio excelente no exige ni guardar dieta, ni tomar tisana, y se conserva sin alterarse ni perder ninguna de sus virtudes. Conviene, no obstante, tomar algunas tazas de thé, en la noche del dia en que se ha tomado. Tomando en lavativas cuarenta ó cincuenta granos disueltos en agua caliente, producen un efecto maravilloso en las enfermedades agudas y crónicas. Administrados de este modo á los niños, les matan las lombrices ascárides. La dósis ha de ser proporcionada á su edad. Pueden tomarse tambien dichos granos en la primera cucharada del café, del chocolate, de la leche, ó bien antes de comer ó de cenar. Una infusion de té, en la cual se haya mezclado un poco de corteza de limon, es en la mañana una bebida tan saludable como apropiada al intento. Treinta granos disueltos en vino caliente que se extiende despues sobre una compresa de algodon, aplicado al estómago, ha producido los mas felices resultados.

La *Gazeta de Sanidad* del 21 de marzo, recomienda el uso de este remedio en la primavera.

Brest, à 23 de Enero de 1805.

Los Miembros del Consejo de Sanidad de Brest certifican haber hecho uso, cada uno de por sí, de los Granos salutíferos del doctor Franck, y habiéndose comunicado las resultas de sus observaciones, tocante al efecto de estas píldoras, han reconocido, de comun acuerdo, que este purgante es muy benigno y merece la buena fama de que gozan.

Firmado Pichon, *médico;* Dubreuil, *médico;* Thaunier, *cirujano;* Billard, *médico;* Duret, *cirujano;* Dupré, *médico.*

Tolon, à 24 de Marzo de 1805.

El Consejo de Sanidad de la marina, al señor PERRIN, *director de correos.*

Nos hemos comunicado mutuamente las cartas que Umd. se ha servido dirigirnos á cada uno individualmente, y segun sus deseos, hemos tratado acerca de su contenido.

Los Granos salutíferos estan conocidos desde algun tiempo por dos de nuestros vocales; á instancias del prefecto del Var, uno, M. Becqueret los ha analizado, y el otro, M. Manne los ha administrado.

De sus ensayos resulta, que los *Granos salutíferos* son un purgante suave, muy á propósito para llevarse la saburra y las viscosidades de las primeras vias, remediar á las obstrucciones del hígado, espeler los flatos, y desinfartar las glándulas del mesenterio en los niños.

Han producido tambien efectos saludables en los infartos linfáticos; pero somos de parecer que este remedio no se debe administrar en los casos de disenterias, diarréas, flujos de sangre uterinos, ni aun de las almorranas.

Dios guarde á Umd. muchos años,

Négrin, *médico;* Manne; *médico;* Huban, *médico;* Caudeiron, *médico.*

Paris, à 19 de Noviembre de 1801.

La Junta de Beneficencia á los prefectos de los departamentos.

Señor Prefecto,

Mucho tiempo ha que esta Junta emplea, con el mas feliz éxito, para los pobres de su division, un remedio bénefico y saludable. Creemos que importa darselo á Umd. á conocer, y son los Granos salutíferos del doctor Franck. Nuestros facultativos han experimentado constantemente los mejores efectos con el uso de este purgativo, cuya accion es muy suave y no causa ninguna incomodidad. Convidamos á Umd. lo haga adoptar á favor de los indigentes de su prefectura. Una de las ventajas que puede todavia déterminarle á Umd. á propagar su uso es su poco coste, pues una caja de 3 francos puede bastar para purgar á veinte y cinco personas, mientras una purga negra y repugnante, de las que se usan comunmente, cuesta 25 á 30 sueldos.

No dudamos que solo basta presentar á la consideracion filantrópica de Umd. las preciosas ventajas de este remedio, para que no se detenga un instante en hacerle adop-

tar á favor de los pobres, y especialmente cuando este remedio, aprobado por el gobierno, puede suplir á las cajas de medicinas que se enviaban anteriormente á los intendentes.

Dios guarde á Umd. muchos años.

Reyne, *presidente, médico;* D. Lamy, *adjunto;* Guignard, *médico;* Dewalt, *médico;* Moreau, *médico;* Michault, *cirujano;* Blondel, ´ Petit, *médico;* Dunau, Bellier, *cirujano;* Mellet, *cirujano.*

Visto, para legalizacion de las firmas de los señores Guignard, Blondel, Reyne, Dewalt, Moreau, Petit, Lamy, Michault, Dunan, Mellet y Bellier.

En la municipalidad del sexto districto de Paris, á 23 de noviembre 1801.

Bricogne, *corregidor.* Souhard, *adjunto.* Gallet, *secretario.*

Visto por mi, prefecto del departamento de la Sena, Mejean, *secretario general.*

Visto por mi, ministro del interior, CHAPTAL.

PROPRIEDADES DEL *VINO DEPURATIVO* Y *ANTIESCORBUTICO*, Y USO QUE DEBE HACERSE DE ÉL.

Este vino posee todas las calidades del mejor vino de quina, sin tener alguno de los inconvenientes de este. Es ademas mas económico, y muy propio para corregir todas las debilidades del estómago y de la canal intestinal, favoreciendo y ayudando á la digestion, y sobre todo, purificando la sangre y haciéndola circular mas cómoda

y libremente. Con él se curan las calenturas intermitentes, y los individuos que le han empleado para corregir una cierta palidez en el rostro, han obtenido el mejor resultado : con dicho vino, ademas, las mugeres se preparan y evitan el caer víctimas de la terrible transicion de la edad *crítica*, y las jóvenes doncellitas se facilitan la menstruacion, con la que se terminan todas las indisposiciones que acompañan aquel interesante periodo. Los niños que parecen tener una cierta disposicion escrofulosa, ó que gozan de un temperamento linfático, y que por consiguiente se ven mas expuestos á ciertos tumores acuosos y estacionarios y á las obstrucciones de las glándulas, se han curado radicalmente con el uso de dicho ***vino depurativo***.

Para obtener dicho resultado, basta tomar una pequeña copita de dicho vino por la mañana, al salir de la cama, otra entre el desayuno y la comida, y una tercera, entre esta y la cena, y algunas veces, un momento antes de comer. En seguida de dicha copita, es muy util el beber un vaso de agua. Los marinos le emplean con gran ventaja en sus viages de carrera larga.

Todo individuo que se siente atacado de enfermedades procedentes de una cierta superabundancia linfática, y cuyo sistema digestivo parece adolecer de una cierta atónia ó debilidad general, deben hacer uso de este vino con mas frecuencia y en mucho mayor copia. Una cucharadita de él, mezclada con una infusion de the, de salvia ó de flores de tilo al levantarse por la mañana, y otra, cucharadita antes del desayuno y antes de la comida, producen los mas prodigiosos efectos.

Está sobretodo dicho vino suficientemente indicado en todas las enfermedades de la niñez; proporcionando empero la dósis á la flaqueza de su edad.

MODO DE USAR DE LA *SAL DESOPILATORIA* PERFECCIONADA.

Esta *Sal* purga suavemente, no irrita nunca ni da retortijones; atenúa la masa de los humores y aun las obstrucciones de las vísceras, arreglando el sistema nervioso, si se usa de ella continuamente.

Vuelve fluida la sangre que tiene tendencia á condensarse, y la purifica de las serosidades viscosas y acres.

Conviene en los dolores de cabeza que provienen del estómago, y las dolencias del pecho, cuando hay abundancia de humores tenaces y viscosos.

Se usa en las cargazones, opresiones, eructos ó flatos, náuseas, levantamientos de estómago, ganas de vomitar y vómitos reales.

En las ventosidades, entumecencias, congojas y angustias de las personas sujetas á flato.

En los dolores de los intestinos, ó los cólicos producidos por las indigestiones.

En los dolores de caderas ó de las partes inmediatas, de los lomos, del isquion y de los muslos.

En los tenesmos, excreciones de materias mocosas, cenicientas, rogizas y sanguinolentas, diarréas, cámaras y sobre todo disenterías.

En los accidentes causados por las almorranas.

En las diferentes enfermedades propias y particulares del sexo, falta, atraso ó irregularidad de las reglas, su diminuta cantidad y su mal color; en las flores blancas y en los fluxos irregulares de la sangre que suceden á las

mugeres durante su preñez, en todos los accidentes subsecuentes despues del parto, y en los cólicos convulsivos producidos por la menstruacion. En este caso, se ha de tomar, antes que vuelvan, por unos seis ó ocho dias, un papel ó toma de esta *Sal*, por la mañana, todos los meses hasta la perfecta curacion.

En las enfermedades de los niños, particularmente en la inoculacion, y en las que tienen su origen en el empeine, en el estómago ó sus inmediaciones y en los intestinos; en las dolencias de los ojos, en la sarna de la cabeza y de la cara, en el enflaquecimiento ó atrofia, raquítis ó enfermedad de los huesos y en las convulsiones producidas por la aparicion de los gérmenes de los dientes, en cuyo caso, el agua en que se deslie la *Sal* se da en corta cantidad, varias veces al dia, hasta que se desembarace el vientre; y si no puede conseguirse que los niños la tomen pura, se les da mezclada con leche ó caldo sin sal, sea enfin en la sopa.

Por último, en las enfermedades de los ancianos, en la sequedad, en las constricciones espasmódicas, en los pruritos, ardores de orina, mal de piedra, fluxiones, tos catarrosa, todas las cuales exigen el constante uso de esta *Sal*, cuya dósis ha de ser al menos de la tercera parte de un paquete por dia. El inventor de esta *Sal* usó de ella por mas de 50 años, y vivió 90, exento de enfermedades, lo que debió á este precioso específico. Se pone un papel de esta *Sal* en media azumbre de agua, de la que se toma un vaso regular cada cuarto de hora, tépida ó fria, á lo menos durante seis dias, y se continua segun la intensidad y la antigüedad de la enfermedad.

Este medicamento no exige ninguna precaucion en cuanto á los alimentos, y no hay inconveniente en hacer

habitualmente uso de leche, chocolate y café ántes y despues de haberla tomado.

Las personas que tienen dificil digestion, ventosidades y vientre perezoso tomaran diariamente uno ó dos vasos.

Esta *Sal* es buena para la tiricia, y en poco tiempo hace desaparecer el color azafranado que cubre todo el cuerpo, sin causar el menor accidente.

Su uso ha producido constantemente los mejores resultados en la cura de los herpes; pero no se echan estos de ver sino despues de haberle continuado por muchos dias.

MODO DE USAR DE LA *ESENCIA*[1] *ETÉREA* Y BALSAMICA, PARA CONSERVAR LA SALUD.

1° Conservar la boca fresca, los dientes blancos, las encías y los labios sonrosados son las propiedades de esta tintura nervoso-tónica. El Diario de las Modas ha consagrado la acogida general que ha merecido, llamándola una *Nueva Fuente de Juvencio*.

2° Es sobremanera útil el uso de dicha Esencia á las personas de un temperamento débil y delicado, empleándola en fricciones sobre la superficie del cútis, cuya transpiracion insensible facilita, y cuya salud conserva ademas, por el nuevo estímulo que da á todos los aparejos orgánicos.

1 Es la tintura anti-espasmódica del doctor Chrestien, de Montpellier, perficionada por los miembros del gabinete de las Consultas medicales.

3° Cuando dicha Esencia se emplea en fricciones sobre el estómago, humedecidas é impregnadas las manos con ella, la digestion se hace mucho mas rápida y fácilmente, se recobra y restablece el apetito, y las funciones de las vísceras abdominales se executan con mucho menos trabajo y dificultad.

4° Su uso diario dulcifica y suaviza infinito el aliento. Mezclando algunas ligeras gotas en agua, sirve tambien para perfumar y corregir la irritácion del cútis, despues de haberse afeytado. Fortalece tambien la vista, lavándose con ella el rostro y los ojos.

5° Es tambien muy útil su uso, aspirándola por las narices, y aun mas, frotándose con ella las sienes. Mezcladas una ó dos cucharaditas en el agua de una lavativa, ofrecen un excelente remedio curativo. ¡Que de cólicas y dolores de estomágo no ha curado su uso, aplicando sobre el empeyne una miga de pan, bien empapada en dicha Esencia, entre dos lienzos bien calientes!

6° Una disolucion de xabon hecha en una pequeña cantidad de agua hirviendo, y mezclada en la proporcion de tres cuartas partes de esta Esencia, empleada en fricciones á las estremidades inferiores, en los brazos y en todas las demas partes del cuerpo que sean susceptibles de ellas, han producido maravillosos efectos en las enfermedades agudas y crónicas. Varias observaciones han probado que es un preservativo de muchas enfermedades, sobre todo de las fiebres intermitentes, pútridas y malignas.

7° Las personas sedentarias suplirán la falta de exercicio con el uso de las fricciones con dicha esencia sobre toda la superficie del cuerpo, al levantarse de la cama por la mañana, y al acostarse por la noche, mezclándola empero con una cuarta parte de aceyte de almendras

dulces. Con arreglo á este método la ha empleado muy á menudo el señor Dupuytren, primer cirujano de cámara del Rey, contra todo ataque de dolor.

8° En las congestiones cerébrales, y en general, en todos los dolores de cabeza, un baño de pies bien caliente, con dos puñados de sal marina comun, un poco de vinagre y una cantidad suficiente de agua en que se mezcle ademas un medio frasco de dicha Esencia, corrige y desvia la irritacion, y previene y aleja algun ataque de apoplegía fulminente: en este caso conviene tambien estregar y frotar fuertemente las piernas y brazos con dicha Esencia sola y bien caliente.

9° En los resfriados y catarros, conviene calentar una porcion suficiente de dicha Esencia, y fregarse bien los pies, envolviéndolos despues con flanelas ú otra ropa de lana, antes de ir á la cama. De este modo se restablece la traspiracion, lo que vale mucho mas que las drogas y jaraves de que tanto se abusa en los resfriados.

10° Los cabezales de flanela ó de algodon, empapados de esta Esencia caliente, y aplicados sobre la parte atacada de dolores reumáticos, consiguen disiparlos, y precaver sus funestas consecuencias, porque fortifican el tejido de los órganos. Segun este método la empleaba el famoso doctor Pinel.

11° Varios médicos y cirujanos celébres han observado, que una cucharada de esta Esencia, mezclada en un vaso de agua azucarada, conviene en los casos en que el uso del vino de quina esta indicado. El doctor Jeanroy habia ya antes observado, que dos cucharadas con la misma cantidad de agua neutralizaban las viscosidades pituitosas, que era un remedio estomacal, y convenia mucho á las personas atormentadas de flatos y ventosidades.

12° Una botella de esta Esencia vertida en un baño, aunque sea de agua mineral, ha curado á muchas personas de enfermedades crónicas y nerviosas, y aun en caso de necesidad, puede suplir por dicho baño. Es muy útil, sin embargo, el modificarla alguna vez con una mitad de agua de altea, cuando se han de dar friegas á ciertos niños de muy deteriorada salud, ó bien con algunas cucharadas de aceyte de olivas, y aun mejor, de aceyte de almendras dulces ó amargas.

13° Los médicos la recetan con fruto tambien para corregir ciertas toses flegmáticas del pecho, en la dósis de una media cucharadita á café en un vaso de agua con azucar. Dicha Esencia ademas, aprobada ya por la Facultad de Medicina, está hoy en uso en las córtes de Francia y de Rusia.

14° Una de las consideraciones que debe determinar el uso de esta Esencia, es, que ha sido perficionada por uno de los farmaceúticos mas acreditados de Paris, con arreglo à las instrucciones é indicaciones de los miembros de la Junta de Consultas Médicas.

15° Haciendo uso interiormente de dicha Esencia, mezclada, segun lo arriba dicho, con un vaso de agua con azucar, y haciéndose ademas frotar la region de los lomos, las ingles y la parte interior de los muslos, se han logrado corregir las emisiones involuntarias del sperma, en razon del tono que han recibido los órganos genitales.

PROPRIEDADES DE LOS *GRANOS AMARILLENTOS*, Y MODO DE EMPLEARLOS.

Dichos granos son un remedio muy adecuado contra muchas especies de enfermedades crónicas. Numerosas experiencias han hecho conocer y han justificado su eficacia, reconocida hoy por muchos médicos de los mas distinguidos de la capital; pero sobretodo, su empleo racional y metódico esta muy principalmente indicado en un desarreglo cualquiera de las funciones del estómago y de la canal intestinal, en toda congestion ó acumulacion de sangre hácia el celébro, en la flaqueza, ronquera ó extincion de voz, el astma, la tos, las indigestiones, las ventosidades del bajo vientre, las secreciones incompletas de la biils, las obstrucciones del higado y demas entrañas, la constipacion accidental ú habitual, los resfriados, el reumatismo crónico, la inapetencia y la atonia ó debilidad general del sistema nervioso.

Conviene tambien hacer uso de ellos en las enfermedades escrofulosas y linfaticas de la infancia, y no menos en las escorbúticas.

Son ademas necesarios estos granos para prevenir y curar un gran número de enfermedades. Son muy útiles para las personas que se libran al estudio y á las ocupaciones de gabinete, y para los ancianos con especialidad.

Tambien son muy oportunos en todas las enfermedades peculiares del sexo, porque fortalecen y vigorizan todo el organismo. Con ellos se han obtenido los mas felices resultados, en circunstancias en que los demas re-

medios habian sido nulos ó fallidos, tanto mas que su uso no exige régimen ni tisana alguna.

Han de tomarse y sorberse sin deshacerlos ni mascarlos, bebiendo en seguida un vaso de agua con azucar, á la cual deberán añadirse algunas gotas de *esencia etérea* : generalmente hablando pueden tomarse tres dósis por dia, sin intermision, la primera, una hora antes del desayuno, la segunda, una hora antes de la comida y la tercera al ascostarse. Tambien pueden tomarse casi inmediatamente antes de una comida cualquiera, proporcionando la cantidad al efecto que pudieran producir. En todo caso, la cantidad necesaria para cada una de las dósis debe determinarse despues de algunos ensayos, y segun el juicio de la persona que debe hacer uso de ellos; en general, una cucharadita ó dos á café por cada dósis producirán el efecto deseado, y aun con respecto á ciertas constituciones, podrán bastar mucho mas ligeras dósis.

Pueden tomarse tambien el dia mismo en que se han de tomar los granos salútiferos del docter Franck, es decir, un cuarto de hora antes que aquellos.

El uso constante de dichos granos, durante un cierto número de meses, no podrá menos de convencer al enfermo de cual es su eficacacia y su tan singular virtud, pues que ó logrará con ellos una cura completa, ó al menos un alivio real y duradero.

MODO DE EMPLEAR LA *LOCION PURGATIVA* EN CLISTERIOS Ó LAVATIVAS.

Los enfermos no deben nunca descuidar, sea el dia mismo que hayan tomado las dósis del *toni-purgativo*, ó en otras mil circunstancias, no deben nunca descuidar, repetimos, el recurrir á las lavativas, preparadas con un cocimiento de simientes de lino, ó bien de algunos puñados de harina de centeno, disuelta en agua caliente, á la cual se añadirán dos buenas cucharadas de aceyte y tres ó cuatro cucharadas de esta *locion purgativa.* Estas lavativas, preparadas y compuestas segun el método indicado, han producido en muchos individuos los efectos mismos que hubiera podido producir una buena purga, y un notable alivio en mil otras personas, que por su extremada debilidad no hubieran podido purgarse de otro modo.

POLVOS CÉFALICOS DE M. SAINT-ANGE; PROPRIEDADES, Y COMO DEBEN EMPLEARSE.

Estos polvos son excelentes para corregir y aliviar ciertos dolores de cabeza, y los vahidos que pudieran provenir de algun humor repercutido hácia el celébro: ciertas indisposiciones que parecian afectar de una ma-

nera especial, los órganos del oido de la vista y sobre-todo del olfato, han desaparecido con el uso de dichos polvos.

El modo de hacer uso de estos polvos se reduce á tomarlos por las narices de cuando en cuando entre dia, como si fuera tabaco, mas ó ménos frecuentemente segun la necesidad, y sobre todo por la mañana, al salir de la cama. Hemos aconsejado algunas veces el mezclarlos en ligeras dósis con el tabaco ordinario, que adquiere entonces una mayor actividad y energìa. Hacemos preparar dichos polvos, á la inglesa, por uno de los mejores boticarios de la capital, é indicarémos á las personas que quieran hacer uso de ellos la oficina en donde se hallan.

MODO DE HACER USO DE UN EXCELENTE *VINO DE QUININA*, PERFECCIONADO, Y CUYA BASE ES UN BUEN VINO DE MADERA.

Los Miembros del Gabinete de Consultas Médicas prescriben y recetan diariamente este Vino, que goza de ciertas cálidades y propiedades estómacales y febrífugas. Cuando se toma en dósis de una pequeña cucharadita á café, antes de las comidas, favorece muy particularmente las digestiones y fortifica el estómago; bajo este respecto conviene infinito á las personas avanzadas en edad, y en mil otras enfermedades á que se ven expuestas tambien las personas del sexó. Administrado en pequeñas dósis, es un excelente remedio contra la pituita;

tambien lo es, y en grado eminente, contra las calenturas intermitentes, y no menos útil en las pútridas y malignas. Muchos médicos de Paris le recetan y ordenan de preferencia al mejor vino de quina, y aun algunos le han prescritó para mezclarle en el agua de las lavátiva, en dósis de cuatro cucharadas con el mas feliz resultado.

Observacion sobre el empleo del *Vino de Quinina*, extraida de la duodécima édicion de la *Médicina sin el Médico ó Manual de Salud;* por el doctor Audin Rouvière; pag. 304.

El año pasado, el señor Lefevre Mergez, hijo, negociante en Arcis-sur-Aube, vino á suplicarnos pasásemos á dicha ciudad, còn el objeto de asistir á su madre, de edad como de cincuenta años, y que adolecia de una fiebre continua, que habia antes precedido otra intermitente. Cuando llegamos allá, la enferma no podia tragar cosa alguua; estaba ya amenazada de un como principio de marasmo, que complicaban mas y mas ciertas violentas accessiones de calentura : sobretodo, la aquejaba mortalmente una cierta idea de que no sobreviviria, porque su madre y su abuela, decia ella, habian muerto al llegar á su misma edad. Nuestro primer cuidado fue el de favorecer la deglucion, y calmar la irritacion y la inflamacion de la boca, recetándole unos gargarismos con agua de malvavisco, una cabeza de adormidera, y pan de especias y leche. Dos dias despues le prescribimos una fuerte infusion de camamila, à la que se añadia, por cada taza, una cucharada de Vino de Quinina, que nosotros habiamos hecho preparar en casa del señor Caventou. Las accesiones de fiebre fueron disminuyendo poco á poco; enfin, le hicimos tomar una copita de dicho Vino de Quinina dos ó tres veces al dia, y la calentura desapareció

enteramente. Sus dos hijas tenian la atencion de hacerle frecuentes fricciones desde los pies hasta la cabeza, con sus manos empapadas de *esencia etérea* y de aceyte de almendras dulces. La familia agradecida nos repite y nos da pruebas á menudo de su cordial afeccion.

Los abajo firmados, certificamos, que el *Vino de Quinina* que recetan y ordenan bien frecuentemente los Miembros del Gabinete de Consultas Médicas, corresponde perfectamente à las indicaciones mencionadas arriba, y que nosotros mismos le hemos empleado con el mas féliz suceso, y lo firmamos por sér asi conforme á la verdad.

Paris, 2 de Febrero de 1829.

Audin Rouvière, *doctor en medicina;* Troncin, *medico de la Junta de Beneficencia, del distrito ó cuartel octavo;* Solié, *doctor en medicina;* Tartra, *doctor en cirugía;* Dufour, *doctor en medicina;* Lacoste, *doctor en medicina.*

MÉTODO, SEGUN EL CUAL DEBEN EMPLEARSE LOS *POLVOS VEGETO-EMULGENTES*, ANTI-BLENORRAGICOS, Y COMO DEBE USARSE NO MÉNOS EL JARAVE DEPURATIVO ANTI-SIFILÍTICO.

Los Miembros del Gabinete de Consultas Médicas, convencidos de cuan peligrosas é ineficaces sean las preparaciones mercuriales, y reconociendo ademas por

su propia experiencia las incalculables ventajas y la superioridad de las substancias vegetales, cuando se trata de combatir las enfermedades venéreas, han hecho componer estos Polvos calmantes y depurativos, que destruyen y neutralizan los corrimientos del canal de la uretra, y curan las afecciones sifilíticas recientes.

Dichos polvos pueden tomarse por la mañana, ó bien á la noche, en la dosis de una cucharada de las de sopa, y deben desleirse en un vaso de suero de leche clarificado y azucarado, ó bien de jarave de orchata, ú otra cualquiera, ó bien de limonada, si se prefiere esta. En caso necesario, puede tambien hacerse uso, si se quiere, de un vaso simplemente de agua con azucar, sobretodo si el enfermo no prueba inflamacion alguna ó dolor en el canal, al haber de orinar.

Si dichos dolores se repitiesen con cierta intensidad, seria esta una indicacion segura de deberse recurrir al reposo, á los baños emolientes, y á las lociones harto frecuentes del miembro con leche tibia, ó aguas de malvavísco bien cocida y espesa : en dicho caso se harían disolver dos ó tres cucharadas de dichos Polvos en estas mismas lociones : deberia aun aplicarse, durante la noche, sobre las partes genitales, un cataplasma hecho con miga de pan, ó harina de centeno ó de simiente de lino y agua de malvavisco, teniendo buen cuidado de hacer disolver en el agua de dicho cataplasma algunas cucharadas de dichos Polvos.

Cuando la inflamacion habrá desaparécido al todo, y que el veneno venéreo pueda decirse destruido, gracias á cinco ó seis cajitas de dichos Polvos *vegeto-emulgentes*, deberá principiar el enfermo á hacer uso, tomando en cuenta siempre la gravedad como lo añejo del mal, á hacer uso, repetimos del jarave depurativo,

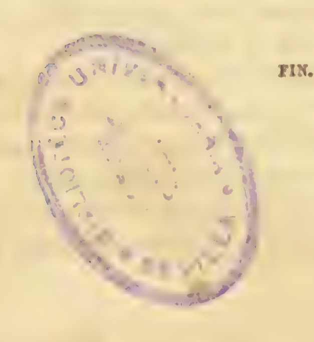
del cual se tomarán durante el dia cuatro cucharadas, que deberán mezclarse con dos vasos de agua, y se beberán á una distancia regular el uno del otro.

Bien á menudo conviene el purgarse, durante la curacion; en este caso se recurrirá á los *granos salutíferos*, ó á la *sal desopilatoria*, ó bien al *toni-purgativo*, medicamentos todos preconizados y muy recomendados en la duodécima edicion de la *Medicina sin el Médico*, del doctor Audin Rouvière.

Nosotros, abajo firmados, certificamos, que los *Polvos vegeto-emulgentes*, que recetan de ordinario y á menudo los Miembros de la Junta particular de Consultas Médicas, han correspondido perfectamente á las indicaciones mencionadas arriba, y que nosotros mismos los hemos empleado con el mas féliz éxito. Este es el testimonio que creemos deber dar, por ser conforme á la verdad.

Paris, 2 de febrero 1829.

Audin Rouvière, *doctor en medicina.* Troncin, *médico de la Junta de Beneficencia del octavo cuartel.* Tartra, *doctor en cirugía.* Dufour, *doctor en medicina.* Lacoste, *doctor en medicina.* Solié, *doctor en medicina.*



FIN.




600159234
i 25137914


84
MANUAL
DE
LA SALUD
52


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm